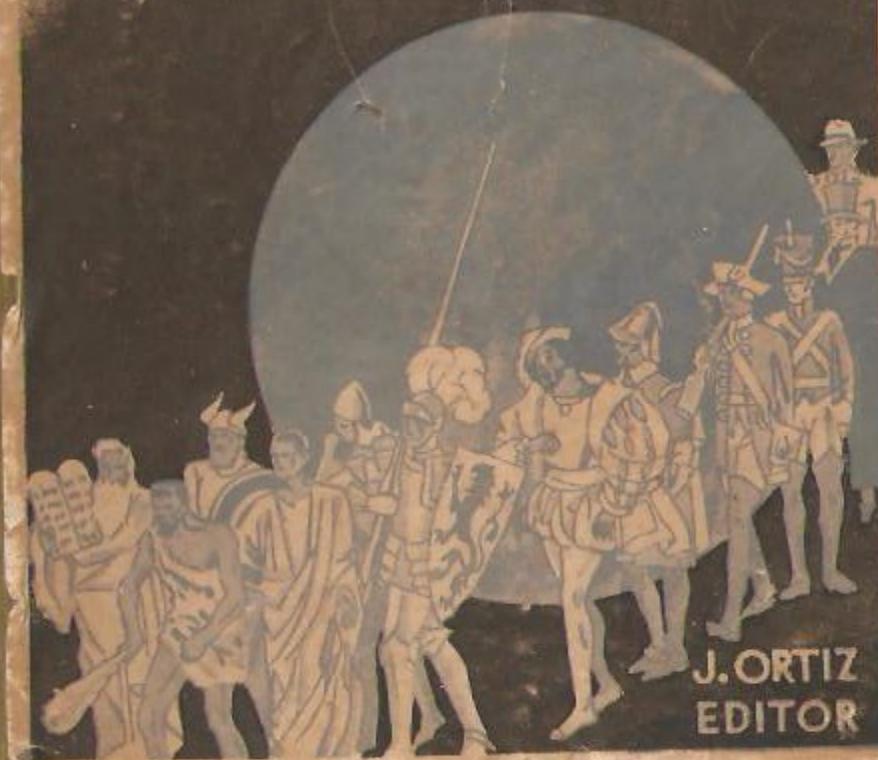


UNA HISTORIA DEL MUNDO PARA LOS NIÑOS

V. M. HILLYER



J. ORTIZ
EDITOR

Una historia del mundo para los niños

— POR —

V. M. HILLYER

CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES POR
CARLE MICHEL BOOG y M. S. WRIGHT

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS Y ADAPTACIÓN POR
FERNANDO SÁINZ

Inspector general de Primera Enseñanza

PROPIEDAD REGISTRADA



JUAN ORTIZ
EDITOR

MARQUÉS DE TORRELAGUNA, 20. - TELÉF. 53910
CIUDAD LINEAL - MADRID

Imprenta Torrent.-Santa Teresa, 16. Madrid



Esta página no es para tí, querido niño lector. Es para cualquier persona de veinte, treinta, cuarenta o más años que sienta la curiosidad de hojear este libro. Es lo que esas personas llaman el

PREFACIO

Dar al niño una idea de lo que ha sucedido en el mundo antes de que él viniera a la vida:

Sacarle del pequeño recinto de su observación para ponerle en contacto con un horizonte mucho más dilatado y que no podría suponer sin error:

Ampliar sus puntos de vista, haciéndole conocer los contrastes de la vida actual con la de otras edades:

Familiarizarle con los hechos más trascendentales de la Historia y con los nombres de mayor fama, fijándolos en el tiempo y en el espacio, como base para un más detallado y futuro estudio:

Proveerle de una clave cronológica lo menos arbitraria posible, dentro de la cual él pueda luego situar el contenido de sucesos que analizará en sus posteriores estudios históricos:

Tal es el propósito de esta primera revisión de la Historia del Mundo.

Tampoco esta parte del libro es para ti. Es para tu padre, tu madre, tu maestro. Es lo que ellos llaman la

INTRODUCCION

Como todos los niños, antes de los ocho años yo no tuve noción de otra historia que la relativa a mi país. Para un americano como yo, el mundo comenzaba en el año 1492, en que Colón descubrió América. Cualquiera otro acontecimiento o relato referente a tiempos anteriores a esa fecha que llegaba a mis noticias por casualidad, tomaba en mi espíritu la categoría de un bello cuento. Cristo, su época, su historia, v. gr., de que se nos hablaba en la escuela o en la iglesia en días consagrados a las lecturas del Evangelio, constituían para mí una mera ficción, sin sospecha de estricta realidad. Esos acontecimientos, yo pensaba, deberían corresponder a un reino imaginario y misterioso, y lo pensaba con dolor, porque lo que hemos apetecido todos cuando niños era precisamente que las cosas bellas hubiesen sido ciertas.

Dar al niño de un país sólo historia de ese país, es cosa tan pobre y absurda como sería no enseñar más que la historia de la provincia o del pueblo donde se habita.

Para proceder de esa forma mezquina se dan nada me-

nos que razones de patriotismo, con lo cual no sólo desmerece el concepto de la historia, sino el de la patria. La historia más o menos local estrecha el espíritu, conduce a nociones equivocadas, fomenta la ignorancia y el egoísmo e impide entrar en saludable y generosa comunión con otros pueblos.

La Gran Guerra ha sido el acontecimiento que ha roto esa tradición errónea en la enseñanza de la Historia, y han sido los propios niños quienes, fuertemente interesados con lo que pasaba en el mundo, prescindieron de sus escasas noticias sobre otros países para estudiarlos, conocerlos e interesarse en su suerte.

Desde los ocho o los nueve años el niño es muy inquisitivo y está en excelentes condiciones para penetrar en la Historia del Mundo. Así he procedido con mis alumnos, a despecho de los academicismos, del escepticismo de los padres y de toda clase de antagonismos. Cada vez estoy más seguro de que he acertado.

Ahora bien, el problema consiste en graduar esta enseñanza y encontrar para ella un plan adecuado. Fruto de mi experiencia es el convencimiento de que necesitamos textos adecuados, que no sean los muy extensos que es preciso leer para que hablen de todo, ni los manualitos que estrangulan el proceso histórico. Estos nuevos libros han de ofrecer un panorama completo y, a la vez, una narración sugestiva que haga perfectamente compatible lo atraente con lo verídico.

Las recientes investigaciones sobre los poderes mentales del niño nos muestran lo que el niño puede o no puede

entender con referencia a fechas, números, vocabulario, abstracciones, y en el futuro los libros de texto tendrán que estar supeditados a esas conclusiones. De otra manera los libros quedarán "fuera de la cabeza" del niño y constituirán un objeto pesado y repulsivo.

La razón de decidimos a escribir un libro de este tipo es la experiencia alcanzada durante muchos años de contacto constante con los niños, y la cual nos ha enseñado que todo cuanto había sido escrito en los libros de historia para los pequeños tomaba un corte muy diferente en el momento en que los alumnos tratan de redactar sus resúmenes. Nuestras clases han sido inspiradas, más que en la marcha recomendada por los textos, en el contenido y en el lenguaje de los escritos infantiles.

Hemos procurado el mayor rigor en la fraseología para evitar equívocos que conducen a adquirir ideas torcidas o a dobles significados, porque el niño tiende a interpretar las palabras literalmente. Así, cuando se dice que "Roma era una ciudad sobre el río Tíber", los niños han creído que se trataba de una ciudad flotante, alimentando todas las fantasías que ello lleva consigo sobre la estabilidad de los edificios, las salidas de los habitantes.

Los tópicos que hemos elegido no serán siempre los más importantes, pero sin dejar de ser interesantes, lo que sí son siempre es inteligibles. Hemos prescindido de todo lo que escapa a la comprensión infantil, como las generalidades sobre la significación política, social, económica, religiosa de los sucesos, pensando naturalmente que esta historia es sólo una historia preliminar.

Existen excelentes biografías e historias particulares, pero ellas no proporcionan un aceptable concepto histórico, porque son trozos inconexos que quedan flotando en la mente infantil, sin que ésta sea capaz de localizarlos en el espacio ni adscribirlos al tiempo.

Hemos preferido seguir un sistema, por rudimentario que sea, y ninguno nos ha parecido tan lógico como la cronología, prescindiendo en cambio de las ideas de nacionalidad. Esto es, contamos la historia en cada siglo o en cada época, sin preocuparnos de la nación en que tuvieron lugar. La historia de cualquier pueblo en particular está intercalada, a la vez que interrumpida, según que en cada momento del proceso histórico de la Humanidad aquel pueblo jugara el papel más destacado o uno muy secundario. No hacemos, pues, capítulo aparte de la historia de los griegos, ni de los romanos, sino que pintamos un panorama de conjunto. Los detalles serán más tarde tomados en consideración, como el artista hace con su obra.

Representamos la sucesión del tiempo por una escalera para dar la sensación gráfica de los pasos que da la Humanidad en su desarrollo. Cada tramo representa un período de mil años, y cada peldaño una centuria. Recomendamos la ejecución de una escala semejante en gran tamaño y en sitio visible de la escuela. Los niños pueden ilustrar con dibujos en colores relativos a gentes y a sucesos cada uno de los momentos de la escala. Esta representación es conveniente incluso en la habitación del niño; y si el muro en que la escala está dibujada mira hacia la cama, mejor. Así, en los momentos en que el chico está des-

pierto, encontrará un tope a su imaginación extraviada sobre el pasado de las gentes e ideará nuevos motivos para ilustrar aquellos peldaños.

Sin este control gráfico lo mismo le dará al niño decir mil años que diez mil años antes o después de Cristo refiriéndose a un suceso, porque en los primeros pasos de este estudio la edad del niño no le permite apreciar el valor del tiempo expresado simplemente por cifras o por una relativa posición de las fechas. Únicamente visualizando estos datos por un procedimiento análogo al que ofrecemos quedarán impresas en la mente las posiciones relativas de los hechos en el tiempo. Sin una clave de cualquier tipo, el niño nos responderá que la Primera Olimpiada tuvo lugar setecientos mil años después de Cristo; que Abraham fué un héroe de la Guerra Troyana, o cosas semejantes.

Si se lleva a una persona a una reunión de personajes desconocidos, esa persona queda completamente indiferente al nombre y fisonomía de cada uno de ellos. Necesita oír algo que despierte su curiosidad o su interés en torno a alguno de los congregados para que trate de retener su nombre y su figura. Lo mismo ocurre con la introducción al estudio de los hechos y personajes históricos; habrá de comenzarse por un corto número de ellos y a la vez decir cosas interesantes relativas a los mismos. Esos nombres, y los sucesos relacionados con ellos, será preciso repetirlos después con frecuencia si han de quedar grabados en la mente.

Para el propósito de conseguir un esquema básico, que

en el futuro haya de ser gradualmente llenado por el niño, es preciso que la Tabla del Tiempo sea un motivo de constante consulta por el niño. Esta tabla debería ser estudiada tanto como la de multiplicación, hasta que sea perfectamente dominada y en forma que cada gran acontecimiento pudiera ser asociado sin vacilación a la época correspondiente.

El ideal sería que el alumno pudiera hacer, partiendo del hombre primitivo, un sumario de la historia del mundo hasta nuestros días, relacionando *grosso modo* fechas y sucesos sin intercalar preguntas ni caer en confusiones. ¿Parece esto excesivo? No es tan difícil como puede sonar al oído. Todo depende del grado de síntesis que seamos capaces de dar a ese gran contenido. Por lo menos, yo puedo asegurar que lo he conseguido de la mayoría de mis discípulos.

La actitud que los maestros adoptan es, sin embargo, muy distinta. Muchos opinan que lo de menos es que el muchacho olvide todo lo que aprendió. Lo importante es que le quede una impresión, un sedimento, de todo lo que se le enseñó superficialmente. Pero entendemos que en la historia no cabe eso. Si se dice que "en una ocasión un hombre realizó una hazaña", no hacemos historia. Es preciso decir que "en 1492 Cristóbal Colón descubrió América." Lo histórico es *quién, cuándo, dónde y por qué y para qué.*

Este libro no es, por consiguiente, un libro suplementario en el estudio de la historia en la escuela, sino un fundamento para ulteriores estudios. Sin dejar de cultivar

un género esencialmente narrativo, como interesa al niño, provee a éste de un esqueleto histórico. Su texto no significa lo más, sino lo menos que cabe decirle.

La materia está presentada de forma que después de sus lecturas pueda el niño hacer un relato distinto de ellas en un período de asimilación, y el texto ofrece infinitas oportunidades para formular al alumno preguntas sobre cosas implícitas en la exposición. Siendo un libro de lectura, permite una elaboración muy personal del alumno.

El error de seguir el camino inverso, esto es, la enseñanza de múltiples detalles sin atractivo para el alumno, conduce a que al final no sepan una palabra de nada. Recuerdo a este propósito los resultados conseguidos por algún profesor que en la enseñanza de la historia leía, recitaba, cantaba, dibujaba mapas y procuraba que ningún detalle pasara desapercibido. Al cabo de sus cursos preguntamos a uno de sus discípulos más distinguidos que nos dijera todo cuanto supiera de algún personaje, de alguna ciudad o de algún acontecimiento famoso.

Las preguntas fueron:

Diga cuanto sepa de Colón.

Idem *íd.* de Nueva York.

Idem *íd.* de la Guerra de los Treinta años.

He aquí las respuestas:

Colón fué un gran hombre.

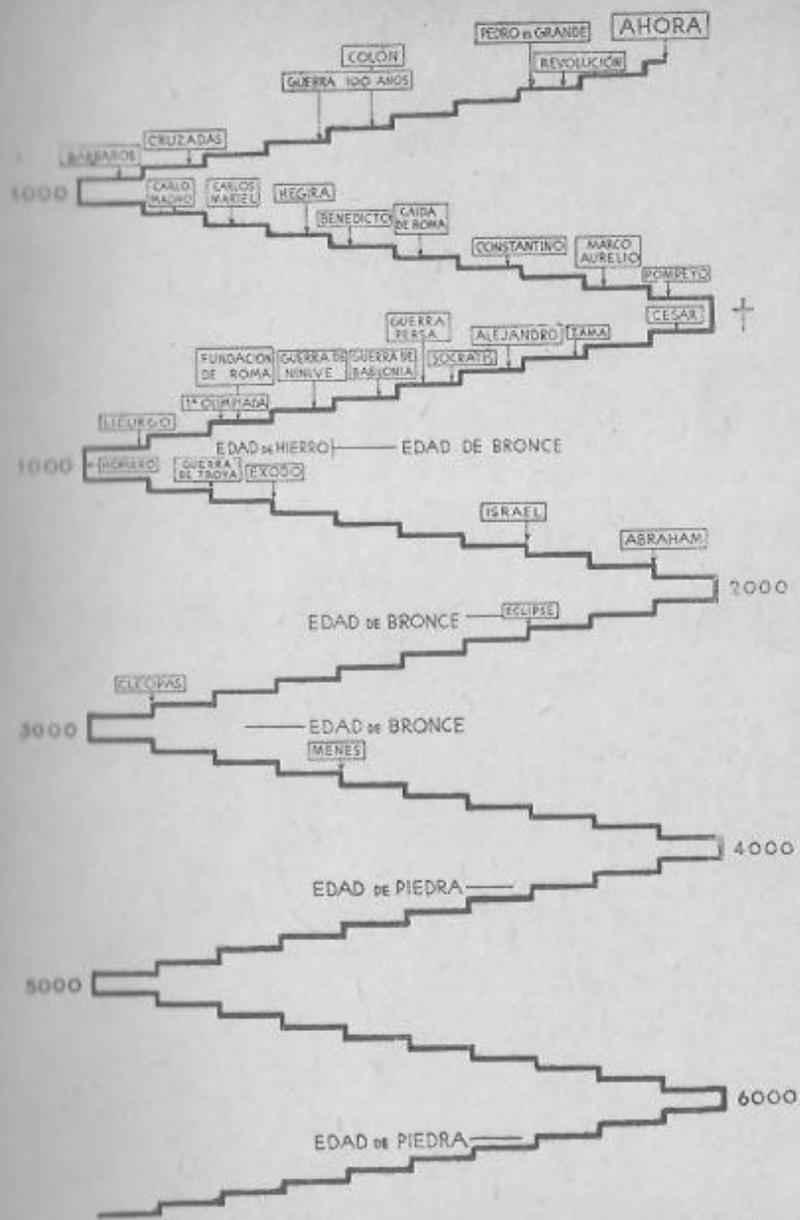
Nueva York es una gran ciudad.

La Guerra de los Treinta años fué muy célebre.

HE AQUÍ LA

ESCALA DEL TIEMPO

Ella arranca de lejos, de muy lejos; se cuenta a partir del extremo más bajo en la página y sube, sube sin cesar, hasta nuestros días, hasta AHORA, hasta el momento presente en que leemos. Cada peldaño, ya dijimos, equivale a un ciento de años, a un siglo, y cada tramo representa mil años, diez siglos. Seguirá subiendo; no sabemos ni podemos calcular hasta cuándo. Si nos colocamos en el último peldaño, en el de AHORA, y comenzamos a descender y a leer y a oír, habremos recorrido la Historia de lo acaecido en el mundo a través de tan inmenso lapso de tiempo.



Una historia del mundo
para los niños

Comienza aquí

Cómo comenzaron las cosas

Una vez existió un chico.

Por las mañanas se veía precisado a permanecer en la cama bastante después de la hora en que se despertaba, aguardando a que sus padres dispusieran que había de levantarse.

El tiempo que aquel chico permanecía en cama despierto lo dedicaba a pensar sobre cosas diversas y originales.

Una de esas cosas, la que más le preocupaba e incomprendía, era ésta:

¿Cómo sería el mundo si no hubiese habido: ni papás, ni mamás, ni tíos, ni tías, ni hermanos, ni primos, ni otros niños con quien jugar, ni nadie absolutamente más que aquel niño que pensaba así?

Tal vez vosotros os habéis hecho la misma pregunta y habréis caído en la misma preocupación, quizá en el mismo miedo, porque aquel muchacho, de imaginarse lo espantoso que tendría que ser un mundo así, sufrió tanto que le pareció sentirse ya en ese mundo solitario y corrió al lecho de su madre en busca de refugio y de con quien hablar para disipar de su mente aquella pesadilla.

Bien. Hubo un tiempo lejano, lejanísimo, como apenas si podemos formarnos idea de su lejanía, en el que, efectivamente, no hubo hombres, ni mujeres, ni niños, ni PERSONAS de ninguna clase que habitaran en parte alguna de la Tierra.

Naturalmente, no hubo casas, ni aldeas, ni ciudades, pues ni hubo quien pudiera construir las ni quien hubiera de habitar en ellas. Tampoco hubo, por la misma razón, nada de lo que hoy construyen los hombres.

Pero lo más asombroso es que en ese mundo nadie podía vivir, ni los animales más fieros, ni los pájaros, ni los insectos, ni los peces. ¿Os podéis imaginar un mundo en esa forma? Hoy existen infinidad de clases de animales, pero

Hace mucho, mucho, mucho tiempo,

antes de todo esto, que no había en la Tierra ni personas ni ANIMALES de ninguna clase. Hoy también crecen sobre la Tierra una variedad asombrosa de árboles, arbustos, hierbas, flores; pero

Hace mucho, mucho, mucho tiempo

hubo una época en que NI PERSONAS, NI ANIMALES, NI PLANTAS, vivían en la Tierra. ¿Sois capaces de imaginaros un mundo en estas condiciones?

Diréis, y acertáis, que habría rocas desnudas y mares. En efecto, hubo un tiempo en que las rocas peladas y las aguas ocupaban toda la superficie terrestre, pero

mucho, mucho, mucho
(tantas veces como queráis decir "mucho", aunque lo estéis diciendo todo el día, y mañana, y toda la semana que viene, y todo el mes, y años).

mucho, mucho, mucho tiempo
antes que todo eso hubo una época en que ni las rocas, ni los mares, NI NADA ABSOLUTAMENTE de lo que hoy existe en la Tierra, existió: es decir, que no hubo Tierra.

¿Qué hubo entonces?

No hubo más que una cosa: Estrellas, y absolutamente nada más.

Ahora bien: las Estrellas no son realmente los puntitos brillantes que vemos, ni los circulitos con rayos que imitamos en las decoraciones, o en el árbol de Noel. Son inmensos globos de fuego colgantes del espacio, como grandes hogueras de carbón encendido

Y asombraos, que la cosa merece espanto porque no cabe en nuestra imaginación. Cualquiera de esas estrellitas que vemos en el espacio es enormemente mayor que toda la Tierra: más aún, un trozo de ellas puede ser tan colosal que nuestra Tierra parezca a su lado un insignificante grano de arena

Una de esas estrellas es el Sol: sí, nuestro Sol. Las otras aparecerían tan grandes o mayores que el Sol si estuviésemos de ellas a la misma o menor distancia.

Pero en ese tiempo lejanísimo a que antes nos hemos referido, el Sol no era como hoy se nos presenta, un disco

blanco, centelleante, ardoroso, que ilumina toda la bóveda celeste. En aquel tiempo se parecía más a un gran castillo de fuegos artificiales de tamaño y proporciones gigan-



El Sol lanzando chispas al espacio.

tescas. Era un gran globo, de dimensiones imposible de sospechar por su inmensidad, que volteaba en el espacio lanzando o vomitando ráfagas de fuego y materiales ar-

dientes. Baste decir para hacerse idea de su colosal tamaño y de su estado volcánico, que cualquier chispa que se desprendía de su masa era tan grande o mucho mayor que la Tierra.

Pues bien, una de esas chispas, como las que podemos ver desprenderse de un horno encendido o de una estufa de carbón, ¿a qué sospecháis que pudiera dar lugar?

Una de esas chispas que se desprendieron del Sol. Fué nada menos el origen de nuestro planeta;

Nada menos que el Mundo en que hoy vivimos.

Al principio, nuestro Mundo o Tierra no fué otra cosa que un trozo de Sol formado de materiales pétreos, de rocas, que tomó la forma de balón a fuerza de girar con velocidad vertiginosa, rodeado de vapores, lo mismo que sucede con toda materia ardiendo; esto es, quedó envuelto en una enorme capa de humos que salían de aquel fuego.

De la misma manera que cuando se enfrían los vapores que salen de una caldera se convierten en agua otra vez, los que se desprendían de aquel globo, al separarse de él se enfriaban y se liquidaban, cayendo entonces sobre la misma Tierra; es decir, sobre nuestro mundo comenzó a caer agua, o como decimos hoy:

y	y	y
ll	ll	ll
o	o	o
v	v	v
i	i	i
ó	ó	ó

Tanta agua cayó sobre la Tierra que los huecos que formaban las rocas se llenaron, formando enormes balsas que dieron lugar a lo que hoy vemos todavía y llamamos océanos y mares. Los sitios que quedaron secos fueron rocas desnudas.

En cuanto hubo agua se produjeron los primeros seres vivientes, esos seres pequeñísimos que sólo podemos ver hoy en el microscopio. Primero habitaron sólo en el agua; después, en el límite entre el agua y la tierra, y por último, sobre las rocas humedecidas por las nuevas lluvias.

Entonces la parte seca o suelo, como hoy dice el vulgo, dió lugar con su alimento a plantas mayores que se fueron repartiendo sobre la superficie terrestre y adquiriendo cada vez mayor número de clases y tamaños.

Los primeros insignificantes animalillos que crió el agua fueron invisibles *Corpúsculos*, parecidos a fibras de gelatina.

Con el tiempo esos animalillos adquirieron dimensiones mayores hasta originar algunos parecidos a los llamados hoy *Insectos*, que vivieron unos en el interior del agua, otros sobre ella, algunos sobre la tierra seca y los otros en el aire.

Más tarde, los *peces*, que sólo se produjeron donde hoy únicamente pueden vivir: en el interior de las aguas.

Posiblemente poco después se originaron los animales que viven en el agua o en la tierra, alternativamente; esto es, las ranas, o con un nombre más general: los *anfíbios*.

Sobre las rocas secas se criaron los lagartos y las serpientes, que llegaron a adquirir tamaños extraordina-

rios, semejantes a grandes dragones y monstruos como los que se pintan en los libros de cuentos, y cuyo cuerpo tan pesado y poco movable les impidió ir en busca de sus alimentos, pereciendo poco a poco y quedando enterrados. De esta clase de animales quedan muchos, aunque de menor tamaño, y son los conocidos *reptiles*.

En tiempos más recientes, dentro de la gran lejanía que todo esto supone, se originaron los pájaros, o mejor dicho las *Aves*, y después la serie infinita de los que se crían mamando de sus madres, como las fieras y muchos de los que llamamos domésticos; esto es, los *Mamíferos*.

Los últimos de los animales fueron los *Monos*, y todavía después de ellos, y con forma al principio muy parecida, aparecieron los que ahora llamamos *Personas*, hombres, mujeres y niños.

He aquí los pasos que hemos señalado. Ordenémoslos para ver mejor la sucesión:

ESTRELLA, SOL;
SOL, CHISPA;
CHISPA, TIERRA;
TIERRA, VAPOR;
VAPOR, LLUVIA;
LLUVIA, MARES.

MARES, SERES MICROSCÓPICOS;
SERES MICROSCÓPICOS, ANIMALES Y VEGETALES;
ALGAS, MICROBIOS, INSECTOS;
INSECTOS, PECES;
PECES, ANFIBIOS;
ANFIBIOS, REPTILES.

REPTILES, AVES;
AVES, MAMÍFEROS;
MAMÍFEROS, MONOS;
MONOS, PERSONAS.

Y aquí estamos nosotros.
¿Qué os figuráis que vendrá después de todo esto?

Incomodidades y peligros

¿Cómo creéis que hemos llegado a saber todo esto, que ha tenido lugar hace tiempo?

No podemos hacer más que suposiciones.

Pero hay diferentes clases de conjeturas. Si nosotros alargamos nuestros dos puños cerrados hacia un amigo y le preguntamos en cuál de nuestras manos hay una moneda, el amigo tiene que hacer una suposición, que le resultará acertada o errónea. Si acierta, será un afortunado, puesto que no tenía motivos para decidirse.

En cambio, si el campo está cubierto de nieve y sobre la superficie lisa de ella notamos huellas correspondientes a unos zapatos, podremos suponer que por allí ha pasado una persona, ya que las botas *no acostumbran* a andar sin llevar dentro unos pies. Esta otra clase de suposiciones y aciertos no pertenecen ya a la suerte, como las anteriores, sino que se deducen del sentido común.

De esta segunda manera podemos explicarnos una gran cantidad de cosas que han sucedido en tiempos remotísimos, sin que nadie estuviera presente ni haya podido oír contar su narración.

Los hombres de nuestra época han hecho en diferentes sitios de la Tierra excavaciones profundas; es decir, han removido la tierra en busca de huellas de otros tiempos, ¿y sabéis lo que han encontrado? No creo que ahora pueda decirse que se trata de una simple suposición, puesto que han sido cosas que se han visto y se han tocado. Pues encontraron huesos, cráneos, hachas y una gran variedad de objetos que utilizaron los hombres primitivos o que corresponden a animales que hoy no existen.

Lo curioso de esos objetos, como las hachas, v. gr., es que no están construídas, como vosotros pudiérais creer, por hierro y acero, sino con piedra: mejor dicho, son de piedra.

¿Cabe en la cabeza que esos objetos de piedra para hacer fuerza fueran construídos por los animales? Pues entonces podemos afirmar que lo fueron por otros hombres que no tenían los materiales ni la ciencia que los actuales.

De modo que podemos estar seguros de dos cosas: de que hubo hombres en aquellas épocas remotas y de que vivieron sobre la Tierra antes de que fueran conocidos los metales. Pero es que también sabemos algo de cómo eran esos hombres, porque se han encontrado sus esqueletos, que yacían enterrados no sabemos cuántos miles de años antes de que nadie pudiera escribir su historia.

Como por otra parte, se han hallado restos de sus utensilios y de sus ocupaciones, nosotros tenemos una idea bastante aproximada de la clase de vida que hicieron aquellas gentes, de sus comidas, de sus quehaceres y, sobre todo, de sus luchas.

A este tiempo anterior a todo rastro de historia, que por eso se llama pre-histórico, en que las cosas se fabricaban en piedra, se ha denominado *La Edad de Piedra*.

A las gentes pertenecientes a esta Edad se las llama *Primitivas*, que quiere decir sencillamente Primeras. El hombre primitivo se parecía en su vida a un animal salvaje, aunque aparte de otras diferencias en su cuerpo, tuvo siempre la de andar vertical, apoyado sobre sus extremidades posteriores, cosa que los animales más perfectos, como los monos, sólo hacen en algunos momentos.

Estas gentes tenían su pelo tal como nace: es decir, largos cabellos que caían sobre sus hombros y que crecían, no solamente en la cabeza, sino en casi todo su cuerpo, como a todos los mamíferos, naturalmente; pero el crecimiento notable de sus melenas los semejava a esos famosos perros de lanas.

No tenían casas donde habitar. Cuando la noche llegaba, yacían sobre la tierra. Luego, cuando la Tierra, pasados muchos años, comenzó a enfriarse y se sintieron mal, idearon abrir huecos en las rocas o en las faldas de las colinas, donde se refugiaban contra el frío, las tormentas y las fieras. A los hombres, a las mujeres, a los niños de este tiempo, cuando ya habitaban en esas cuevas, se les llama *Hombres de las Cavernas*.

Estos hombres consumían su tiempo cazando algunos animales y huyendo de otros o luchando con ellos. Cazaban aquellos animales unas veces para apoderarse de sus pieles, con las cuales cubrían sus cuerpos, otras para comérselos, y los cazaban con aquellas armas de piedra a

que antes nos hemos referido. Como cosa muy notable debemos recordar que esos hombres dibujaban o pintaban los animales que les eran más conocidos, ya rayando las paredes de las cuevas con puntas de piedra, ya empleando sustancias colorantes. Estas pinturas pueden verse todavía, como sucede en las famosas Cuevas de Altamira en España.

Dormían sobre pajas, hierbas o tierras finas. Se apoderaban de los huevos de los nidos de las aves para alimento y se comían éstos y otras cosas de los animales en crudo, porque no conocían el fuego y mal podían condimentar. Se bebían la sangre caliente de los animales con el mismo gusto que vosotros lo hacéis con un vaso de leche.

Tendrían que comunicarse los unos con los otros, y no cabe duda que tuvieron que hacerlo con gritos y gesticulaciones y toda suerte de mímicas. Sería curioso haberlos visto con aquellos trajes formados con pieles tal como las arrancaban del cuerpo de los animales, con aquellas melenas, comiendo carne cruda y apurando los huesos, dando saltos y gritos desarticulados. Esto es, que si bien eran hombres superiores a todos los animales, poco se diferenciaban de ellos, y por eso también se les llama a estas gentes pueblos *salvajes*.

Estas gentes no tendrían para nosotros nada de agradables. Nos sería imposible vivir entre ellas. Mordían, mataban y robaban siempre que se les presentaba ocasión. Baste decir que un hombre de las cavernas era tan salvaje que para hacerse de una esposa no vería inconveniente

en robar una muchacha de una cueva vecina, haciéndole perder el conocimiento y arrastrándola de los cabellos si fuera preciso.

El hombre de las cavernas era luchador, pero no valiente. Mataba animales y a otros hombres si eran más débiles que él; pero si los otros tenían probabilidades de vencerlo, huía y se escondía en su guarida. Su regla de vida fué herir y matar lo que podía y huir de lo que le ofrecía algún peligro.

Esta conducta es lo que luego se ha llamado la primera ley de la Naturaleza: cada uno es para sí mismo, o ante todo, yo. Sabían que si no mataban serían matados, pues ninguna ley ni policía existía para proteger a los unos de los otros.

Estos hombres primitivos son nuestros *antepasados*, de los cuales conservamos algunos de sus viejos procedimientos. En efecto, a pesar del freno que hoy pone en los hombres la religión, las leyes, la cultura, todavía hay muchos que se portan como los hombres salvajes si se les presenta oportunidad. Para tales hombres se han inventado las cárceles o los manicomios.

Imaginaos que sois un niño o una niña que vivís en la Edad de Piedra, y veréis qué vida tan penosa y desagradable tendríais que hacer. Al despertar por la mañana no tendríais donde lavar vuestras manos ni vuestra cara; no podríais poneros vuestros vestidos, ni peinar vuestros cabellos.

A la hora de desayunar no tendríais qué ni con qué comer. Tendríais que coger un hueso o una pata de ani-

mal muerto que comeríais a mordiscos, porque no hay cuchillos, ni tenedores, ni cucharas. Al tener sed, habría que ir al cuenco que vuestros mayores habían hecho con cáscaras de grandes frutos y tomar agua del río o de la lluvia. Ni un plato, ni una silla, ni una mesa, ni cama. Y luego a salir al campo en busca de animales o peces, amenazados de peligros por todas partes, y sin un libro, ni un papel, ni un lápiz para entreteneros.

Ni sábados, ni domingos, ni espectáculos. Excepto los días que el Sol abrasaba, que caía una lluvia torrencial o que descargaba una gran tormenta, todos los días eran completamente iguales. No había sitios donde ir a aprender. Todos los días eran de vacación o de ocupación, según se les quiera considerar. Nada que hacer en todo el día, como no fuera amasar barro con los pies, picotear frutas o jugar con los niños más cercanos.

Sospecho que haya quien de vosotros opine que aquello era una vida muy agradable y divertida, semejante a la que ahora hacemos cuando nos instalamos en el campo en tiendas de campaña o a cielo raso. Pero hasta el presente no hemos hecho más que una parte de esta descripción.

Sigamos. Vuestra cueva no tiene más que unas pajas donde echaros, está horriblemente sucia, fría y oscura, sin puertas ni ventanas, huele apestosamente, y de día, y mientras dormís sobre todo, os acompañan bichitos grandes y pequeños de todas clases que os andan por el cuerpo.

Podéis cubrir vuestro cuerpo con alguna piel de animales, pero no tenéis ropa interior y durante el invierno

tritéis, se os hiela el aliento y no podéis encender fuego porque no sabéis que existe.

Cuando os dé hambre, no penséis en la despensa, ni en el restaurant; tenéis que salir y contentaros con algunas hierbas, algunas semillas secas o frutas o un pescado crudo. Esos serán vuestros desayunos, vuestras comidas y meriendas. Pensad, en cambio, en la serie de cosas exquisitas que hoy podemos tomar.

En lugar de distracciones, excursiones, espectáculos, conformaros con salir al campo a matar o a que os maten. Ni en vuestra cueva estaréis seguros, porque como no tiene puertas ni defensas, si se entera un tigre o un león o un oso hambrientos que estáis allí, irá e incluso dentro de vuestra casa se dará un banquete con vuestros cuerpos y el de vuestros hermanitos.

Un día puede salir vuestro padre a cazar muy de mañana y será inútil que lo aguardéis; otros hombres o las fieras lo han despedazado. ¡Cuántas veces los niños de las cavernas se quedarán de pronto huérfanos, porque allí no hay más que padres e hijos; nada de tíos, ni primos, ni parientes. Nada de eso se sabe allí.

¡Qué! ¿Os gustaría haber vivido en aquella época?

¡Fuego! ¡Fuego!

Las primeras cosas son generalmente las más interesantes. El primer hijo, el primer diente, los primeros pasos, la primera palabra, el primer azote. Este libro será sobre todo la historia de las primeras cosas. Las que vienen después podéis leerlas en otros muchos libros más tarde.

Los hombres primitivos ni sospecharon que pudiera hacerse fuego, ni tenían con que encender nada. No pudieron hacer una luz, ni una lumbre. No podían alumbrarse, ni calentarse, ni condimentar sus alimentos. No sabemos exactamente cuándo ni cómo pudieron descubrir ese elemento tan importante en la vida. Lo único evidente es que lo conseguirían frotando las cosas.

Si nosotros frotamos fuerte y rápidamente nuestras manos, se nos calientan. Si frotamos nuestro cuerpo con las mismas manos o con un paño o una piel, podemos llegar a sentir incluso la sensación de que nos quemamos. Si frotamos dos palitos, se calentarán, y si nos decidimos a frotarlos todo el tiempo que sea preciso, llegarán a arder. Así hacen los indios y los *boy scouts* en sus correrías.

Esta fué la primera invención que hizo el hombre, y hay que reconocer que para aquel tiempo el invento tiene, por relación a las necesidades de una y otra época, tanta importancia como después ha tenido para nosotros la invención de la luz eléctrica.

Los hombres de la época primitiva tenían cabellos y barbas largas porque no tenían necesidad de cortarlos: pero si hubieran querido hacerlo no habrían podido por falta de tijeras y de navajas. Por la misma razón crecían sus uñas hasta que por su mucha longitud ellas mismas se quebraban. Esta misma falta de instrumentos cortantes hacía que sus vestidos no estuvieran a la medida, colocándose las pieles tal como las sacaban de los animales y atándose las con juncos o tiras de alguna sustancia, ya que tampoco tenían ni agujas, ni hebras, ni nada.

Se metían en los huecos del terreno porque no disponían de herramientas con que construir casas ni muebles. Revisad la cantidad de instrumentos que hoy se reúnen en una casa para atender a la cocina, al comedor, al lavado, cosido y planchado de las ropas, al dormitorio, a las comodidades, y todo eso faltaba a aquellas gentes. Y así vivieron miles y miles de años.

Entonces un hombre de la Edad de Piedra que ya sabía hacer fuego hizo "un descubrimiento" todavía más sensacional. Había ido a hacer su hoguera entre unas piedras que contenían cobre, como ya sabéis que pasa con los minerales que aprisionan metales. Mientras el hombre se calentaba o preparaba sus alimentos, sucedió que el fuego prolongado comenzó a fundir parte del cobre que

contenían aquellas rocas, que corrió líquido por la superficie de las piedras.

El hombre quedó maravillado contemplando aquel líquido que nunca había visto. ¡Qué extraño y qué bonito debió parecerle! Lo examinaría detenidamente, y lo natural es que sintiera una gran impaciencia y curiosidad por quemar mayor cantidad de aquellas piedras y esperar a reunir una buena cantidad de aquel líquido que en seguida se le convertía en una materia sólida muy diferente, blanda, y con la que podía hacer muchas cosas que no había podido hacer con la piedra.

Este fué el descubrimiento del primer metal.

Al principio el hombre empleó el cobre para muebles y ornamentos, que estimaban mucho por su brillo y pulimento. Pero pronto advirtieron que el metal podía hacerse láminas y puntas mucho más prácticas que las que venían haciendo con la piedra, y comenzó a construir hachas, lanzas, cuchillos y numerosos objetos.

Pero tened presente que lo primero que los hombres conocieron no fué el



El hombre de las cavernas descubriendo el cobre.

hierro, sino el cobre. Y estamos seguros de que antes que el hierro conocieron el estaño, por un procedimiento parecido al del cobre, porque en los utensilios primitivos que se han encontrado se ve que mezclaban el cobre con el estaño, consiguiendo objetos más duros que si hubiesen empleado uno solo de esos metales.

A ese metal que resulta de unir el cobre con el estaño le llamamos hoy bronce, y como durante dos o tres mil años el hombre no conoció otros metales y en cambio casi todo lo construía con esa mezcla de los dos primitivos metales, a ese período de tiempo se le ha denominado la *Edad del Bronce*.

Nada podemos asegurar de la manera como el hombre descubriera el hierro; pero el caso es que a partir de una cierta época se encuentra en las excavaciones de terrenos muy antiguos objetos contruídos con este metal, en mayor número que los de cobre y de bronce. Se conoce que inmediatamente se dieron cuenta de que el nuevo metal presentaba mucho mejores condiciones que los otros para construir los utensilios y sobre todo las herramientas de trabajo, de fuerza y de defensa. Desde entonces comienza una nueva edad, la *Edad del Hierro*, en la que todavía estamos.

Desde el momento que los hombres descubren el hierro, comienzan a rodearse de comodidades por la cantidad de cosas que pueden construir para la satisfacción de sus necesidades. Esto, unido a que son capaces ya de vencer numerosos obstáculos y de vivir en sociedad organizada, ha hecho que a los hombres de las Edades del bron-

ce y del hierro se les llame hombres *civilizados*, en contraste al menos con los primitivos, ya que esas edades son tan largas que los hombres de hace muchos siglos que a ellas pertenecieron se diferenciaran profundamente de los actuales.

Posiblemente habéis oído hablar de otra edad en los cuentos y en la mitología: la *Edad del Oro*. Pero el significado de esta frase es muy distinto del que venimos dando a las demás. La edad de oro quiere decir una época en que cada cosa fuese bella y amable y en que cada uno fuera sabio y bueno. En la Historia del Mundo ha habido tiempos en que por el gran esplendor de las naciones, por la riqueza, por la literatura, por el bienestar que se disfrutó, se ha dicho que fué la Edad Dorada, el Siglo de Oro, etc.

Pero bien podemos asegurar que nunca han existido realmente edades doradas como no haya sido en los bellos cuentos.

Desde un aeroplano

Las gentes de las Edades de Bronce y de Hierro creyeron que el Mundo era plano. Desde luego, los de la Edad de Piedra ni siquiera pensaron en nada de eso. Unos y otros no conocían más que una pequeña porción de la Tierra: el área en que vivían y si acaso las tierras vecinas por donde hacían sus correrías. Pensaban sin duda que caminando largo tiempo llegarían a un sitio donde un corte, una terminación de la Tierra les haría

C
A
E
R

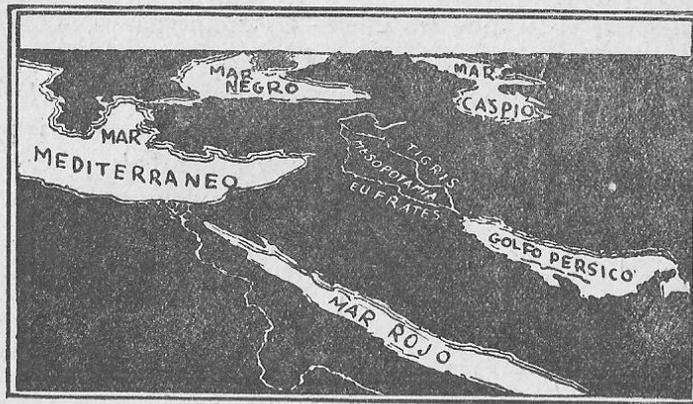
E
N

E
L

A
B
I
S
M
O

Ese final de la Tierra, que nadie conoció, fué llamado la ULTIMA MORADA, bonito nombre del más allá desconocido.

Si hoy subimos en un aeroplano y nos dirigimos hacia las tierras que fueron habitadas por los primeros hombres y miramos hacia abajo, veremos dos ríos, un mar y un golfo. Veríamos algo muy parecido al siguiente dibujo:



Mapa de Mesopotamia y del Mediterráneo

Probablemente no habéis oído hablar de estos mares ni ríos, y sin embargo han sido conocidos antes que ningunos otros lugares o accidentes de la Tierra. Una de las líneas tenues blancas es el río Tigris, y el otro el Eufrates. Ambos corren aproximándose cada vez más hasta lograr reunirse en uno solo poco antes de desembocar en el Golfo Pérsico.

Podemos trazar estos ríos famosos de la historia en el patio o jardín de la escuela o de vuestras casas, explicando a vuestros padres lo que significan esos trazos. Por broma útil podéis llamar a vuestra taza el Tigris y a vuestro vaso el Eufrates, que vierten sus líquidos en vuestra boca, a la que podéis llamar Golfo Pérsico. Será un medio de que no olvidéis los muchos nombres que vais a tener que aprender a lo largo de esta historia. De todos modos, así era como los hombres antiguos denominaban a sus casas, a sus muebles, a sus animales. Bien podéis poner vosotros a vuestros objetos, en la casa, en la escuela, a vuestros juguetes, el nombre de lugares, personajes o sucesos notables.

Si voláramos hacia el Oeste en nuestro aeroplano, descubriríamos una comarca llamada Egipto, otro río llamado el Nilo y un mar importantísimo en la historia, conocido por Mediterráneo, nombre que significa "entre tierras", esto es, mar rodeado de tierras; como que realmente es un gran lago si no tuviese una estrecha comunicación con otros grandes mares.

Entre las muchas razones por las que este mar es famoso, puede darse la suposición de que en edades primitivas no fuese tal mar, esto es, fuese un gran valle donde habitaron muchas gentes, formado de tierras bajas que luego se cubrieron de agua, quizá al partirse el istmo de Gibraltar, hoy estrecho.

Los pueblos que vivieron a lo largo del Nilo en Egipto y del Tigris y el Eufrates en Mesopotamia, fueron las únicas naciones civilizadas que existieron en la Edad del

Bronce. Del resto del Mundo no se conocía absolutamente nada. Habría en otros lugares Hombres de las Cavernas, pero solamente de las gentes que habitaron las orillas de estos ríos se tienen noticias anteriores a la Edad del Hierro.

Pues bien, las gentes del Egipto y de la Mesopotamia desde luego fueron de la que hoy llamamos la raza blanca. No sabemos ni dónde ni cuándo ni cómo aparecieron las otras razas sobre la Tierra, pero pueden hacerse interesantes y lógicas suposiciones. Hubo, creemos, tres diferentes clases de familias blancas, de las cuales proceden todas las gentes de este tipo que hoy pueblan el Mundo.

De modo que nuestros antepasados eran de una de esas tres familias, y es natural que sintáis curiosidad por saber de quiénes sois descendientes. Esas tres grandes ramas de gentes blancas son:

La Indo-Europea o Aria.

La Semita.

La Hamita.

La mayor parte de nosotros pertenecemos a la familia Aria; algunos son Semitas y muy pocos, en esta parte del mundo en que vivimos, son Hamitas.

No tenéis más que ver la proporción de nombres. Todos los que se llaman Enrique, o Carlos, o Guillermo, son Arios. Los que se llaman Moisés, o Salomón, o Jesús, son probablemente Semitas. Apenas si recordamos entre nosotros nombres Hamitas.

Los Arios provienen, en el mapa que hemos dibujado, de tierras más altas que las otras dos familias. Fueron los

primeros hombres que utilizaron los animales domesticándolos. Domesticaron el caballo salvaje para montarlo, lo que les permitió ampliar extraordinariamente sus salidas a las tierras inmediatas, y por tanto su expansión por la tierra. Domesticaron también el ganado vacuno, aprovechando su leche, y supieron utilizar muy pronto la lana de las ovejas.

Comienza la verdadera Historia

Vosotros podéis recordar las cosas más importantes que han sucedido en el tiempo que lleváis de vida.

Y habréis oído contar a vuestros padres las cosas más notables que ocurrieron en la suya; por ejemplo, la inolvidable Guerra Europea.

Y si todavía viven vuestros abuelos, podéis decirles que os cuenten cosas que sucedieron cuando eran jóvenes, incluso de antes que nacieran vuestros padres.

Tal vez

 vuestro padre
se acuerda y hasta tomaría parte en la Guerra de Cuba;
 vuestro abuelo
podrá contaros las luchas de los españoles con los moros
de Africa;

 el padre de vuestro abuelo
le contaría a sus hijos la entrada de Napoleón en España
y las luchas de los españoles con aquellas tropas;

 el padre de vuestro
 ta, ta, ta, tarabuelo
podría contar lo que pasó en España hace siglos;
 y el abuelo de todos vuestros abuelos

tendría que haber vivido juntamente con las gentes que primero hubo en España y sería un hombre de los que primitivamente habitaron nuestro país.

Aunque nuestros antepasados murieron hace tanto tiempo como queráis, la historia de lo que sucedió en su tiempo ha sido escrita por los hombres que vivieron con ellos o por otros que se dedicaban a averiguarlo, y así se ha formado y hemos conocido la Historia del Mundo.

Cristo vivió en el año 1, pero claro que ese uno no quiere decir el primer año que el Mundo tenía, sino que hemos empezado a contar los años desde que él nació.

¿Sabes cuántos años hace de eso?

Puedes decirlo si te fijas o sabes el año en que ahora estamos.

De modo que si Cristo siguiera viviendo, ¿cuántos años tendría?

Diez y nueve cientos y más años pueden parecer, y en efecto son, un largo tiempo. Pero tal vez vosotros habéis oído hablar de algún hombre o alguna mujer que tienen un siglo, que son así de viejos. ¿Verdad?

Pues bien, durante diez y nueve cientos de años sólo hubieran podido existir diez y nueve personas de a un siglo de viejas cada una, la una detrás de la otra. ¡Diez y nueve personas desde que Cristo vino al mundo!, ¿y qué es eso después de todo, por muy largo que parezca?

Todo lo que sucedió antes de que Cristo naciera, se cita con las letras A. C., que son las iniciales de las palabras Antes de Cristo. La cosa no puede ser más fácil. Y todo lo que ha acontecido después, se designa con D. C.,

que son las iniciales de las palabras respectivas. En algunos libros, después de las fechas referentes a los sucesos, se ven las iniciales A. D. para significar después de Cristo. La razón de esto es que algunos autores prefieren las iniciales de dos palabras latinas, *Anno*, que significa "en el año", y *Domini*, que quiere decir "del Señor". De modo que al citar un hecho se añade "en el año del Señor" para decir que ocurrió tal o cual tiempo después de su nacimiento.

Por otra parte, las cosas que suponemos sucedidas antes de que tengamos razones para asegurarlas, porque ocurrieron en tiempos tan remotos que nada se ha podido escribir sobre ellas, forman la *Prehistoria*; y aquellas otras que han tenido lugar desde los tiempos en que los hombres dejaron huellas más o menos claramente, forman la *Historia*.

La primera historia que consideramos como evidentemente clara y segura comienza con la familia Hamita, una de las tres familias de la raza blanca a que nos referíamos hace poco al hablar de los pueblos que habitaron las márgenes de los ríos Tigris y Eufrates. Hay motivos para sospechar que esas tribus se corrieron desde esos ríos hacia el Egipto mucho antes de cuando comienza la Historia.

Naturalmente que esas mudanzas no se hacían como hoy, embalando los muebles en camiones y transportándose en rápidos trenes. En primer lugar, ellos no tenían casas ni muebles como los actuales, ni medios de transporte. Habitaban en tiendas de campaña muy rústicas y

se trasladaban en jornadas cortas, lo que puede resistir un hombre o un animal a pie. Hacían como hoy siguen haciendo los gitanos. Mientras se encontraban en un lugar donde podían comer y había facilidades para vivir, permanecían allí; pero cuando ya habían agotado aquel lugar, empaquetaban sus enseres, los cargaban en camellos y comenzaban a caminar en busca de otro sitio que les ofreciera alimentos y refugio.

Así, acampando aquí y allá, en jornadas de un día, con toda su impedimenta a cuestras o sobre animales, formando caravanas, llegaron estas gentes a las regiones del Nilo, donde les debió ir tan bien que permanecieron, fundando con el tiempo una bonita comarca y dando lugar a la nación famosa que se llama Egipto.

Sin duda no podéis suponer la razón de que aquellas tierras fueran ricas y merecieran la fundación de ciudades tan interesantes. La razón os parecerá a primera vista una mala razón, es decir, una razón para abandonar aquellas tierras más que para permanecer en ellas. Es que el río Nilo se desbordaba todos los años una vez e inundaba las tierras.

Pero esto sucedía de un modo muy particular. Las lluvias primaverales eran intensísimas, llenaban el cauce del río hasta desbordarlo, y cuando cesaban, aquél recobraba su caudal ordinario. La gente veía el comienzo de las lluvias, echaba sus cálculos sobre lo que tardaba la inundación, tomaba sus precauciones para no sufrir daños, y como, por otra parte, la corriente era muy lenta y suave, no arrastraba casas ni animales.

Agreguemos que el río traía muchas sustancias beneficiosas para la tierra, estiércoles, mantillo y otros abonos que cuando bajaba el nivel de las aguas se quedaban depositados sobre las tierras. Los hombres se encontraban de ese modo con que el río les abonaba la tierra y se la preparaba para obtener excelentes cosechas y criar árboles magníficos casi sin gastos.

Tan beneficiosa era esta *costumbre* del río, que sin ella el Egipto sería un desierto arenoso como el Sahara. Es el Nilo quien con sus aguas y sus abonos transforma aquellas tierras en un país rico, fácil para la vida, porque con poco esfuerzo se consiguen cosechas abundantes y porque el clima es tan templado que apenas si se necesitan vestidos, ni calefacción, ni los muchos gastos que el invierno nos impone a nosotros. Desde entonces los Hamitas que ocuparon todas aquellas zonas se llaman egipcios.

El primer rey que nombraron los egipcios, o al menos el primero que nosotros sabemos, fué Menes, del que poco se sabe, como no sea que mandó hacer construcciones para aprovechar mejor las aguas. Probablemente vivió hacia el año 3400 A. C. Podrá ser que su vida sea algo antes o después de esa fecha, pero la preferimos para que sea más fácil recordarla.

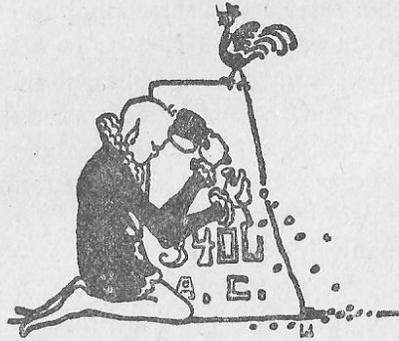
Esa fecha hemos de tomarla como un punto de parti-



Menes, primer rey egipcio,
3400 A. C.

da en nuestra historia. Podéis recordarla imaginándoos que es el número del teléfono de una persona con quien tenéis que comunicar:

Menes, primer rey Egipcio, 3400 A. C.



Los escritores de enigmas

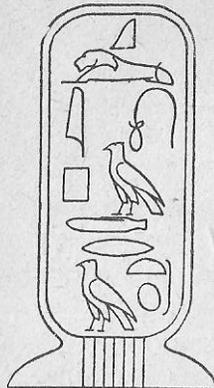
Los hombres de la Edad de Piedra habían aprendido a comunicarse oralmente los unos con los otros, es decir, hablaban a su modo, pero no supieron escribir, porque desconocieron el alfabeto o cualquier otro sistema de signos con los cuales haber podido enviar mensajes a los demás o escribir historias. Los Egipcios fueron los primeros que pensaron en la necesidad de una clave para expresar por escrito sus pensamientos.

Pero no escribieron con letras como nosotros, sino con pequeñas figuras, tales como un león, un pescado, una cuerda, un pajarito. Esta escritura se llamó jeroglífica, como se sigue llamando hoy jeroglífico al escrito en que tenemos que adivinar lo que quieren decir unas figuras combinadas. En los periódicos y en los libritos de niños suele haber una sección de esta forma de escritura.

Aquí insertamos el nombre de una reina egipcia, de la que luego han hablado mucho, escrito en forma jeroglífica.

El nombre de un rey o de una reina tenía siempre una o dos líneas rodeándolo, como para darle mayor importancia. Algo parecido a lo que hoy hacemos con las iniciales de nuestros nombres en el papel de cartas en que las mandamos imprimir.

Pero en aquel tiempo no se conocía el papel, y los egipcios escribían en las hojas de una planta llamada *papyrus*, que crecía en el agua. Y del nombre *papyrus* viene precisamente el nombre de "papel".



Cleopatra, escrito en lenguaje jeroglífico

Los libros egipcios fueron escritos a mano, puesto que todavía no tenían lápices, ni plumas, ni tinta. En lugar de plumas usaban unas cañitas o punzones biselados por su punta, y en lugar de la tinta empleaban una disolución de agua con hollín.

Estos libros no estaban formados por hojas separadas con sus respectivas páginas como los actuales, sino por láminas de papyrus pegadas las unas a las otras con sustancias diversas. En lugar de formar un tomo como ocurre con los libros de hoy, las hojas de papyrus se arrollaban en rulo, y la lectura del libro se hacía desenrollando el rulo.

La historia de sus cosas, de sus batallas y de los grandes sucesos fué escrita por los egipcios en los muros de sus edificios y monumentos, y como los signos se labraban en la piedra, han podido llegar hasta nosotros como muestras más indelebles que los papyrus.

Los viejos egipcios que escribieron en jeroglíficos o que sabían traducirlos, hacía largo tiempo que habían muerto y durante muchos años no se ha sabido lo que querían decir aquellas inscripciones. Pero hace poco más

de un año un investigador descubrió la clave por accidente, y desde entonces conocemos mucho de la historia de aquel pueblo.

El Nilo se divide en diferentes brazos antes de desembocar en el mar Mediterráneo. Estas ramas se denominan bocas, una de las cuales tomó el nombre de "Rosetta". Un día los investigadores excavaban en las proximidades de la Rosetta, cuando de improviso tropezaron con una piedra que parecía la tapa de una tumba y que contenía numerosas inscripciones. En la parte alta estaban grabadas las frases egipcias, y en la parte baja, la misma historia en lenguaje griego, lo que permitió una comparación y el descubrimiento de los signos equivalentes a las letras del alfabeto. Es decir, se procedió lo mismo que se hace cuando se dispone de una clave para traducir las comunicaciones secretas.

La traducción de aquella piedra no fué cosa fácil. En ello emplearon más de veinte años aquellos descubridores. Tiempo exagerado para dedicarse a descifrar un acertijo, ¿verdad?; pero pensemos en que fué un tiempo tan bien empleado que merced a haber descubierto aquella clave han podido traducirse después muchos papiros e inscripciones murales que nos permiten conocer la vida de un pueblo interesantísimo que vivió muchos siglos antes del nacimiento de Cristo.

Esa piedra se ha llamado la Piedra Rosetta, en atención al sitio en que fué hallada, y se conserva en el Museo de Londres, llamando poderosamente la atención de los visitantes por el interés histórico que encierra.

Los egipcios adquirieron un desenvolvimiento extraordinario como nación bajo el gobierno de un rey famoso llamado Faraón, hasta el punto de que a partir de su muerte los sucesores en el trono siguieron llamándose Faraones. El resto del pueblo se dividía en castas y los niños venían al mundo de la casta a que pertenecían sus padres. Era muy raro que quien perteneciera a las clases pobres pudiera con su trabajo y sus méritos llegar a las superiores, como hoy sucede frecuentemente en nuestra sociedad; sin embargo, ya veremos cómo pudo ser en algunos notables casos.

La más elevada clase entre las castas del pueblo fué la de los sacerdotes. Estos no se parecían a los ministros de la Iglesia actuales; por lo pronto, no había entonces iglesias. Los sacerdotes eran los encargados de mantener las prácticas y creencias religiosas a la vez que las demás reglas a que los demás tenían que obedecer; pero además eran doctores, legisladores e incluso ingenieros.

Es decir, la clase de los sacerdotes estaba constituida por los hombres más cultos, por los únicos que entonces sabían leer y escribir, dada la gran dificultad y el secreto que ello representaba. La cultura no llegaba a los demás.

La clase inmediata inferior a la de los sacerdotes la formaban los soldados, y por último estaban los labradores, los obreros, los empleados, y por último los porqueros (guardadores de cerdos).

Los egipcios no adoraban a un solo Dios como hacen hoy los pueblos civilizados, sino a muchos dioses y diosas. Creían en un dios para cada clase de cosas, encargado

de la suerte de las mismas. Un dios del fuego, otro de la casa, otro de la guerra, etc. Unos de estos dioses eran buenos y otros malos; pero los egipcios adoraban a todos por lo que de ellos pudieran recibir o temer.

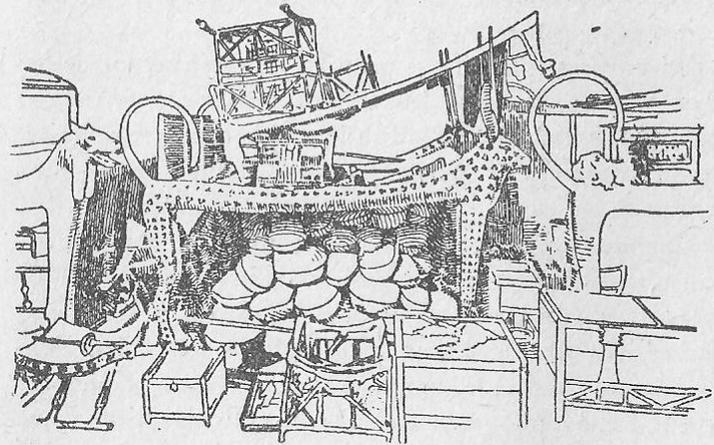
Osiris fué el jefe de los dioses, e Isis su esposa. Osiris era el dios de la heredad, de la tierra y de la casa en que vivía una familia y además hacía el juicio de los muertos. Su hijo Morus tenía cabeza de halcón (ave de rapiña).

Muchos de los dioses tenían cuerpos de hombre, con cabezas de animales. Los egipcios creyeron que los animales eran sagrados. Eran sagrados el perro, el gato, el buey y sobre todo el pájaro ibis, parecido a una cigüeña, y el escarabajo sagrado, con sus alas abiertas. Llegaba a tanto la superstición de los egipcios, que si alguien mataba a un animal sagrado era condenado a muerte, pues era mucho más respetable la vida de los primeros que la de los hombres.



Los constructores de tumbas

Los egipcios creían que, cuando morían, sus espíritus quedaban cerca de los cuerpos. Por esto cuando moría una persona colocaban en su tumba toda suerte de cosas que pudiera necesitar durante la vida—alimentos, bebidas, muebles, vestidos, objetos de recreo, etc.



La tumba de Tutankamen mostrando su depósito de alimentos.

Creían que los espíritus volverían a sus cuerpos en el día del juicio, y para ello era necesario conservar estos

cuerpos lo más intactos posible. Con tal propósito hacían en los cuerpos de los muertos una especie de embalsamamiento, cubriéndolos con una capa de sustancias parecidas al betún y luego envolviéndolos con vueltas y vueltas de una faja protectora. Un cuerpo conservado de esta manera se llama una momia. Las momias de algunos reyes pueden verse todavía, a pesar del enorme tiempo transcurrido. La mayor parte de las momias no siguen en sus primitivas tumbas, sino que fueron trasladadas a mausoleos donde aún pueden visitarse.

Las momias aparecen acartonadas, amarillentas y secas como la madera. La pérdida de los jugos del cuerpo les hace disminuir de tamaño, presentándose como "viejecitos todo piel y huesos".

En un principio sólo se conservaban los cuerpos de los reyes y de las personas importantes; pero con el tiempo esta práctica se fué extendiendo a las clases más bajas, excepto quizá la de los jornaleros. También fueron momificados los cuerpos de algunos animales sagrados.

Cuando moría un egipcio, sus amigos le proporcionaban una modesta tumba, consistente en unas piedras colocadas en forma de ataúd que resguardaran su cuerpo de la intemperie y de los ataques de los animales. Pero cuando se trataba de un rey o de un hombre poderoso, la tumba era un verdadero monumento de piedras que no pudiera confundirse con el de una persona vulgar. Algunos reyes y personajes se construyeron por sí mismos sus tumbas antes de morir.

Cada uno de los reyes trataba de que su tumba supe-

rara en altura y dimensiones a la de sus antepasados, lo que dió lugar a que con el tiempo se convirtieran en colinas de roca. Esto es lo que llamamos hoy *pirámides*. Fueron éstas, por consiguiente, tumbas de reyes que se mandaron construir ellos mismos durante su reinado y que constituyen obras famosas, hasta el punto de que el orgullo les hacía poner en la construcción de su tumba mucho más interés y riqueza que en el edificio en que vivían.

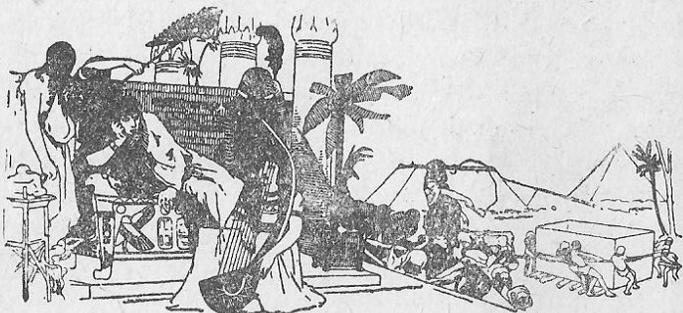
Las pirámides, por tanto, son palacios para muertos. Hay muchas de ellas a lo largo del banco del Nilo, y en su mayor parte fueron construídas lo menos tres mil años A. C. Las tres mayores pirámides están cerca del Cairo, y la mayor de todas, la Gran Pirámide, construída por el rey Cleopas dos mil novecientos años antes de Cristo. Un nuevo número de teléfono para mejor recordarlo:

Cleopas..... 2900 A. C.

Hoy para construir un gran edificio se emplean grúas, crík o gatos y diversas máquinas. Pero lo terrible es pensar que en aquel tiempo no había nada de esto, y que los obreros tenían que emplear la fuerza de sus brazos para acarrear piedras inmensas y colocarlas a la altura de las pirámides. Algunas de esas moles de piedra eran traídas desde muchas millas de distancia, y luego habían de ser subidas por planos inclinados tirando de ellas y empujándolas.

Para formaros idea de la naturaleza de estos trabajos,

basta decir que en la Gran Pirámide se calcula que trabajaron cien mil hombres durante veinte años. Esta pirámide es una de las construcciones más grandes del mundo y muchas de sus piedras son tan grandes como pequeñas casas. Es muy difícil saber dónde está la entrada de las pirámides y llegar al sitio donde se conservaba el cadáver. En la mayor parte de ellas no están ya las momias, y el turista sólo ve recintos lúgubres, llenos de murciélagos.



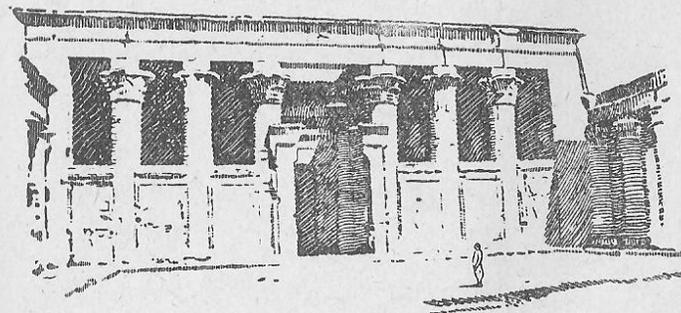
Cleopas pensando y dirigiendo su pirámide

Cerca de la Gran Pirámide está la Esfinge, que consiste en una enorme estatua de león con cabeza de hombre. Es tan grande como una iglesia, y a pesar de ello ha sido labrada en una roca de una sola pieza. Ahora bien, la roca estaba ya en aquel sitio y naturalmente no tuvo que ser transportada. La Esfinge es la estatua del dios de la mañana, y la cabeza es la de uno de los Faraones que se la mandó construir. La arena del desierto ha cubierto la

mayor parte del cuerpo del león, y aunque de vez en cuando ha sido limpiada de arena, el viento arrastrando a ésta la vuelve a tapar.

Los egipcios labraron en piedra otras estatuas de hombres y mujeres en tamaño mucho mayor que el natural, colocando las figuras de pie, con los pies juntos, el cuerpo muy erecto y los brazos cruzados, como se suelen poner los niños cuando se les manda estar quietos.

Construyeron grandes casas para sus dioses, que fueron llamadas templos y que hicieron el oficio de nuestras actuales catedrales. Estos templos se sostenían en gigantescas columnas y pilares. Las personas colocadas a su lado parecen insignificantes enanos. He aquí uno de esos templos, que os demostrará su grandeza comparando el tamaño de la persona que hay ante él y os hará notar la gran diferencia que su fachada presenta en relación con las iglesias actuales:



Templo egipcio.

Decoraban sus templos, pirámides y edificios con dibujos y pinturas. Esas pinturas se parecen mucho a las que puede hacer un niño. Por ejemplo, cuando querían representar las aguas del mar no empleaban más que una línea sinuosa que quería expresar el oleaje. Cuando querían representar una hilera de hombres de espalda en contraste con otra de frente, colocaban a los unos pegados a la espalda de los otros. Para expresar que una figura de hombre correspondía a un rey, la hacían varias veces más grande que la de cualquiera otro de la misma pintura. No tenían más noción de los colores que el gusto de cada pintor; casi siempre empleaban un solo color, el azul, el amarillo o el pardo. No importaba que la persona o cosa tuviese o no aquel color en la realidad.

Un rico país donde no había dinero

Quizá hayáis leído en los libros de cuentos que hubo un país donde los más ricos manjares y todo lo que pudiera apetecerse para comer y recrearse colgaba de los árboles, bastando para conseguirlo alargar la mano. Esta creencia data de tiempos remotísimos, y los pueblos antiguos llegaron a suponer que tan bella comarca estaba próxima a los ríos Tigris y Eufrates y la llamaron con palabras parecidas a las que hoy emplearíamos para designar un lugar delicioso, por ejemplo, Jardín del Edén.

Nosotros no tenemos idea del lugar de la Tierra que los antiguos bautizaran con aquel nombre, pues ninguno de los actuales países llega a ser tan bello y rico que los hombres no necesiten trabajar para la satisfacción de sus necesidades.

Volvamos a imaginarnos que volamos en un aeroplano por encima del país bañado por los ríos Tigris y Eufrates. Ya dijimos que el terreno comprendido entre ellos se llama Mesopotamia, nombre formado por dos palabras griegas que significan precisamente eso: "entre los ríos".

Observemos. El país vecino, separado de la Mesopotamia por el Tigris y sobre éste, se llama la *Asiria*.

La zona de terrenos más cercana al lugar en que los ríos se reúnen es *Babilonia*.

La que circunda el sitio en que esos mismos ríos desembocan se llama la *Caldea*.

Sobre la Caldea notad el *Monte Ararat*, donde se dice que permaneció el Arca de Noé después del Diluvio.

He aquí una buena cantidad de nombres nuevos. A un jovencito se le ocurrió para recordarlos hacer tarjetitas con las inscripciones:

ASIRIA.

CALDEA.

ARARAT.

EUFRATES.

BABILONIA.

MESOPOTAMIA.

y colocarlas pendientes de los vagones de un tren de juguete, como hoy se hace en los expresos para significar el lugar a que va cada coche.

Babilonia fué un riquísimo país, pues los dos ríos habían acarreado gran cantidad de materiales que abonaban el suelo y lo hacían muy a propósito para producir cosechas; algo parecido a lo que el Nilo hacía con el Egipto.

El trigo, con el cual se hizo pan o substancias parecidas desde los primeros tiempos, ha sido siempre considerado como la primera materia de la vida. Los hombres estimaron esta planta tanto o más que hoy, y se cree que el primer lugar en que se cultivó fué Babilonia. Los dátiles en aquella parte del Mundo son alimento casi tan importante como la harina, y crecen allí con una abundancia y fragancia extraordinarias. Nosotros comemos dátiles como

algo de confitería, pero aquellos hombres los consumieron como si fuera pan.

En los ríos había gran variedad de peces sabrosos, que se pescaban con gran facilidad, y la abundancia de aves y otros animales comestibles nos da idea de que los babilonios se daban una buena vida sin gran trabajo.

Y lo más curioso es que ni tuvieron ni necesitaron el dinero. Cada cual tenía cabras, ovejas, vacas, ganado diverso, trigo y otros frutos que empleaban en su alimentación. La gente era más o menos rica según la cantidad de esas cosas que tuviera. Cuando le sobraba de algo, lo cambiaban por lo que les faltaba y otros tenían. De modo que la compra y la venta se hacía cambiando cosas por cosas.

En una ocasión los babilonios construyeron una torre llamada Torre de Babel, de la que vosotros habéis oído hablar seguramente. Era un monte más bien que una torre, donde pensaban subirse en caso de que se repitiera el Diluvio. Otros historiadores afirman que edificaron varias torres y que su objeto fué otro. Los babilonios eran gentes venidas del Norte, donde abundaban las colinas, sobre las cuales construían los altares. Al llegar a las llanuras de la Mesopotamia, sintieron la necesidad de edificar elevaciones donde instalar sus altares, porque así entendían que estaban más cerca del cielo. Para llegar a la cumbre de estas colinas o torres, en lugar de escaleras construyeron una rampa o camino por donde podían subir hasta los carros por una pendiente suave que daba vueltas en espiral como las de una escalera de caracol.

En la llanura de la Babilonia, como en el valle del Nilo, no había piedra para estas construcciones, y los babilonios idearon la fabricación de bloques de barro que secaban al sol. Con el tiempo y las lluvias, los bloques se deshacían y se convertían de nuevo en barro, lo mismo que sucede con las construcciones que hacen los niños amasando la tierra con agua. Esta es la causa de que actualmente no conozcamos de las construcciones babilónicas otra cosa que montones informes de greda.

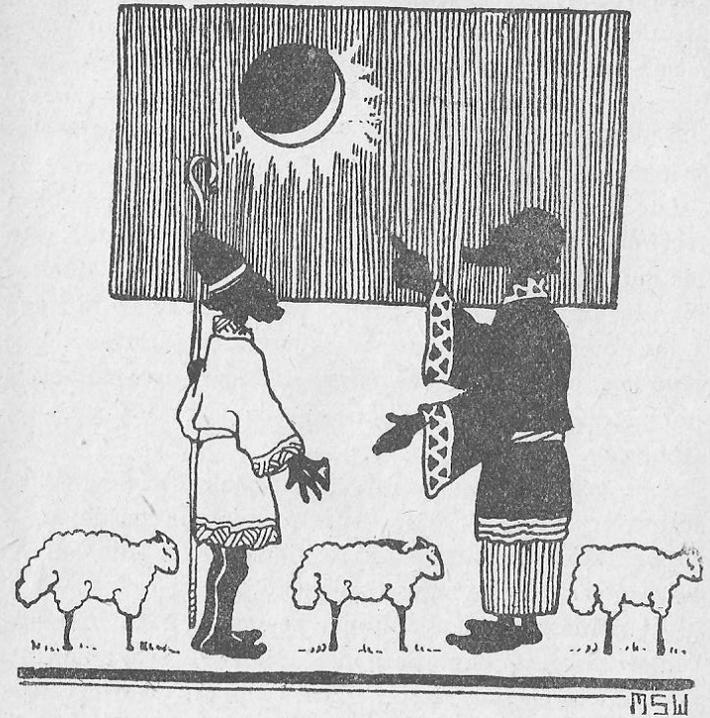
Los egipcios escribieron en papiro o grabaron las piedras, pero los babilonios no tuvieron ni papiro ni piedras. Todo lo que tenían eran ladrillos y sobre ellos escribían antes de que la pasta se endureciera, usando para ello estiletes puntiagudos.

Esta escritura se llamó *cuneiforme*, que quiere decir en forma de pequeñas cuñas parecidas a las huellas que dejan en el barro los dedos de las aves. La escritura de algunos pequeños tiene mucho de cuneiforme.

Los babilonios eran muy guardadores de sus rebaños, a los que vigilaban de noche y de día. En esa prolongada quietud observaron muy atentamente el Sol, la Luna y las estrellas, y llegaron a tener un gran conocimiento de los astros.

¿Habéis visto alguna vez la Luna durante el día? Desde luego. Pues bien, cada vez que un astro se coloca entre el Sol y otro astro, éste no puede recibir la luz del Sol y se oscurece. Es lo mismo que si entre nuestra mirada y la luz eléctrica colocamos una pantalla que no deje pasar la luz. Si es la Luna quien se coloca entre la Tierra y el

Sol, ocurre que no vemos éste aunque sea en las horas más luminosas de la mañana; se produce una noche anticipada y los animales se retiran a dormir. Pero al poco la



Los babilonios observando un eclipse.

Luna pasa, el Sol vuelve a resplandecer y el día se restablece, saliendo de nuevo los animalitos al campo. A este fenómeno se llama un eclipse de sol.

Probablemente ninguno de vosotros ha visto un eclipse de sol, pero ya lo veréis algún día. En la antigüedad y aun hoy las gentes ignorantes al presenciar un eclipse creen que algo catastrófico va a suceder, incluso el fin del Mundo, porque la falta de experiencia sobre esos fenómenos no les permite comprender que se trata de cosas naturales que suceden regularmente y ningún daño causan.

Pues bien, los babilonios llegaron a observar tanto el cielo y las estrellas, que dos mil trescientos años antes de Cristo eran capaces de predecir o anunciar cuándo iba a tener lugar un eclipse de sol. Habían contemplado tanto los movimientos de la Luna a través del espacio, que sabían las posiciones que necesitaban tener el Sol y la Luna y las anteriores para que se produjera el fenómeno. Los hombres que estudian los astros se llaman astrónomos, y por consiguiente los babilonios fueron los primeros astrónomos.

Los egipcios adoraron a los animales, y después de lo que acabamos de decir se comprende que los dioses de los babilonios fueran los astros, sobre todo el Sol, la Luna y las principales estrellas o planetas.

El primer rey de Babilonia de que se sabe bastante, con ser poco, se llamó Sargon I, que vivió próximamente en la época en que fueron construídas las primeras pirámides de Egipto.

Hacia el año 2100 A. C. hubo en Babilonia un rey tan sabio que fué conocido por sus leyes a gran distancia. Su nombre fué el de Hammurabi, y sus disposiciones, escritas en forma cuneiforme, están grabadas en piedras que

se conservan en los museos de Arte antiguo. A pesar de que los nombres de Sargon y Hammurabi nos parecen hoy muy extraños, pertenecen a reyes que en verdad existieron y que gobernaron pueblos reales.



Los judíos errantes

Pronunciad la palabra "Ur". Es una de las más cortas que conocemos. Es el nombre de un pequeño lugar en la parte de Babilonia llamada Caldea.

En este lugar, hacia mil novecientos años A. C. vivió un hombre llamado Abraham, que tuvo una numerosísima familia y que a pesar de no tener dinero era muy rico. Tuvo grandes rebaños de ovejas, cabras, vacas, que eran en aquella época la principal riqueza.

Abraham y su familia se diferenciaban en que adoraban a un solo Dios, como hacen hoy los pueblos civilizados, mientras que sus vecinos ya hemos dicho que adoraban a los animales y a los astros. A estos dioses se les llama *ídolos*.

Abraham no agradaba a sus vecinos por esta razón ni él tenía amistad con ellos, pues lo consideraban como un hereje. Hasta tal punto llegó la enemistad de unos y otros, que Abraham se vió obligado a tomar su gran familia y sus ganados y marcharse de aquel lugar, yendo a establecerse en una región llamada Canaán, bastante lejos, a la orilla del mar Mediterráneo. Esto ocurría cerca de veinte siglos antes de Jesucristo.

Abraham vivió muchos años y tuvo una larguísima familia. Uno de sus nietos, llamado Jacob, a quien también se conoció por el nombre de Israel, tuvo entre sus numerosos hijos uno denominado José.



Abraham abandonando el Ur. 1900 A. C.

Seguramente recordaréis por la Biblia la historia de este hijo predilecto de Jacob, historia que luego ha sido pintada con variantes imaginativos. Se dice que el hijo predilecto de Jacob era distinguido por sus padres con una túnica de ricos colores. Todo esto despertó la envidia de sus hermanos, como sucede casi siempre que una de las personas o animales que conviven son distinguidos con mimos o cariños. Los hermanos decidieron secuestrarlo en un pozo y luego lo vendieron a unos mercaderes egipcios que pasaron por allí, volviendo a decir a su padre que José había sido devorado por unos animales salvajes. Los compradores llevaron a José a lejanas tierras.

Aunque José entró en Egipto en calidad de esclavo y, como ya dijimos antes, era muy difícil pasar de una casta inferior a otra superior, el talento de José era tal que

conquistó un puesto elevado entre las clases directivas de aquella sociedad.

En el tiempo en que José había llegado a ser un personaje importante en Egipto, vino sobre Canaán una calamidad, se perdieron las cosechas y faltaron los alimentos, mientras en Egipto había gran cantidad de ellos almacenados.

Los hermanos de José concibieron la idea de ir al Egipto en busca de socorros, y pidieron hablar con el encargado de los víveres, sin poder sospechar que fuese José, a quien consideraban muerto o en tierras desconocidas. Ya podéis imaginaros la enorme sorpresa y la vergüenza que sentirían los hermanos de José recordando que habían tratado de matarle, que le habían vendido como un esclavo y que ahora tenían que humillarse ante él y suplicarle que les concediera alimentos.

José pudo ordenar en venganza que sus hermanos fuesen condenados a muerte, que fuesen reducidos a prisión o al menos que regresaran a Canaán sin los alimentos. Pero José era tan afectuoso y generoso, que no sólo perdonó a sus hermanos las ofensas y males que de ellos había recibido con sólo su presencia y el haberle llevado noticias de su padre, sino que además de los alimentos que necesitaban les llenó de regalos. Todavía más, les dijo que volvieran a Canaán, que recogieran sus familias y vivieran con ellas a establecerse en Egipto, prometiéndoles darles un trozo de tierra rica para la labor que les evitaría el pasar nuevas miserias, viviendo felices.

Así lo hicieron, e Israel, sus hijos y sus familias se di-

rigieron hacia el Egipto, donde se establecieron hacia el año 1700 A. C. Los egipcios les pusieron el nombre de israelitas, que quiere decir, claro es, hijos de Israel. Estas gentes creyeron ser el pueblo elegido por Dios, y ahora le llamamos el pueblo judío.

Cuando murió José, que era naturalmente un israelita, los reyes o Faraones de Egipto no miraban bien a los descendientes de Israel, por considerarlos un pueblo extranjero perteneciente a otra raza que se había introducido en sus tierras. Los trataron con muy malas formas, como luego han hecho con ellos, y se sigue haciendo injustamente en nuestros días. Ya veis si es antiguo el mal trato que se da a los judíos.

Aunque los judíos y sus descendientes vivieron todavía en Egipto por espacio de cuatrocientos años aguantando el desprecio de los naturales del país, y siendo víctimas de los odios de los egipcios, llegó el momento en que un gobernador de Egipto llamado Rameses el Grande, que sintió por aquella gente más odio



Momia de Rameses



Rameses el Grande

que nadie, diera orden de matar a los hijos que nacieran de los judíos para evitar que se multiplicara esta raza. Esto sucedió hacia el 1300 A. C.

Un muchacho judío llamado Moisés se salvó en la forma curiosa que nos cuenta la Historia Sagrada y creció sin que las autoridades sospecharan quién era. Al llegar a hombre fué Moisés el más famoso de los directores y salvadores de los judíos.

Moisés decidió sacar a su pueblo de la tierra en que tan mal le iba, donde los atacaban y donde se adoraba a falsos dioses, y al fin lo realizó conduciendo a su pueblo fuera de Egipto a través del mar Rojo. Esta salida y marcha del pueblo israelita se llama el Exodo, que tuvo lugar hacia el 1300 A. C.

Cuando los judíos caminaban, la primera parada la hicieron al pie de Monte Sinaí. Moisés procuró quedarse solo y subió a lo alto del monte con el propósito de saber lo que Dios quería que su pueblo fuera y lo que hiciera.

Moisés oró y rogó a Dios durante cuarenta días en la cima del monte, hasta que al fin se le apareció Dios y le entregó las tablas de la ley, que contenían los diez Mandamientos que habéis aprendido en la escuela. Pero como la ausencia de Moisés había sido tan prolongada, cuando bajó trayendo consigo las tablas (que eran de piedra), el pueblo había perdido la fe, e imitando a los egipcios, los encontró adorando a un becerro.

Moisés se encolerizó; reprochó a sus gentes que hubieran caído en aquella imitación peligrosa y decidió alejarse lo más posible del influjo de sus vecinos. Al fin lo-

gró explicarles e imponerles la Ley de Dios, haciendo de los Mandamientos la regla de vida de aquel pueblo. Por esto se tiene a Moisés como el fundador de la religión de los judíos.

Muerto Moisés, el pueblo judío, desconcertado y temeroso, estuvo errante durante muchos años, sin saber dónde asentarse, hasta que finalmente pensó en dirigirse de nuevo a la tierra de Canáan.

Los judíos no tenían reyes. Fueron gobernados por hombres sabios llamados jueces, que vivían modestamente como cualquier otro, sin palacios, sin criados, sin ricos vestidos y sin joyas. Pero más tarde pensaron en tener reyes, como tenían los otros pueblos conocidos. Cosa rara en verdad, porque a los reyes de los pueblos donde habían vivido debían todos sus males y la desgracia de no tener tierra propia. ¿No os parece más natural que quisieran haber tenido un presidente como tenemos hoy nosotros?

En tiempos del juez Samuel, éste recomendó que deberían elegir un rey, y, en efecto, fué elegido Saúl. Samuel derramó aceite de oliva sobre la cabeza de Saúl, y éste quedó consagrado. Tal ceremonia puede parecernos una suciedad, pero en aquel tiempo tenía la significación de una corona o cualquier signo real. Por consiguiente, Samuel fué el último de los jueces y Saúl el primero de los reyes.

En aquel tiempo todos los pueblos creían, como los egipcios y los caldeos, en algunas divinidades e ídolos contruídos en virtud de una fantasía. Sólo los judíos conservaron la creencia de un solo Dios. Tenían un Libro

Sagrado escrito por sus profetas, que luego hemos llamado el Antiguo Testamento, que forma parte de la Biblia cristiana.

Esta es la historia de la vida inquieta y penosa de los judíos dada por el Antiguo Testamento, y esa es su religión, expresada en los Diez Mandamientos.

Sus mudanzas principales son éstas:

Del Ur a Canaán.....	1900 A. C.
De Canaán a Egipto.....	1700 A. C.
De Egipto a Canaán de nuevo.	1300 A. C.

El bello cuento de los dioses

Hubo una vez un hombre llamado Helleno—extraño nombre para un hombre, ¿verdad?—que no fué semita ni hamita, sino ario; tuvo muchos hijos e innumerables nietos, que se llamaban a sí mismo helenos. Vivieron en una diminuta porción de tierras rodeadas por el mar Mediterráneo, a la que llamaban Helas.

Aunque Helas fué un país más pequeño que algunas de las regiones en que se divide España y desde luego mucho más pequeño que casi todas las naciones actuales de Europa o América, ha tenido una historia más famosa que ninguno de los países de la Tierra, o al menos tan famosa como el que más. A la antigua Helas la llamamos hoy Grecia, y a los helenos, griegos.

Próximamente hacia la época en que los judíos abandonaron el Egipto, que viene a ser la misma en que los hombres comenzaron a usar el hierro en lugar del bronce, esto es, por el 1300 A. C., se tienen las primeras noticias de la existencia de este país y de sus habitantes.

Los griegos creyeron en muchos dioses, no en uno como hacían los judíos, y esos dioses se parecían más a los personajes de los bellos cuentos que a los seres divinos. Los griegos hicieron multitud de estatuas represen-

tando a sus dioses y numerosos cuentos describiendo su poder y su vida.

Hubo doce, precisamente una docena, de dioses principales, que, según creencia de los griegos, vivían en un lugar reservado del monte Olimpo, que era el más elevado de los montes de Grecia.

Estos dioses no siempre fueron buenos, sino que con frecuencia se enfadaban, y castigaban y mataban. Vivían alimentándose con substancias exquisitas que los demás hombres no comían. Es el llamado néctar de los dioses al que atribuían los griegos la virtud de hacer inmortales a los que lo probaran; esto es, que jamás morirían.

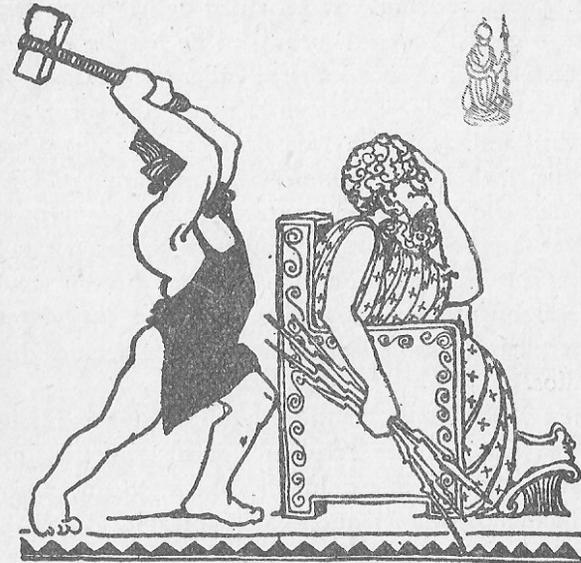
Veamos en que consistía la familia de los dioses. Espero que os agradaará conocerlos. La mayor parte de ellos tienen dos nombres:

Júpiter o *Zeus* es el padre de los demás dioses y el rey que gobierna la vida de todos los seres humanos. Está sobre un trono y sostiene un haz de relampagueantes rayos. Un águila, el rey de las aves, está con frecuencia a su lado.

Juno o *Hera* es la esposa de Júpiter y, por consiguiente, reina. Lleva en su mano un cetro, y su pájaro favorito, el pavo real, la acompaña con frecuencia.

Neptuno o *Poseidón* es uno de los hermanos de Júpiter. Reina en el mar. Conduce un carro sobre las aguas tirado por dos caballos de mar, y en la otra mano empuña un tridente que se asemeja a una horca con tres puntas. Puede producir una tormenta o amansar las olas sólo con tocarlas con su tridente.

Vulcano es el dios del fuego. Tiene el aspecto de un herrero que trabaja en la fragua. Se dice que su fragua existe en la cueva de una montaña, y a esto atribuían los griegos la salida de humo y lava en los montes volcánicos, palabras que se derivan de Vulcano.



Nacimiento de Minerva o Atenea

Apolo es el más bello de todos los dioses. Es el dios del Sol y de la Música. Todas las mañanas, decían los griegos, Apolo conduce su carro de sol a través del

cielo de Este a Occidente, y a esto se debe la sucesión de los días y de las noches.

Diana o *Artemisa* es la hermana de *Apolo*. Es la diosa de la Luna y de la caza.

Marte o *Ares* es el dios terrible de la guerra, que sólo es feliz mientras una batalla se desencadena o se prepara. Como en aquellos tiempos las guerras eran cosa casi constante, la actividad de *Marte* no cesaba.

Mercurio o *Hermes* es el mensajero de los dioses. Lo representan con alas sobre su cabeza y pies para indicar su rapidez, y lleva en la mano una sorprendente varilla alada que si el dios coloca entre dos personas que riñen, los hace inmediatamente amigos. Un día *Mercurio* vió dos serpientes luchando, interpuso su varita entre ellas y los reptiles se sintieron tan felices que se enroscaron al cuerpo del dios en señal de acatamiento y amor. Eso significan las amorosas serpientes que se ven en las representaciones de este dios.

Minerva o *Atenea* es la diosa de la sabiduría. Nació de una manera muy extraña, a saber: Un día *Júpiter* sufrió un terrible dolor de cabeza, lo que nosotros llamamos una "jaqueca" insoportable. Aquel dolor iba a más cada vez, hasta que llegó a privarle de poder andar. Entonces *Júpiter* ideó un procedimiento sorprendente de quitarse el dolor y que consistió en llamar a *Vulcano* y pedirle que golpeará su cabeza con un grueso martillo. *Vulcano* se resistió a cumplimentar el encargo, pero ante las órdenes de *Júpi-*

ter tuvo que obedecer al padre de los dioses. Dió un terrible golpe al dios en la cabeza y surgió la diosa con toda su armonía y belleza, cesando el dolor que padecía.

Como los griegos interpretaron que *Minerva* nació del cerebro del dios padre, la consagraron diosa de la sabiduría. El nombre griego de *Minerva* es *Atenea*, y de ella se deriva el nombre de la gran ciudad que la diosa fundara, *Atenas*. Creían que *Atenea* cuidaba de la ciudad como una madre amorosa lo hace con sus hijos.

Venus o *Afrodita* es la diosa de la belleza y del amor. Es la más bella de las diosas, como *Apolo* lo es de los dioses. Se creyó que había nacido de la espuma del mar. Tiene un hijo llamado *Cupido*, que es un hermoso niño que lleva en su espalda una flecha de arco. El va clavando su flecha en el corazón de los seres humanos, que cuando sienten la herida se enamoran de alguien. He aquí por qué los novios se envían tarjetas con corazones atravesados por flechas.

Vesta es la diosa del hogar familiar, que cuida de la suerte de la familia.

Ceres es la diosa del campo.

Estos son los doce dioses de la familia Olímpica. Sin embargo, merece citarse al hermano de *Júpiter*, llamado

Pluto, que gobierna el mundo subterráneo y vive bajo tierra.

Hay otros muchos dioses menos importantes, a la vez

que otros semidioses, que son medio divinos medio humanos, tales como las tres Hadas, las tres Gracias y las nueve Musas.

Algunos de los astros que brillan en el firmamento, sobre todo los que llamamos planetas, llevan nombres de dioses griegos. Tales como Júpiter, el mayor de los planetas, en armonía con la grandeza del dios padre; Marte, estrella rojiza, color de sangre, en relación con el dios de las batallas; Venus, la más bella de las estrellas, como ocurría con la diosa. Hay también un planeta Neptuno y otro Mercurio.

Es muy difícil para nosotros entender cómo los griegos podrían pedir y rogar a dioses tan diversos; pero tengamos en cuenta que sus oraciones o su culto no eran como los nuestros. En lugar de arrodillarse y clavar los ojos en las imágenes, como se hace hoy, ellos permanecían de pie y alzaban los brazos ante la estatua o en el lugar en que creían podía verlos el dios. No oraban para ser perdonados de sus culpas o para ser mejores, sino por la victoria sobre sus enemigos o por verse libres de daño.

Cuando suplicaban, los griegos ofrecían al dios animales, frutos, miel o vino con el fin de rogarle que accediera a sus peticiones. Derramaban el vino por el suelo, maltrataban y quemaban a los animales en un altar; todo esto creyendo que con ello agradaban al dios. Estas formas de cultos se llaman sacrificios.

La idea que los griegos, como otros pueblos, satisfacían con el acto del sacrificio era la de privarse de algo en obsequio al dios. Ya suponían que el dios no necesitaba

comer aquella carne de animal ni beber aquel vino, pero estaban seguros de que el dios tendría que agradecerles la privación que se imponían. Todavía hoy, cuando nos desprendemos de algo en obsequio de los demás, decimos que nos sacrificamos.

Las gentes sintieron la necesidad de saber si los dioses se complacían o no con los sacrificios que se les ofrecían; si los aprobaban y se disponían a otorgar la gracia o no. Una bandada de pájaros que cruzara el espacio, un relámpago, un fuerte viento y otros muchos sucesos no diarios eran tomados como signos aprobatorios o denegativos. Tales signos fueron llamados agüeros o presagios. De éstos, unos eran anunciadores de sucesos agradables; otros, de males o calamidades; esto es, de que el dios concedería lo que se le rogaba o de que, enfadado, negaría o castigaría.

Nada de particular tiene que el pueblo creyera en estos augurios cuando en nuestros días y entre nosotros mismos se cultivan supersticiones aun más ridículas, como la buena o mala suerte que significa ver un tuerto, derramar la sal, la aparición de una mariposa blanca, de una culebra, etcétera, etc.

No muy lejos de Atenas hay un monte llamado Parnaso. En la ladera de este monte hubo una ciudad llamada Delfos, en la cual existía una grieta del terreno por la cual emanaba humo en forma parecida a lo que sucede en el cráter de un volcán. Se creyó que estos gases eran el aliento del dios Apolo.

Una mujer sacerdote, una sacerdotisa, sin duda en un



Oráculo de Delfos

momento febril, como pasa con quien tiene alta fiebre y dice cosas absurdas, divulgó que sobre la grieta humosa de Delfos había visto a un extraño personaje subido a un árbol de tres pies que dejaba entre ellos la boca del terreno y que respiraba los gases que salían de la tierra.

La fantasía se echó a volar con este suceso y se dijo que aquel personaje hablaba en nombre de Apolo. No hay que decir que las gentes acudían de todas partes a consultar en la creencia de que obtenían respuestas del mismo Apolo. A esto se llamó el *Oráculo de Delfos*.

Los griegos acudían al oráculo cada vez que querían saber lo que les convenía hacer o lo que iba a ocurrir, y recibían las respuestas como algo fatal. Muchas veces, sin embargo, las respuestas eran enigmáticas; esto es, que tenían que ser interpretadas y podían ser ejecutadas en más de una forma. Por ejemplo: un rey que tenía que entablar una guerra con otro, preguntó al oráculo quién vencería, y el oráculo le respondió: "Un gran reino será vencido". ¿Qué significación tiene esta respuesta? ¿No creéis que se presta a nueva consulta?

Un bello cuento guerrero

La historia de los pueblos, o mejor dicho de las naciones, comienza y termina ordinariamente con una guerra. Y éste fué el primer gran suceso de la historia de Grecia, con el nombre de guerra de Troya, pues se supone tuvo lugar mil doscientos años A. C. y no muy después del comienzo de la Edad de Hierro.

No se está seguro de estas fechas, ni de en qué consistió esta guerra, ni cómo ni dónde se inició y terminó, porque todo lo que se dice de ella pertenece a lo *legendario*.

Una vez hubo unas fiestas de bodas entre dioses en el monte Olímpico, cuando de pronto apareció una diosa que no había sido invitada y arrojó sobre la mesa de los comensales una manzana de oro, diciendo estas palabras:

“Para la más bella.”

Cada una de las diosas allí reunidas creyó ser la más guapa, lo mismo que pasa con los seres humanos, y originaron una disputa sobre quién debería llevarse la manzana. Aquella diosa había dado lugar a una gran ene-

mistad entre las diosas, por lo que la llamaron la diosa de la disputa, y a la manzana.

La manzana de la discordia.

Como las diosas no llegaron a ponerse de acuerdo, se les ocurrió llamar, para que decidiera, a un bello joven pastor que andaba por el monte y que era llamado Paris. Paris se presentó ante ellas para dar el fallo sobre cuál era más hermosa. A este momento, que ha sido pintado por el gran maestro Rubens y que todos habréis visto en museos y fotografías, se ha llamado

El juicio de Paris.

Cada diosa ofreció a Paris un regalo si él la elegía. Juno, la reina de los dioses, le ofreció hacerle rey. Minerva, diosa de la sabiduría, le prometió que lo haría sabio. Venus, la diosa de la belleza, le prometió que le buscaría la joven más bella del mundo para hacerla su esposa.

Ahora bien, Paris no era en realidad un pastor como se creía, sino hijo de Príamo, rey de Troya, que era una ciudad sobre el mar al lado opuesto de Grecia. Paris cuando niño había sido abandonado en el monte para que muriese; pero encontrado por un pastor, éste lo crió como si fuese su propio hijo.

A Paris no le importó ser sabio ni rey; lo que más le alegró es tener por esposa la muchacha más hermosa del mundo, y por eso dió la manzana a Venus.

Pero la mujer más bella conocida era Helena, y estaba ya casada con Menelao, el rey de Esparta, a pesar de lo cual Venus dijo a Paris que fuese a aquella ciudad, robara a Helena y corriera lejos. Menelao, advertido por la diosa Venus de que recibiría una visita en su nombre, sin decirle para qué, recibió a Paris con gran solemnidad y lo hospedó en su palacio. Paris robó a Helena una noche y se la llevó huyendo a través del mar Troyano. Aunque esto sucedía en la Edad de Hierro, la conducta de Paris no se diferenció de la que hubiera seguido un hombre de las cavernas.

Menelao y los griegos montaron en celos y cólera y se prepararon para rescatar a Helena, aunque fuera declarando una guerra. En aquella época todas las ciudades tenían murallas alrededor para defenderse de los enemigos. Como no había cañones ni fusiles, ni las armas que hoy se utilizan en las guerras, era muy difícil penetrar en una ciudad. Troya estaba protegida de esta forma, y aunque los griegos estuvieron diez años sitiando la ciudad, no lograron asaltarla.

Convencidos de la inutilidad del sitio, los griegos idearon una artimaña para entrar en la ciudad. Construyeron un gigantesco caballo de madera que llenaron de soldados y que colocaron ante los muros de la ciudad, comenzando a navegar resueltamente. Los troyanos fueron notificados por un espía de que el caballo era un presente de los dioses que deberían recibir y meter en la ciudad.

Un sacerdote troyano llamado Laoconte aconsejó no fiarse de aquel presente, que le parecía una trampa. Pero

el pueblo hizo lo que suele ser corriente cuando queriendo hacer una cosa se sabe que nos van a aconsejar que no se haga; esto es, no pedir parecer.

En esto unas serpientes marinas salieron del agua, y arrojándose al cuerpo de Laoconte y al de sus hijos, los arrastraron con intención de estrangularlos.

El pueblo interpretó que aquello era el castigo que Laoconte recibía por haber dudado del mensaje del dios, y se precipitaron a tomar el caballo y a meterlo en la ciudad. Pero el caballo era tan grande que no cabía por las puertas de la muralla de la ciudad, y para conseguir que penetrara, derribaron los mismos troyanos parte de su fortaleza.

Cuando llegó la noche, los soldados griegos, que conocían el modo de salir del vientre del caballo, se precipitaron fuera y corrieron a abrir las puertas de la muralla. El ejército griego, que había ido reuniéndose durante la noche, acudió velozmente; invadió la ciudad, que fué quemada y fácilmente tomada, recuperando a Helena su marido, que la llevó consigo regresando a Grecia. Por esta tradición todavía se conservan algunos refranes como éste: "toma como enemigo a aquel que te haga un presente".

La historia de la guerra de Troya ha sido descrita en dos largos poemas. Algunos críticos opinan que son los más bellos poemas que se han escrito. Uno de estos poemas se llama la *Iliada*, por el nombre de la ciudad de Troya donde tuvo lugar la conquista, Ilium. La *Iliada*

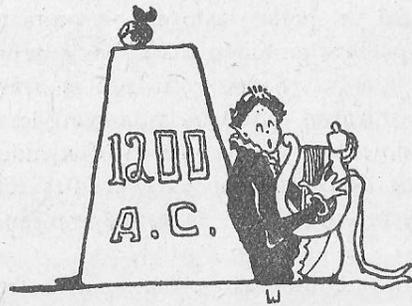
describe los episodios de la guerra, mientras el otro poema, la *Odisea*, narra las aventuras que corrió el héroe griego Odiseus, conocido más bien con su otro nombre, Ulises, durante la travesía del camino hasta regresar a su casa, una vez terminada la guerra. Los dos famosos poemas fueron escritos por un poeta griego ciego, Homero, que se supone vivió doscientos años después de la guerra, o sea aproximadamente mil años A. C.

Homero era un *juglar*; esto es, un poeta cantor que recorría los pueblos cantando sus versos e impresionando a las gentes con sus relatos. Estos poetas errantes solían tocar la lira mientras cantaban, y la gente les pagaba su trabajo dándoles algo para comer u ofreciéndoles un albergue donde descansar. En nuestros días todavía hay ciegos que recorren las calles cantando y tocando la guitarra.

Homero no escribió sus poemas, entre otras razones porque era ciego; pero el pueblo se impresionó tanto con aquellos relatos, que mucha gente los aprendió de memoria, y las madres los enseñaban a sus hijos mucho después de la muerte del poeta. Esta tradición fué recogida y escrita por otros hombres, en griego, mucho tiempo después, y más tarde ha sido traducida a todos los idiomas. Vosotros los niños podéis leer tan bellos libros escritos en vuestra lengua.

Aunque los griegos estimaron mucho a su poeta, éste vivió muy pobremente, casi sin lo más preciso para conservar su existencia. Sin embargo, después de su muerte numerosas ciudades se han discutido el honor de ser la

patria de Homero. Algunos historiadores dudan de la existencia de este personaje; otros opinan que fueron nueve los poetas autores de aquellos poemas.



El Rey de los judíos

Mientras el poeta Homero vagaba por las calles y pueblos de Grecia, otro gran poeta decía y predicaba cosas maravillosas nunca oídas en las tierras de Canaán. Era el gran rey David; pero en la época en que aun no se sabía que fuera rey, sino un joven pastor perteneciente al ejército del rey Saúl. He aquí el camino por que llegó a ser rey.

Al principio, como recordáis, los judíos no tenían reyes; pero cuando los quisieron consagraron a un hombre muy modesto llamado Saúl.

David había matado con su honda al gigante Goliat. Esta historia agrada mucho a los niños y nos agrada a todos, porque siempre es simpático que el más débil y generoso venza al grande y poderoso.

Pues bien, el rey Saúl tenía una hija que se enamoró del joven vencedor del terrible Goliat, y por fin llegaron a contraer matrimonio. Por esto cuando murió Saúl, David heredó el trono y gobernó mejor que lo hizo ningún otro rey. Saúl no había habitado en un palacio como hacen los demás reyes, ni el reino de los judíos tenía una ciudad como capital.

David conquistó una ciudad en Canaán, llamada Jerusalén, e hizo de esta ciudad la capital de los judíos.

Pero David no fué sólo un bravo hondero ni un gran rey, sino que, además, fué un poeta y escritor que produjo bellas canciones; pero así como Homero cantó preciosos cuentos alusivos a sus numerosos dioses, el gran David cantaba a su único Dios. Estas canciones son los Salmos que habréis oído cantar en la Iglesia.

En nuestros días una canción se hace popular por unos meses, pero las canciones que David escribió hace más de tres mil años son todavía hoy populares. El salmo veintitrés, que comienza diciendo "Dios es mi pastor...", es una de las más bellas y apropiadas para aprender de memoria. David describe a su pueblo y a él mismo como ovejas conducidas y protegidas amorosamente por el divino Pastor.

El hijo de David, llamado Salomón, siguió a su padre en el reino, y se dice que Dios se le apareció en un sueño y le preguntó qué desearía con preferencia a ninguna otra cosa en el mundo. Imaginad que un buen día nos pregunta alguien qué desearíamos tener, qué nos gustaría poseer entre todas las cosas del mundo. Pues bien, Salomón en lugar de pedir riquezas o poderes, pidió ser sabio. Dios le respondió que haría de él el hombre más sabio de la Tierra. He aquí por qué el rey Salomón tiene fama de hombre sabio. Un episodio de su historia os demostrará lo inteligente que era.

Un día se le presentaron dos mujeres discutiendo que era de una y de otra un pequeño niño que se arrebatan

mutuamente. Salomón llamó a un verdugo y le ordenó que partiera al niño en dos mitades, dando una parte a cada una de las mujeres, puesto que no podían ponerse de acuerdo. Al oír la orden, una de las mujeres gritó y lloró amargamente, prefiriendo que le dieran el hijo a la otra, lo que le sirvió a Salomón para saber cuál era la verdadera madre, esto es, la que prefería que su hijo se lo llevara la otra a que lo mataran.

Salomón construyó un magnífico templo hecho con madera de cedro procedente de los famosos bosques del Líbano y de mármoles y oro y piedras preciosas. Después se construyó un palacio tan sorprendente y hermoso que vinieron a verle las gentes de otros países. La Biblia nos describe cómo eran este templo y palacio medidos en codos, que son la distancia entre el codo de un hombre hasta el extremo de su dedo medio; esto viene a ser pie y medio. Entre los visitantes vino la reina de Saba, que recorrió una gran distancia, atravesando la Arabia, atraída por la fama de la sabiduría y las construcciones de Salomón. Aunque estos edificios fueran famosos ya comprenderéis que esa magnificencia era relativa a la época y que todo esto ocurría nada menos que tres mil años, o por lo menos mil A. C.

El templo y el palacio de Salomón han desaparecido hace largo tiempo, y ningún rastro queda de ellos; pero, en cambio, su sabiduría y su fama se han propagado al mundo y todavía se recuerdan. Hoy existen en el mundo cientos de edificios al lado de los cuales el templo de Salomón parecería una casa de muñecas; pero, en cambio,

hasta ahora nadie ha dicho cosas más bellas que Salomón, aunque el lenguaje sea hoy más rico. Esas famosas frases del rey sabio se llaman proverbios. He aquí algunos ejemplos:

Una respuesta suave aplaca a los mayores enemigos; pero las palabras injuriosas despiertan la cólera de los más tranquilos.

¿Qué significa esto?

El buen nombre y la paz valen más que el oro, la plata y todas las riquezas.

Y esto, ¿qué quiere decir?

Salomón fué el último gran rey que tuvieron los judíos. A su muerte la nación judía se dividió en numerosos grupos cada vez más pequeños, hasta que se disgregaron tanto que ni volvieron a tener territorio, ni reino, ni patria, ni suelo propio, como les sucede hoy, que se hallan establecidos en numerosos lugares de la tierra.

El pueblo que hizo nuestro A B C

Mucho antes de que las gentes conocieran un sistema de escritura, existió un carpintero llamado Cadmus. Un día trabajaba en una casa, cuando se dió cuenta de que había olvidado en la suya una herramienta. Entonces, tomando una biruta de madera, escribió sobre ella unos signos y los envió con un esclavo a su mujer diciéndole lo que quería. El esclavo se sorprendió de llevar un recado sin decirle de qué se trataba y se limitó a entregar a la mujer la hoja de madera, viendo con gran sorpresa que aquélla, sin dudar, le alargaba el instrumento necesitado por virtud del misterioso mensaje.

Cuando el esclavo observó el valor de aquel mensaje, pidió al amo que se lo dejara, y lo colgó a su cuello como si fuera una joya.

Esta historia es la que cuentan los griegos como descubrimiento de la escritura o de la invención del alfabeto. Nosotros creemos, sin embargo, que Cadmus fué un personaje mítico a cuyas imaginaciones eran tan aficionados los griegos. A lo sumo Cadmus fué un fenicio, porque, desde luego, se sabe que fueron los fenicios quienes idearon nuestro A B C, ya que las letras griegas tienen nombres muy diferentes a las nuestras. A la A la llama-

ban "alfa"; a la B, "beta", etc. No obstante, cosa curiosa, los muchachos griegos tendrían que aprender su "alfa-beta", y de ahí se ha derivado nuestra palabra "alfabeto".

Quizás no hayáis oído hablar de Fenicia ni de los fenicios, y, sin embargo, a este pueblo le debemos la invención de la escritura alfabética; de forma que si no fuera por ellos todavía estaríamos aprendiendo a leer y a escribir con escritura jeroglífica o cuneiforme.



Cadmus y su esclavo

El alfabeto que los fenicios inventaron se componía de veintidós letras, de las que hemos deducido luego el alfabeto actual.

Claro que nosotros hacemos hoy del alfabeto un uso bastante distinto del que hicieron los fenicios; pero algunas de sus letras son casi enteramente iguales a las nuestras; por ejemplo:

La A fenicia se escribía así: \triangleleft , acostada.

La E, así: ∇ , del revés.

Otras, como la Z y la O, se escribían enteramente igual.

Los fenicios vivieron un país contiguo al de los judíos, y eran de la misma familia semita. Su país fueron las tierras que quedaban al norte de las ocupadas por el

pueblo judío, y, por tanto, también a orillas del mar Mediterráneo.

Los fenicios tuvieron un gran rey llamado Hiram, que vivió en el mismo tiempo que Salomón. Estos reyes eran buenos amigos, hasta el punto que Hiram envió algunos buenos trabajadores a Salomón para la construcción del templo de Jerusalén. Sin embargo, los fenicios se burlaban de la religión de los judíos. Ellos adoraban a ídolos, terribles monstruos llamados Baal y Moloch, que llamaban dioses del Sol. También creyeron en una diosa de la Luna llamada Astarte. Al dios Moloch ofrecían en sacrificio niños vivos, lo cual no es un cuento, sino una verdadera historia. ¿Os gustaría haber vivido en aquella época y en ese país?

Los judíos eran un pueblo muy religioso que apenas si se ocupaban de otra cosa que de adorar a su dios y labrar la tierra. En cambio, los fenicios, a pesar de su vecindad de raza, eran un pueblo eminentemente comercial, que se preocupaba, en cambio, de acumular riquezas, ya honradamente, ya como quiera que fuera. Hoy el hombre de negocios se tiene que distinguir por su gran honradez y formalidad, pero los fenicios no tenían inconveniente en engañar a las gentes para conseguir sus propósitos mercantiles.

Los fenicios hacían muchas cosas dedicadas al comercio, y cuando reunían gran cantidad de ellas salían a venderlas a otros países, recorriendo a veces grandes distancias. Sobre todo, eran especialistas en la fabricación de

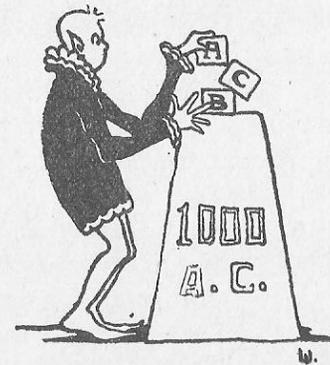
telas, vasos y objetos de oro y de plata, así como en la confección de maravillosas túnicas de púrpura con el tinte de un pequeño pescado que vivía en las aguas cercanas a la ciudad de Tiro. Esta tintura se conoció con el nombre de púrpura tiria, y alcanzó tal fama que con ella se tiñeron las túnicas de los reyes.

Tiro y Sión fueron las dos principales ciudades de Fenicia, y en aquella época constituían dos de los centros comerciales más importantes del mundo.

Su afán comercial les hizo recorrer en pequeñas embarcaciones lo largo del Mediterráneo e incluso salieron al Océano Atlántico. La boca por donde salieron es la llamada hoy Estrecho de Gibraltar, pero en aquel tiempo era conocido con el de Columnas de Hércules. Llegaron hasta las Islas Británicas. Cualquier otro pueblo hubiera sentido miedo de penetrar en el Océano, creyendo que llegarían a un borde por el cual caerían. Por algo los fenicios fueron los mejores marinos y comerciantes del mundo en su tiempo. Sus barcos fueron construídos con maderas de los cedros que crecían magníficos en sus colinas, que nosotros conocemos con el nombre de Líbano.

Donde quiera que los fenicios encontraban un buen sitio para amarrar y proteger sus embarcaciones, fundaban una pequeña ciudad y comenzaban el negocio con los naturales del país, entonces casi salvajes. La ignorancia de éstos hacía que por unos vasos o cualquier otro objeto brillante obtuvieran a cambio grandes cantidades de oro, plata y otros metales preciosos. La ciudad que llegó a

ser más importante entre las que fundaron fué Cartago, en las costas de África, que tanta relación tuvo, como sabéis, en la historia de España.



Duro como pezuñas

Nuestra historia vuelve a los griegos. Cerca de novecientos años antes de Cristo vivió en Esparta un hombre llamado Licurgo. Tan fuerte y duro como suena ese nombre, así era de enérgico ese hombre. Licurgo quiso que su ciudad fuera la más grande del mundo.

Pero antes quiso enterarse de cómo estaban organizadas otras grandes ciudades, y con ese objeto viajó durante varios años, visitando las principales comarcas para ver lo que en ellas había de imitable.

Licurgo quiso que su pueblo, en sus quehaceres, en sus leyes, en sus juegos y en todas sus actividades, fuera un pueblo grande y digno, no encontrándose nunca satisfecho de sus reformas.

Así, de vuelta de un viaje Licurgo se dedicó a hacer una serie de leyes para Esparta, con el propósito de elevarla a la categoría de pueblo civilizado. Estas leyes fueron conocidas con el nombre de *Código de Leyes*, que fueron preceptos tan rígidos y severos que en verdad que Licurgo parece que se propuso hacer de su pueblo unos hombres "tan duros como los callos".

Empezando por los niños, Licurgo dispuso que tan pronto como nacieran fueran examinados para ver si eran

perfectos y fuertes. Los que nacieran débiles o defectuosos tenían que ser dejados en un monte y abandonados hasta morir. Licurgo no admitía en Esparta a los débiles.

Cuando los niños tenían siete años eran tomados a sus madres y llevados a una escuela que parecía más bien un cuartel de soldados o un gran campo de operaciones, de donde no salían hasta que tenían sesenta años.

En esta escuela no se enseñaban las cosas que hoy se enseñan en las nuestras, sino todo lo relativo a las artes de la guerra y a adquirir fortaleza y destreza físicas.

No había en aquellas escuelas libros.

No había ejercicios de escritura ni pronunciación.

No había aritmética, ni geografía, ni ciencias.

Nadie, por otra parte, sabía bastante para escribir libros. Nadie conocía el Mundo como para escribir geografías ni sucesos ocurridos en otras partes como para escribir historias.

Los muchachos eran con frecuencia golpeados y maltratados, no porque hubiesen cometido acciones punibles, sino para acostumarlos a sufrir sin lamentarse ni quejarse. Eran ejercitados y sometidos a pruebas de resistencia; pero no les era permitido quejarse de cansancio, de hambre, de frío, de calor, ni de sueño. Sus quejas hubieran sido señales de debilidad y entonces hubieran corrido peor suerte.

Se les acostumbraba a comer alimentos de la peor calidad, a vestir medio desnudos, a caminar grandes distancias y a padecer toda suerte de calamidades. A este gé-

nero de vida, dedicada al endurecimiento físico, se le llama "disciplina espartana". ¿Qué pensáis de ella vosotros?

Los alimentos, ropas y casas de los espartanos no podían por tanto ser más sencillas y pobres. Los manjares, las telas ricas, las camas suaves y las casas confortables eran consideradas como artículos de lujo que movían a la holganza y a la vida regalada, y por tanto al vicio y a la debilidad.

Para ahorrar tiempo y no distraerse en sus quehaceres, se comunicaban en un lenguaje muy breve; esto es, con el menor número posible de palabras. Este es el lenguaje que desde entonces conocemos con el nombre de "lacónico", derivado del nombre Laconia, en cuyo territorio estuvo emplazada Esparta.

En una ocasión un rey escribió a los espartanos una carta amenazadora, diciéndoles que se sometieran a sus órdenes pues si él se decidía a ir con sus ejércitos a Esparta, tomaría la ciudad y los reduciría a la esclavitud.

Los espartanos le contestaron con uno de sus lacónicos mensajes, que al ser abierto por aquel rey no contenía más que una palabra: *sí*. . . Lo cual significaba que los espartanos tenían tal confianza en su poder, que bastaba para contestar el que dudaran de que aquel rey se atreviera a venir; es decir, querían significarle que para que ocurriera aquello era preciso que se decidieran primero a venir. Aun en nuestros días llamamos *lacónicas* a estas respuestas.

En suma, Licurgo hizo a su pueblo el más fuerte y

guerrero del Mundo: conquistó a todos los pueblos vecinos, aunque fuesen muchas veces más numerosos; los hicieron sus esclavos, los explotaron... pero...

Ya veremos más tarde si el pensamiento de Licurgo fué acertado.

Al Norte de Esparta hubo otra gran ciudad, Atenas. Hubo en Grecia otras poblaciones, pero esas dos fueron las más importantes. Los atenienses, no obstante ser vecinos, vivieron y pensaron de manera completamente distinta que los espartanos. Fueron tan aficionados y amantes de las cosas bellas y elegantes como los espartanos fueron de la fuerza y de la disciplina.

Los atenienses fueron muy aficionados a los juegos atléticos, a la música y a la poesía, a la escultura y a las bellas estatuas, a la pintura, a la arquitectura y a todas las bellas artes.

Así como los espartanos no se ocuparon más que de la educación del cuerpo, los atenienses eran tanto o más preocupados del espíritu. ¿Cuál de las dos cosas u opiniones de estos pueblos os parece más acertada?

En una ocasión un viejo ateniense buscaba sitio para presenciar un partido de juego. Todo estaba ocupado y nadie le cedía el asiento entre el tendido ocupado por los atenienses. Entonces un espartano llamó al viejo y le ofreció el mejor lugar entre los suyos. Los atenienses invitaron entonces a los espartanos a explicar la finura de ese acto; pero el espartano prefirió contestar simplemente:

"Los atenienses *saben* el derecho, pero nosotros lo *practicamos*."

Coronas de laurel

Los jóvenes griegos de cualquier sexo, y aun los adultos de cualquier edad, fueron aficionadísimos a los deportes.

Ellos no conocían el *foot-ball*, ni el *base-ball*, ni el *basket-ball*, ni los bolos, ni nuestra pelota de frontón, pero en cambio tuvieron otros interesantes juegos a base de la carrera, los saltos, el boxeo, lanzamiento del disco (pesado disco de hierro) y otros.

Con frecuencia organizaron *matches* o partidos entre distintos grupos y en ciudades diversas de Grecia en competición.

Los grandes encuentros o partidos, sin embargo, tenían lugar sólo cada cuatro años en un lugar llamado Olimpia, en el Sudoeste de Grecia. Estos juegos, que se denominaron olímpicos, fueron el negocio más importante entre los griegos, pues de todos los puntos del país llegaban jugadores que habían de discutirse el campeonato de Grecia.

Los días en que los juegos olímpicos tenían lugar eran los más festivos de Grecia y se ofrendaban a Júpiter, el rey de los dioses, o a Zeus, como le llamaban los grie-

gos. De todas los lugares de Grecia habitados entonces acudían espectadores, como pasa hoy cuando se organiza un gran partido de campeonato en alguna gran ciudad. Pero solamente griegos podían asistir al espectáculo, y dentro de ellos estaban excluidos quienes hubieran cometido algún delito o infringido alguna ley. Hoy también se elimina del juego a quien no haya jugado antes limpiamente.

Si había amenaza de alguna guerra próxima, como sucedía con gran frecuencia, o ésta había estallado, la celebración de los juegos olímpicos era tan esencial, que se acordaba una tregua o armisticio para que los juegos no se interrumpieran. Es decir, que ni la guerra era bastante para suspenderlos. Cuando los juegos terminaban, se reanudaba la lucha.

Los jóvenes dedicaban gran parte de su actividad preparándose para la Olimpiada, en el intervalo de cuatro años que mediaba de una a otra, y cuando faltaban nueve o diez meses concurrían a un gran gimnasio al aire libre para entrenarse.

Los juegos duraban cinco días y comenzaban y terminaban con un ofrecimiento y una serie de sacrificios a los dioses representados por bellas estatuas colocadas alrededor del campo, pues la Olimpiada no sólo era un acto de diversión y educación, sino también un servicio religioso en honor de Júpiter y las demás divinidades.

Había toda suerte de partidos: de saltos, carreras, lanzamientos, boxeo, conducción de carros, etc. En cuanto

un jugador fracasaba o cometía un acto sucio para alcanzar el triunfo era separado del concurso. No le eran admitidas excusas ni se le consentía protestar si el resultado le era adverso. Los fallos del jurado eran inapelables.

El atleta que ganaba uno o más de los campeonatos era el héroe de toda Grecia y en particular del país de donde procedía. El vencedor no recibía dinero ni ventajas materiales, sino que era consagrado héroe de la Olimpiada mediante la imposición de una corona hecha con hojas de laurel. Esto se tenía entonces en tanta estimación como hoy se tiene a las copas de oro o de plata que otorgan al triunfador. Además de la corona, los campeones eran honrados frecuentemente con canciones compuestas por los poetas y a veces con estatuas perpetuadoras de sus triunfos.

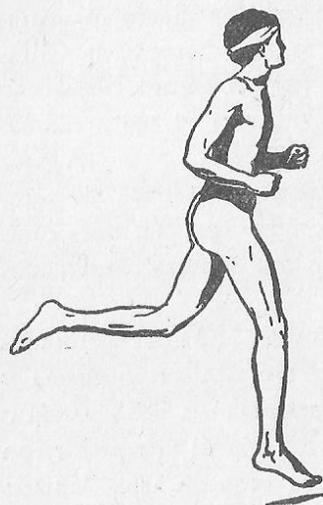
Los famosos concursos griegos no sólo eran verificados entre jugadores atléticos, sino también entre poetas y músicos, para ver quién componía la más bella poesía o la más bonita pieza musical que había de interpretar con un instrumento semejante a una pequeña arpa llamado *lira*.

Los vencedores en estos concursos no recibían coronas, sino que eran llevados en triunfo a hombros de los espectadores, como habréis observado cuando queda bien un notable torero en una tarde de corrida.

Hoy en la historia de Grecia, del acontecimiento que podemos estar más seguros, por la importancia que se le concedió, es el *record* batido por los corredores en la

Olimpiada que tuvo lugar setecientos setenta y seis años antes de Cristo. Uno y otro acontecimiento tiene lugar, por tanto, en el año I.

El tiempo de cuatro años que mediaba entre uno y otro concurso se llamó una Olimpiada, y, por consiguiente, a la primera se le asigna la fecha del 776.



Griego corredor

La historia de Grecia antes de ese tiempo puede ser cierta, pero lo que sabemos de ella se pierde bastante en el campo de lo mítico. A partir de ese año, en cambio, esa historia tiene grandes probabilidades de ser cierta.

Después tuvieron un largo período de tiempo en que los juegos olímpicos fueron suspendidos, no sabemos bien por qué causa, pero luego se han reanudado ya en nuestros días. Así, la primera Olimpiada de que tenemos noticia, después de las ante-

rioras a Cristo, no tuvo lugar hasta el 1896 después de Cristo, y no en Olimpia, sino en Atenas, copiándose más tarde la costumbre en diversas ciudades de Europa, a las que en lugar de asistir sólo los habitantes del país, como hicieron los griegos, se invita y acuden los equipos de todo el mundo. Antes los juegos detenían las guerras; ahora

la guerra suspende todas las diversiones. Y todos, incluso los griegos, prefieren los premios en dinero y en bienes materiales.



Un mal comienzo

¿Habéis oído hablar alguna vez de *las botas de siete leguas*, dentro de las cuales se puede salvar una gran distancia con sólo dar un paso?

Pues todavía hay una bota mayor. Una bota de unos 500 kilómetros de larga. Claro que ni ésta ni aquéllas son botas reales, sino imaginarias. Esta segunda es la forma de una tierra si nos subiéramos a varios kilómetros de altura en un aeroplano en el mar Mediterráneo.

Esa tierra es Italia.

Sucedió un acontecimiento tan importante en aquellas tierras no mucho después de la primera Olimpiada en Grecia, que a partir de él se contó el tiempo, como los griegos lo habían contado desde la Olimpiada. Nosotros seguimos contándolo todavía, comenzando en aquel suceso que tiene lugar, por tanto, en el año I y que es el nacimiento de Cristo. Para los habitantes de Italia, el hecho que tuvo tanta importancia no fué el nacimiento de aquel hombre extraordinario, sino el de una ciudad, la llamada Roma.

La historia de Roma comienza, como la de Grecia, en noticias o leyendas que tienen más de bellos cuentos que de verdadera historia. Como Homero contó en la *Odisea*

Un mal comienzo

¿Habéis oído hablar alguna vez de *las botas de siete leguas*, dentro de las cuales se puede salvar una gran distancia con sólo dar un paso?

Pues todavía hay una bota mayor. Una bota de unos 500 kilómetros de larga. Claro que ni ésta ni aquéllas son botas reales, sino imaginarias. Esta segunda es la forma de una tierra si nos subiéramos a varios kilómetros de altura en un aeroplano en el mar Mediterráneo.

Esa tierra es Italia.

Sucedió un acontecimiento tan importante en aquellas tierras no mucho después de la primera Olimpiada en Grecia, que a partir de él se contó el tiempo, como los griegos lo habían contado desde la Olimpiada. Nosotros seguimos contándolo todavía, comenzando en aquel suceso que tiene lugar, por tanto, en el año I y que es el nacimiento de Cristo. Para los habitantes de Italia, el hecho que tuvo tanta importancia no fué el nacimiento de aquel hombre extraordinario, sino el de una ciudad, la llamada Roma.

La historia de Roma comienza, como la de Grecia, en noticias o leyendas que tienen más de bellos cuentos que de verdadera historia. Como Homero contó en la *Odisea*

las maravillosas aventuras griegas, muchos años después otro poeta, Virgilio, describió cosas sorprendentes de un troyano llamado Eneas.

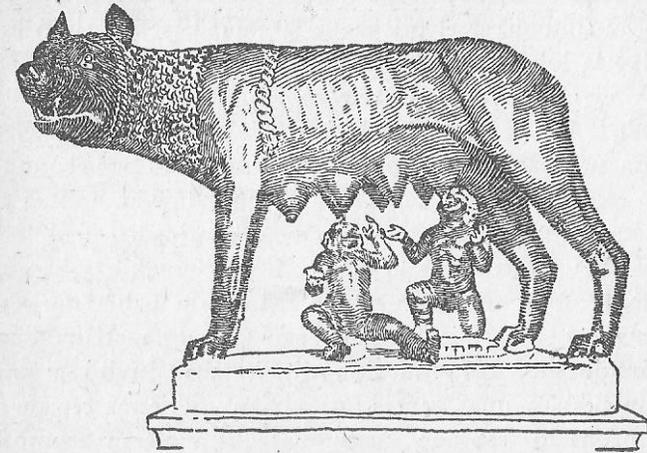
Eneas, huyendo de Troya una vez tomada y destruída la ciudad y en busca de otra tierra donde asentar su casa, llegó a la desembocadura de un río, el Tíber, en Italia, y penetró por él. Allí encontró Eneas una bella muchacha llamada Lavinia, con la que se casó, resultando ser aquella la hija del hombre que gobernaba el territorio. El matrimonio vivió siempre feliz y sus hijos fueron, sucesivamente, los reyes de la comarca. Con el tiempo, unos descendientes tuvieron dos niños gemelos, que se llamaron Rómulo y Remo.

Aquí empieza la segunda parte de esta legendaria historia. Un personaje desconocido robó el reino a los naturales del país, y temiendo que esos muchachos pudieran con el tiempo recuperarlo, decidió hacerlos desaparecer. Pero en lugar de matarlos, los puso en un cesto y los echó al Tíber, seguro de que naufragarían al correr las aguas hacia el mar. Pero el cesto flotó bien y quedó detenido en un remanso, donde fué a beber una gran loba. El animal olfateó a los niños, y éstos, hambrientos, se colgaron a las tetas de la loba y mamaron. Así hicieron varias veces, hasta que la loba se acostumbró. e iba de vez en cuando a ponerse sobre los niños. Un pájaro del bosque les daba también pequeños frutos.

Por último, los encontró un pastor y se los llevó para criarlos como si fueran sus propios hijos. Con él vivieron hasta que fueron hombres. En esto se parece la his-

toria de estos hermanos a la de Paris, que, como recordaréis, fué hallado y criado por un pastor.

Al llegar a hombres, cada uno de los hermanos quiso



Rómulo y Remo mamando de la loba

fundar una ciudad, pero entablaron una enconada disputa sobre el sitio donde aquella habría de hacerse, hasta el punto que Rómulo mató a Remo. Rómulo entonces decidió construir la ciudad a orillas del Tíber, en el lugar en que se había detenido el cesto en que flotaron y donde fueron salvados y amamantados por la loba. Era un sitio rodeado de siete colinas, las que hoy se ven en Roma.

La ciudad tomó el nombre de Rómulo, y los habitantes el de romanos. Esto tenía lugar setecientos cincuenta y tres años antes de Cristo, y los reyes romanos se jac-

taban en decir que procedían del héroe troyano Eneas, tata-tatarabuelo de Rómulo.

¿Creéis esta historia? Ni yo. Pero está tan arraigada que todo el mundo la ha oído contar, y siempre que se quiere simbolizar el origen de la ciudad, se dibuja o esculpe la loba amamantando a los niños gemelos.

Con objeto de conseguir rápidamente gentes para la ciudad, se dice que Rómulo invitó a todos los pillos, ladrones y malas personas que había vagando por el mundo, escapados de las cárceles, para que vinieran a establecerse allí, prometiéndoles tierras y seguridad.

Pero entonces sucedió otra cosa más notable, y es que como esos hombres no tenían esposas ni había mujeres bastantes en la nueva ciudad para formar matrimonios, Rómulo ideó otra solución disparatada. Invitó a una gran fiesta a unas gentes que vivían en tierras cercanas, llamados los sabinos, diciéndoles que vinieran acompañados de sus mujeres. Cada romano se sentó junto a una sabina y comenzaron a comer y a beber hasta que los maridos se emborracharon. A una señal convenida, cada romano tomó a una mujer sabina y corrió con ella para hacerla su esposa. Cuando los sabinos se dieron cuenta se organizaron para la guerra contra los romanos, pero ya era tarde, porque las esposas, que habían sido tratadas por sus nuevos maridos mejor que por los antiguos, al comenzar la lucha se interpusieron entre los combatientes diciendo que no querían volver a sus antiguas tierras.

¿Qué opináis de esto? ¿Verdad que todo ello es un mal comienzo? Porque resulta que Roma se fundó con la

muerte de un hermano hecha por otro hermano, con la traída de ladrones y criminales y con el robo de mujeres para esposas. Claro que estos hechos no tenían entonces la importancia que ahora y que las gentes de aquella época hacían una vida más parecida a la de los pueblos primitivos que a la de los actuales. Sus simples reglas eran el egoísmo (yo antes que los demás) y, por tanto, no importaba robar y matar si convenía.

Creían en los mismos dioses que los griegos, y todos sabemos cómo los dioses cometían los mismos pecados que los hombres. Todo ello tenía lugar, por otra parte, mucho antes de la venida de Cristo y, por tanto, no se tenía idea de la moral que predicó el cristianismo, ni de lo bueno, ni de lo justo.

De modo que si bien el comienzo de Roma fué indigno, según ahora podemos apreciarlo, ya veis los motivos que hay para disculparlo.

Reyes con tirabuzones

Después del mal comienzo de Roma se sucedieron numerosos reyes, algunos bastante buenos y otros perversos.

Pero la más importante ciudad del mundo en este tiempo estaba lejos de Roma, sobre el río Tigris. Esta ciudad se llamó Nínive y en ella residía el rey de la gran comarca llamada Asiria, de la que algo hemos dicho ya.

La primitiva historia de Asiria es una constante guerra con los pueblos vecinos, y no por culpa de éstos, sino de aquéllos, que necesitando más tierras y más poder provocaban las luchas. Cada nuevo rey asirio soñaba con extender sus dominios.

Estos reyes iban adornados con rizos o tirabuzones. Cualquiera diría que tendrían la apariencia de muchachas coquetuelas, que hoy adornan sus cabellos con ondulaciones y rizados. Pero nada más lejos de la verdad. Presentaban un aspecto terrible y fiero que inspiraba miedo en todos los contornos.

Desgraciados de los prisioneros que caían en su poder. Los trituraban cruelmente. Los desollaban vivos, les cortaban las orejas, les arrancaban la lengua, les metían pinchos por los ojos. A los pueblos conquistados les

obligaban a pagar fuertes sumas y a comprometerse a luchar al lado de los asirios cada vez que éstos se inventaran una guerra con otros pueblos.

De esta forma, Asiria llegó a ser tan fuerte y poderosa que al fin fué dueña de todo lo que tenía importancia en el mundo, poseyendo el extenso territorio comprendido entre los ríos de la Mesopotamia, la Fenicia, Egipto y próximamente todo lo que valía algo, excepto Grecia e Italia.

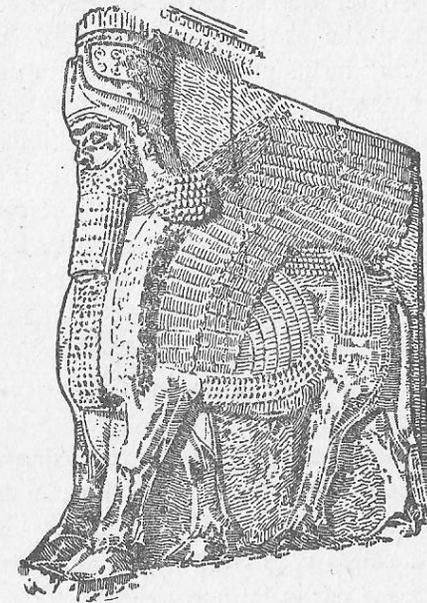
Los reyes del inmenso imperio asirio vivieron en Nínive con gran pompa. Construyeron magníficos palacios donde residir, colocando a uno y otro lado del camino que a ellos conducía filas de gigantescas estatuas de toros y leones con alas y con cabezas de hombre, como hoy se plantan avenidas de árboles en los palacios de los grandes ricos. Estos animales alados son los llamados *querubines* en la Biblia.

Vosotros sabéis que hoy se llama querubín a alguna preciosa criatura, a algún bebé encantador. ¿Verdad que es extraño que entonces se diera este nombre a monstruos semejantes?

Cuando los reyes asirios no luchaban con hombres, luchaban con animales salvajes, cazándolos con flecha y arco, a lo que eran muy aficionados. Tanto les gustaba este deporte que en muchas pinturas y esculturas asirias se representan escenas de caza en caballos o carros luchando con leones y otras fieras. Muchas veces cazaban vivos a estos animales y los encerraban en jaulas para

que la gente los viera, formando una especie de parque zoológico.

Los gobernantes de Asiria tuvieron nombres muy ex-



Un querubín asirio

traños. Uno de los más famosos fué Sennacherib, que vivió hacia el 700 antes de Cristo. Sennacherib se propuso tomar Jerusalén. Una noche el ejército asirio acampó cerca de aquella ciudad y ocurrió un grave y extraño su-

ceso. A la mañana siguiente, ni soldados ni caballos se despertaron; todos habían muerto. ¿Fueron envenenados mientras dormían? No se sabe. El poeta inglés Byron ha descrito fantásticamente este acontecimiento en un poema titulado *La destrucción de Sennacherib*.

Assurbanipal fué otro rey notable, 650 A. C. Fué como todos muy luchador, pero a la vez era muy aficionado a los libros y a la lectura, y a él se debe la fundación de la primera biblioteca. Los libros de esta biblioteca eran, sin embargo, muy peculiares. No eran libros impresos, ni siquiera libros de papel. Eran láminas de barro, en el cual se grababan las palabras cuando estaba blando, dejándolo luego secar. La escritura era cuneiforme, nombre que ya conocéis. Los volúmenes no se pusieron en estantes como ahora, sino en pilas, sobre el suelo. No obstante, estaban cuidadosamente numerados, y por el número los hallaba en seguida el lector.

En tiempo de estos dos reyes alcanzó Asiria su mayor esplendor y poder, y el reinado del último de ellos se llamó la Edad de Oro. En cambio, todos los pueblos odiaban a los asirios y les temían, pues sus ejércitos sembraban por todas partes la destrucción.

Era tal el odio a los asirios, que poco después de la muerte de Assurbanipal dos pueblos vecinos decidieron no aguantar más aquella esclavitud. Fueron los babilonios, que vivían al Sur, y unas gentes llamadas los Medos, habitantes del Este, que pertenecían a la familia Aria. Ambos pueblos unidos asolaron Nínive, haciéndola des-

aparecer para siempre de la faz de la Tierra. Esto sucedió el año 612 A. C., en que terminó el poderío de Asiria. Podemos poner a Nínive una lápida mortuoria así:



La ciudad de las maravillas

El rey de Babilonia se había tragado a Nínive. Pero no acabó en esto, sino que quiso que Babilonia fuese tan grande como lo había sido Nínive. En efecto, tomando tierras a derecha e izquierda llegó a ser el rey babilonio el dueño y gobernante de muchas comarcas. ¿Llegaría a Babilonia la hora de que cayera también? Ya veremos.

Cuando murió el primer rey babilonio dejó el trono de un vasto imperio a su hijo, que no se llamó ni Juan, ni Carlos, ni Guillermo, sino nada menos que Nabucodonosor. Suponemos que el padre lo llamaría con un nombre más corto, como se hace hoy con los niños. Tal vez lo llamaran Nabuco, Nosor o Nasor.

He aquí cómo se escribía el nombre de éste famoso rey:



Nombre de Nabucodonosor escrito con caracteres cuneiformes

¿Os gustaría escribir vuestro nombre con estas letras? Nabucodonosor se propuso que su ciudad fuese la más bella de la Tierra, de magnificencia incomparable. La dió la forma de cuadrado, que cerró con unas murallas. El

recinto encerraba más terreno que los dos ciudades más grandes hoy del mundo, Londres y Nueva York, juntas. La muralla era cincuenta veces más alta que un hombre y tan gruesa que un carro pudiera correr por el borde. A la ciudad se entraba por cien puertas. El río Eufrates penetraba en la ciudad bajo las murallas.

Nabucodonosor no encontraba mujer suficientemente bella para que fuese digna de ser su esposa. Suponemos que las jóvenes babilonias estarían muy enfadadas por ello. Fué a buscarla a la Media, el país que ayudó a su padre a conquistar Nínive. La bella princesa fué traída a Babilonia.

La Media era un país montañoso, mientras Babilonia era una extensa llanura sin colinas de ningún tamaño. La reina encontró el país tan poco interesante, acostumbrada a las motañas, que cayó en una gran tristeza recordando el salvaje escenario de sus montes. Para contentar a su esposa, el rey tuvo la idea de *construir un monte*, en cuyas laderas mandó hacer bellísimos jardines que luego se han hecho famosos. Son los conocidos Jardines Colgantes de Babilonia, que han sido reconocidos como una de las Siete maravillas del Mundo.

¿Tenéis curiosidad por saber cuáles son las otras maravillas? No se está de acuerdo sobre ello, pero, desde luego, dos de ellas fueron las Pirámides de Egipto y la estatua de Júpiter en Olimpia, la ciudad en que tenían lugar los célebres fuegos griegos.

Los babilonios creyeron en ídolos como aquellos terribles monstruos que adoraban los fenicios. Nabucodonosor

quiso que los judíos adorasen sus dioses, pero aquéllos no lo consintieron. Intentó que le pagasen tributos, y tampoco lo consiguió. En vista de ello les envió un ejército, que tomó y destruyó Jerusalén, incluso el templo de Salomón, trayéndose prisioneros a los judíos, que estuvieron cautivos en Babilonia durante cincuenta años.

Babilonia fué la más grandiosa de las ciudades, pero su magnificencia y su riqueza hizo que sus habitantes cayeran en exceso de placeres, y con ello en la debilidad. Los babilonios no pensaban más que en comer, beber y divertirse. Les preocupaba poco el día de mañana. Tanto llegaron a degenerarse, que el rey Nabucodonosor se imaginaba a sí mismo ser un terrible toro, una fiera salvaje y temible, y se ponía en cuatro pies a comer hierba.

Y Babilonia, a pesar de sus inmensas murallas y de sus puertas blindadas, iba a ser conquistada y sometida. ¿Os parece posible? ¿Quién y cómo se atrevía a tan gran empresa? Vais a verlo.

Una gran sorpresa

Cuando yo era niño recuerdo que me decían lo que ahora os dirán a vosotros: "Mientras no comáis lo de los otros platos, no hay postre". No importaba que tuviese o no hambre. Mi padre me decía que esa regla se parecía a las leyes de los medos y los persas.

Yo no sabía quienes fueran esas gentes. Ahora me doy cuenta del significado de aquellas frases. Eran pueblos arios vecinos de Babilonia (ya sabéis que Nabucodonosor se casó con una muchacha meda). Pues bien, esos pueblos se regían por leyes tan severas e invariables, que cuando se quiere decir que una orden o costumbre no puede alterarse, pase lo que pase, se compara con las leyes de los medos y persas.

La religión de estos pueblos ni era enteramente igual a la de los judíos, ni tampoco a la idolatría de los babilonios. Había sido fundada por un persa llamado Zoroastro, un hombre casi tan sabio como Salomón, que podía haber vivido en la misma época, aunque probablemente fué bastante posterior. Zoroastro predicó en el pueblo sus sabios principios y enseñó muchos preceptos e himnos que han sido recogidos en un libro que se llama la Biblia Persa.

Según esta religión, hay dos grandes espíritus que dominan en el mundo: el espíritu del Bien y el del Mal. El primero era la Luz, y el segundo, la Oscuridad. Por esto los persas procuraban tener siempre encendido un fuego o una luz en sus altares para sentirse protegidos por el espíritu bueno. Algunas personas no hacían otra cosa que vigilar el que esa luz no se apagara nunca. Estas personas se llamaron Magos, a los que el pueblo atribuía el poder de hacer cosas maravillosas y sorprendentes. De ahí vienen nuestras palabras *magia* y *mágico* cuando queremos significar cosas sobrenaturales.

En este tiempo el gobernante de los medos y los persas era un gran rey llamado Ciro. Pero antes de entrar en la historia de Ciro, os diré unas palabras sobre una pequeña comarca, no lejana a Troya, llamada Lidia.

El rey de Lidia se llamaba Creso, hombre el más rico del mundo entonces. Todavía cuando se quiere decir que una persona es riquísima, se dice que posee "los tesoros de Creso". Creso poseía casi todas las minas de oro que allí existían y cobraba tributos y préstamos a casi todos los pueblos.

Antes de Creso los hombres no conocían el dinero en su forma de monedas. Cuando necesitaban comprar o vender cosas, las cambiaban por otras. Por unas sandalias daban, por ejemplo, vino, o por un trozo de carne recibían huevos. Si lo que necesitaban adquirir era una cosa cara, como un caballo o una casa, daban un trozo de oro o de plata, que pesaban para saber la cantidad. Nos parece

difícil el comercio sin monedas, pero ellos se arreglaban perfectamente.

Creso resolvió el problema de la manera más simple: cortando el oro en pequeños trozos. Pero como no era práctico ni posible que en cada momento se pesara el trozo, él tuvo la idea de poner en los pequeños trozos unas iniciales que decían el peso y otras que garantizaban el valor. Luego esto se sustituyó por un sello, y realmente esos trozos son las primeras monedas, aunque no fueran redondas ni tan pulimentadas como las nuestras.

Ciro sentía envidia de las riquezas de Creso, y pensó que con su poder podía perfectamente conquistar el país. Cuando Creso se dió cuenta de los propósitos de Ciro, envió rápidamente un emisario a consultar con el oráculo de Grecia sobre quién vencería en la próxima lucha. El oráculo respondió como ya os dije que acostumbraba a hacerlo: en forma que poco se podía aprender. Así, a la pregunta del emisario, el oráculo de Delfos contestó:

"Un gran reino caerá."

Creso se regocijó mucho con la respuesta, creyendo que el caído sería Persia. El oráculo estaba en lo cierto; quien no lo estaba era Creso, que iba a ser el vencido, cayendo el reino de Lidia en poder de los persas al mismo tiempo que el de Babilonia, a quien Ciro atacaría a la vez. Esto segundo es lo que nadie sospechaba, porque Ciro lo tuvo en secreto hasta el último momento y porque los babilonios, entregados a los placeres y confiados

en sus murallas y en sus puertas, no creían que nadie fuese capaz de intentar aquel disparate.

Recordaréis que el río Eufrates pasaba por debajo de las murallas de Babilonia y atravesaba la ciudad. Pues bien, una noche cuando el joven príncipe babilonio se hallaba entregado a una partida de juego con los principales jefes de su Ejército, Ciro puso numerosos hombres a desviar el cauce del río, construyendo a toda prisa un dique. Cuando las aguas corrieron por otra parte y el cauce del río quedó en seco, el ejército de Ciro penetró por él en la ciudad, cogiendo tan desprevenidos a los habitantes que no hubo necesidad de la más pequeña lucha. Se piensa que a esta empresa contribuyeron algunos sacerdotes babilonios que estaban descontentos de la vida que hacían sus compatriotas, convencidos de que de todos modos iban a ser conquistados por su debilidad, y era preferible entregarse que luchar.

El viejo Licurgo hubiera dicho: "Me lo figuraba. Pueblo que sólo piensa en los placeres, no podrá tener buen fin". Esto ocurría en el año 538 (para recordar, 5 y 3 son 8) antes de Cristo.

Dos años después Ciro puso en libertad a los judíos, que, como sabemos, habían sido traídos prisioneros desde Jerusalén hacía cincuenta años. A Ciro se debe, pues, que terminara el cautiverio de aquellas pobres gentes y que volvieran a la tierra de sus padres. A este hecho tan importante en la historia de los judíos se llama el fin del cautiverio de Babilonia.

De la enorme ciudad de Babilonia, de sus inmensas

murallas, de sus palacios y jardines no queda hoy más que un montón de tierra. A algunos kilómetros de los restos de la ciudad se ve una torre rarísima en ruinas. Nosotros creemos que pueda ser la torre de Babel.

Al otro lado del Mundo

En algunas escuelas se hacían colectas para enviar misioneros a los *paganos*. Recuerdo que se nos decía que los impíos o paganos eran gentes del otro lado del mundo, que adoraban ídolos. Eran los chinos, los japoneses, los indios. Pero no los indios americanos, sino los habitantes del Asia. Veamos en el mapa dónde caen estas tierras y notaréis que tienen la forma de ese pequeño órgano que cuelga al fondo de la cavidad bucal y que se llama vulgarmente "campanilla".

De modo que los indios a que ahora nos referimos no son los indios rojos de América, sino los blancos de la India. Estos indios pertenecen a la familia Aria, a la misma que pertenecía a *Ciro*.

Dos mil años antes del tiempo de *Ciro*, una familia aria emigró del lugar que ocupaban los demás individuos de esta familia en Persia y fué a establecerse en la comarca que hoy llamamos India.

Con el transcurso del tiempo llegó a haber cuatro principales clases de sociedad: la alta sociedad, la baja y dos intermedias. Estas clases fueron llamadas castas, y ninguna de ellas tenía relación con las demás. Así, un muchacho o una muchacha de una casta no podía ni jugar con

los niños de otra clase. Un hombre de una casta no podía en manera alguna casarse con una mujer de otra, ni a la inversa. No podían comer juntos. Los hombres de una casta temían y evitaban hasta el rozarse al pasar por una calle. Parecía como si incluso estuvieran por ello amenazados de alguna enfermedad.

La clase más elevada estaba compuesta por los luchadores y gobernadores, cargos vinculados en las mismas personas, ya que la imposición de las leyes se confiaba al poder de los gobernantes.

La casta siguiente estaba formada por los sacerdotes, que, como en Egipto, no eran las personas que desempeñan funciones idénticas a las que hoy realiza nuestro clero. Eran los que nosotros llamamos con la denominación de profesionales: doctores, abogados, médicos, ingenieros, etc.

Luego venían los labradores, comerciantes, artesanos, y, por último, los braceros o jornaleros. Estos últimos eran las gentes que nada sabían ni nada se les consentía hacer que no fueran menesteres de servidumbre.

Por bajo de todas estas gentes había otras de más ínfima condición todavía, no clasificadas, al margen de toda ley, y que se llamaron los parias. Todavía hoy llamamos paria a la persona que por su conducta merece el desprecio de las gentes o que vive en unas condiciones de inferioridad absoluta.

El pueblo indio creyó en un dios al que llamaron Brahama, y de ahí el que se llame brahamanismo a su religión. El brahman cree que cuando muere una per-

sona, su espíritu penetra en el cuerpo de otra o en el de un animal. Si el muerto había sido una persona buena, su espíritu penetraría en el cuerpo de otra perteneciente a una casta superior, y con ello mejoraba de condición. Era el modo de conseguir el ascenso en la escala social. Al contrario, la mala conducta era castigada con el paso del espíritu a un hombre de condición inferior.

Cuando un hombre moría, su cuerpo no era enterrado, sino quemado. Si se trataba de un hombre casado, la esposa estaba obligada a penetrar viva y voluntariamente en la hoguera del cadáver de su esposo. La mujer no podía sobrevivir al marido. Pero si la mujer fallecía, el hombre tenía mejor suerte, podía volver a casarse cuando quisiera.

Los ídolos brahmanes eran figuras espantosas. Tenían varias cabezas, varios brazos o piernas; salían de sus bocas largos colmillos o grandes cuerpos de sus frentes.

Hacia el año 500 A. C. nació en la India un príncipe que se llamó Gautama. Este príncipe, al conocer los sufrimientos y necesidades de las gentes, no creyó justo que, por haber nacido él rico y noble, gozara de los mayores placeres mientras otros sufrían. Hondamente preocupado por esto, renunció a la vida regalada, que debía sólo al hecho de su nacimiento, y comenzó a laborar por la suerte de su pueblo.

Gautama enseñó al pueblo a ser bueno; le predicó cómo debía ser honesto y dió ejemplo de cómo se debía socorrer y aliviar la vida de los demás. El pueblo, entusiasmado de aquel hombre, le seguía y lo consideró santo

hasta el punto de que después de su muerte lo adoró como a un dios. El pueblo puso a ese hombre el nombre de Budda, y gran parte de los indios dejó sus antiguos ídolos para venir a profesar la religión enseñada por Budda, que por eso se llama budismo.

No os extrañe que ninguna de estas religiones se parezca al cristianismo, porque todo esto ocurría muchos años antes de la venida de Cristo y, por tanto, no podían inspirarse en las doctrinas de Aquél.

Los budistas estaban tan satisfechos de su religión y la creían tan perfecta y salvadora que hicieron lo que luego han hecho los cristianos: enviar misioneros. Así, llegaron predicadores budistas al Japón y otros lugares, consiguiendo extender grandemente sus doctrinas. Vosotros no os habréis encontrado nunca con un budista, ni habréis quizá oído hablar de él y, sin embargo, aun hoy existen muchos más budistas que cristianos.

Próximamente en la misma época en que Gautama predicaba el budismo por la India, otro predicador con el nombre de Confucio enseñaba a los hombres en China lo que era bueno y malo, lo que debía y no debía hacerse.

Confucio predicó el amor y el respeto a los padres, a los maestros y a los mayores. Esto se parece mucho a lo que dicen los posteriores Mandamientos de la Ley de Dios, ¿verdad?: "Honrar padre y madre". También enseñó el amor al prójimo, sólo que en vez de decir "haz a otros lo que quisieras que hiciesen contigo", él decía: "No hagas a otros lo que no quieras que hagan contigo".

Todavía hay en China tanta gente que sigue las doctrinas de Confucio como cristianos hay en todo el mundo. Es decir, que si no pensamos en lo grande que es la tierra, nos creemos que la mayoría de los hombres son cristianos, y he aquí que sólo de estas dos religiones hay tantos o más del doble que cristianos.

La China era una país civilizado aún en el tiempo a que venimos refiriéndonos. Quinientos años antes de Jesucristo se conocieron y se usaron allí muchos inventos de los que el resto del mundo aún no tenía idea. En cambio, desde hace cientos de años sabemos bien poco de la historia de China.

Ricos y pobres

Casi siempre que presenciamos el juego observamos que los jugadores están divididos en dos bandos que discuten acaloradamente la supremacía del uno sobre el otro.

Eso mismo pasaba en Grecia, como pasa en casi todas partes. Cuando Grecia se formaba, el pueblo estuvo dividido en dos bandos o fracciones: los ricos y aristócratas y los pobres o gentes vulgares. Ambos bandos reñían frecuentemente. Cada uno de ellos trataba de ganar poder a costa del otro y de demostrar que en la lucha el bando contrario no jugaba limpio.

Cada uno pretendía gobernar y dominar al otro.

Atenas estuvo gobernada por reyes; pero como éstos se ponían siempre de parte de los ricos, el pueblo comenzó a conspirar contra ellos hasta que logró destronarlos, desde cuyo momento no volvió a tenerlos más.

Hacia el año 600 antes de Cristo llegaron a ponerse tan mal las cosas, que un hombre de gran carácter llamado Draco fué elegido para dar a los atenienses una serie de leyes a que todos tuvieran que obedecer. Estas leyes formaron una colección que se llamó Código de Draco.

El Código de Draco imponía terribles sanciones para quien infringiera alguno de aquellos preceptos. Cualquier

género de robo, por ejemplo, aunque se cometiera sobre una cosa sin importancia, no era condenado con prisión, sino con la muerte. Draco explicaba sus sanciones diciendo que un ladrón merecía la muerte, y que si a un hombre que comete un delito mayor no se le imponía mayor pena, era porque ya no era posible otra superior a la de muerte.

Ya comprenderéis la impresión y el malestar que estas leyes habrían de producir en el pueblo, hasta el punto de que sólo pudieron estar en vigor un poco tiempo. Un nuevo legislador fué elegido para reformar las leyes griegas. Este nuevo legislador fué Solón, cuyas leyes sí eran prudentes y justas, pero el pueblo acabó por no estar satisfecho tampoco con ellas. Los ricos pensaban que las leyes les quitaban demasiados privilegios, y los pobres, que esas leyes les concedían demasiado poco. Sin embargo, aunque a regañadientes y pleiteando siempre en contra o a favor de ellas, las leyes de Solón estuvieron en vigor mucho tiempo después.

Pero en estas condiciones, y hacia el año 560 antes de Cristo, surge en Grecia un hombre extraordinario, Pisistrato, que, sin contar con la voluntad de nadie, se hizo dueño del Poder, convirtiéndose en lo que ahora se llama un dictador. Algo así como cuando un niño a quien temen los demás se hace el amo y manda a todos los otros aunque ninguno quisiera consentirlo.

De vez en cuando aparecían en Grecia hombres de esta clase, que gobernaban a su antojo al pueblo imponiendo su voluntad. A estos hombres se les llamó tiranos. Hoy

sólo se llama tiranos a los reyes que mandan contra la voluntad y las leyes de sus pueblos; pero entonces la palabra tirano no significaba eso, sino sencillamente gobernador único, pero no injusto ni cruel. Así, Pisistrato gobernó justamente, de acuerdo con las leyes de Solón, procurando atenuar las diferencias entre ricos y pobres y dando bastante impulso a la vida de su país.

Entre las cosas que hizo fué mandar escribir los poemas de Homero, con lo cual contribuyó poderosamente a que el pueblo los conociera y aprendiera, ya que hasta entonces esos poemas se habían transmitido de oídas de unos a otros; pero, como pasa casi siempre, el pueblo se cansó del tirano, de su hijo que le había sucedido y de toda la familia Pisistrato, a quien expulsó de Grecia en 510 A. C.

Entonces aparece un nuevo tirano llamado Clístenes. Este nombre tan poco conocido es conveniente recordarlo, y para ello repitámoslo varias veces escribiéndolo, como lo hemos hecho para las palabras difíciles:

CLISTENES

CLISTENES

CLISTENES

Si tu padre es pobre, cuando llegan unas elecciones tiene un voto; esto es, tiene perfecto derecho a emitir su opinión.

Si es rico vota también, pero no tiene más que un voto.

Si un hombre hoy deja de cumplir las leyes, esto es, comete un delito, va a la cárcel, sea rico o pobre.

Pero esto no ha ocurrido así siempre. En otro tiempo, los hombres no tenían los mismos derechos; por ejemplo, no todos tenían voto, según que fueran ricos o pobres.



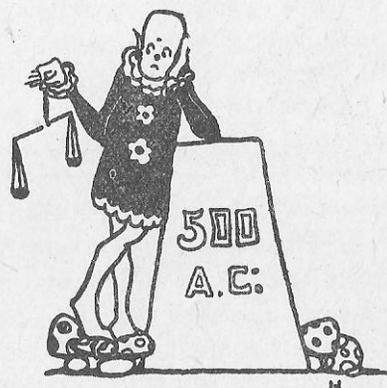
Votando el ostracismo

Para esto ideó el procedimiento siguiente. Se colocaba una caja de madera con abertura parecida a una gran hucha o urna de elecciones donde cada ciudadano iba depositando una concha donde escribía un nombre, para lo cual eran convocados un día señalado. Si se reunían votos bastantes, aquella persona debía abandonar el país y vivir lejos de él durante diez años. Esto fué llamado *ostracismo*, de la palabra griega con que se designaba la concha en que se escribía el nombre, y al que había de abandonar la ciudad se decía que estaba condenado al ostracismo.

Esta palabra ha pasado a nuestro idioma y decimos que una persona vive en el ostracismo cuando no se trata

con nadie, o cuando todo el mundo rehuye el relacionarse con él.

¿Habéis sido alguna vez condenados a comer en la cocina porque vuestra conducta de niño malo la castigan no permitiendo que comáis en la mesa de los demás? Pues esa es una manera de haber sufrido el ostracismo.



Roma se libra de sus reyes

Algo importante sucede en Roma en el 510 A. C. Había en Roma dos clases de gentes, tal como ocurría en Grecia: el pueblo de clase elevada, que la formaban los patricios, y el pueblo bajo o pobre, formado por los plebeyos. Actualmente seguimos llamando patricio al hombre rico y culto, y plebeyo, al pobre sin educación. Los patricios tenían voto, pero a los plebeyos no se les consentía votar.

Al fin se les concede el voto a los plebeyos, pero en la fecha antes citada un rey llamado Tarquino se lo negó porque no le convenía, pero el pueblo no consintió este atropello y reuniéndose para protestar lograron echar de la ciudad al rey, como los griegos hicieron con el suyo.

Al destronar a Tarquino, los romanos establecieron lo que se llama una República: algo parecido a lo que hay ahora en nuestro país, y decimos que algo parecido porque ellos no se atrevieron a que un solo hombre presidiera el Estado, temerosos de que lograra hacerse rey, y ya estaban sobradamente hartos de reyes.

Así, los romanos eligieron para presidentes de su República a dos hombres a la vez y sólo para un año encargados de gobernarlos. A estos hombres les llamaron cón-

sules. Cada cónsul tenía doce guardias de honor que se llamaban "lictors" y cada lictor llevaba al hombro un haz de bastones o listones de madera al cual iba ligada la hoja de un hacha. Este haz y este hacha significaban que el cónsul tenía poder para castigar mediante la punición con vara o para cortar la cabeza a quien incurriera en faltas graves.



Un lictor con los símbolos del poder

Tal vez hayáis visto estos atributos usados como ornamentos o decoración en los monumentos y en los edificios. ¿Por qué suponéis que fueron usados así?

Uno de los primeros dos cónsules nombrados fué Bruto el Mayor, que tuvo dos hijos. Y se dió el caso de que al pretender Tarquino volver a la ciudad y proclamarse rey, encontrara el apoyo de algunos romanos, entre ellos los hijos del mismo Bruto, cónsul.

Bruto descubrió a tiempo esta conspiración, enterándose de que en ella figuraban sus propios hijos, y para dar ejemplo de energía y de imparcialidad, mandó a sus

lictors que decapitaran a sus hijos juntamente con los principales traidores de Roma.

Pero Tarquino no se dió por vencido, y al año siguiente volvió a intentar apoderarse de Roma, aprovechando un ejército que le ofrecían sus vecinos los etruscos, y sitiándola.

Había un puente de madera sobre el río Tíber, que separaba a Roma del territorio de los etruscos. Un héroe romano llamado Horacio, que ya había perdido un ojo peleando por Roma, tuvo la idea de copar a todo el ejército etrusco en el puente, para lo cual dispuso las cosas de forma que el puente se hundiera al pasar. Mas para ello era preciso amontonar al ejército sobre el puente. Al efecto, los romanos retiraron sus soldados de este lado del puente, dejando sólo a Horacio y a dos amigos para que lo defendieran. Los etruscos creyeron que era llegado el momento de lanzarse sobre los centinelas, cuya resistencia no tenía otro objeto que atraer a una gran masa de etruscos sobre el puente, que crujió y se hundió rápidamente, pereciendo los soldados en las aguas por no poder nadar con los armamentos.

Pocos años después de Horacio vivió otro famoso romano llamado Cincinato. Era simplemente un hortelano, que tenía una pequeña huerta en la ribera del Tíber; pero de tal bondad y talento natural, que era admirado por todos. Un día amenazó a Roma un nuevo enemigo. Hay que tener en cuenta que en aquel tiempo eran muchos los pueblos que soñaban con atacar y tomar Roma, sin otra razón que poseerla.

El pueblo necesitaba un general, y pensaron en ir y ofrecer a Cincinato el cargo de dictador. Pero no olvide-

mos que entonces se daba el nombre de dictador al hombre que en peligros inminentes era designado para tomar el mando de un ejército y salvar a la patria. El cargo duraba lo que durara el peligro.

Cincinato aceptó; dejó su granja y se presentó en la ciudad. Rápidamente formó un ejército, salió al campo, destrozó y puso en fuga al enemigo, y regresó a la ciudad. Se dice que la salida, la lucha y el regreso no duró más de veinticuatro horas.

El pueblo quedó tan maravillado y agradecido, que quiso designar a Cincinato general perpetuo, aun durante el tiempo de paz. Aunque los romanos habían tomado odio a los reyes, no hubieran tenido inconveniente en elegir a Cincinato, si él hubiera querido. Pero éste no quiso nada de eso y decidió volver a su modesta casa y huerta de las orillas del río, que no cambiaba por nada, una vez que había cumplido simplemente con sus deberes, como él decía.

La ciudad de Cincinnati, en el Estado de Ohio, en Norteamérica, se llama así por haber sido fundada por una colonia italiana que le dió aquel nombre en recuerdo del héroe.

Grecia contra Persia

Todos sabéis lo que es un *match*. Esto es, una lucha entre dos partidos. Pues bien, entre Grecia y Persia hubo en la antigüedad un *match* sangriento (no un juego) por la vida y la independencia. Los partidos eran muy desiguales, pues frente a la pequeña Grecia estaba la gran Persia.

Ciro, el gran rey de Persia, había conquistado Babilonia y otras comarcas. Era dueño de casi todo el mundo conocido entonces, excepto Grecia e Italia.

Hacia el año 500 A. C., el gobernador de Persia era Darío. Este no se conformaba a la idea de que el pequeño país griego interpuesto entre sus grandes dominios no le perteneciera. Darío acabó por decir: "Nada, nada, es preciso que esta pequeña nación caiga también bajo mi poder." Darío tenía también otros motivos de enemistad contra los griegos, cuales eran los de que éstos habían ayudado a algunos pueblos súbditos de Persia para que se rebelaran contra ella. El emperador de Persia quería, pues, castigar a los griegos privándoles de su territorio.

Darío encomendó a su yerno la conquista de Grecia, y éste salió para aquel lugar con una flota y un ejército, mas con tan mala fortuna, que una tormenta destrozó sus embarcaciones, teniendo que retroceder precipitada-

mente. Darío montó en cólera y juró que si los malos dioses le habían hecho aquella mala pasada, no le volvería a ocurrir, encargándose él mismo de la nueva expedición.

Sin embargo, primero quiso que los griegos se rindieran por las buenas, y al efecto envió emisarios a cada una de las ciudades griegas para que las convencieran, debiendo mandar los habitantes de cada sitio un puñado de tierra y un poco de agua en señal de que no habría lucha.

Muchas ciudades prefirieron no luchar con el poderoso rey, a quien temían grandemente, y le enviaron la tierra y el agua. Pero dos ciudades, las pequeñas Atenas y Esparta, rechazaron enérgicamente a los emisarios y se dispusieron a morir si era preciso ante el gran poder de Darío.



Un trirreme

Atenas y Esparta dijeron a los embajadores persas: "Si vuestro rey quiere tierras y mares, que venga por ellas." Ambas ciudades se unieron y llamaron a todos los compatriotas para organizar la resistencia. Para llegar a Atenas, el ejército tenía que cruzar el mar con barcos. Pero en aquellos tiempos claro que no había vapores. Estos se han inventado miles de años después. El único modo de hacer andar a aquellos barcos eran los remos, y como las embarcaciones eran muy pesadas, el número de remeros era muy grande. Cada barco llevaba en sus costados tres filas de remos, la una sobre

la otra, y por eso se llamó a tales embarcaciones "trirremes". Darío preparó nada menos que 600 trirremes, que transportaban 200 hombres cada uno. De modo que si hacéis la multiplicación sabréis que el ejército de Darío se componía de 120.000 soldados.

Esta vez no sufrieron contratiempos y consiguieron llegar a las costas griegas, acampando en una gran llanura denominada campos de Maratón, que se encontraba sólo a unos cuarenta kilómetros de Atenas. Cuando los atenienses se dieron cuenta de ello, tuvieron que avisar con toda urgencia a los espartanos, conforme tenían convenido. Pero pensad que entonces no había telégrafo, teléfono, ni ferrocarril, ni carretera siquiera. No había otra manera de avisar que enviando a alguien con un recado.

Los griegos tenían famosos corredores, y el encargado de llevar el mensaje al corredor Teirípides, que tuvo que salvar la distancia entre Atenas y Esparta (150 kilómetros, aproximadamente) corriendo noche y día, con pequeños descansos, a tal punto que al día siguiente estaba en Esparta.

¡Cuál no sería la contrariedad de los atenienses cuando recibieron la respuesta de los espartanos diciéndoles que mientras la Luna no estuviera llena no irían! Y es que, de la misma manera que ahora hay gentes supersticiosas, que creen que, por ejemplo, "en martes, ni te cases ni te embarques", los espartanos creían de mala suerte emprender un viaje ni una lucha sin luna llena.

Pero los atenienses no podían esperar; tenían al enemigo muy cerca, y se dispusieron urgentemente para la ba-

talla. Todos los hombres, menos los viejos y los niños, se dirigieron hacia Maratón, conducidos por un general llamado Milciades. Entre todos no eran más de 10.000, con otros 1.000 de una pequeña ciudad vecina. Total, más de diez persas por cada griego.

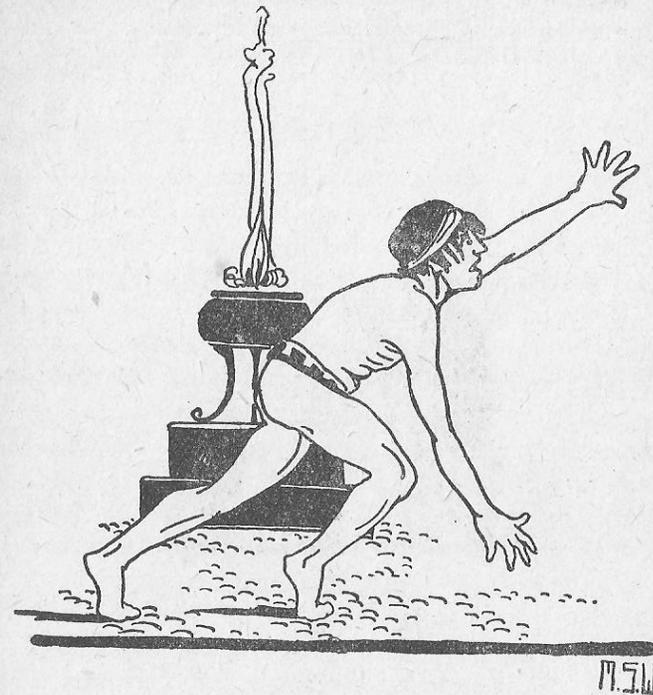
En cambio, los griegos estaban educados para el juego y la lucha; eran todos ellos corredores y atletas y marchaban a la pelea con el ardor y el convencimiento de quien tiene que defender su vida, su casa, su familia y su independencia; mientras que los persas no eran tan ágiles, peleaban sin gana, porque nada tenían que defender, y en último término, la mayoría del ejército estaba formado por esclavos y peleaba por obedecer a un rey, que sería el único que ganaría algo con aquella guerra.

Se comprenderá que cada griego valiera por más de diez persas, sucediendo algo así parecido a lo que se cuenta en la fábula del galgo y la liebre. La liebre escapó, y cuando otros perros hicieron burla al galgo, que había dejado escapar la presa, el galgo contestó: "Tened en cuenta que yo corría por agradar y obedecer al cazador, mientras que la liebre corría por su vida."

Por esta razón los griegos alcanzaron una gran victoria, que dejó asombrado y rabioso a Darío.

Teirípides, el famoso corredor, que también había tomado parte en la batalla, emprendió una veloz carrera para llevar a Atenas la buena noticia. En los 40 kilómetros no hizo esta vez ni un descanso. Llegó a Atenas sin alientos, y apenas tuvo tiempo de contar a sus compatriotas el resultado de la lucha, cayendo al suelo muerto. En

su honor, y para conmemorar esta heroica y famosa carrera, se instituyó, y hoy se sigue haciendo, en los Juegos Olímpicos la carrera Atenas-Maratón.

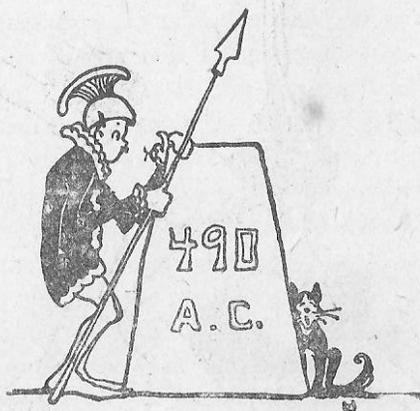


La primera carrera de Maratón

La batalla de Maratón, por todas las circunstancias descritas, es una de las más famosas en la Historia del Mundo. Un pequeño pueblo peleando por su vida y sus

casas vence a un grueso ejército formado de soldados mercenarios y sin disciplina.

Pero aunque los persas volvieron a su tierra diezmados y cabizbajos, no dejaron en paz a los griegos. Todavía tendrían éstos que entenderse con aquéllos.



Las carreras de Maratón

La derrota de Maratón colmó la ira y la soberbia de Darío, que no se conformaba a ser vencido por aquel grupo insignificante de despreciables griegos, y comenzó a preparar la revancha, donde quedara demostrado su enorme poder. Esta vez, decía, organizaré tal ejército y tal escuadra, que no haya manera de ser vencido por todos los pueblos de la tierra, jurando solemnemente que aniquilaría a Grecia. Pero algo imprevisto sucedió que echó por tierra todos aquellos planes. ¿Lo sospecháis? Pues que murió.

Darío no vió realizado su sueño, pero el hijo que le sucedió en el reino, llamado Jerjes, heredó de su padre el odio a los griegos y los planes de hacerlos papilla, poniéndose a la tarea de conseguirlo.

Los griegos sabían los propósitos de los persas, y tampoco estaban ahora dispuestos a dejarse comer. Hacían los preparativos consiguientes, aunque inquietos por las opiniones que había sobre lo que fuera conveniente hacer. Estas opiniones eran mantenidas por dos hombres de gran influencia que vivían entonces en Grecia: Temístocles y Aristides. Silabear estos nombres. Como veis, am-

bos terminan en "es", cosa muy corriente en los nombres personales griegos.

Pues bien, Temístocles decía a los atenienses que era preciso prepararse para la lucha contra los persas construyendo, como ellos, una gran flota y un gran ejército, cosas que los griegos no habían tenido nunca. En cambio, Aristides consideraba esos gastos una locura y hacía propaganda contra los proyectos de Temístocles. El pueblo estaba indeciso con una cosa y otra, pues si bien su ardor bélico le hacía inclinarse por los preparativos guerreros, en cambio la palabra de Aristides, que tenía fama de sabio y justo, los contenía.

Era necesario que acabara aquella indecisión y que alguno de los jefes desapareciera. Para ello decidieron una votación para condenar al ostracismo al que resultara derrotado. Recordad qué era el ostracismo y quién lo inventó.

Un detalle demuestra la fama de justo que tenía Aristides. Llegado el día de la votación, un hombre que no sabía escribir ni conocía de vista a Aristides se acercó a éste y le pidió que le escribiera el nombre del jefe contra el cual el hombre quería votar.

Aristides no dijo quién era él, limitándose a preguntar el nombre que debería escribir. "Aristides", contestó el hombre. ¿Y qué ha hecho de malo o de injusto ese hombre?, preguntó el mismo Aristides.

—Nada, pero ya estoy cansado de oír decir que es justo.

Aristides, sin más contestación, y a pesar de lo irracional de aquella respuesta, escribió su propio nombre.

Aristides resultó condenado en la votación; tuvo que salir de Grecia, y a Temístocles le quedó el campo libre para organizar la defensa.

Los griegos construyeron una flota de trirremes y consiguieron por parte de todas las ciudades griegas el compromiso de ir a la guerra cuando llegara el momento. Se designó a Esparta, como país especializado en las artes guerreras, para dirigir el movimiento general.

Pues bien, diez años justos después de la batalla de Maratón, en el 480 A. C., la gran armada persa se aprestó a atacar de nuevo a Grecia. El rey persa había mandado traer soldados de todos los lados del imperio, y si en la primera batalla el número de 120.000 soldados era ya algo extraordinario, ahora se habían reunido nada menos que dos millones, ¡dos millones!

El problema entonces consistió en ver cómo ese formidable ejército era transportado a Grecia, pues si los más grandes trirremes sólo podían transportar unos cientos de soldados, ¡cuántas embarcaciones harían falta para tan inmenso número de combatientes! Seguramente muchos más barcos que existían entonces en todo el mundo. El ejército se puso en marcha a pie a lo largo de todo el camino rodeando el mar.

Pero aun así el ejército de Jerjes tenía que cruzar un estrecho, esto es, una faja de mar bastante más ancha que un río caudaloso. Este estrecho se llamaba entonces el Hellespont, y corresponde, si miras al mapa, al que hoy se llama de los Dardanelos. Llegado el ejército a aquel lugar, era preciso decidir cómo se atravesaba, porque en-

tonces no había medios de construir puentes tan inmensos, y a Jerjes se le ocurrió reunir numerosos botes que puestos los unos junto a los otros proporcionarían una plataforma sobre la que poder saltar al otro lado.

Una tormenta destruyó el primer puente construido cuando apenas si estaba terminado y hubo necesidad de volverlo a hacer, logrando al fin el ejército persa pasar el estrecho. Se dice, para dar idea del enorme contingente que formaba aquel ejército, que estuvo pasando por el puente durante siete días y siete noches sin cesar un momento, en dos filas apretadas de soldados. La flota seguía de cerca al ejército, hasta que todos se reunieron en las costas griegas. El ejército griego, a su vez, comenzó a bajar desde el Norte, ocupando todos los lugares estratégicos, aunque a primera vista parecía que nada en el mundo sería capaz de detener aquella enorme avalancha de persas.

Uno contra mil

El ejército persa tenía que pasar forzosamente por un estrecho camino que quedaba entre las montañas y el mar si pretendía llegar a Atenas. Este paso se llama de las Termópilas, cuyo nombre puede fácilmente saberse lo que significa si se tiene en cuenta que "termo" significa caliente y que por aquellos lugares hay muchas fuentes naturales. Sin duda hace referencia a las fuentes termales que en aquel paso había.

Los griegos decidieron no salir al encuentro de los persas, sino aguardarles en aquella difícil puerta que habían de penetrar. Entre las piedras de aquellos montes, dominando el camino, unos pocos hombres serían capaces de luchar con mucho mayor número. Además, allí habría de destacarse lo mejor del ejército griego, conducido por el más bravo de los generales, que se llamaba Leónidas, rey de Esparta, que en griego significa "igual que un león".

Leónidas iba seguida de siete mil soldados, ¡siete mil!, para contener a dos millones de persas. De éstos, tres mil eran espartanos, y los espartanos tenían la consigna de

no retroceder pasara lo que pasara. Una madre espartana decía a su hijo:

Vuelve con tu escudo o sobre él.

es decir, armado o muerto.

Cuando Jerjes halló su camino interceptado por aquel ridículo y minúsculo grupo de soldados, creyó que bastaría mandarles unos emisarios invitándoles a rendirse, a lo que Leónidas contestó con aquel lenguaje breve y seco que ya hemos denominado "lacónico":

Decidle que venga por nosotros.

Jerjes dió orden a su ejército de lanzarse sobre el camino; pero los espartanos los detenían, produciéndoles innumerables bajas. Durante dos días los persas luchaban por entrar sin conseguirlo; pero entonces un griego traidor y cobarde, que había sido hecho prisionero, quiso, para salvar su vida, ofrecer al rey persa un gran servicio, enseñándole otro camino secreto sobre los montes, por el cual podrían penetrar los persas, cercado al propio tiempo a los soldados de Leónidas.

Cuando a la mañana siguiente Leónidas se dió cuenta de que los persas habían descubierto aquel paso y que comenzaban a envolverlos, apeló a un último recurso, que fué de gran efecto moral, aunque incapaz de evitar la catástrofe. Les dijo: "Todo el que quiera escapar, puede hacerlo." Quienes permanecieran podían estar seguros de que les aguardaba la muerte. Pues bien, todos los espartanos y bastante atenienses permanecieron con su general

hasta que no quedó uno vivo. Mejor dicho, uno solo se salvó.

El ejército persa pasó cómodamente sobre los cadáveres griegos, camino expedito hacia Atenas sin obstáculos presumibles. Cuando los atenienses se dieron cuenta del desastre sufrido corrieron a consultar al Oráculo de Delfos lo que deberían hacer.

El Oráculo les contestó que esta vez sería tomada y destruída Atenas; que no había modo de evitarlo, pero que los atenienses podrían salvarse sobre maderos. La respuesta produjo la natural emoción a la vez que la intranquilidad consiguiente por lo que quisiera decir aquello de salvarse en maderos.

Temístocles, que tanto había trabajado por la construcción de una flota, se creyó en posesión del secreto de la respuesta, explicando que sería en dicha flota donde el pueblo se salvaría embarcándose y huyendo.

En efecto, los atenienses, siguiendo la advertencia del Oráculo y el consejo de Temístocles, abandonaron sus ciudades sobre los navíos, dirigiéndose a una bahía próxima, como lugar de refugio, llamada Salamina.

El ejército persa llegó a Atenas y la encontró desierta. Quemaron y destruyeron la ciudad bárbaramente, y al aperibirse de que sus habitantes estaban refugiados en la bahía de Salamina, el rey persa preparó con la mayor perfidia la destrucción de la pequeña flota griega, mediante un combate con la suya, poderosa. Para dirigir y regocijarse con el espectáculo de esta batalla, Jerjes se mandó construir, en un pequeño cerro que dominaba la

bahía, un trono, como quien toma un palco para presenciar un partido de juego.

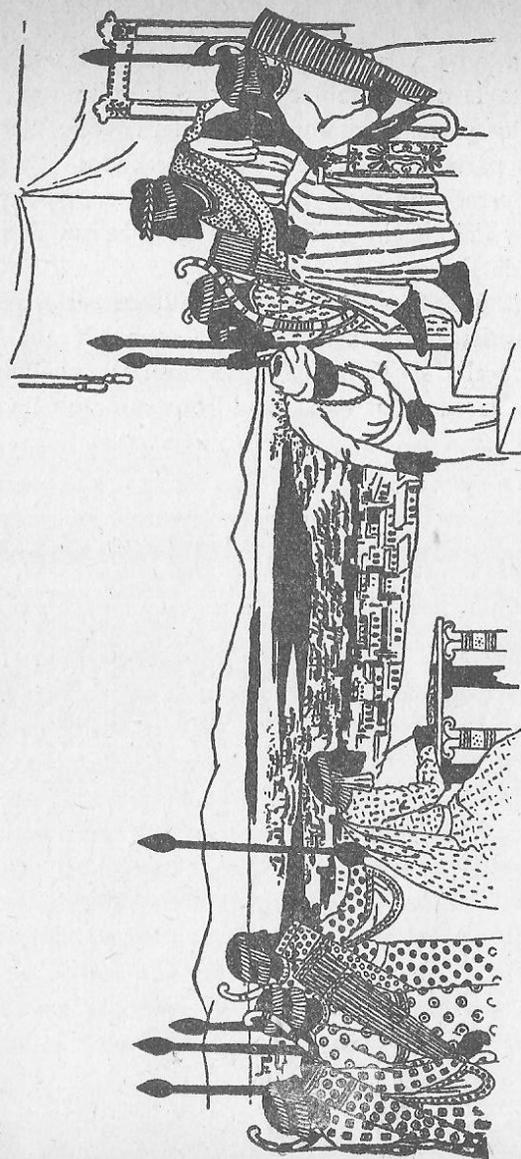
Entonces el almirante que dirigía la flota griega, y no habrá que decir que era el mismo Temístocles, tuvo una feliz idea para hacer posible el comenzar una batalla en tan desfavorables condiciones para ellos, y fué el hacerse pasar por traidor y proponer a Jerjes un modo de entrar en la bahía y destrozarse los navíos griegos sin gran esfuerzo.

La situación en que ahora se encontraban los barcos griegos recordaba bastante a la que tuvieron los soldados en el paso de las Termópilas, y tal vez esto influyó en que Temístocles sintiera la idea de traicionar a sus compatriotas, suponiendo que Jerjes estaría dispuesto a creer en las palabras de un traidor, ya que le había ido tan bien creyendo al traidor de las Termópilas.

Pues bien, Jerjes recibió un emisario de parte de Temístocles. Este proponía al gran rey que puesto que el general griego comprendía que el resultado de la batalla era fatalmente un desastre para ellos, estaba dispuesto a favorecer la derrota (para salvarse Temístocles con el servicio que prestaba a Jerjes).

La estratagema consistió en conseguir que los persas dividieran su flota en dos partes, para entrar por las dos bocas que tenía la entrada de la bahía, a bastante distancia una de otra, con lo cual parecía que las naves griegas serían cogidas en medio.

• Pero cuando los navíos persas se separaron largo trecho, todos los griegos presentaron batalla en el estrecho a



Jerjes desde su trono presenciando la batalla de Salamina

una de las mitades, y cuando ésta estuvo destruída se volvieron contra la otra mitad, que corrió la misma suerte.

Cuando los persas se dieron cuenta del engaño, ya era tarde. Gran parte de sus barcos fueron echados a pique, y con ellos perecieron sus ocupantes. El resto de las embarcaciones y del ejército se dió a la fuga más que de prisa, camino de Persia.

Esta fué la última vez que a los orgullosos persas se les ocurrió conquistar a la insignificante Grecia. ¡Y qué hubiera sido de ella si Temístocles no hubiera conseguido convencer a sus compatriotas para construir aquella escuadra!

La edad de oro

Cuando hablábamos de la Edad de Piedra y de la Edad de Bronce, anticipábamos que también habríamos de hablar de la Edad de Oro.

Pues bien, ya hemos llegado a ella. Pero no creámonos que vivir en una Edad de Oro quiere decir que en esas épocas haya muchos objetos construídos de tal metal, ni de que el pueblo tuviera mucho dinero. Vivir en una Edad de Oro significa...; bien, digamos cómo era la vida entonces y de dicha historia deduciremos lo que la frase trata de expresar.

Tras la victoria sobre los persas, parece como si los griegos hubieran sentido el estímulo de llegar a ser el pueblo más notable del Mundo. En efecto, emprendieron una serie de cosas maravillosas, y el período de cincuenta años posterior a la victoria de Salamina, esto es, el tiempo que media entre el 480 y 430 A. C., es sin duda el más famoso en la historia del pueblo griego, y quizá el más notable en la historia de la humanidad.

Atenas había sido destruída por Jerjes. Esto parece a primera vista una gran desventura, pero no fué así, porque los griegos se aprestaron sin descanso a reedificar la ciudad, mejorando enormemente sus construcciones y

dando lugar a que sus edificios y sus recintos alcanzaran una belleza que luego ha sido imitada por todos.

El hombre más eminente que en este tiempo vivió en Grecia se llamó Pericles, y todavía al período esplendoroso a que nos estamos refiriendo se llama "la Grecia de Pericles". Pericles no fué un rey ni un gobernante, sino un hombre de tal sabiduría y de tal elocuencia, que el pueblo se dejaba guiar por sus palabras y por sus iniciativas. Era así como el capitán de un gran equipo cuyas órdenes y jugadas producen tan indiscutibles efectos, que nadie duda de su talento ni autoridad.

En esta época surgen en Atenas grandes artistas, grandes escritores y grandes filósofos. ¿Sabéis lo que es un filósofo? Es un hombre sabio que se dedica a pensar y a quien se le ocurren magníficas ideas.

Los artistas construyeron preciosos edificios, teatros y templos. Hicieron sorprendentes estatuas de los dioses griegos, que colocaron sobre los edificios o en distintos lugares de la ciudad para decorarla. Los filósofos



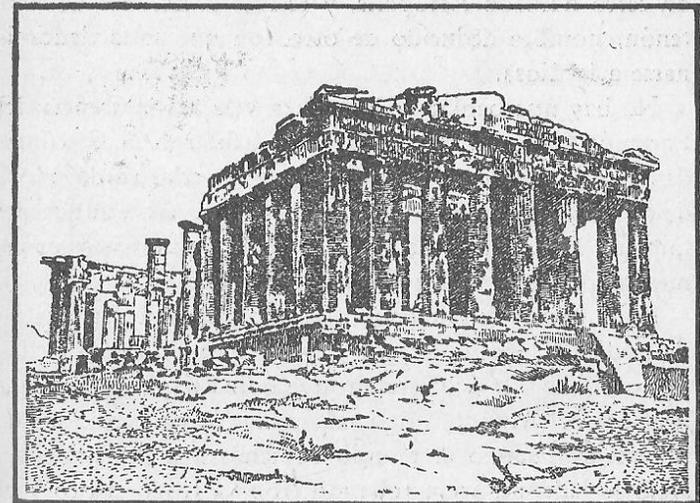
Máscaras trágicas y cómicas

enseñaron al pueblo la manera de ser inteligente y bueno. Los escritores compusieron finos poemas y obras teatrales.

Ahora bien, las representaciones dramáticas no se parecían mucho a las nuestras. Hacían referencia a las acciones de los dioses y de las diosas. Tampoco los teatros eran edificios como los nuestros, sino grandes recintos al aire

libre, en las faldas de una colina, donde pudieran construirse fácilmente lo que ahora llamamos los tendidos en una plaza de toros. No había escenario o era muy pequeño, y en lugar de orquesta, acompañaba a los actores un coro de cantantes.

Los actores se disfrazaban como máscaras, esto es, po-



El Partenón

niéndose caretas; de manera que si uno tenía que representar a una persona que sufría, que hacía gracia, etc., se ponía una máscara trágica o cómica. Todavía en las decoraciones o pinturas de nuestros teatros se ponen máscaras.

La ciudad de Atenas debe su nombre al de la diosa Atenea, a quien el pueblo atribuía la misión de velar por la suerte de la ciudad. Se comprende que para una diosa tan importante los griegos quisieran construirle un templo especial y grandioso.

Este templo fué, en efecto, construído en lo alto de un cerro llamado Acrópolis, y recibió el nombre de Partenón, nombre deducido de otro con que solía denominarse a la diosa.

No hay que hablar de la belleza y la magnificencia del Partenón. Todo el mundo ha oído hablar de él. Se considera como el edificio más bello que se ha construído. Hoy, desgraciadamente, no es más que unas ruinas, aunque del tamaño, la forma y disposición de sus columnas y ornamentos puede formarse idea de lo que fué.

En el centro de este templo estuvo una inmensa estatua de la diosa, labrada en oro y marfil por un escultor llamado Fidias. De esta estatua, que quizá haya sido la más hermosa del Mundo, no se sabe nada; se ha perdido. Posiblemente cuando el templo comenzara a derrumbarse, algunos ladrones irían robando trozo a trozo el oro y el marfil.

Fidias hizo otras muchas estatuas para adornar el Partenón; pero las que luego no han sido llevadas a los museos actuales, donde se conservan, es porque han desaparecido. Estas esculturas hicieron a Fidias tan famoso, que recibió el encargo de construir una gigantesca estatua de Júpiter para colocarla en Olimpia, donde tenían lugar los célebres Juegos que se celebraban en honor del dios.

Ya sabéis que Fidias hizo con este motivo una de las obras que han sido incluídas entre las Siete Maravillas del Mundo. Recordad que la estatua de Júpiter, las Pirámides de Egipto y los jardines de Babilonia eran tres de estas Siete Maravillas.

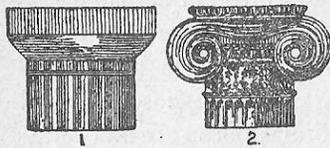
Fidias fué el más grande de los escultores que han existido y a él debió Grecia obras maravillosas; pero hizo una cosa que los griegos consideraban un crimen gravísimo que no podía ser perdonado. Claro que a nosotros nos causa sorpresa que lo hecho por Fidias pueda ser una falta tan grave; ni siquiera nos parece una falta; pero es preciso tener presente el concepto tan distinto que aquel pueblo tenía del delito. Lo hecho por Fidias fué sencillamente lo siguiente: Sobre el escudo de la diosa Atenea grabó unas figurillas, retratos de él mismo y de su amigo Pericles. La cosa no tenía importancia alguna, y la intención no fué otra que decorar el escudo; pero los griegos consideraban un sacrilegio hacer dibujos humanos en las estatuas de los dioses, y juzgando a Fidias como hereje, lo condenaron a prisión, donde murió.

Los griegos utilizaban para sus edificios diferentes tipos de columnas, todos ellos tan bonitos y originales, que todavía se imitan en las construcciones actuales. Pero esto merece la pena que nos fijemos en los detalles que distinguen un tipo de otro.

El Partenón fué construído con columnas de estilo *dórico* (1). La parte superior de la columna se llama el capitel, que en este estilo semeja a una salsera con una pe-

queña plataforma cuadrada en todo lo alto. El resto de la columna entre la base y el capitel se llama el fuste. Como la columna dórica es tan lisa y da la sensación de fortaleza, se llama "el estilo del hombre".

El segundo estilo se llama *jónico* (2). Su capitel está adornado por unos rizos bajo la plataforma cuadrada de lo alto y la columna presenta una base. Como esta columna es más esbelta y más adornada, se llama "el estilo de la mujer".



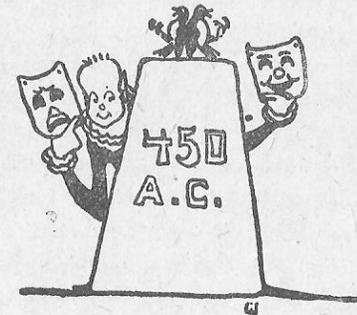
- (1) Dórica
- (2) Jónica
- (3) Corintia

El tercer estilo es el *corintio* (3). El capitel de este tipo es mucho más largo que los dos anteriores y mucho más adornado. Se dice que el arquitecto que inventó esta columna se inspiró en una cesta llena de juguetes. La cesta aparece cubierta de hojas de una planta que se llama acanto.

Uno de los hermanos de Pericles se llamó Herodoto. Este escribió la primera Historia del Mundo. Por esta razón se llama a Herodoto el padre de la Historia. Claro que en aquel tiempo había muy poca Historia. No mucho más de lo que hasta ahora llevamos escrito, como que todo el resto ha sucedido después. Además cada pueblo no conocía más que lo sucedido en poco terreno alrede-

dor. La Historia de Herodoto apenas si describe otra cosa que la guerra con los persas.

En aquellos días, cuando se presentaba una de las enfermedades que ahora llamamos epidemias, y que los antiguos llamaron plagas, la gente se moría en gran número, porque la Medicina no conocía la forma de combatir las, ni los doctores eran suficientes para curar a los enfermos. En esta Edad de Oro de la historia griega se presentó tan terrible epidemia, que las ciudades quedaron assoladas para siempre. Todas las personas eminentes, incluso Pericles, murieron víctimas de la plaga. Con este acontecimiento desgraciado termina la Edad de Oro.



Griegos contra griegos

La Edad de Oro en Grecia duró sólo cincuenta años y se vió detenida por una guerra lamentable, porque ahora no eran pueblos extraños quienes luchaban; eran los mismos griegos entre sí.

La guerra a que nos referimos se inició entre dos ciudades que hasta entonces habían sido más o menos amigas, Esparta y Atenas. Esto es, como si entraran en riña dos bandos pertenecientes a una misma familia. Y el origen fué los celos que Esparta sintió por Atenas.

Ambas ciudades tenían excelentes soldados; pero Atenas había conseguido una flota, la construída por Temístocles y que venció a los persas en la batalla de Salamina, y además había llegado a ser la ciudad más bella conocida. Todo esto motivó la gran envidia que sintió Esparta. Sobre todo, su flota. La belleza y la cultura de Atenas no proporcionaba gran inquietud a los espartanos.

Esparta era un país interior; de modo que no podía imitar a Atenas, próxima al mar, en la construcción de una flota, pero temía que su vecina adquiriera demasiado poder. Por esto no perdió ocasión para encontrar pretextos para declararle la guerra.

Creo que hemos dicho que Esparta era una porción de

Grecia, designada con el nombre de Peloponeso. Ya comprenderéis que este pintoresco y raro nombre parecería a los muchachos griegos tan vulgar como a los nuestros les resultará Andalucía o Extremadura. Pues bien, a ese nombre se debe el que también se llame Guerra del Peloponeso la sostenida entre Esparta y Atenas.

Hoy nos parece larga una guerra que dure cuatro o cinco años, pero en la antigüedad las luchas duraban mucho más. La guerra del Peloponeso duró nada menos que veintisiete años. Y es que cuando dos rivales de fuerzas casi iguales entran en lucha, ésta se prolonga indefinidamente, no se puede prever el fin.

No hay para qué describir la serie de batallas y de incidentes que tuvieron lugar durante estos veintisiete años. Lo importante es saber que al cabo de ellos las dos ciudades, extenuadas y cansadas, perdieron todo su poder y que la gloria de Atenas se perdió. La guerra arruinó a ambos pueblos. Este es, por otra parte, el resultado de todas las guerras. Nadie gana, en fin de cuentas.

Durante ese período hubo en Atenas un hombre que luego se ha hecho universalmente famoso por su sabiduría y que es considerado como uno de los más grandes talentos que han existido sobre la Tierra. Este fué Sócrates. Fué un hombre de los que se llaman filósofos, y enseñó entre las gentes sabias doctrinas y el cumplimiento de los más elevados deberes. Pero sus enseñanzas las hacía por un procedimiento original. En lugar de *decir* al pueblo las cosas, sometía a las gentes a una serie de preguntas que las conducían a hallar por sí mismas las verdades que él

trataba de comunicarles. Esto es, el que conversaba con Sócrates se hacía la ilusión de ser el descubridor de las verdades que Sócrates se proponía enseñarle. A este procedimiento de enseñanza se ha llamado desde entonces socrático.

Sócrates era terriblemente feo y presentaba un aspecto muy desagradable, y sin embargo las gentes, tan acostumbradas y aficionadas a las formas bellas en Grecia, lo seguían, lo admiraban y lo querían. Sin duda esto se debió a su talento y a su bondad. Cosa parecida a lo que nos sucede con las personas a quienes debemos muchos beneficios y les tomamos cariño, que entonces no nos damos cuenta de sus defectos físicos y hasta nos parecen graciosos.

Pero el pobre Sócrates era desgraciadísimo con su mujer, llamada Samtipa, que no tenía la más leve idea del mérito de su marido y lo trataba despiadadamente. Era una mujer regañona y de carácter insoportable, que tenía a Sócrates por un holgazán que se pasaba la vida charlando con la gente sin ganar un cuarto, que era lo que a ella le interesaba. Un día riñó con él tan duramente, que lo echó de casa, y después de insultarlo a voces acabó por arrojarle un cubo de agua. Sócrates, pacientemente, se limitó a decir:

Después del trueno es de esperar la lluvia.

Sócrates no creía en los dioses griegos, pero tenía buen cuidado en ocultarlo, porque sus compatriotas no admi-

tían que nadie dijera ni hiciera nada contra aquellas divinidades. Ya sabéis lo que le ocurrió a Fidias sólo por haber puesto unas figuras humanas en las estatuas de los dioses que construyó. Pero al fin el pueblo se apercibió de su incredulidad y le acusó de enseñar a las gentes la falsedad de los dioses. Inmediatamente fué condenado a muerte. Pero no a una muerte en la horca ni de cualquiera de los géneros de muerte a que hoy se condena, sino que fué obligado a tomar por sí mismo una bebida hecha con una planta enormemente venenosa llamada cicuta.

Sus discípulos le aconsejaban que rechazara la bebida; pero él quería ser tan respetuoso con la ley, que no consentía en desobedecer, y a la edad de setenta años próximamente, echándose en el lecho, con una serenidad asombrosa bebió el veneno, rodeado de sus discípulos, mientras no dejaba de dar a éstos consejos. La muerte de Sócrates es uno de los ejemplos de mayor serenidad y grandeza de alma que registra la Historia.

Aunque esto sucedía cuatrocientos años antes de Cristo y por tanto nada podía sospecharse acerca de las doctrinas del Cristianismo, es curioso notar que Sócrates creía en algunas de las que luego predicó Cristo. Por ejemplo, una de estas cosas era la de que cada uno tiene en su interior una conciencia y es dueño de sus actos; que nuestra conciencia y no nadie más nos dice lo que es bueno y lo que es malo, siendo por tanto responsables de nuestros actos.

Otra de aquellas ideas es la de que hay otra vida des-

pués de la presente, y que si nuestros cuerpos perecen, nuestros espíritus siguen viviendo.

Nada de extraño tiene, pues, que Sócrates no sintiera miedo ante la muerte.

Hombres sabios y extraordinarios

Hubo un hombre, llamado Filipo, habitante en el norte de Grecia, rey de un pequeño territorio denominado Macedonia, que había presenciado la lucha entre Esparta y Atenas, y decidió entrar "en el juego" cuando calculó que ambas ciudades estaban debilitadas, para hacerse rey y amo de toda Grecia. Pero Filipo era muy hábil y quiso lograr su propósito sin lucha; esto es, intentó proclamarse rey de todo el territorio por la voluntad de los griegos, apelando para ello a un plan que desarrolló del modo siguiente:

Filipo sabía el odio que los griegos tenían a los persas. Estos les habían causado toda la serie de males que hemos contado en otros capítulos, y aunque eso había tenido lugar hacía más de un siglo, los griegos no habían olvidado la guerra persa, porque los abuelos y los padres lo habían ido transmitiendo en cuentos y narraciones, haciendo leer también una y otra vez la Historia del Mundo de Herodoto.

En estas circunstancias, Filipo dijo a los griegos:

"Vuestros antepasados arrojaron de Grecia a los persas cuando éstos invadieron y destrozaron vuestro territorio; pero una vez que les hicisteis huir, os faltó la deci-

sión para perseguirlos en su mismo territorio, conquistarlo y haberos desquitado de los perjuicios que os causaron. Estoy dispuesto a que tomemos la revancha y a conducirlos a Persia. Dejadme que os dirija en la empresa.”

Todo el mundo se entusiasmó con el plan de Filipo; nadie vió en ello ningún peligro, excepto un hombre, un ateniense llamado Demóstenes. Este hombre fué interesantísimo. Cuando muchacho se propuso ser un gran orador, como ahora cualquiera de vosotros sueña con ser algo notable: un doctor, un aviador, un general.

Pero a Demóstenes le faltaba para ser un orador precisamente todo lo que es necesario. No tenía apenas voz, sino una voz apagada y fea, y además era tartamudo. De manera que cuando intentaba dejarse oír producía tan mal efecto, que la gente se reía de él, considerando absurdo el empeño de aquel joven.

Demóstenes tuvo tal fuerza de voluntad, que se consagró por entero a hacer ejercicios de oratoria. Se iba a la playa, se metía chinitas en la boca para tener que vencer una gran dificultad, y comenzaba a hacer discursos frente a las olas para vencer el ruido del agua, adquiriendo más voz.

Con el tiempo, Demóstenes llegó a ser el más famoso de los oradores. Hablaba tan maravillosamente, que hacía con el auditorio cuanto quería; le hacía reír o le hacía llorar, conforme se propusiera. Persuadía de tal manera, que los oyentes acababan por darle siempre la razón.

Pues bien, Demóstenes fué el hombre que descubrió los verdaderos propósitos de Filipo al pensar que éste trataba

de llegar a ser el rey único de los griegos, y comenzó una campaña de discursos contra él. Se inventó doce discursos para sus propagandas, tan llenos de sátira, de energía y de acusación, que los planes de Filipo quedaban muy malparados. Tan famosos se hicieron estos discursos, que los griegos los designaban con el nombre de *filípicas*, por ir contra Filipo; y desde entonces llamamos filípicas a todos los discursos amargos que se pronuncian contra alguien.

Mientras la gente estaba oyendo a Demóstenes, se enardecía contra Filipo; pero en cuanto le pasaba el efecto del discurso, volvía a caer en la tentación de castigar a los persas, y por tanto de dejarse conducir por los proyectos de Filipo, que al fin logró que para aquella empresa todos los griegos lo reconocieran rey.

Cuando se propuso iniciar la marcha sobre Persia, fué muerto por uno de sus hombres y los planes quedaron sin cumplir. Mas entonces ya tenía un hijo de veinte años, llamado Alejandro, que si bien no tenía edad ni para votar en nuestros tiempos, fué proclamado rey de Macedonia y de toda Grecia.

Cuando Alejandro era un muchacho, vió a unos hombres que trataban de domesticar un joven y salvaje caballo que no había manera de montar. El chico pidió que le dejaran montar. Su padre se rió mucho de las pretensiones del chico, que se creyó capaz de hacer lo que aquellos hombres valientes, experimentados y domadores no eran capaces de conseguir. Pero ante la insistencia del hijo, consintió en que lo dejaran.

Alejandro había observado lo que ninguno de aquellos hombres, y era que el caballo se asustaba de su propia sombra, como habréis visto todos cuando un caballo nervioso ve un objeto obscuro y movedizo que no sabe lo que es.

Alejandro volvió el caballo de frente al sol, de modo que su sombra se formara por detrás y no fuera vista por el animal. Entonces éste se quedó tranquilísimo y el muchacho pudo montarlo como si fueran amigos de siempre. Los presentes se quedaron maravillados del hecho y del talento del mozo, y su padre le regaló el caballo en premio.

Alejandro tomó tanto cariño a su caballo, que constantemente estaba con él. Le puso el nombre de Bucéfalo, y cuando murió el animal quiso erigirle un monumento y puso a algunas ciudades nombres que se derivaban del de Bucéfalo.

Alejandro era desde luego listísimo; pero hay que convenir en que gran parte de su sabiduría la debió a un maestro que basta con nombrar para comprender su renombre. Este maestro fué Aristóteles, quizá el más ilustre de los maestros en la antigüedad. Si hubiera habido muchos maestros como Aristóteles, seguramente contaríamos muchos discípulos como Alejandro.

Aristóteles escribió libros sobre los astros, esto es, sobre Astronomía; sobre los animales, o Zoología, y sobre otras muchas materias, principalmente de unas que sin duda voóstrós no comprendéis, tales como la Filosofía y la Política.

Durante miles de años los libros que Aristóteles escribió fueron los únicos libros escolares, los únicos libros con que los jóvenes aprendían las ciencias. En cambio, hoy los libros se pasan pronto de moda o resultan inferiores a los que se escriben, utilizándose por tanto pocos años después de su publicación.

A su vez Aristóteles había sido enseñado por un más sabio maestro y filósofo llamado Platón, quien a su vez había sido discípulo de Sócrates. De modo que Aristóteles era una especie de nieto espiritual de Sócrates.

Sus nombres merecen ser aprendidos y recordados en homenaje a sus extraordinarios talentos, así y en este orden:

SÓCRATES,
PLATÓN,
ARISTÓTELES.

Algún día seréis capaces de leer y entender los libros que escribieron o lo que hablaron hace más de dos mil años, estos hombres famosos.

Un muchacho rey

Cuando Alejandro tenía veinte años, ya era rey de Macedonia y de Grecia. Pero ambos países eran demasiado poco para un rey tan extraordinario como éste había de ser. El necesitaba territorios mucho más extensos; pero lo que no podréis sospechar era hasta qué punto ansiaba dominar: quiso tener el mundo entero conocido hasta entonces bajo su poder.

Alejandro comenzó por realizar el plan de su padre conquistando Persia. Era preciso vengar aquella invasión que los persas hicieron sufrir a los griegos hacía ciento cincuenta años. En efecto, reuniendo un grueso ejército, cruzó el Helesponto (estrecho de los Dardanelos), penetró en Asia y presentó una serie de batallas, que fué ganando.

Pero el imperio persa era extensísimo, y quedaban muchas ciudades por conquistar. Alejandro llegó a una de ellas, donde existía un templo que guardaba una cuerda que presentaba un nudo resbaladizo y difícil de desliar, sobre el cual existía la tradición de que el Oráculo había anunciado que aquel que fuese capaz de desatar el nudo sería el conquistador de Persia.

Este lazo se llamaba el *Nudo Gordiano*, y nadie logró dar con la clave para deshacerlo. Cuando Alejandro se

enteró de esta historia, fué al templo y buscó la cuerda; pero vió inmediatamente que era imposible deshacer el nudo por los medios que los demás lo habían intentado, y sacando su espada, lo cortó por medio. Desde entonces, cuando alguien se encuentra con dificultades insuperables para conseguir un resultado y prescinde o arrolla lo que en un principio procuraba respetar, se dice que "corta el nudo gordiano".

Ganando batalla tras batalla y conquistando ciudad tras ciudad, Alejandro se hizo dueño de todo Persia. Entonces penetró en Egipto, perteneciente también al imperio de los persas, y lo sometió igualmente. Para celebrar esta conquista, fundó una ciudad cerca de la desembocadura del Nilo, a la que llamó Alejandría, en recuerdo del conquistador. En dicha ciudad estableció una biblioteca, que con el tiempo se hizo famosa por haber llegado a reunir, se dice, medio millón de libros. Desde luego fué la más grande biblioteca del mundo antiguo.

Los libros de esta biblioteca no eran ya ni como los que formaban la biblioteca de Asurbanipal, ni todavía como los nuestros actuales, porque aún no se había inventado la imprenta. Cada uno de esos libros era escrito a mano, y no sobre páginas, sino sobre largas y anchas hojas, que luego arrollaban en un listón de madera.

En los alrededores de Alejandría había una pequeña isla llamada Faros, y sobre esta isla fué construída, algunos años más tarde, una casa luminosa cuya luz pudiera ser vista desde larga distancia. Dicha casa era lo que hoy llamamos también un faro, y se componía de treinta

pisos, lo que en aquella época de casas de uno o dos pisos constituía una obra sorprendente. El faro de Alejandría fué considerado como una de las maravillas del mundo, con lo cual ya conocemos cuatro de ellas.

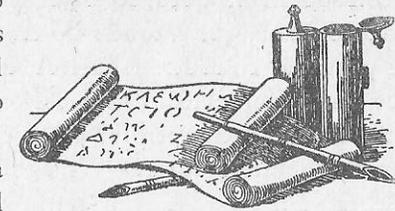
Alejandría llegó a ser con el tiempo el mayor y más importante de los puertos del

mundo antiguo. Desgraciadamente, el faro, la biblioteca y todos los antiguos edificios han desaparecido hace muchos años, y la ciudad tiene actualmente escasa importancia.

Alejandro paraba poco en cada sitio: necesitaba moverse sin cesar, conocer y conquistar nuevos pueblos. Casi se olvidó de su antiguo y pequeño reino de Macedonia, e incluso de Grecia. A un hombre de este tipo le llamaríamos aventurero, explorador o general inquieto. Su afán conquistador le llevó a proseguir sus correrías hasta que se adueñó de la India.

Cansados de tanto caminar, su ejército, que lo había acompañado durante tan largo tiempo, comenzó a sentir nostalgia de su tierra y deseos de volver a ella. Llevaban más de diez años alejándose de su país, y sintieron incluso miedo de no saber volver.

Alejandro no tenía a todo esto más de treinta años; pero su pueblo llegó a admirarlo tanto y los historiadores



Libro, pluma y tintero

le reconocen tan extraordinarios méritos, que se conoce con el nombre de el Grande o Magno. Todo el mundo civilizado había quedado bajo su poder y su gobierno, excepto Italia, que entonces no era más que una colección de pequeñas ciudades. Aburrido de no tener más tierras que conquistar, accedió a los deseos de su ejército y retrocedió hacia Grecia, pero al pasar por Babilonia encontró tan agradable la antigua y magnífica ciudad, que quiso celebrar allí con un gran festín sus triunfos. En estas fiestas le sorprendió la muerte, antes de lo que podía esperarse, no logrando, por tanto, entrar en su país.

Esto sucedía el 323 antes de Jesucristo, cuando Alejandro contaba treinta y tres años. Para recordar esta fecha, observad que se trata de un número *capicúa* de treses con un dos en medio.

Aunque Alejandro había conseguido someter a su mando el más vasto imperio que se ha conocido, no fué ésta la única razón para que se le llame el Magno. A la cualidad de gran gobernante y gran general hay que sumarle la de haber sido un notable maestro. Esto lo debió a su maestro Aristóteles.

Alejandro enseñó la lengua griega a los pueblos que conquistaba, y la cultura griega, a través de los libros escritos por sus filósofos y sus maestros, Sócrates, Platón y Aristóteles. Divulgó el arte griego y los juegos, para lo cual ejercitaba a los conquistados en la técnica de sus compatriotas. Es decir, que Alejandro, mediante sus conquistas, tuvo más discípulos que ningún maestro.

Se había casado con una bella muchacha persa, llama-

da Rosana, pero su único hijo nació cuando ya Alejandro había muerto. De modo que a la muerte de este gran emperador no quedaba quien pudiera gobernar. Alejandro dispuso entonces que, al morir, quedara de gobernador el general que luchando contra los demás los venciera; pero en la lucha quedaron cuatro de esos generales casi iguales, y decidieron repartirse los territorios.

Uno de éstos, Tolomeo, tomó el Egipto, lo gobernó bien y lo engrandeció. Pero los otros se preocuparon muy poco de sus dominios, que fueron dividiéndose y separándose sin cesar, hasta que al fin las rencillas hicieron trizas el imperio, como el globo que hinchamos excesivamente, hasta que revienta.

Buscando pelea

A cada uno le llega su hora.

Un campeón de tennis o de boxeo vence al que fué campeón antes que él, y después, durante algunos años, conserva el título. Pero, más tarde o más temprano, otro más joven y más diestro lo derrota, y gana a su vez el campeonato.

Cosa muy parecida ocurre con los países y los pueblos. Un país gana el campeonato a otro, lo conserva por unos cuantos años, y después, cuando envejece, lo pierde a favor de otro país más joven y más fuerte.

Hemos visto que:

Ninive fué campeón durante algún tiempo; después

Babilonia lo fué a su vez; después

Persia tuvo el campeonato; después

Grecia lo tuvo a su vez; y, últimamente,

Macedonia.

Quizá os preguntaréis quién fué el nuevo campeón al desmembrarse el imperio de Alejandro. Cuando éste emprendió la conquista del mundo, avanzó hacia el Este, hacia el sol naciente, y hacia el Sur. No paró su atención en los países situados al Oeste, hacia el sol poniente.

Roma, de la cual hasta ahora nada hemos oído, era entonces una pequeña población de calles estrechas y casas de madera. No tenía importancia bastante para que Alejandro se ocupase de ella. La misma Roma no pensaba entonces sino en evitar que las poblaciones próximas la venciesen.



Mapa del Mediterráneo con los territorios de España, Cartago, etc.

Es corriente referirse a una ciudad diciendo "la" o "ella", como si se tratase de una niña; pero Roma se parecía más a un chico a quien los demás chicos buscan piquilla. No obstante, con el tiempo, Roma creció de tal modo, que no sólo pudo cuidar de defenderse a sí misma, sino también ofrecer rudas batallas a las demás poblaciones; y, no satisfecha ya con reducirse a la defensa, comenzó a luchar y a vencer a la mayor parte de las ciudades de Italia, hasta que, finalmente, llegó a ser campeón de toda la "bota". Después empezó a mirar a su alrede-

dor para ver qué otros países había fuera de Italia que ella pudiese conquistar.

Fijaos en una cosa: parece que Italia, la "bota" (porque Italia tiene la forma de una bota), está pronta a dar un puntapié a una isla que tiene delante, como si jugase al *foot-ball*. Esta isla es Sicilia, y precisamente frente a Sicilia estaba situada una ciudad llamada Cartago.

Cartago había sido fundada por los fenicios muchos años antes, y había llegado a ser ciudad muy rica y poderosa. Como era ciudad marítima, había construido muchos navíos y comerciaba con todos los puertos del Mediterráneo, lo mismo que habían hecho las antiguas ciudades fenicias de Tyro y Sidón.

No agradaba a Cartago ver a Roma crecer tanto y hacerse tan fuerte y poderosa. En otros términos: Cartago estaba receloso con Roma.

Por su parte, Roma veía también con recelo la riqueza y tráfico comercial de Cartago, y buscaba afanosamente alguna excusa para declararle la guerra.

Ahora bien, vosotros sabéis lo fácil que es buscar pelea cuando queréis tenerla. Por ejemplo: un muchacho saca la lengua, el otro le da un puntapié, y ya está armada.

Pues bien: dos naciones hacen a veces lo mismo que los niños: comienzan la lucha por cualquier motivo sin importancia, y aunque llaman "guerra" a la pelea, ésta no es otra cosa que una "agarrada"; solamente que allí no hay padres que vayan y les den a las dos una zurra y las acuesten sin cenar.

Así, pues, no tardaron mucho Roma y Cartago en ha-

llar un pretexto para iniciar la lucha. Los romanos la llamaron "guerra púnica", porque ellos llamaban "púnicos" a los fenicios, y los cartagineses eran fenicios.

Como Cartago estaba al otro lado del mar, los romanos no podían llegar a ella a no ser embarcados. Pero Roma no tenía barcos. No era ciudad costera, y no sabía construirlos; y aunque los hubiese tenido, tampoco sabía nada del arte de navegar.

Los cartagineses, por el contrario, tenían muchos, muchos barcos, y, como todos los fenicios, eran viejos y expertos navegantes.

Pero ocurrió una cosa inesperada, y fué que Roma encontró los restos de un barco cartaginés que había naufragado y había sido lanzado a tierra por la tempestad, e inmediatamente se puso a construir otro, copiándolo. En tiempo extraordinariamente breve construyó un barco, y después otro, y otro, hasta que tuvo muchos. Entonces, aunque aquello, para ella, era nuevo, atacó a la flota cartaginesa.

Parece lo natural que los cartagineses hubieran vencido fácilmente, ya que los romanos sabían tan poco de navegación. Hasta entonces, en los combates navales, la lucha se había desarrollado lanzando los barcos contra los del enemigo, golpeándolos con el espolón y echándolos de este modo a pique.

Los romanos sabían que en aquella clase de lucha no podían competir con los cartagineses, y buscaron un modo para poder combatir como en tierra.

Para ello inventaron una especie de garfio grande, cuyo

objeto era el siguiente: al acercarse un barco romano al costado de otro cartaginés, en vez de tratar de hundirlo a golpes de espolón, lo engancharía con el garfio y los dos barcos quedarían unidos uno al otro. De esta manera los soldados romanos podrían saltar al barco del enemigo y luchar con éste como en tierra firme.

El plan dió resultado. El nuevo género de lucha cogió de sorpresa a los cartagineses, y a lo primero sufrieron algunas derrotas. Pero no os figuréis que las cosas fueron tan sencillas para Roma, porque los cartagineses aprendieron pronto a luchar también de este modo, y si Roma ganó unas veces, otras perdió, ya en batallas navales, ya en combates terrestres. Pero al fin vencieron los romanos, quedando derrotados los cartagineses. Así terminó la primera guerra púnica.

La «bota» pega y pateo

Pero la derrota de los cartagineses no fué definitiva. Cartago esperaba una ocasión para desquitarse, y como había fracasado atacando a Italia de frente formó el proyecto de atacarla por la espalda. Su propósito era dar un largo rodeo por España y caer sobre Italia por el Norte.

Para conseguirlo, lo primero que tenían que hacer los cartagineses era conquistar España, con objeto de poder pasar a través de ella. Esto lo consiguieron con relativa facilidad, porque tenían un gran general, llamado Aníbal. Pero entonces surgió la gran dificultad: penetrar en Italia por este camino.

A través de la parte superior de la "bota", al Norte de Italia, están las grandes montañas llamadas Alpes. Son altísimas, y aun en pleno verano están cubiertas de nieve y hielo. Hay en ellas abismos y riscos escarpados en los cuales un solo trapiés precipitaría al caminante centenares de metros, lanzándolo a la muerte.

Por esta razón los Alpes forman una muralla más grande y más fuerte que la que cualquier ciudad o país pudiese construir. Naturalmente, los romanos creían im-

posible que ningún ejército escalase una muralla tan terriblemente elevada y peligrosa.

¡Cuántas veces ha habido cosas que la gente creía imposibles, hasta que ha llegado uno y las ha hecho!

Hasta hace poco, la gente decía que era imposible volar; pero se inventó el aeroplano, y hoy vuela todo el mundo.

Los romanos creían que era imposible pasar los Alpes con un ejército. Entonces vino Aníbal, y antes de que los romanos se enterasen, ya lo había hecho. Había cruzado los Alpes con su ejército, y estaba a las puertas de Roma.

Los romanos no pudieron impedir que avanzase hacia su capital, ganando batalla tras batalla a medida que avanzaba, ni que recorriese Italia conquistando ciudades y haciendo lo que le venía en gana. Parecía que Roma estaba vencida y que iba perdiendo toda Italia.

Ahora bien, vosotros sabéis que en algunos juegos, cuando no podéis defender vuestra propia meta, puede ser un buen plan el ataque a la meta enemiga.

Roma juzgó oportuno ensayar este procedimiento. Al mismo tiempo que Aníbal atacaba, decidió atacar a Cartago, aprovechando la ausencia de su gran general y que no había otro fuerte guardameta que defendiese la ciudad, y envió a un joven, llamado Escipión, al frente de un ejército.

Lo primero que hizo Escipión fué venir a España y conquistarla, para cortarle a Aníbal el camino de vuelta.

De España pasó a Africa, para atacar directamente a Cartago.

Los cartagineses, asustados al verse atacados mientras su general y su ejército estaban en Italia, llamaron a Aníbal para que volviese con la mayor rapidez. Cuando, al fin, llegó, ya era demasiado tarde. Escipión riñó una famosa batalla en Zama, cerca de Cartago, en que los cartagineses fueron derrotados. Así terminó la segunda guerra púnica, en 202 antes de Jesucristo. He aquí otro nombre y otra fecha fáciles de recordar—exactamente como un número de teléfono:

Zama—2-0-2

Los romanos habían ganado dos guerras contra Cartago. Pensaréis que ya estarían satisfechos. Pues no lo estaban, y creyeron que aun no habían derrotado a Cartago suficientemente. Temían que no estuviese del todo muerta o que volviese a resucitar, como un fuego en el cual quedase algún rescoldo encendido, si no se pisotea y se aventan las cenizas.

No está bien aporrear al enemigo después que ha sido derrotado, y Cartago estaba derrotado, sin esperanza de volver a enfrentarse con Roma. Y, sin embargo, pocos años después, los romanos la atacaron de nuevo por tercera y última vez.

Cartago no pudo defenderse, y los romanos, movidos aún por el rencor, quemaron la ciudad hasta los cimientos. Se dice que hasta araron la tierra para que no quedase rastro de la ciudad, y esparcieron sal, a fin de que fuese

totalmente estéril. Después de aquello, Cartago no volvió a ser reconstruída, y ahora es difícil decir ni siquiera dónde estuvo la ciudad en otro tiempo.



El nuevo campeón del Mundo

Ya podéis imaginaros lo orgullosos que estarían los romanos de *ser* romanos, pues que Roma era el campeón del mundo. Si un hombre podía erguir la cabeza y decir: "Yo soy romano", los pueblos estaban siempre dispuestos a ayudarlo, temerosos de hacerle algún agravio, por lo que pudiera ocurrirles si lo hacían. Roma mandaba, no sólo en Italia, sino también en España y Africa. Como habían hecho otras naciones antes, una vez que comenzó a conquistar, siguió conquistando, hasta que, hacia el año 100 antes de Cristo, llegó a mandar en casi todos los países que bordean el Mediterráneo—en todos, menos en Egipto—.

El nuevo campeón del mundo, que iba a serlo durante muchos años, era muy práctico y muy aficionado a los negocios.

Los griegos amaron las cosas bellas, las bellas construcciones, la escultura, los poemas bellos. Los romanos copiaron a los griegos, y de ellos aprendieron a hacer muchas cosas bellas; pero a los romanos les interesaban más las cosas útiles y prácticas.

Por ejemplo: ahora, que Roma gobernaba al mundo, necesitaba poder enviar mensajeros y ejércitos fácil y rá-

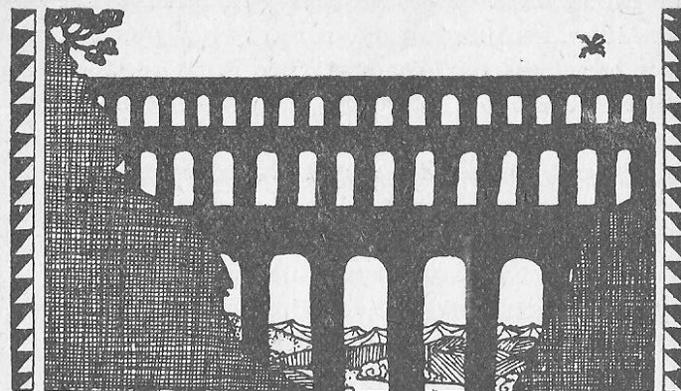
pidamente en todas direcciones hasta los límites de su imperio. Así, pues, necesitaba caminos, porque, naturalmente, entonces no había ferrocarriles. Ahora bien, un camino ordinario, hecho sencillamente limpiando el suelo, pronto se llena de surcos profundos, y en tiempo de lluvias se pone tan cenagoso, que se hace intransitable.

Roma se puso a la obra, y construyó caminos, que eran como calles pavimentadas. Colocaron grandes rocas como cimiento; encima pusieron piedras más pequeñas, y sobre éstas, grandes losas planas. Roma cruzó todas las regiones de su imperio con miles de kilómetros de caminos de estos. Desde casi cualquier punto podía irse hasta Roma por caminos pavimentados. Aún conservamos el recuerdo en la frase "todos los caminos llevan a Roma". Tan bien hechos estaban estos caminos, que muchos de ellos aún existen hoy, dos mil años después de haber sido construídos.

También mostraron los romanos su talento práctico en dos mejoras muy importantes para las ciudades. Si vivís en una ciudad, abris un grifo y tenéis agua pura y abundante siempre que la necesitáis. En aquel tiempo, sin embargo, la gente de las ciudades generalmente sacaba el agua necesaria para beber y para la limpieza, ya de pozos, ya de manantiales cercanos. Estos pozos y manantiales se ensuciaban con frecuencia y eran causa de enfermedades.

Esto ocurría de tiempo en tiempo y de repente, pues las aguas sucias producían aquellas terribles epidemias, aquellas enfermedades terriblemente contagiosas, como aquella de que os hablé, que ocurrió en Atenas, en que la

gente moría tan de prisa que no daba tiempo a enterrar los cadáveres.



Acueducto romano

Los romanos necesitaban agua pura, y se pusieron a buscar lagos de donde sacarla. Como muchas veces estos lagos distaban bastantes kilómetros de la ciudad, construyeron grandes tuberías para conducir el agua. Esta tubería no era de hierro o de barro cocido, como en la actualidad, sino de piedra y hormigón, y la llamaban "acueducto", que, en latín, significa "conductor de agua". Si el acueducto tenía que atravesar un río o un valle, construían un puente que lo mantenía a conveniente altura. Aún están en pie y aún se usan muchos de estos acueductos romanos.

Hasta este tiempo, el agua ya usada y toda clase de

basuras y desperdicios se arrojaban sencillamente a la calle. Esto, naturalmente, hacía que las ciudades y las poblaciones fuesen sucias e insanas, y era otra causa de enfermedades. Pero los romanos construyeron grandes cloacas subterráneas para conducir estas aguas sucias y vaciarlas en el río o en otro sitio donde no fuesen dañinas ni produjesen enfermedades. En la actualidad, toda gran ciudad tiene acueductos y alcantarillas como cosa corriente; pero los romanos fueron los primeros en construirlos en gran escala.

Una de las cosas más importantes que hizo Roma fue la promulgación de reglas que todos tenían que obedecer. Nosotros las llamamos leyes. Muchas de estas leyes eran tan razonables y justas, que algunas de nuestras propias leyes de hoy están copiadas de aquéllas.

Todas las ciudades y poblaciones del Imperio Romano pagaban tributos a Roma, con lo cual ésta fué la ciudad más rica del mundo. Muchos millones de los que entraban en Roma fueron gastados en levantar bellas construcciones en la ciudad, templos a los dioses, espléndidos palacios para los gobernantes, baños públicos e inmensas plazas descubiertas, llamadas anfiteatros, adonde acudía el pueblo para divertirse.

Los anfiteatros eran algo parecido a nuestros campos de deportes, o estadios. Los romanos no conocían el *football* ni el *basse-ball*. Tenían carreras de carros y luchas a muerte entre hombres o entre hombres y animales. Los carros eran pequeños, de grandes ruedas, tirados por dos o por cuatro caballos y conducidos por un hombre, que

iba de pie. Quizá habéis visto alguna vez carreras de carros en algún circo.

Pero el deporte que más gustaba a los romanos era la lucha de gladiadores. Los gladiadores eran hombres muy forzudos, que los romanos habían hecho prisioneros en las guerras. Se les hacía luchar entre sí o con animales feroces para divertir a la turba. Estas luchas de gladiadores eran muy crueles; pero los romanos se divertían viendo derramar sangre. Les gustaba ver a un hombre matar a otro o a una fiera. ¡Era tan divertido! Los juegos sin ese aliciente no les interesarían ni la mitad. Generalmente, los gladiadores luchaban hasta que uno de los dos caía muerto, porque el pueblo, de ordinario, no quedaba satisfecho hasta que esto ocurría.

A veces, sin embargo, si un gladiador que había sido derribado por su enemigo se había mostrado particularmente valiente y buen luchador, el pueblo, sentado en derredor por todo el anfiteatro, levantaba el pulgar en señal de que el vencedor debía perdonarle la vida. Así, pues, el gladiador vencedor, antes de matar a su contrario, debía mirar al público para saber lo que éste deseaba. Si el pueblo volvía el pulgar hacia abajo, esto significaba que el vencedor tenía que matar al vencido.

Pero aunque Roma había llegado a ser ciudad tan espléndida, hermosa y sana, las familias ricas se guardaban la mayor parte del dinero que llegaba de todas las regiones del imperio, y eran cada día más ricas, mientras que las clases pobres, que no ganaban nada, eran cada día más pobres. Los romanos llevaban a Roma a los prisioneros

de guerra y les hacían trabajar sin pagarles. Eran los esclavos, que ejecutaban toda clase de trabajos. Se dice que había doble número de esclavos que de romanos—dos esclavos por cada ciudadano romano—.

Pero Escipión, que había vencido a Aníbal en la guerra púnica, tenía una hija, llamada Cornelia Graca, la cual, a su vez, tenía dos hijos. Eran dos chicos hermosos, y Cornelia, naturalmente, estaba orgullosa de ellos.

Un día, una romana muy rica estaba de visita en casa de Cornelia y le mostraba sus anillos y collares y otros ornamentos, pues tenía muchos y los mostraba con orgullo.

Cuando los hubo enseñado todos, mostró deseos de ver las joyas de Cornelia.

Cornelia llamó a sus dos hijos, que estaban jugando fuera, y cuando estuvieron a su lado los rodeó con los brazos y dijo:

“Estas son mis joyas.”

Pero los chicos, que son joyas de pequeños, no siempre siguen siéndolo cuando son mayores. Quizá os preguntaréis qué ocurrió con las joyas de Cornelia.

Cuando fueron grandes, los Gracos, como se los llamaba, vieron tanto lujo en los ricos y tan gran miseria en los pobres, que nació en ellos el deseo de evitarlo. Vieron que los pobres difícilmente tenían para comer, ni sitio para vivir, y esto no les pareció justo. Trataron de bajar el precio de los alimentos para que los pobres pudiesen comer. Después quisieron hallar medio de dar a los pobres un poco de tierra, al menos, donde pudiesen cul-

tivar algunas plantas. En parte lograron realizarlo. Pero las clases ricas no querían dar nada a los pobres, y mataron primero a uno de los Gracos, y después mataron al otro hermano. Así acabaron las joyas de Cornelia.

El más noble de todos los romanos

He aquí un acertijo:

Un hombre encontró en cierta ocasión una moneda muy antigua, que llevaba la fecha "100 antes de Cristo".

Eso no puede ser. ¿Por qué no? Ved si podéis responder sin leer la respuesta al pie de la página (1).

En el año 100 antes de Cristo nació en Roma un niño, que se llamó Julio César.

Si le hubiéseis preguntado cuándo había nacido, os habría dicho que en el año 653.

¿Por qué?

Porque los niños romanos contaban el tiempo a partir de la fundación de Roma, en 753 antes de Cristo, y César nació seiscientos cincuenta y tres años después de dicha fundación, y, por lo tanto, cien años antes de Cristo, ¿no es así?

En aquel tiempo, el Mediterráneo estaba infestado de *piratas*. Ahora, que Roma gobernaba el mundo, navegaban muchos navíos que llevaban oro a Roma de diferentes partes del imperio. Por eso los piratas recorrían el

(1) Las gentes que vivieron cien años antes del nacimiento de Cristo no podían saber cuándo éste iba a nacer y, por lo tanto, no podían poner esa fecha en las monedas que acuñaban.

mar, acechando y capturando aquellos barcos para robarlos.

Cuando César era un joven aún, lo enviaron al mar para luchar con los piratas; pero éstos lo hicieron prisionero, y dijeron que no le darían la libertad si Roma no les daba una gran cantidad de dinero. César sabía que lo matarían si Roma no entregaba el dinero, y quizá también aunque lo entregase. Pero no sólo no se amedrentó, sino que dijo a los piratas que si podía regresar a Roma volvería con una flota para castigarlos. Cuando, al fin, llegó el dinero, ellos lo dejaron libre, sin embargo. Creyeron que César no se atrevería a hacer lo que decía y que aquello eran bravatas. De cualquier manera, pensaron que no podría cogerlos. No obstante, César cumplió su palabra; volvió, como había dicho, y los hizo prisioneros. Después los hizo morir en la cruz, que era el castigo que Roma daba a los ladrones.

Las regiones lejanas del Imperio Romano luchaban constantemente contra Roma para librarse de su dominación, y tenían que ser vigiladas por un general, al mando de un ejército. Como César había mostrado tanto valor en la guerra contra los piratas, le dieron un ejército y lo enviaron a someter una de aquellas regiones lejanas, situada al Norte de España, región que entonces se llamaba Galia y hoy se llama Francia.

César conquistó la Galia, y después escribió una historia de esta guerra, en latín, que era, naturalmente, su idioma. En la actualidad, este libro, titulado "Comentarios de César", es uno de los primeros que suelen leer los que estudian latín.

En 55 antes de Cristo, César se embarcó y pasó a la isla de Bretaña, que ahora es Inglaterra, la conquistó y regresó al año siguiente, o sea el 54 antes de Cristo.

César se fué haciendo famoso por sus conquistas y su modo de gobernar la parte occidental del Imperio Romano. Además era muy popular entre sus soldados.

Ahora bien, en aquel tiempo había en Roma otro general, llamado Pompeyo, que había obtenido victorias en la parte oriental del Imperio al mismo tiempo que César luchaba en la parte occidental. Pompeyo había sido muy amigo de César, pero se sintió celoso de él cuando vió sus extensas conquistas y su popularidad entre los soldados. Notad cuántas luchas y guerras tuvieron por causa simples recelos y envidias. Por lo menos, habéis oído ya hablar de dos.

Así, pues, mientras César estaba ausente con su ejército, Pompeyo entró en Roma y obligó al Senado a que ordenase a César dejar el mando del ejército y volver a Roma.

Cuando César recibió estas órdenes del Senado, reflexionó durante algún tiempo. Después, por último, tomó la decisión de regresar a Roma; pero no resignó el mando. Al contrario, decidió apoderarse de la misma Roma con su ejército.

Pero había un pequeño río, llamado Rubicón, que separaba la región cuyo mando se había confiado a César del territorio directamente gobernado por Roma. La ley romana prohibía a los generales pasar aquel río al frente

de un ejército, porque temían que si un general, al mando de un ejército, se acercaba demasiado a Roma pudiera hacerse proclamar rey.

Cuando César decidió no obedecer al Senado, cruzó aquel río—el Rubicón—con su ejército y marchó sobre Roma.

Desde entonces la gente llamó “el Rubicón” a todo obstáculo para tomar una decisión peligrosa, y empezó a decir que una persona “cruzaba el Rubicón” cuando daba un paso desde el cual no podía retroceder, cuando emprendía algo difícil o peligroso que tenía que rematar.

Cuando Pompeyo supo que César se acercaba, huyó a Grecia. En pocos días César se apoderó, no sólo de Roma, sino de toda Italia. Después luchó contra los partidarios de Pompeyo en España y Grecia y los derrotó por completo, quedando él solo, desde entonces, como supremo gobernante de todo el Imperio Romano.

Egipto aun no pertenecía a Roma, y César se dirigió allá inmediatamente y conquistó aquel país. Entonces reinaba en Egipto una reina muy hermosa, llamada Cleopatra, tan fascinadora, que parecía tener la facultad de enamorar a cuantos la veían. Cleopatra logró fascinar a César hasta el punto de que éste lo olvidó todo salvo el hacerle el amor a la reina, y aunque había conquistado Egipto respetó a Cleopatra en el trono.

Precisamente en este tiempo algunos pueblos de las más lejanas comarcas de Oriente emprendieron una guerra para librarse de la dominación romana. César salió de Egipto, viajó a marchas forzadas hasta llegar a las regio-

nes sublevadas, las sometió rápidamente y envió a Roma la noticia de sus victorias en la más lacónica (¿recordaréis lo que significa esta palabra?) descripción que jamás se haya hecho de una guerra. Era un mensaje que constaba sólo de tres palabras. Aunque el mensajero hubiera podido transmitir tres mil palabras con la misma facilidad que tres, César envió un mensaje que hasta para un telegrama sería excesivamente corto. Escribió solamente: “Veni, vidi, vici”, que significa: “Llegué, ví, vencí”.

Cuando César, al fin, regresó a Roma, el pueblo quiso hacerle rey. Ya era más que rey, puesto que era dueño de todo el Imperio Romano. Pero no se le dió el título de rey, porque en Roma no había reyes desde 509 antes de Cristo, en que Tarquino fué destronado. Los romanos temían a los reyes y los odiaban, o, al menos, es de suponer que los odiaban.

Algunas personas pensaban que César iba siendo demasiado poderoso y que sería cosa terrible hacerle rey. Por esta razón decidieron, en un complot, evitar que aquello ocurriera. Uno de los conjurados era un hombre llamado Bruto, que había sido el mejor amigo de César.

Un día en que se esperaba la visita de César al Senado se pusieron al acecho, esperando su llegada—como hacen algunos chicos cuando se esconden tras una esquina, esperando a que salga de la escuela un compañero con el cual tienen alguna rencilla—.

César llegó al fin, y justamente cuando iba a entrar en el Senado, los conjurados se lanzaron sobre él y, uno tras otro, lo hirieron a puñaladas.

César, cogido de sorpresa, quiso defenderse; pero no tenía más arma que su estilo, especie de punzón que se usaba para escribir, como ahora la pluma, y no le sirvió de gran cosa, a pesar de su famosa frase, "la pluma es más poderosa que la espada".

Cuando César vió a Bruto—su mejor amigo—atacarle, sintió gran pena y no se defendió. Y exclamando: "Et tu, Brute!", que significa: "¡Tú también, Bruto!", cayó a tierra muerto. Ocurrió esto en 44 antes de Cristo.

Antonio, uno de los verdaderos amigos de César, pronunció un discurso sobre el cadáver de éste, y sus palabras, de tal modo excitaron a la muchedumbre allí congregada, que hubiera despedazado a los asesinos si los hubiera cogido.

Shakespeare escribió un drama titulado "Julio César", y del nombre de éste tomó el suyo el mes de Julio.

Ahora bien, ¿a quién suponéis que Antonio llamó "el más noble de todos los romanos?"

¿A Julio César?

Estáis equivocados. Fué a Bruto, el amigo que hirió a Cesar.

¿Por qué?

Para averiguarlo tendréis que leer el discurso de Antonio, al final del drama de Shakespeare.

De la palabra latina Caesar procede la palabra kaiser, título que llevaban los emperadores de Alemania, y también la palabra czar, nombre que se aplicaba a los emperadores de Rusia.

Un emperador convertido en Dios

Es famoso el hombre que da su nombre a una población o a una calle.

¿No os gustaría hacer algo grande para que se diese vuestro nombre siquiera a una callejuela?

¡Suponed ahora que un mes, nada menos que uno de los doce meses del año, llevase vuestro nombre!

Millones y millones de seres escribirían y pronunciarían vuestro nombre en todos los tiempos.

Pero voy a hablaros de un hombre que no sólo dejó su nombre a uno de los doce meses, sino que, además, fué convertido en un Dios.

Después de muerto César, el Imperio Romano fué gobernado por tres hombres. Uno de ellos era Antonio, el amigo de César, que pronunció el famoso discurso sobre el cadáver de éste. El segundo era el hijo adoptivo de César, llamado Octavio. No necesitáis saber ahora el nombre del tercero, porque Antonio y Octavio se libraron pronto de él. Apenas se vieron desembarazados del tercero, ambos empezaron a conspirar para eliminarse mutuamente.

Antonio gobernaba la parte oriental del Imperio. La

capital de esta parte era Alejandría, en Egipto, y allí se fué a vivir Antonio.

En Egipto, Antonio se enamoró de Cleopatra, como antes le había ocurrido a César, y, al fin, se casó con ella.

Octavio, que gobernaba la parte occidental, declaró la guerra a Antonio y Cleopatra y logró derrotarlos. Esta derrota disgustó tanto a Antonio que se suicidó.

Su viuda, Cleopatra, empezó a coquetear con Octavio, como había hecho con César y con Antonio, esperando enamorarlo y vencerlo por este medio.

Pero fué inútil. Octavio era hombre muy distinto de César y Antonio. Era hombre de sangre fría y dado a los negocios. No empleaba el corazón en cosas de amor. No permitía que una mujer lo fascinase ni le apartase de su plan, que consistía en ser el hombre más grande del mundo.

Cleopatra comprendió que sería inútil emplear tretas con él. Después supo que iba a ser llevada a Roma y paseada por las calles, como se hacía con todos los prisioneros de guerra. No podía ella sufrir tal afrenta y se propuso no ser conducida a Roma.

Hay en Egipto una especie de serpiente llamada áspid, cuyo veneno es mortal. Cogió uno de estos áspides, descubrió su pecho, se dejó morder y murió.

Octavio mandaba ahora sobre todas las regiones del imperio, y cuando volvió a Roma el pueblo lo aclamó emperador. Entonces dejó el nombre de Octavio y se hizo llamar Augusto César, que es como si dijésemos "su majestad el César". Tuvo esto lugar en 27 A. C. Roma

había abolido los reyes en 509. Desde ahora tenía emperadores, que eran más que reyes, porque mandaban en muchos países.

Octavio, cambiado ya su nombre por el de Augusto César, tenía sólo treinta y seis años de edad cuando se vió dueño único de todo el mundo romano. La gran capital de este vasto imperio era Roma. La ciudad de Roma tenía probablemente tantos habitantes como la ciudad de Nueva York (el Nueva York propio, excluidos los grandes barrios) tiene hoy, y el Imperio Romano tantos quizá como ahora los Estados Unidos.

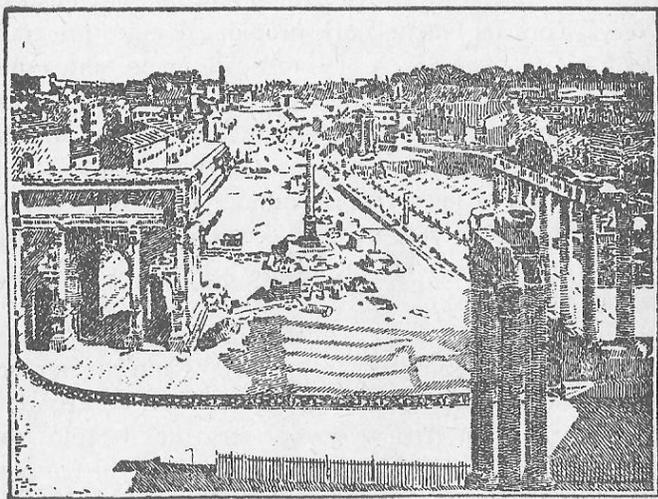
Augusto se propuso hacer de Roma una ciudad hermosa. Mandó derribar muchísimas construcciones viejas de ladrillo y en su lugar levantó notable número de nuevos y elegantes edificios de mármol. Por eso Augusto se jactó siempre de que había encontrado a Roma de ladrillo y la dejaba de mármol.

Uno de los más bellos edificios de Roma, el Panteón, fué construído entonces. La palabra Panteón significa templo de todos los dioses. No confundais el Panteón con el Parthenon, en Atenas, porque estos dos templos son totalmente diferentes, y aunque los nombres parecen algo semejantes y suenan con algún parecido, significan cosas completamente diferentes: Parthenon viene del nombre de la diosa Atenea Parthenos; y Panteón, de las dos palabras "Pan theon", que significan "todos los dioses".

El Panteón tiene una cúpula hecha de hormigón. La cúpula tiene la forma de una escudilla boca abajo, y en lo más alto tiene una abertura circular llamada ojo. Aun-

que este ojo no está cubierto, su altura sobre el suelo es tanta, que se dice que la lluvia que entra por él no llega al suelo, porque se evapora antes.

La ciudad llegó a ser tan magnífica con todos estos maravillosos edificios, y tan maciza y fuerte parecía su construcción, que se la llamó la Ciudad Eterna, y aún hoy se la llama así.



Foro romano

Había en Roma una plaza pública llamada el Foro. Aquí se celebraban los mercados, a donde la gente acudía a comprar toda suerte de cosas. Alrededor del Foro se construyeron templos a los dioses, palacios de justicia y

otros edificios públicos. Estos palacios de justicia se parecían a los templos griegos, sólo que las columnatas estaban en el interior, en vez de ir al exterior.

También se erigieron arcos triunfales para celebrar las grandes victorias. Cuando un conquistador heroico volvía de la guerra, él y su ejército pasaban bajo el arco en desfile triunfal.

Hubo asimismo en Roma un gran anfiteatro, del cual se dice que podía contener más público que ningún otro edificio del mundo—200.000 almas, es decir, más que la población de muchas grandes ciudades—. Se llamaba el Circo Máximo. Al fin fué demolido para hacer lugar a otras construcciones.

Otro anfiteatro era el Coliseo, pero éste fué construido algún tiempo después de muerto Augusto. Podía contener tanto público como los mayores estadios de la actualidad. En él se celebraban aquellas luchas entre hombres—los gladiadores—y de hombres con bestias salvajes, de las cuales ya hemos hablado. Aún está en pie, y aunque en ruinas, todavía podemos sentarnos en los mismos asientos en que los antiguos emperadores romanos se sentaban, y ver las cuevas en que encerraban a las fieras, las puertas por donde las lanzaban a la arena y hasta huellas de sangre que se dice son las manchas hechas por los hombres y los animales muertos.

En tiempo de Augusto vivieron tantos escritores famosos que recibió el nombre de Epoca de Augusto. Dos de los poetas latinos más conocidos, cuyas obras leen hoy todos los muchachos después de terminar los *Comentarios*

de César, vivieron entonces. Estos poetas son Virgilio y Horacio. Virgilio escribió la *Eneida*, que trata de los viajes de Eneas, el troyano que se estableció en Italia y fué el retatarabuelo de Rómulo y Remo. Horacio escribió muchos poemas cortos titulados *Odas*, que son canciones pastoriles amorosas y dedicadas a la vida campestre. Las gentes gustaban mucho de estas canciones, y aún hay muchos que dan a sus hijos los nombres de sus personajes.

Cuando Augusto murió fué deificado, o convertido en Dios, porque había hecho tanto por Roma; se le construyeron templos en que era adorado, y el mes de Agosto recibió de él su nombre.

«Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria»

Augusto César había gobernado el mundo.
Encontró a Roma de ladrillo y la dejó de mármol.
Dió su nombre a un mes del año, y
Fué convertido en Dios.

Seguramente que ningún hombre fué nunca más grande que él. Pero uno más grande aún vivió en la misma época—un gobernante más grande, de un reino mayor, con más poder y más gloria—, aunque el mismo Augusto no supo nada de él, y vivió y murió sin haberle oído mencionar. Este hombre vivió en la parte oriental del imperio de Augusto, en una aldehuela llamada Belén, y se llamó Jesús Cristo.

Durante muchos años después de haber nacido Cristo, nadie, excepto su familia y sus amigos, supieron nada de su nacimiento ni les importó ni le prestaron la menor atención.

Cristo era judío, hijo de un carpintero. Hasta su juventud llevó una vida muy sencilla y tranquila, trabajando con su padre. No empezó a predicar hasta después de los treinta años. Entonces empezó a enseñar a las gentes lo que hoy conocemos con el nombre de religión cristiana.

Enseñó que hay un Dios sobre todas las cosas.

Enseñó el amor fraternal y que cada uno debe amar a su prójimo como a sí mismo.

Enseñó la regla de oro, es decir: "Procede con los otros como quieres que los otros procedan contigo".

Enseñó que después de la muerte hay otra vida, para la cual esta breve existencia sobre la tierra es una preparación; y que por esta razón debemos de "guardar nuestros tesoros en el cielo", ejecutando aquí buenas obras.

Los judíos más pobres escucharon a Cristo y creyeron en sus enseñanzas. Pero creyeron que se proponía librarlos del yugo de los romanos, a quienes odiaban. Sin embargo, los sacerdotes judíos se asustaron de las enseñanzas de Cristo, porque enseñaba cosas opuestas a las que ellos enseñaban. Así, tramaron un complot para hacerle morir.

Ahora bien, los judíos no podían condenar a muerte a Cristo sin permiso del gobernador romano de aquella región del imperio en que vivía Cristo. El gobernador se llamaba Pilatos. Así, llegaron a Pilatos y le dijeron que Cristo quería proclamarse rey. Naturalmente, Cristo quería decir, y así lo dijo siempre, que era rey celeste, y no terrenal. Los judíos sabían que a Pilatos no le importaba qué religión enseñaba Cristo. Había en el Imperio Romano toda clase de religiones—la de los que creían en los dioses mitológicos, la de aquellos que creían en ídolos, la de los que adoraban al sol, a la luna, y así sucesivamente—, y una nueva religión más significaba poco para los romanos. Así, pues, Cristo no sería condenado a muerte

por el solo hecho de enseñar otra religión. Pero los judíos sabían también que si hacían creer a Pilatos que Cristo trataba de hacerse proclamar rey, esto ya era cosa por la cual podía ser crucificado. Pilatos no creyó mucho en lo que los judíos le contaban contra Cristo. Sin embargo, una cosa u otra no tenían importancia para él; pero deseaba agradar a los judíos, y les dijo que le diesen muerte si así lo deseaban. Y Cristo fué crucificado.

Cristo había elegido a doce hombres para que enseñasen lo que él les había enseñado. Estos doce hombres recibieron el nombre de apóstoles, y después de crucificado Cristo, se dedicaron a recorrer la tierra enseñando a los pueblos lo que Cristo les había enseñado. Los que creyeron en ellos y les siguieron se llamaron discípulos de Cristo, o cristianos. Los apóstoles eran los maestros.

Los romanos creyeron que estos discípulos de Cristo trataban de fundar un nuevo imperio universal, que iban contra Roma y el emperador y que debían ser reducidos a prisión. Por eso los cristianos celebraban sus reuniones generalmente en lugares secretos, hasta subterráneos en ocasiones, para que no los encontrasen y los detuviesen.

Algún tiempo después los jefes de los cristianos mostraron más audacia. Salieron de sus lugares secretos y enseñaron y predicaron abiertamente, aunque sabían que tarde o temprano serían encarcelados y quizá muertos. Verdaderamente, tenían una fe tan profunda en las enseñanzas de Cristo, que se mostraban gozosos en dar la vida por él, como él había muerto en la cruz por ellos.

En los primeros cien años después de Cristo muchos

cristianos fueron condenados a muerte, porque se les consideraba traidores. Los cristianos que morían por la fe de Cristo fueron llamados mártires. El primer mártir se llamaba Esteban. Murió lapidado en el año 33.

Uno de los que contribuyeron a la lapidación de Esteban era un hombre llamado Saulo. Saulo era ciudadano romano y, como otros ciudadanos romanos, estaba orgulloso de serlo. Creía que los cristianos eran enemigos de su patria y hacía cuanto estaba en su mano para que se les castigase. Después, de repente, Saulo sufrió un profundo cambio y vino a creer en la misma religión contra la cual había luchado. Todo lo que Saulo hacía o creía, lo hacía y lo creía con toda el alma. Aunque no había visto nunca a Cristo, se convirtió en uno de los cristianos principales, y después se le hizo apóstol y se le llamó por su nombre romano: Pablo.

Pablo predicó la nueva religión por todas partes, tan ardentemente como antes la había combatido. Al fin, también él fué condenado a muerte. Pero ya hemos dicho que Pablo era ciudadano romano, y un ciudadano romano no podía ser condenado a muerte por los jueces ordinarios, que no eran ciudadanos romanos, ni a morir en la cruz. Así, pues, Pablo apeló al emperador. Sin embargo, fué encarcelado y después decapitado. Por eso se le llama San Pablo.

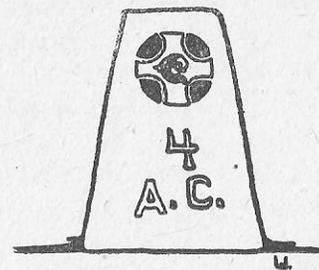
Otro de los principales apóstoles fué Pedro. Cristo le había dicho: "Yo te entrego las llaves del reino de los cielos" (1). Pedro fué también encarcelado y condenado

(1) Mateo, XVI, 19.

a morir en la cruz, y pidió que se le crucificase cabeza abajo. Consideraba un honor demasiado grande morir exactamente como su señor había muerto. En el mismo sitio de Roma en que Pedro fué crucificado se construyó mucho tiempo después la iglesia más grande del mundo, la Catedral de San Pedro.

Como todo lo anterior al nacimiento de Cristo se indica con las palabras "antes de Cristo", y todo lo posterior a su nacimiento con las palabras "después de Cristo", supondréis, naturalmente, que el 0 representa la fecha de aquel nacimiento.

Pero hasta unos quinientos años después no empezaron las gentes a contar tomando por base el nacimiento de Cristo, y cuando empezaron a fechar así cometieron un error, porque se descubrió que Cristo había nacido realmente cuatro años antes de lo que se suponía—esto es, el año 4 antes de Cristo—; pero cuando se descubrió el error ya era demasiado tarde para corregirlo.



Sangre y truenos

En una ocasión tuve un gran perro de Terranova, que era uno de los mejores amigos que nunca haya tenido un muchacho. No sé quién le puso nombre, porque se lo pusieron antes de ser mío; pero quienquiera que hubiera sido, o no sabía historia o no sabía elegir nombres. Se llamaba Nerón, y hasta un perro hubiese odiado tal nombre si supiese a quién había pertenecido.

Todos los cuentos tienen un personaje malo para darles interés. Nerón es el malvado de la historia. Fué un emperador romano que vivió no mucho después de Cristo, y se le considera como el gobernante más terriblemente cruel y perverso que ha existido.

Mató a su madre.

Mató a su mujer.

Mató a su maestro, que se llamaba Séneca, y ciertamente no era un mal maestro.

Debemos pensar que Nerón ordenó la muerte de San Pedro y San Pablo, ya que fueron ejecutados en su tiempo.

Nerón parecía deleitarse viendo sufrir a los otros. Le gustaba ver a los hombres destrozados por las fieras. Esto le divertía mucho. Yo he conocido niños que se divertían tirando piedras a los perros para oírlos aullar, o arran-

cando las alas a las mariposas. Estos niños deben llevar un Nerón dentro, ¿no os parece?

El hecho de ser cristiano un hombre ya le daba pretexto a Nerón para torturarlo horriblemente. A algunos cristianos los hizo untar de alquitrán y pez, colocarlos en torno al jardín de su palacio y ponerles fuego, como si fuesen antorchas. Se cuenta que Nerón incendió a Roma por el gusto de verla arder. Se subió a una torre, y mientras contemplaba cómo se extendía el incendio, recitaba versos acompañándose con una lira.

Ardió el fuego día y noche durante una semana y destruyó más de media ciudad. Nerón culpó a los cristianos de haber provocado el incendio. ¿Habéis echado alguna vez la culpa a otro de lo que vosotros hayais hecho?

Piensan muchos que Nerón estaba loco de verdad, y suponemos que lo estaba, porque es difícil imaginarse que un ser humano hiciera lo que él hacía no estando loco.

Nerón se construyó un inmenso palacio y lo cubrió profusamente de oro y madreperla. Se le llamaba la Casa de oro de Nerón. En la puerta central colocó una colosal estatua de sí mismo, de cincuenta pies de altura. La Casa de oro y la estatua fueron después destruidas; pero el Coliseo construido unos años después se llamó así a causa de esta estatua colosal que había estado allí en otro tiempo.

Nerón era muy vanidoso. Se creía un gran poeta y cantante. Aunque en ambas cosas era muy malo, le gustaba mostrarse en público, y nadie se atrevía a reírse de él. Si alguien se hubiera atrevido a burlarse, o aun a son-

reírse, Nerón lo hubiera condenado a muerte inmediatamente.

Hasta los mismos romanos no cristianos temían y odiaban a Nerón, y decidieron matarlo. Pero antes de que pudieran hacer nada, Nerón se enteró de sus planes, y para evitar ser muerto por su propio pueblo decidió suicidarse. Era tan cobarde, sin embargo, que no se decidía a clavarse la espada en el corazón. Pero cuando estaba indeciso, apuntando la espada contra el pecho y gimiendo, su esclavo, impaciente por terminar de una vez, empujó la espada, muriendo de este modo el peor gobernante de Roma.

Ya es demasiado para primera parte de esta historia de "Sangre y truenos". He aquí la segunda parte:

A los judíos de Jerusalén les disgustaba la dominación de Roma. Nunca les había gustado; pero temían hacer algo en contra. Sin embargo, en el año 70 después de Cristo, se rebelaron; es decir, se negaron a obedecer a Roma y a pagarle tributos. El emperador envió a su hijo, llamado Tito, con un ejército para poner fin a la rebelión y castigarlos como si fuesen niños desobedientes.

Los judíos se hacinaron en su ciudad de Jerusalén para oponer la última resistencia a los romanos. Pero Tito destruyó la ciudad completamente. Se supone que murieron un millón de judíos. Después saqueó el gran templo y se llevó a Roma todos los valiosos ornamentos.

Para celebrar esta victoria sobre Jerusalén se construyó un arco en el Foro de Roma, bajo el cual desfilaron en triunfo Tito y su ejército. En ese arco aparece esculpida

una procesión en que aparece Tito saliendo de Jerusalén y llevándose aquellos ornamentos. El más importante de ellos era un candelabro de oro de siete brazos, del cual vemos hoy muchas copias en bronce. Quizá tengais alguna en vuestra casa sobre la chimenea.

La ciudad fué reconstruída después, pero la mayor parte de los judíos que escaparon con vida vivieron desde entonces dispersos por todos los países del mundo.

Tito llegó a ser emperador, pero a pesar de la mortandad que había hecho entre los judíos, no fué un emperador malo, como podríais suponer. El creía que hacía bien al matar a aquellos hombres porque se habían rebelado contra Roma. Tito vivía con arreglo a una máxima muy parecida al lema que hoy tienen los *niños exploradores*: "Haz, por lo menos, una buena acción al día."

La tercera parte de esta historia es el "trueno":



El Vesubio en erupción. Pompeya al pie del Vesubio

En Italia hay un volcán llamado el Vesubio. Recordaréis que la palabra "volcán" procede del nombre de Vul-

cano, el dios herrero, y las gentes creían que su fragua, en el interior de un volcán, producía el humo, las llamas y las cenizas. De tiempo en tiempo este volcán, el Vesubio, truena, trepida y arroja fuego, y lanza piedras, gases y rocas fundidas que reciben el nombre de lava. Sin embargo, la gente construye casas y ciudades en las cercanías y hasta vive en las laderas del volcán. Cuando el volcán trepida o arroja fuego, las casas quedan destruídas. ¡Y otra vez las mismas gentes vuelven a construir en el mismo sitio! Había en tiempo de Tito una pequeña ciudad, llamada Pompeya, próxima a la base del Vesubio. Era un lugar de veraneo de los romanos ricos. De pronto, un día del año 79 después de Cristo, cuando Tito acababa de ser proclamado emperador, el Vesubio entró en erupción. Los habitantes de Pompeya no tuvieron tiempo de huir y murieron asfixiados por los gases y enterrados bajo una lluvia hirviente de fuego y cenizas en el mismo sitio en que les sorprendió la erupción.

La población y sus habitantes permanecieron enterrados bajo las cenizas durante cerca de dos mil años, y con el tiempo llegó a olvidarse que allí hubiera habido una ciudad. Las gentes acudieron de nuevo y empezaron a construir casas sobre la ciudad enterrada. Un día un hombre estaba cavando un pozo y encontró una mano de hombre—no una mano de verdad, sino de una estatua—. Lo contó a otros, y todos empezaron a cavar a ver lo que encontraban, hasta que se descubrió toda la ciudad. Ahora muchas personas van a Pompeya para verla tal como era en el año 79 antes de Cristo.

Hay allí casas de recreo de los romanos. Hay comercios, templos, palacios, baños públicos, el teatro y el mercado o foro. Las calles estaban pavimentadas con losas de lava, que muestran aún los surcos marcados por las ruedas de los carros que usaban los romanos. De trecho en trecho hay piedras más altas para pasar de un lado a otro, de manera que en tiempo de lluvia, cuando las calles estaban llenas de agua, pudieran cruzarse de acera a acera. En el vestíbulo de una casa hay en el suelo un mosaico que representa un perro, bajo el cual aparecen las palabras latinas "Cave canem". ¿Qué significan estas palabras? ¿Lo adivináis? Significan: "¡Cuidado con el perro!" Era una broma de los romanos de hace dos mil años.

También se encontraron esqueletos de personas que murieron enterradas en vida bajo las cenizas; ornamentos de bronce que usaban las mujeres, vasos que decoraban la casa, lámparas, ollas, cazuelas, platos. Se encontraron igualmente camas y sillas tal como habían sido enterradas; y, lo que es aún más notable, tortas colocadas sobre la mesa, una hogaza de pan medio comida, carne pronta a cocer, una marmita al fuego con las cenizas aún debajo—judías, guisantes y un huevo sin romper, probablemente el huevo más antiguo del mundo.

Un buen emperador y un mal hijo

¿Habéis dicho en alguna ocasión "no me importa", cuando en realidad os importaba?

Yo lo he dicho, y todo el mundo lo ha dicho alguna vez.

Alguna vez quizá habréis sido desobedientes y se os dijo que no tendríais postre o que os acostaseis en seguida, y con un movimiento de cabeza habréis dicho: "No me importa."

Pues bien; en otro tiempo hubo una sociedad o círculo formado por personas que decían que no les importaba nada de lo que les ocurría, ya fuese bueno, ya fuese malo. Yo lo llamaría "Círculo de los "no me importa"; pero ellos se pusieron el nombre de estoicos, y creían que el medio más seguro de ser buenos era no importarles nada.

Si ardía la casa de un estoico, éste se diría y trataría de hacérselo creer a sí mismo: "No me importa. Eso no es nada."

Si alguien le diese un millón de dólares, diría: "No me importa. Eso no es nada."

Si el médico le dijese que moriría a la semana siguiente, diría: "No me importa. Eso no es nada."

Esta sociedad de estoicos fué fundada por un filósofo griego llamado Zenón.

Zenón vivió en Atenas después de aquellos filósofos, Sócrates y Platón, de quienes ya habéis oído hablar. Zenón decía que el único medio para ser buenos y felices consistía en no buscar el placer ni hacer caso del dolor o el sufrimiento, sino aguantarlo todo tranquilamente, por desagradable que fuese. Así lo creyeron los estoicos. Aún hoy llamamos estoicas a las personas que soportan sin rechistar disgustos, penas y trabajos.

Uno de los principales miembros de esta sociedad fué un emperador romano.

Nerón, el peor emperador romano, hacía cien años que había muerto cuando subió al trono este nuevo emperador, que fué tan bueno como Nerón había sido malo. Se llamaba Marco Aurelio. Aunque era muy bueno y piadoso, no era cristiano. En realidad, Marco Aurelio trató a los cristianos terriblemente, lo mismo que los emperadores anteriores, porque para ellos los cristianos eran traidores al imperio.

En aquel tiempo la mayor parte de los romanos se cuidaban muy poco de todo género de religiones. No eran cristianos; pero tampoco tenían mucha fe en sus propios dioses, Júpiter, Juno y los demás. Los reverenciaban porque así se les había enseñado y porque creían que si no lo hacían la suerte les sería adversa, y no querían aventurarse. Si no creían en tales dioses, las gentes por lo general creían en las enseñanzas de algún filósofo y obedecían más o menos fielmente sus preceptos. Zenón fué uno de

aquellos filósofos y los estoicos fueron los miembros de aquella sociedad.

Aunque Marco Aurelio era emperador, de mejor gana hubiera sido un filósofo estoico o un sacerdote. Aunque tenía que ser soldado y general, mejor hubiera sido escritor. Cuando estaba lejos de Roma, luchando al frente de un ejército, llevaba consigo recado de escribir, y de noche, recogido en su tienda, escribía sus pensamientos, a los que dió el título de "Meditaciones". He aquí una de las cosas que escribió:

"Cuando por la mañana os encontráis sin deseos de madrugar, haceos esta breve reflexión: Debo levantarme ahora para trabajar como un hombre. ¿O es que fui yo hecho para no hacer nada, como no sea dormir y guardar los brazos bajo la ropa?"

Esto se escribió hace muchísimos años; pero quizá vuestros padres os lo dijeron esta misma mañana.

Aún hoy se lee este libro de Marco Aurelio, ya en griego, idioma en que fué escrito, ya traducido a nuestra lengua.

Muchas de las máximas de Marco Aurelio parecen de la Biblia, y en realidad mucha gente considera las "Meditaciones" como su libro favorito, como si fuese una Biblia.

Una de sus máximas era: "Perdona a tus enemigos." Y él casi parecía alegrarse de tener enemigos para poder perdonarlos. Verdaderamente, sentía tan especial deleite en perdonar a sus enemigos, que hasta *olvidaba su deber* de emperador para hacerlo. Aunque Marco Aurelio no

era cristiano se portó más cristianamente que algunos de los emperadores posteriores, que se consideraban cristianos.

A Marco Aurelio le ocurrió lo que a muchas personas, que siendo muy buenas no pueden lograr que sus hijos lo sean. El hijo de Marco Aurelio se llamaba Commodo, y fué tan malo como bueno había sido su padre. Quizá las insistentes enseñanzas de su padre llegaron a fastidiarlo cuando niño, porque cuando fué mayor y pudo elegir por sí mismo y proceder a su gusto, en vez de seguir a Zenón y hacerse estoico, siguió a los discípulos de otro filósofo llamado Epicuro.

Epicuro vivió aproximadamente en la misma época de Zenón; pero sus enseñanzas a lo primero parecen casi por completo opuestas a las de Zenón. Epicuro decía que el fin principal del hombre y el único bien del mundo era el placer; *pero*, decía, el placer debe ser razonable. En la actualidad, a las personas muy aficionadas a comer cosas refinadas, cuyo único pensamiento en la vida es el placer de comer, se les llama epicúreas.

El único pensamiento de Commodo era el placer, y el placer de la peor especie. Un amigo mío considera tan admirable a Marco Aurelio, que le puso este nombre a su hijo; pero cuando éste fué mayor no se pareció en nada a su homónimo. Le hubiera convenido mejor el nombre de Commodo, porque en vez de ser bueno y piadoso no pensó más que en el placer y fué tan malo que terminó en la cárcel.

Commodo no se preocupó nunca de gobernar bien a

su pueblo. Lo único que le importaba era pasarlo bien. Era un atleta, de músculos poderosos y de facciones bellas, de lo cual estaba de tal modo orgulloso, que se hizo hacer una estatua en que se le representaba en el papel del dios Hércules, y se hizo adorar como si realmente fuese este dios. Precisamente para mostrar en público su fuerza y su destreza, tomaba parte en los certámenes—cosa de bastante mal gusto para un emperador—. A los que le hallaban defectos o se atrevían a criticarlo, los hacía matar. Llevó una vida desenfrenada; pero al fin encontró la muerte que merecía: murió estrangulado por un atleta.

Licurgo hubiera dicho de nuevo:

“Ya os lo había anunciado yo.”

I—H—S—V—

El título de esta narración lo pondré al final, porque, de cualquier modo, no sabriais lo que significa hasta no haber oído la historia. *Así, pues, no debéis* anticipar juicios.

Desde que Cristo fué crucificado, los que confesaban creer en él había sido terriblemente tratados—“perseguidos” decimos también—. Se les había azotado y lapidado; se les había destrozado con garfios de hierro y se les había quemado vivos. Pero, por extraño que parezca, a pesar de este terrible trato, de día en día aumentaba el número de los que se hacían cristianos. Creían tan profundamente en otra vida después de la muerte y en que serían mucho más felices en aquella vida si morían por la fe de Cristo, que hasta se alegraban de sufrir y morir. Pero al fin el mismo emperador puso fin a todas estas persecuciones. He aquí cómo ocurrió.

Hacia el año 300 de Cristo, Roma tenía un emperador llamado Constantino. Constantino no era cristiano. Sus dioses eran los antiguos dioses romanos; pero probablemente no tenía mucha fe en ellos.

Pues bien; en una ocasión, luchando contra el enemigo, Constantino soñó una noche que veía en el cielo una cruz

de fuego, bajo la cual aparecían estas palabras latinas: "In hoc signo vinces", que quieren decir: "Con este signo vencerás." Constantino pensó que esto significaba que si llevaba la Cruz de los cristianos a la batalla, sería vencedor. Como juzgase que merecía la pena hacer la prueba, ordenó a sus soldados que la llevaran, y ganó la batalla. Inmediatamente se hizo cristiano y exigió a todos los súbditos del Imperio que hiciesen lo mismo. A partir de entonces, todos los emperadores romanos que sucedieron a Constantino, menos uno, fueron cristianos.

Para celebrar la victoria de Constantino, el Senado romano construyó un arco triunfal en el Foro de Roma. Se llamó Arco de Constantino. Tenía tres ojos, mientras que el de Tito sólo tenía uno.

La madre de Constantino se llamaba Elena, y fué una de las primeras en convertirse al cristianismo y bautizarse. Después dedicó su vida a obras cristianas, y construyó iglesias en Belén y en el Monte de los Olivos. Se dice que fué a Palestina y encontró la verdadera cruz en que trescientos años antes había muerto Cristo, y envió parte de ella a Roma. Cuando murió, la Iglesia la hizo santa, y ahora la llamamos Santa Elena.

Constantino construyó una iglesia en el sitio en que se suponía que San Pedro había sido crucificado. Muchos años después esta iglesia fué demolida para construir allí mismo otra mucho mayor dedicada a San Pedro.

Pero Constantino no se cuidaba mucho de Roma. Prefería vivir en otra ciudad de la parte oriental del Imperio. Esta ciudad se llamaba Bizancio. Constantino trasladó la

corte de Roma a Bizancio e hizo de ésta su capital. Bizancio recibió el nombre de Nueva Roma, y después se llamó Constantinopla. En griego, ciudad se dice *polis*, palabra que vemos usada en los nombres Annapolis e Indianapolis. Constantinopla es una abreviación de Constantínopolis, que significa Ciudad de Constantino.

Apenas se había convertido el Imperio romano al cristianismo, cuando surgió entre los cristianos una querrela que los dividió en dos grupos, porque unos creían una cosa y otros otra. El principal asunto de la discusión consistía en saber si Cristo era igual a Dios Padre o no. Constantino reunió a las partes contendientes en Nicea para resolver la cuestión. Allí los jefes de ambos grupos discutieron acaloradamente, y al fin se decidió que la Iglesia cristiana había de profesar la creencia de que el Hijo y el Padre eran iguales. Después convinieron en que había que expresar esta creencia en palabras adecuadas. Estas palabras son el "credo" (palabra latina que significa "creo"), y por haber sido formulado en Nicea, se le llama Credo de Nicea. Muchos cristianos lo rezan con frecuencia hoy todavía.

Antes de Constantino no había días festivos semanales. El domingo era lo mismo que otro día cualquiera, y las gentes trabajaban y hacían lo mismo fuese domingo o fuese otro día de la semana. Constantino juzgó conveniente que los cristianos tuviesen un día a la semana dedicado a Dios, e hizo del domingo el día de descanso para los cristianos, del mismo modo que los judíos tenían el sábado.

Pero aunque Constantino era el jefe del Imperio, había otro hombre a quien todos los cristianos del mundo consideraban como jefe espiritual. Este hombre era el obispo de Roma. En latín se le llamó "papa", que quiere decir padre. Se cree que el primer obispo de Roma fué San Pedro. Durante muchos siglos, el Papa fué el jefe espiritual de todos los cristianos, en cualquier país que viviesen.

Como ahora ya sabéis lo que significa el título de esta historia, lo escribo aquí:

In Hoc Signo Vinces

Malos enemigos

Pero a Roma y al Imperio les había llegado su hora. Después de haber crecido cuanto era posible, Roma tenía que caer, y la conquistadora había de ser conquistada. Lo que no podéis sospechar es el pueblo que iba a conquistarla y a sucederla en el poder.

Cuando yo era niño, había una banda de malvados que vivían *del merodeo*. Andaban harapientos, sucios, eran analfabetos; pero eran también unos terribles batalladores. La sola mención del nombre de su jefe nos llenaba de terror. De vez en cuando hacían una correría por nuestro barrio. En una ocasión los vecinos les presentaron batalla; pero con tan terribles resultados, que después, en cuanto se oía que se acercaban, se tocaba alarma y todo el mundo se encerraba en casa.

Durante siglos, bandas de hombres semisalvajes recorrieron los territorios fronterizos al Norte del Imperio Romano. De vez en cuando hacían una incursión por tierras del Imperio, y los romanos tenían que estar en constante lucha con ellos para rechazarlos más allá de las fronteras. Julio César había guerreado contra ellos, y lo mismo Marco Aurelio y Constantino. Este pueblo salva-

je y amante de la guerra eran los teutones, antepasados de los actuales ingleses y alemanes.

Tenían el pelo claro y los ojos azules; esto es, eran rubios. Los griegos, los romanos y los demás pueblos que vivían en torno al Mediterráneo tenían el pelo negro y los ojos oscuros; es decir, eran morenos. Así, pues, las razas del Norte son rubias, y las del Sur, morenas.

Los teutones eran blancos, de raza aria; pero eran rudos e ignorantes, y no sabían leer ni escribir.

No se vestían con ropas de tela, sino con pieles de animales; vivían en chozas de madera, y a veces, de ramas tejidas—como las cestas de mimbrés—. Las mujeres cultivaban la tierra y cuidaban de las vacas y los caballos. Los hombres se dedicaban a la caza y a la guerra, y al trabajo de herrería, que entre ellos era muy importante, porque el herrero hacía las espadas y las lanzas con que peleaban y los utensilios y herramientas de trabajo. Precisamente porque este oficio era muy considerado por aquellos pueblos, por eso abundan tanto en Inglaterra y Alemania los apellidos Smith y Schmidt, respectivamente, que significan “herrero”.

Cuando los hombres iban a la guerra, llevaban sobre su cabeza la de alguno de los animales que habían cazado: ya la cabeza de un buey, con cuernos y todo, ya la de un lobo, un oso o un zorro. Hacían esto para tener aspecto más fiero y asustar al enemigo.

El valor era la principal cualidad del hombre para los teutones. Si uno era un guerrero valiente, se le considera-

ba como hombre bueno, aunque fuese holgazán, ladrón o hasta asesino.

Los teutones no tenían rey. Elegían a sus jefes, y como es natural, elegían siempre al hombre más valiente y más fuerte. Pero la jefatura no podía transmitirla a su hijo por herencia. Se parecía más a un presidente de República que a un rey.

Los dioses de los teutones eran completamente distintos de los dioses en que creían los griegos y los romanos. Ya podéis suponer que su dios principal era el dios de la guerra. Lo llamaban Woden, y era también el dios del cielo. Era algo así como la suma de los dos dioses griegos y romanos Júpiter y Marte. Creían que Woden vivía en un maravilloso palacio, en el cielo, llamado Valhalla, y contaban muchas historias de sus hazañas extraordinarias y de sus aventuras.



Guerrero teutón

Le seguía en importancia el dios Thor, dios del trueno y del rayo, que llevaba un martillo que usó como arma en sus luchas con los grandes gigantes que vivían en las frías y lejanas tierras del Norte.

Había otro dios que se llamaba Tiu, y otro, Freya.

Es curioso observar que los ingleses, aunque son cristianos y no creen en esos dioses, aun hoy nombran varios días de la semana con palabras derivadas de los nombres de esas divinidades teutónicas. También nosotros decimos "martes", "miércoles", "jueves", "viernes", con palabras derivadas de Marte, Mercurio, Júpiter (que también se llamaba Jove), Venus, nombres de dioses romanos.

Hoy se cree que todos los pueblos rubios—ingleses, franceses, alemanes—descienden de aquel pueblo salvaje.

Hacia el año 400 después de Cristo, estos rudos teutones empezaron a ser particularmente molestos y perturbadores para los romanos, internándose en las regiones del Norte del Imperio. Al cabo de algunos años, los romanos ya no pudieron contenerlos. Dos de aquellas tribus teutónicas invadieron la Bretaña, y los romanos que la ocupaban encontraron más prudente abandonarla, regresando a Roma, dejando el país en poder de los teutones.

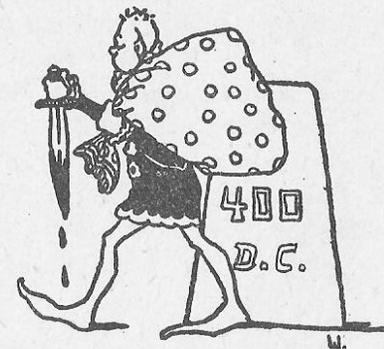
Estas tribus que se establecieron en Bretaña eran la de los anglos y la de los sajones. El nombre "Inglaterra" significa "tierra de los anglos", y a los ingleses y a sus descendientes aun hoy se les llama anglosajones.

Otra tribu, la de los vándalos, se lanzó sobre la Galia,

que es la actual Francia, y de aquí pasaron a España, pillando y devastando las tierras por donde cruzaban. En pequeños barcos atravesaron el estrecho que hoy se llama de Gibraltar, e invadieron el Norte de Africa, causando estragos. Por eso todavía ahora, cuando alguien estropea o destruye cosas salvajemente, se le llama vándalo. Si vosotros estropeaseis vuestros pupitres, rompieseis vuestros libros o garrapateaseis por las paredes, seríais también unos vándalos.

Una tribu, llamada de los francos, siguieron a los vándalos hasta la Galia, y se establecieron allí, dando el nombre de Francia a aquel territorio.

Los teutones que invadieron el Norte de Italia se llamaban godos, y su jefe, Alarico. Alarico y sus godos atravesaron las montañas y cayeron sobre Italia, destruyendo o robando cuantas cosas de valor encontraban. Al fin lograron entrar en la misma Roma, y se llevaron cuanto quisieron, sin que los romanos pudieran contenerlos. Pero lo peor vino después.



Los campeones del mundo chocan con bárbaros blancos y bárbaros amarillos

Los teutones eran semisalvajes; pero eran blancos.

Mucho más al Norte que los teutones y hacia el Este vivía una tribu aun más salvaje y fiera. Se llamaban los hunos. Vivían en las selvas y lugares agrestes, en regiones mucho más lejanas que las de los teutones y de las cuales apenas si había noticia.

Se supone que los hunos no eran de raza blanca, como los teutones, sino de raza amarilla. Los mismos teutones, no obstante ser fieros guerreros, temían a los hunos, y precisamente porque los temían deseaban alejarse de ellos cuanto les fuese posible, y así llegaron hasta los límites del Imperio Romano. Era mucho más fácil luchar contra los romanos que contra los hunos, que más parecían bestias feroces que seres humanos.

El jefe de los hunos era un hombre terrible, llamado Atila. Se jactaba de que no volvía a nacer la hierba donde su caballo había pisado. Con sus guerreros había conquistado y asolado todas las tierras desde el Este hasta cerca de París. Al fin, los teutones se decidieron a darles la batalla en un lugar no muy lejos de París, llamado Châlons.

Los teutones lucharon desesperadamente; los hunos lucharon furiosamente. Fué una lucha de bárbaros blancos contra bárbaros amarillos, siendo al fin vencidos éstos. Fué gran fortuna que hubiera ocurrido así, porque si hubiesen triunfado estos terribles salvajes amarillos, habrían conquistado y gobernado el mundo. Los bárbaros blancos eran bastante malos; pero los amarillos eran mucho peores. Por eso la batalla de Châlons, 451 después de Cristo, va escrita en la Historia con letras mayúsculas, en caracteres grandes—CHALONS, 451—.

Después de la derrota, Atila y los hunos dejaron a los teutones y fueron contra los romanos. Volvieron grupas y se lanzaron sobre Italia, donde no había nadie capaz de detenerlos. Por donde iban pasando destruían cuanto encontraban. El pueblo de Italia ni intentó siquiera luchar. Creían que los hunos eran monstruos, y huían ante ellos. Así pudieron llegar hasta Roma.

Había en este tiempo un Papa en Roma, llamado León I. El Papa León, naturalmente, no era ni soldado ni hombre belicoso; pero, con sus cardenales y obispos, salió de Roma al encuentro de Atila. No llevaban armadura ni instrumentos de guerra; antes al contrario, vestían ropas magníficas, de vistosos colores. Se creería que Atila y sus guerreros iban a caer sobre ellos como los lobos entre corderos.

Pero algo extraño ocurrió cuando Atila y el Papa se encontraron frente a frente. Nadie sabe con certeza lo que fué. Quizá la pompa y esplendor de aquellos cristianos impusieron respeto a Atila. Quizá temió la cólera

del Cielo si mataba a aquellos santos hombres que habían salido a su encuentro como si descendiesen del Cielo. Sea lo que fuere, no los destrozó, ni entró en Roma, sino que, retrocediendo, abandonó Italia para siempre y regresó a las ignoradas tierras del Norte de donde habían salido.

Una vez alejado el temido Atila, los vándalos de Africa creyeron llegada la coyuntura de atacar a Roma. Apenas los hunos habían abandonado Italia, y ya los vándalos cruzaban el Mediterráneo y remontaban el Tíber hasta Roma. Sin ninguna dificultad se apoderaron de ella, hicieron cuanto quisieron y se llevaron todos los tesoros que encontraron.

¡Pobre Ciudad Eterna! ¡Al fin fué vencida, y vencida para siempre! Había sido el campeón del mundo durante muchos años; pero ahora se había acabado su poderío. Era vieja y débil, y ya no podía defenderse contra aquellas bandas de bárbaros. El último emperador romano llevaba el altisonante nombre de Rómulo Augústulo, como el primer rey de Roma, Rómulo, con la adición de Augústulo, que significa "el pequeño Augusto". A pesar de su nombre altisonante, Rómulo Augústulo no tenía poder ninguno. Era como aquel niño pequeño, de cabeza rizada, vestido de terciopelo, que vivía en la avenida, en una casa de mármol, al cual un día cogieron los bandidos de que os he hablado, y ya podéis suponer lo demás. "¡Sombra del gran César!" ¡Cuánto debió sentirlo el alma de César!

Roma fué vencida en el año 476. La parte occidental del Imperio, cuya capital había sido Roma, se desmembró

en varias porciones, y en todas ellas dominaban los teutones. No había fuerza que pudiese unificarla y recomponerla de nuevo. Sólo continuó subsistiendo la parte oriental del Imperio, cuya capital era Constantinopla. Esta parte no fué conquistada por los bárbaros, y aun subsistió durante casi mil años más. Pero esperemos a llegar a estos tiempos.

La fecha de 476 es considerada como el término de la Edad Antigua. Después viene un período de unos quinientos años, que solemos llamar Edad de las tinieblas—como si fuese la noche de la Historia—. La Edad de las tinieblas duró de 476 hasta alrededor del año 1000 después de Cristo. Llamamos así a estos siglos porque durante ellos los teutones o germanos, tan incultos y rudos que ni siquiera sabían leer y escribir, fueron el principal pueblo de Europa, dominando a otros pueblos que habían sido los más cultos y civilizados.

Los teutones, aunque ignorantes y rudos—se les llamaba bárbaros—, aprendieron rápidamente muchas cosas de los vencidos romanos. Aun antes de conquistar a Roma, la mayor parte de los germanos se habían convertido ya al cristianismo.

Tuvieron, naturalmente, que aprender el latín para entenderse con sus súbditos. Pero lo alteraron bastante, mezclándolo con su propio idioma. Esta descomposición del latín, continuada durante siglos, produjo los idiomas neolatinos—italiano, francés, español y otros menos importantes—.

En Inglaterra, por el contrario, como no había roma-

nos, los bárbaros conservaron su lengua nativa, que también sufrió modificaciones en el trascurso del tiempo. El idioma de los anglosajones se llama hoy inglés. Los anglosajones conservaron también su religión, y siguieron adorando a sus dioses, Thor, Woden y los demás, hasta el año 600, aproximadamente, después de Cristo.

En esta época había en el mercado de esclavos de Roma varios esclavos ingleses. El Papa los vió, y preguntó de dónde eran.

“Son anglos”, le contestaron.

“¡Anglos!—exclamó el Papa—. Son hermosos como ángeles, y ciertamente que merecen ser cristianos.”

Enseguida envió varios misioneros a Inglaterra para convertirlos al cristianismo, para hacer “ángeles” de los “anglos”. Así fué como los ingleses se hicieron cristianos.

Anochecer

En el reloj de la Historia sonaba el año 500 después de Cristo.

La noche venía.

Había empezado la Edad de las tinieblas.

Al menos, así se la llama ahora; pero entonces no le daban ese nombre.

Los locos no saben que están locos.

Los ignorantes no saben que son ignorantes.

Así, las gentes de la Edad de las tinieblas no sabían que su época era una época de ignorancia.

Los rudos teutones dominaban en todas las regiones del Imperio de Occidente.

“No sabían leer; no sabían escribir.

No sabían otra cosa que guerrear.

No sabían que vivían en la noche de la ignorancia.”

Sin embargo, en Constantinopla aún seguía dominando un romano el Imperio de Oriente. Este romano se llamaba Justiniano. Hasta su época se habían sucedido muchas leyes, a cuyos preceptos se sometía el pueblo. Había una tal maraña de leyes contradictorias, que una misma acción era, a la vez, prohibida por una ley y permi-

tida por otra; es decir, algo parecido a lo que ocurriría si vuestra madre os dijese que podíais estar levantados hasta las nueve, y vuestro padre os ordenase acostaros a las ocho. En estas condiciones, las personas difícilmente sabían lo que les era permitido.

Con objeto de desenmarañar este enredo, Justiniano mandó hacer un cuerpo o conjunto ordenado de leyes para la gobernación de su Estado. Algunas de estas leyes eran tan buenas y tan justas, que aun hoy están vigentes en muchos países. Si observáis que Justiniano empieza con las mismas letras que *justo* y *justicia*, esto os servirá para recordar mejor que Justiniano fué un emperador que hizo leyes justas.

Otra cosa hizo Justiniano que ha llegado hasta nuestros días: construyó en Constantinopla una iglesia hermosísima, a la que dió el nombre de Santa Sofía. Aunque ya no es iglesia, aún sigue en pie, después de tantos años, y es de las cosas más bellas que pueden verse. Y aun hizo otra cosa que no podéis sospechar. No tiene nada que ver con guerras, ni leyes, ni edificios.

Algunos viajeros que habían estado en el lejano Oriente, por el país que hoy llamamos China, contaban maravillas de una oruga que se envolvía a sí misma en un hilo finísimo y muy bello, de más de un kilómetro de largo, y referían también que los chinos desarrollaban aquel hilo y con él tejían telas de una belleza y suavidad incomparables. Este hilo (ya vosotros lo sospecharéis) se llamaba, y se llama hoy, seda, y la oruga que lo produce es el gusano de seda. Las gentes de Europa habían visto

telas de éstas; pero el modo de hacerlas era para ellas un misterio, un secreto. Tan maravillosamente bellas les parecían, que las creían hechas por hadas o por duendes, o bajadas del cielo. Al conocer Justiniano la existencia de estos gusanos, ordenó a unos emisarios que le trajesen algunos, para que su pueblo pudiese también hacer telas magníficas, ricamente ornamentadas. Así, pues, debemos a este emperador el haber introducido en Europa la manufactura de la seda.

Los ignorantes germanos vivían fuera del imperio de Justiniano. Necesitaron cerca de mil años para aprender lo que hoy sabe un niño de los primeros grados de la escuela, y lo primero que aprendieron no fué a leer y escribir, sino la religión cristiana.

Aproximadamente en la misma época en que vivió Justiniano, hubo en Francia un rey llamado Clovis. No necesito deciros que Clovis era teutón o germano, de la tribu de los francos, que dieron a aquel país el nombre de Francia. Clovis creía en Thor y en Woden, como todos los germanos. Clovis amaba mucho a su mujer, Clotilda, la cual, aunque germana, pensaba que eran cosas malas el amor a la guerra y la crueldad característicos de su pueblo. Había oído hablar de la religión de Cristo, que condenaba la guerra, y sentía deseos de hacerse cristiana. Al fin fué bautizada. Después trató de persuadir a su esposo a que se convirtiese al cristianismo.

Precisamente entonces se preparaba Clovis para una expedición guerrera—justamente lo que condena el cristianismo—. Pero, para complacer a su mujer, le prometió

que se haría cristiano si volvía vencedor. Venció, y cumplió su palabra: se bautizó e hizo que sus soldados también se bautizasen. Clovis estableció su corte en París, y aún hoy París es la capital de Francia.

También hacia ese tiempo reinaba en Inglaterra un rey llamado Arturo, o Artus. Sobre este rey se compusieron muchas narraciones y poemas, que nosotros sabemos hoy que no son históricos, sino completamente leyendas. Pero aunque sabemos que esas leyendas no son ciertas, sin embargo son muy interesantes—como aquellas otras que los griegos contaban acerca de los héroes de la guerra de Troya.

Se decía que había una espada tan fuertemente hincada en una piedra, que nadie podría arrancarla, a no ser el que habría de ser rey de Inglaterra. Todos los nobles habían fracasado en el intento, y he aquí que un buen día se presenta un muchacho, llamado Artus, el cual, sin ningún esfuerzo, logró arrancarla, y en consecuencia, fué proclamado rey.

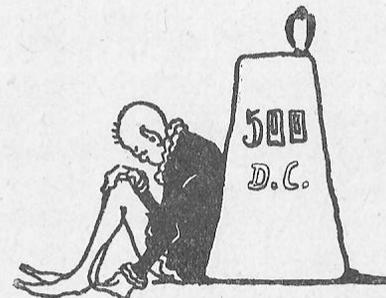
El rey Artus eligió a doce de los nobles para que le auxiliasen en el gobierno, y como se sentaba con ellos en torno a una mesa redonda, fueron llamados los Caballeros de la Tabla Redonda, y no de la mesa redonda, porque en esta expresión castellana conservamos, por costumbre, la palabra inglesa "table", que significa mesa.

Muchos poetas escribieron poesías y poemas referentes a las hazañas del rey Artus y de sus caballeros. Tennyson, el gran poeta inglés, compuso un largo poema, titulado "Los idilios del rey". En el romancero español hay tam-

bién muchos romances viejos, anónimos, referentes a los mismos asuntos. ¿Quién no recuerda aquel que empieza:

"Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino?"

Pero vosotros leeréis el resto, porque ahora tenemos que pasar al capítulo siguiente.



«Ser bueno»

¿Qué entendéis vosotros por "ser bueno"?

Los teutones creían que ser bueno significaba ser valiente.

Para los atenienses, ser bueno era ser bello.

Los estoicos entendían que la despreocupación, el no alterarse por nada, era la bondad.

Para los cristianos, el ser bueno consistía en sufrir y morir por la fe de Cristo.

Desde los tiempos de los mártires, los cristianos que aspiraban a ser muy buenos se retiraban a lugares solitarios y agrestes, para vivir en la soledad, dedicados a la meditación. Deseaban vivir alejados de la gente para entregarse a la oración y a pensar en cosas santas. En esto consistía para ellos el ser bueno.

Entre estos solitarios, uno de los más extraordinarios fué San Simeón el Estilita. Se construyó un pilar o columna de varios metros de altura, y se pasó la vida en lo alto, con espacio suficiente para permanecer sentado; pero no para tenderse. Así vivió durante muchos años, día y noche, invierno y verano, ya le quemase el sol, ya le mojase la lluvia, sin descender para nada de la columna. Para llegar hasta él, había que hacer uso de una escalera de mano, y este medio empleaban sus amigos para subirle

alimentos. Creía San Simeón que de este modo podría llevar mejor una santa vida. Este era su concepto de la bondad, aunque nosotros podamos pensar que estaba loco, sencillamente.

Con el transcurso del tiempo, sin embargo, los hombres que deseaban vivir santamente, en vez de vivir solitarios, como habían hecho a lo primero, construyeron grandes viviendas e hicieron vida en común. A estos hombres se les llamó monjes, y las casas que habitaban recibieron el nombre de monasterios o abadías. El jefe del monasterio o abadía se llamó abad, y gobernaba a los otros monjes como un padre a sus hijos, dándoles órdenes y castigándolos cuando creía que lo necesitaban.

En el siglo VI vivió en Italia un monje llamado Benito. Según este monje, para ser santo, había que trabajar, y el trabajo era una parte necesaria de la santidad. Creía también que los monjes no debían tener dinero de su propiedad, porque Cristo dice en los Evangelios: "Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y entrega el dinero a los pobres". Así, pues, Benito fundó una orden de monjes para ingresar en la cual había que someterse a tres cosas:

La primera era la pobreza.

La segunda, la obediencia.

La tercera, la castidad.

Los monjes que ingresaron en esta orden se llamaron benedictinos, porque Benito, en latín, se dice Benedictus.

Quizá penséis que difícilmente se encontraría una persona dispuesta a prometer para toda la vida esas tres cosas:

no poseer nada, obedecer al abad—mandase lo que mandase—y no casarse nunca. Sin embargo, hubo muchos hombres en todos los países de Europa que ingresaron en la orden de San Benito.

Generalmente los monjes vivían en pequeñas habitaciones desnudas, como celdas de una cárcel, y comían sus alimentos, extremadamente simples, conjuntamente, sobre una misma mesa, en una habitación llamada refectorio. Rezaban al salir y al ponerse el sol, y otras muchas veces durante el día, y a media noche tenían que levantarse para orar otra vez. Pero el rezo no era su única ocupación. Tenían que ejecutar trabajos de todas clases, y lo hacían llenos de gozo, ya se tratase de fregar el suelo, ya de cavar en el jardín.

Frecuentemente, el monasterio estaba situado en terreno estéril o en lugares pantanosos, regalados a los monjes porque no eran buenos, o eran francamente malos por lo insalubres y pobres. Pero los monjes se ponían al trabajo, desecaban el suelo, lo labraban y hacían que el yermo floreciese. Después plantaban hortalizas para la mesa, forrajes para los caballos, vacas y ovejas. Todo lo que comían, todo lo que usaban, todo lo que necesitaban, lo producían ellos mismos.

Pero no sólo se dedicaban a rudos trabajos manuales, sino también a trabajos finos. En aquel tiempo aún no había sido inventada la imprenta; todos los libros tenían que ser escritos a mano, y los monjes se dedicaron a esta labor. Hacían copias de antiguos libros latinos y griegos. A veces, un monje leía lentamente el libro y otros varios

El camellero

Cada cien años constituyen un siglo o una centuria; pero una cosa que a primera vista parece un poco rara es ésta: los cien años comprendidos entre el 500 y el 600 forman el siglo *sexto*, no el quinto; los cien comprendidos entre el 600 y el 700 forman el siglo *séptimo*, no el sexto, y así sucesivamente. Es decir, que los años 615, 625, 650, etc., pertenecen todos al siglo séptimo.

Pues bien, hemos llegado al siglo séptimo, y en él vamos a conocer a un hombre que provocó grandes cambios en todo el mundo. No era griego, ni romano, ni franco, ni godo, ni bretón. No fué rey ni general, sino sólo...

¿Qué suponéis que fué?

Pues fué camellero, y vivió en una pequeña ciudad de la lejana Arabia, llamada la Meca. Este hombre se llamaba Mahoma. Un día Mahoma llevó un encargo a una rica señora árabe, y la señora se enamoró de él. Aunque Mahoma era un pobre camellero, es decir, un criado, y ella un rica dama, se casaron. Vivieron juntos con toda felicidad, y nada notable ocurrió hasta que Mahoma cumplió los cuarenta años.

Mahoma tenía la costumbre de retirarse a una cueva



Mapa del imperio sarraceno

del desierto para estudiar y meditar. Estando en cierta ocasión en dicha cueva tuvo un sueño, o una visión, como se dice cuando estas cosas ocurren en pleno día, estando uno despierto. En esta visión contó Mahoma que el arcángel Gabriel se le apareció y le dijo que Dios, a quien los árabes llaman Alah, le ordenaba que saliese a enseñar al pueblo la nueva religión.

Cuando Mahoma regresó a su casa contó a su mujer lo que acababa de ocurrirle. Ella lo creyó y fué su primera discípula. Después Mahoma predicó entre sus parientes y amigos, los cuales creyeron también sus palabras y le siguieron como maestro.

Pero cuando, saliendo del círculo de sus parientes y amigos, empezó a predicar a las demás gentes, éstas le creyeron loco y hasta peligroso quizá. Por eso comenzaron a urdir complots para librarse de él, recurriendo incluso al asesinato si fuera necesario. Tuvo él noticia de lo que se tramaba y, recogiendo sus cosas, huyó con su mujer y sus discípulos a la ciudad de Medina, próxima a la Meca. Ocurrió esto en el año 622 (seis—dos—dos), y se llamó la Hégira, que en lengua árabe significa "huída".

Os he dicho la fecha exacta porque después, como ve-réis, esta religión se extendió de tal manera que en la actualidad hay tanta gente que cree en Mahoma y en la religión por él fundada como en Cristo y en la religión que él enseñó; es decir, que hoy en el mundo hay tantos mahometanos como cristianos. Los mahometanos cuentan el tiempo a partir de la Hégira, año 622, dando a esta fecha el nombre de año 1, como los cristianos hicie-

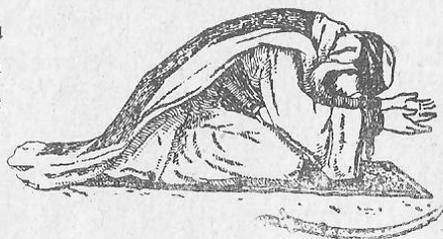
ron con el nacimiento de Cristo, los griegos con la primera Olimpiada y los romanos con la fundación de Roma. Así es que los griegos, los romanos, los mahometanos y los cristianos tienen un año 1 diferente.



Muecín llamando a la oración desde el alminar

La nueva religión se llamó Islam. De vez en cuando Mahoma decía que recibía mensajes de Alah. Como no sabía leer ni escribir, necesitaba que otro los escribiese en hojas de palmera. Tan numerosos fueron esos mensajes que cuando fueron reunidos formaron un libro voluminoso. Este libro se titula el *Corán*, y es como la Biblia de los mahometanos, en donde éstos encuentran lo que deben hacer y lo que no deben hacer.

Como Mahoma nació en la Meca, esta es la ciudad sagrada de los mahometanos, a la cual debe ir todo buen creyente por lo menos una vez en la vida, sea cualquiera la distancia a que se encuentre de ella. Y cuando reza, debe volver la cara hacia la ciudad sagrada.



Musulmán en oración

Constantemente llegan a la Meca caravanas de peregrinos.

Los musulmanes o islamitas, pues también se les llama así, celebran su culto en un templo llamado *mezquita*; pero están obligados a orar cinco veces al día, donde quiera que estén.

Un hombre, llamado *muecín* o *almuédano*, sube al *alminar* o torre de la mezquita y desde lo alto llama a la plegaria en las horas establecidas, diciendo a gritos: “¡Venid a orar, venid a orar! ¡No hay más Dios que Alah!” Inmediatamente todo musulmán, a cualquier clase que pertenezca, donde quiera que esté, sea cualquiera el trabajo que esté haciendo, aunque se encuentre en la calle o en el mercado, ya esté jugando o trabajando, se vuelve en dirección a la Meca, se pone de rodillas, inclina la cabeza a tierra, extiende los brazos y reza. A veces lleva una pequeña alfombra destinada exclusivamente a este objeto, sobre la cual se arrodilla para tener debajo algo sagrado mientras reza.

Mucha gente adoptó esta nueva religión. Ya hemos dicho que el número de musulmanes o mahometanos fué al cabo de poco tiempo tan grande como el de cristianos. A lo primero los musulmanes emplearon la predicación y la persuasión para convertir a los infieles a su religión, haciéndoles ver la superioridad de ésta. Pero muy pronto empezaron a recurrir a la violencia, obligando a los no creyentes a convertirse, de grado o por fuerza. Lo mismo que el saltador de caminos decía: “¡La bolsa o la vida!”, los musulmanes planteaban el siguiente dilema: “¡El dinero y la vida, o la conversión al islamismo!” Puede pa-

recernos muy extraña esta manera de convertir a las gentes, pero los musulmanes decían que Alah quería que todos los pueblos de la tierra fuesen mahometanos.

Mahoma vivió sólo diez años después de la Hegira; es decir, hasta el año 632. Pero sus sucesores continuaron impulsando la nueva religión, conquistando países y obligando a las gentes a someterse por la espada.

Los nuevos jefes de los mahometanos se llamaron califas. El segundo califa fué Omar, que se apoderó de Jerusalén y construyó una mezquita en el mismo lugar en que había estado el templo de Salomón. Aún está en pie la mezquita construída en Jerusalén por Omar.

Los árabes o sarracenos (pues también llevan este nombre) avanzaron hacia el Norte en dirección a Europa, conquistando y convirtiendo a todos los pueblos que encontraban. Los que no se convertían eran condenados a muerte. Al fin llegaron a la ciudad de Constantino, esto es, Constantinopla, cuyos habitantes eran cristianos. Constantinopla era la puerta de Europa, y los árabes intentaron pasarla; pero los cristianos arrojaron pez y aceite hirviendo desde las murallas de la ciudad y los musulmanes tuvieron que detenerse. Una y otra vez intentaron apoderarse de ella, sin conseguirlo. Finalmente renunciaron a entrar en Europa por este lado.

Después intentaron el camino opuesto, dando un largo rodeo. Se apoderaron de Egipto y avanzaron hacia el Oeste sin grandes dificultades, conquistando todo el Norte de Africa hasta el Océano Atlántico. En seguida tor-

cieron al Norte, se embarcaron y cruzaron el Estrecho de Gibraltar e invadieron España, de la cual se adueñaron rápidamente, poniendo fin a la monarquía visigoda, con lo cual terminó la dominación de los germanos o teutones en España. Penetraron en seguida en Francia. Parecía que toda Europa iba a caer en su poder, convirtiéndose al islamismo todo el mundo civilizado. Pero al fin se encontraron con un enemigo poderoso cerca de la ciudad de Tours, en Francia. El rey de este país tenía un hombre de confianza, su brazo derecho, llamado Carlos, a quien habían puesto el nombre de Carlos el Martillo (nosotros decimos aún Carlos Martel, conservando la forma antigua del apodo o sobrenombre), a causa de los tremendos golpes que descargaba sobre los enemigos en las batallas. Carlos era el Mayor del palacio real, lo cual quiere decir que era el jefe de la servidumbre palatina; pero era mucho más hábil y capaz que el mismo rey. En realidad, el rey no tenía gran importancia.

Carlos Martel salió al encuentro de los musulmanes al frente de sus soldados franceses, y cerca de Tours los derrotó de modo tan completo que en adelante no volvieron a intentar el avance. Así fué salvada Europa del Islam y de los sarracenos. Esta batalla de Tours tuvo lugar en el año 732, es decir, en el año 110 de la Hegira. La religión mahometana había sido fundada hacía ciento diez años, y en este corto tiempo los musulmanes habían conquistado e islamizado todos los países que bordean el Mediterráneo, desde Constantinopla, a través del

Asia Menor, el Africa del Norte y España, hasta llegar a Tours, en Francia. Los pueblos que viven en las costas del Este y Sur del Mediterráneo aún son mahometanos en la actualidad.

Cosas de los árabes

Quizá alguno de vosotros ha leído "Las mil y una noches", el famoso libro árabe que otros titulan "Noches árabes". Pues bien, este capítulo podría titularse "Días árabes".

Los musulmanes intentaron penetrar en Europa por Oriente y fracasaron.

Intentaron lo mismo por Occidente y fracasaron también.

En Constantinopla los detuvieron los bizantinos arrojándoles pez y aceite hirviendo.

Carlos Martel los detuvo en Tours.

De este modo se salvó Europa de los musulmanes y de la religión del Islam. Pero podemos preguntarnos lo que probablemente habría sido Europa si los árabes la hubiesen conquistado, porque el árabe era un gran pueblo y nosotros hemos aprendido muchas cosas de ellos.

Los fenicios inventaron nuestro alfabeto, pero los árabes inventaron las cifras que hoy usamos en Aritmética: 1, 2, 3, 4, etc., son cifras o guarismos árabes. Los romanos usaban letras en vez de cifras: V, por 5; X, por 10; C, por 100; M, por 1.000, y así sucesivamente. Fi-

guraos lo difícil que le resultaría a un niño romano hacer una suma como la siguiente:

$$\begin{array}{r} \text{IV} \\ \text{XII} \\ + \text{MC} \\ \text{CXII} \\ \text{VII} \\ \hline \end{array}$$

Esos números no podían sumarse por columnas, como hacemos hoy. Y si quisiésemos multiplicar o dividir con números romanos, la cosa es poco menos que imposible, por ejemplo:

$$\begin{array}{r} \text{MCMXXXII} \\ \times \text{XIX} \\ \hline \end{array}$$

En ciertos casos aún se usan hoy los números romanos—en las esferas de los relojes, por ejemplo—, pero todas las cifras que vosotros usáis en las operaciones aritméticas, y las que vuestros padres usan en el Banco, en el almacén o en la oficina, son cifras árabes.

Otra cosa:

Los árabes construyeron muchos edificios hermosos; pero estos edificios son completamente diferentes de los edificios griegos, romanos y cristianos. Los huecos de puertas y ventanas, en vez de ser cuadrados o redondos, tenían generalmente forma de herradura. En lo alto de sus mezquitas colocaban cúpulas, que tenían una forma algo parecida a la de una cebolla, y en los ángulos levan-

taban elevadas torres o alminares, desde lo alto de los cuales el muecín anunciaba las horas de la oración. Cubrían las paredes de sus edificios con bellos mosaicos y dibujos pintados de vivos colores; pero cuidaban mucho, sin embargo, de que estos dibujos no reprodujesen cosas del natural, porque uno de los mandamientos del Corán decía: "No harás... representación alguna de nada de lo que está en el cielo, o en la tierra, o en las aguas." A causa de este mandamiento, nunca hicieron dibujos ni pinturas que representasen nada viviente, ni plantas, ni flores, ni animales, pues si lo hiciesen creerían faltar al mandamiento divino. Así, pues, sus dibujos consistían en líneas rectas y curvas entrelazadas caprichosamente, y se llamaron arabescos. Aunque los arabescos no reproducían nada de la Naturaleza, eran casi siempre de una gran belleza.

Aun en la actualidad podemos admirar en España algunos de los edificios más hermosos construídos por los árabes. La famosa mezquita de Córdoba nos maravilla por sus dimensiones, por el extraordinario número de columnas, que forman como un bosque en todo el interior, y por la belleza y brillantez de algunas partes, que se conservan bastante bien. Esta mezquita es una construcción solemne e imponente. Por el contrario, de carácter más ligero y alegre es el Alcázar de Sevilla, cuyas habitaciones están profusamente ornadas de dibujos en relieve iluminados con vivos colores. En Sevilla está también la Giralda, enorme y bellísimo alminar que hoy sirve de campanario a la soberbia catedral. Pero donde la fantasía árabe se manifiesta deslumbradora es en la Alhambra de

Granada, el gran palacio cuyas maravillosas bellezas atraen todos los años a miles y miles de personas de todos los países de la Tierra.

Otra cosa más:

En Arabia se produce un pequeño arbusto que da unas pequeñas bayas, en cuyo interior hay unos granos. Estas bayas gustan mucho a las ovejas, que cuando las comen se hacen más vivaces. Los árabes probaron también a comer aquellos granos y sintieron los mismos efectos. Entonces idearon hacer con ellos una bebida, tostándolos, moliéndolos y haciéndolos hervir en agua. Esta bebida y esos granos es el café, que, descubierto por los árabes, se consume hoy en todo el mundo.

Otra cosa aún:

Los árabes descubrieron que cuando el zumo de las uvas, o de otras frutas o granos, se descompone o fermenta, tiene lugar en él un cambio particular, de tal modo que quien bebe este zumo alterado por la fermentación experimenta una excitación especial que llega a veces al trastorno completo de la inteligencia. Al producto así obtenido por la fermentación lo llamaron alcohol, y temieron tanto sus efectos en quien lo bebía, que prohibieron a todo musulmán beber nada que tuviese alcohol, tal como vino, cerveza, aguardiente, etc. Así, pues, los musulmanes no sólo descubrieron el alcohol, sino que, considerándolo un veneno, prohibieron su uso. Eran, por lo tanto, prohibicionistas hace ya más de mil años, mientras que el resto del mundo bebía vino, cerveza y otras bebidas alcohólicas, hasta que recientemente los Estados

Unidos y algunos otros países prohibieron su uso en sus respectivos territorios.

Otra cosa:

La tela de lana, que es de uso general para los vestidos, se hace con el pelo de las ovejas o las cabras. Como para hacer un poco de tela se necesita todo el pelo de un gran número de animales, las telas de lana son muy caras. Los árabes hallaron el modo de hacer tela con una planta, el algodón, que es mucho más barato. Con objeto de adornar las telas y hacerlas más bonitas y atrayentes, estamparon la tela lisa con planchas de madera talladas en diversas formas y teñidas de colores. Estas telas estampadas, inventadas por los árabes, se llamaron *calicó* o percal.

Todavía más cosas:

Los árabes hacían espadas y cuchillos de un acero tan maravilloso, que las hojas podían curvarse del todo sin que se rompiesen. Las hojas eran tan finas que se decía que podían cortar un cabello flotando en el agua (cosa que sólo puede hacer la navaja de afeitar más afilada), y al mismo tiempo tan fuertes, que de un golpe podían cortar una barra de acero. Estas espadas se fabricaban en Oriente, en una ciudad llamada Damasco, situada en Siria, al Norte de Arabia; y en Occidente, en la ciudad española de Toledo. Estas espadas y estos cuchillos se conocían con la denominación de hojas de Damasco o de Toledo. Desgraciadamente, hoy no conoce nadie el secreto de los árabes para fabricar esas hojas maravillosas. Es un arte perdido para nosotros.

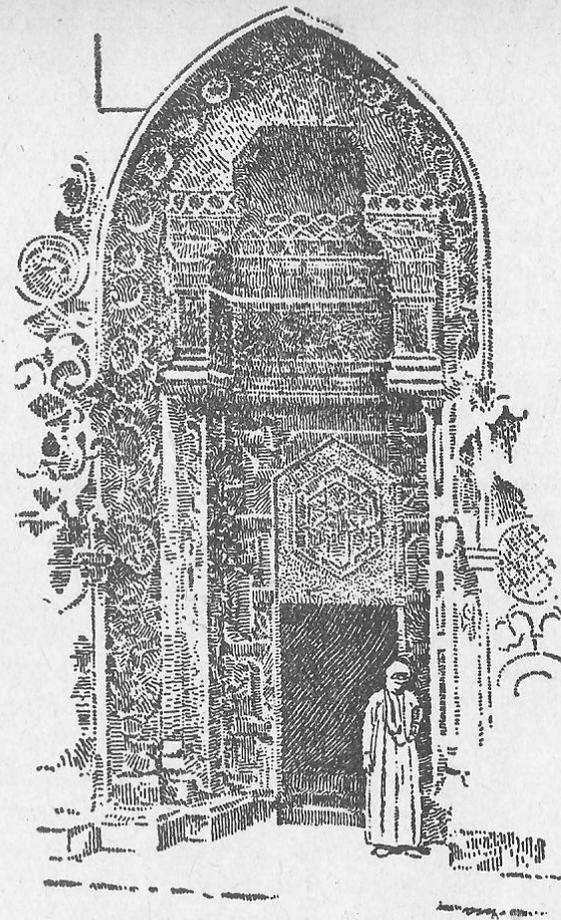
Cerca del lugar donde en otras épocas había estado Ba-

bilonia, construyeron los árabes una ciudad llamada Bagdad, cuyo nombre conoceréis ya si habéis leído "Las mil y una noches", porque la acción de la mayor parte de los cuentos ocurre en Bagdad. Esta ciudad fué la capital oriental de los musulmanes, y en ella construyeron una gran escuela que fué famosa durante muchos, muchos años. La capital occidental de los musulmanes fué Córdoba, la ciudad andaluza, y aquí también fundaron una gran escuela. En una y otra se cultivaban las ciencias y las letras, llegando a ser durante algunos siglos los principales centros de saber del mundo. A Córdoba acudían muchos sabios extranjeros para perfeccionar sus conocimientos.

Otras muchas cosas podría deciros de este gran pueblo—como, por ejemplo, la invención del juego de ajedrez, el juego que requiere más atención y reflexión; cómo medían el tiempo con relojes de péndulo, pues antes de los árabes no se conocían los verdaderos relojes; cómo fundaron magníficas bibliotecas; y más aún—, pero por ahora basta con que sepais que el pueblo árabe fué muy inteligente.

Los árabes no eran de raza aria. Perteneían a la familia semita, lo mismo que los fenicios y los judíos. Los árabes eran tan inteligentes como sus parientes de raza los fenicios que, como recordaréis, fueron muy inteligentes; pero fueron también tan religiosos como sus otros parientes, los judíos, que, como recordaréis también, fueron muy religiosos.

Pero los musulmanes tenían ideas especiales acerca de la



Mujer mahometana, con la cara cubierta por un velo,
bajo un arco de estilo árabe

mujer. Según ellos, la modestia y el recato femeninos exigían que la mujer no mostrase la cara a los hombres, de manera que todas las mujeres llevaban un espeso velo que les cubría todo el rostro, excepto los ojos, siempre que tenían que mostrarse en público. Con ese velo ellas podían ver, pero los hombres no podían verles la cara a ellas.

Pero las dos ideas más notables de los árabes eran éstas: creían que las mujeres debían ser esclavas de los hombres y que un hombre podía tener a la vez todas las esposas que quisiese.

Podemos, pues, preguntarnos cuál habría sido la suerte de Europa si los musulmanes hubiesen conquistado en aquel tiempo todo el mundo civilizado, si se hubiesen apoderado de todos los países cristianos, si todos fuésemos hoy musulmanes.

Una luz en las tinieblas

Hacia trescientos años que Europa estaba sumida en las tinieblas. Ya sabéis lo que esto quiere decir.

No había un solo pueblo bastante *brillante* para iluminar el mundo. Los ignorantes teutones venían dominando en las diversas regiones del viejo Imperio Romano de Occidente.

Los árabes fueron un pueblo brillante, pero no habitaban en Europa.

En el año 800 se encendió una luz resplandeciente—un hombre, un rey—que tuvo poder suficiente para reunir otra vez las distintas regiones y formar un nuevo Imperio Romano. No era romano, sin embargo, sino teutón o germano, como podéis deducir de su nombre, pues se llamaba Carlos. Era nieto de Carlos Martel, el que detuvo a los árabes en Tours, y fué conocido por el nombre de Carlomagno, que significa Carlos el Grande.

A lo primero, Carlomagno fué sólo rey de Francia; pero no satisfecho con esto emprendió la conquista de los países próximos, y se apoderó de parte de España y de Alemania. Después trasladó la capital de su imperio de París a una ciudad alemana llamada Aquisgrán, y también Aix-la-Chapelle, mejor situada que París para las

necesidades de aquel más extenso imperio. Además, en Aix-la-Chapelle había manantiales de aguas termales que surtían magníficos baños, y Carlomagno era un buen nadador muy aficionado al baño.

Italia estaba entonces gobernada por el papa, el cual tenía que sostener frecuentes luchas con algunas tribus del Norte de Italia, y pidió a Carlomagno que acudiera a someterlas. Con la mejor voluntad y sin tardanza penetró en Italia Carlomagno y sometió aquellas tribus levantiscas. El papa le quedó muy reconocido y con deseos de recompensarle el servicio.

En aquel tiempo los cristianos de todos los países de Europa acudían a Roma en peregrinación para orar en la iglesia de San Pedro, construída en el mismo sitio en que el apóstol había sido crucificado. En la Navidad del año 800, Carlomagno hizo su viaje a Roma. El mismo día de Navidad fué a la iglesia de San Pedro, y cuando estaba orando ante el altar, de pronto vino el papa y le puso una corona en la cabeza, proclamándole emperador, y como el papa tenía entonces la potestad de hacer reyes y emperadores, Carlomagno quedó así proclamado emperador de Italia, uniéndose este país a los otros ya gobernados por él. Todos estos países reunidos venían a ser casi lo mismo que el Imperio Romano de Occidente. Por lo tanto, el imperio de Carlomagno era como un nuevo Imperio Romano, pero con esta gran diferencia: en vez de estar gobernado por un romano, lo estaba por un germano o teutón.

Carlomagno empezó siendo un teutón ignorante y

rudo, pero no fué como la mayor parte de los teutones, que no se daban cuenta de su ignorancia ni les importaba. El, por el contrario, mostró grandes deseos de saber tanto como supiera el que más.

En los tiempos de dominación de los teutones eran pocas las personas instruídas, y difícilmente se encontraba alguna que supiera leer y escribir. Carlomagno deseaba instruirse, pero en su país no había nadie que supiese bastante para poder ser su maestro. Vivía entonces en Inglaterra un sabio monje llamado Alcuino. Era el hombre más sabio de su tiempo, y Carlomagno lo invitó a venir a su corte para que le enseñase a él y a su pueblo. Alcuino enseñó las ciencias a Carlomagno, le enseñó poesía griega y latina y la sabiduría de los antiguos filósofos griegos.

Carlomagno aprendió todas aquellas cosas con gran facilidad, pero cuando quiso aprender a leer y escribir lo encontró muy difícil. Aprendió a leer un poco, pero parecía incapaz de aprender a escribir. Se cuenta que dormía con el recado de escribir bajo la almohada, y que se ponía a trabajar siempre que despertaba. Sin embargo, nunca supo escribir más que su nombre. Empezó a estudiar cuando ya era un hombre entrado en años, y no abandonó el estudio en todo el resto de su vida. A no ser en la lectura y la escritura, llegó a ser, después de su maestro Alcuino, el hombre más instruído de Europa.

A pesar de que sus hijas eran princesas, hizo que aprendiesen a tejer y coser, a hacer prendas de vestir y a cocinar, como si tuvieran que ganarse la vida por sí mismas.

Aunque Carlomagno era un monarca muy rico y poderoso y podía tener cuanto se le antojase, prefirió siempre alimentarse con platos sencillos y vestir también sencillamente. Nunca fué aficionado a los refinamientos, que tanto agradaban a sus cortesanos. Un día, precisamente para hacer ver a sus nobles lo ridículos que estaban con sus vestiduras de seda y raso, los llevó a cazar a los bosques mientras descargaba una tormenta, y se burlaba de ellos viéndolos, como podéis imaginarios, con sus ropas de seda y raso empapadas en agua, cubiertas de lodo y destrozadas por las zarzas. Aquello le parecía una broma ingeniosa y muy divertida.

Pero aunque era hombre de gustos sencillos en el comer y el vestir, se construyó un magnífico palacio. Lo amuebló con mesas y sillas de oro y plata y otras cosas suntuosas. Tenía piscinas para nadar, una maravillosa biblioteca y teatro, y lo rodeó de hermosos jardines.

En aquel tiempo y durante toda la edad de las tinieblas (ya sabéis que se llama también Edad Media), se empleaba un extraño recurso para averiguar si una persona había robado o había cometido un asesinato u otro crimen cualquiera. La persona sospechosa no comparecía ante un tribunal donde jueces y jurados habían de comprobar si decía la verdad y si había cometido o no el delito. En vez de eso, le obligaban a llevar durante diez pasos un trozo de hierro calentado al rojo, o a meter un brazo en agua hirviendo, o a andar sobre brasas. Si no era culpable creían que no sufriría daño ninguno, o que si lo sufría se curaría *inmediata y perfectamente*. Estas eran las

ordalías o juicios de Dios, que procedían probablemente de la narración bíblica de los tiempos de Nabucodonosor, según la cual tres individuos pasaron por un horno encendido sin sufrir daño porque no habían cometido falta. Aunque parezca extraño, Carlomagno, que era también inteligente, creía en las ordalías. Hoy no empleamos procedimientos tan crueles y arbitrarios para averiguar si una persona es culpable o no, y aun decimos del individuo que pasa por situación angustiosa que "está sufriendo una prueba de ordalías".

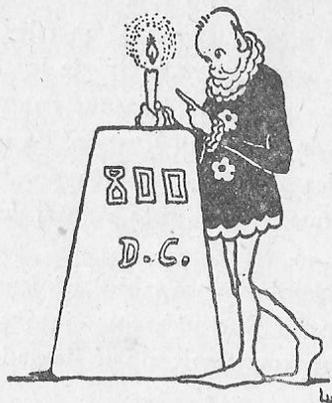
Viviendo Carlomagno había en el lejano Bagdad un califa llamado Harum, que es la forma árabe del nombre Aaron. Los que hayais leído "Las mil y una noches" ya conoceréis a este califa, porque fueron escritas en su tiempo y hablan de él con frecuencia. Aunque Harum era mahometano, y aunque gobernaba un imperio que odiaba a los cristianos, sin embargo, sentía gran admiración por Carlomagno. Para expresarle esta admiración le envió regalos valiosos y, entre otros, un reloj que daba las horas, invención, como recordaréis, de los árabes. Aquel reloj era una gran curiosidad, porque entonces no se conocían esta clase de relojes en Europa. La gente medía el tiempo con relojes de sol, o también por la cantidad de agua o de arena que pasaba, gota a gota, de un recipiente a otro.

Harum fué un gobernante sabio y bueno, y sus vasallos lo llamaron "al Rachid", que significa "el Justo", ¿Recordais qué personaje griego fué llamado también "el

Justo" ? (1). Tenía la costumbre de disfrazarse de obrero y mezclarse entre la gente del pueblo, paseando por las calles o en el mercado y entrando en conversación con ella para saber cómo juzgaban su gobierno y lo que pensaban de todas las cosas en general. Como iba disfrazado y las gentes no le reconocían, le hablaban con toda libertad, porque lo creían un compañero trabajador. De este modo Harum al Rachid supo muchas cosas de su pueblo, de los motivos de queja que tenía y de lo que le parecía bien y mal de su gobierno. Cuando regresaba al palacio promulgaba leyes y daba órdenes para corregir errores e injusticias.

A la muerte de Carlomagno no hubo nadie capaz de mantener unido el nuevo Imperio Romano de Occidente, y de nuevo se fraccionó, de modo que en adelante no fue posible reconstruirlo una vez más.

(1) Aristides.



El fin del mundo

¿Qué pensaríais o haríais si se os advirtiera que el mundo iba a acabar la semana o el mes próximos?

Pues bien, las gentes que vivieron en el siglo X creyeron interpretar un pasaje de la Biblia (Libro de las Revelaciones, cap. XX) en el sentido de un anuncio de que al llegar al año 1000 se acabaría el mundo.

Algunas gentes se alegraban de ello. Eran en este mundo tan pobres, desgraciadas y miserables, que ansiaban el momento de dejar de sufrir tantas privaciones, conquistando por su buena conducta un lugar en el cielo, donde habrían de gozar de todos los placeres. Llevaron para alcanzar esa gracia una vida ejemplar, haciendo todo cuanto pudiera agradar a los ojos de Dios.

Otros, en cambio, temían que llegara esa hora. No confiaban en su conducta ni esperaban pasarla bien en el otro mundo. Por ello decidieron aprovecharse de lo que les quedaba de vida para divertirse lo más posible.

Llegó el año 1000, y nada sucedió. Al principio la gente creyó que habría habido algún error en el modo de contar el tiempo y que no habían transcurrido los mil años desde el nacimiento de Cristo. Los años pasaban y el pueblo seguía aguardando el suceso. Releía la Biblia.

y se llegó a pensar que los mil años quizá fueran a partir de la muerte y no del nacimiento del Mesías.

Pasó también ese nuevo período y nada ocurrió. Sin duda, se decía, alguna causa o razón providencial que ellos no podían llegar a descubrir hacía que se aplazase el fin.

De vez en cuando alguien que creía saber más que los demás señalaba un nuevo plazo, y todavía hay gentes que por sus creencias esperan que el mundo se acabará y vendrá un juicio final ante Dios. De todos modos, podemos estar seguros de que el mundo continuará por tiempo que nadie puede medir por su infinitud y que nosotros y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, no verán ese fin.

En el tiempo en que el pueblo estaba esperando el fin del mundo, hubo en el Norte de Europa una tribu de Bárbaros, no cristianos, que nada sabían de la Biblia ni de la existencia siquiera de ese libro. Por tanto, no abrigan el más pequeño temor sobre la terminación del mundo; como que se dedicaban a descubrir nuevas tierras para instalarse en ellas.

Eran unas gentes atrevidas, sobre todo en la navegación, superando incluso a los antiguos marineros fenicios. Sus barcos estaban pintados de negro y presentaban proas labradas con figuras de monstruos marinos o dragones.

Estas gentes navegaron por los mares del Norte y en dirección al Occidente durante grandes trayectos, como no lo habían hecho todavía ningunos otros navegantes.

Así descubrieron Islandia y Groenlandia y acabaron por topar con las costas de América.

Esto es, que hacia el año 1000, cuando los cristianos, en Europa, se encontraban esperando el fin del mundo, otras gentes creían haber encontrado también "el fin de la Tierra"; esto es, el sitio en que se acababa.

Esta tribu bárbara llamó al país descubierto Vinelandia, porque encontró en él vides con que hacer vino. No avanzaron por las costas y creyeron que lo descubierto era una isla. No sospecharon siquiera que se tratara de un nuevo mundo.

Pero estaba aquéllo tan lejos de sus tierras nativas, se encontraron con gentes salvajes tan peligrosos y la temperatura era allí tan insoportable, que decidieron regresar a su país, abandonando las tierras que habían descubierto.

Con el tiempo se perdió la noticia de aquel descubrimiento, y las gentes olvidaron todo lo relativo a la existencia de nuevos Continentes, hasta que quinientos años después vuelven a descubrirse, como veremos más adelante.

Castillos verdaderos

Vosotros habréis oído hablar de castillos en los cuentos de hadas y de príncipes, pero ahora nos referimos a castillos de verdad.

Hacia el año 1000, hubo castillos en casi toda Europa, habitados por gentes poderosas. Después de la caída de Roma y la división del imperio en menudos pedazos, acabaron los reinos poderosos. Cada vez que cualquier gobernante, ya fuera rey o simplemente príncipe o magnate, conquistaba los territorios de otro príncipe, daba a los generales que le habían seguido y ayudado un trozo del país conquistado, en recuerdo o pago de sus servicios.

A su vez, los generales daban a sus ayudantes o personas principales una pieza de terreno más pequeña. Estos caballeros que obtenían tierras de esa forma se llamaron *nobles*, pero, a su vez, eran vasallos del príncipe a quien debían el territorio, debiendo acudir en ayuda de su señor cada vez que éste los necesitara.

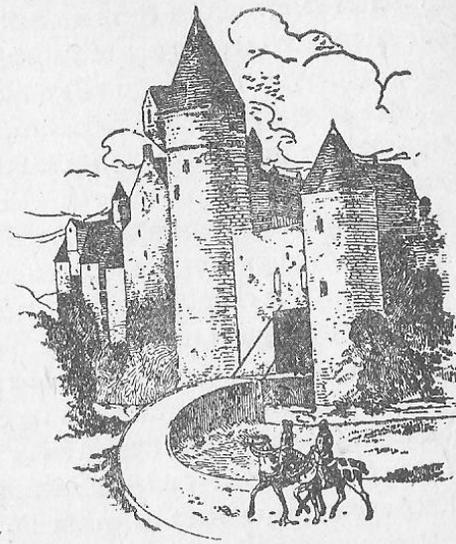
La promesa de vasallaje no podía hacerse ligeramente y de cualquier modo, sino en forma solemne, que no dejara lugar a duda sobre el compromiso contraído. Así, el vasallo tenía que arrodillarse ante su señor; éste le tomaba las manos, y en esta actitud había de pronunciar al-

gunas frases de juramento de acudir a las llamadas de su amo. Esta promesa tenía que repetirse periódicamente.

Este procedimiento de dar tierras y depender de los señores se llama sistema feudal, y a la época en que esto sucede se llama *feudalismo*.

Cada uno de estos nobles o señores se construía su castillo sobre la tierra que le había sido dada, y en él vivía como un reyezuelo, rodeado de sus servidores. El castillo no era sólo la casa del señor, sino también una fortaleza donde pudiera presentarse gran resistencia en caso de que otro caballero vecino intentara apoderarse de ella.

Por estas razones, los castillos eran construídos casi siempre en lo alto de alguna colina o accidente del terreno que no permitiera la fácil entrada a quien no se quisiera. Estaba rodeado de muros espesos de piedra, y por la parte exterior, circundado de un foso con agua, que impedía escalar las murallas.



Castillo, puente levadizo, foso y caballeros armados

En tiempo de paz, las personas dependientes del señor del castillo vivían fuera de él, en el campo; pero en cuanto se declaraba la guerra entre caballeros, todos los vasallos se metían en el interior de la fortaleza, provistos de alimentos, armas y cuantos útiles y animales necesitaban conservar, resistiendo allí durante meses y años, hasta que se acababa la guerra. Esto dará idea de lo grandes que habían de ser tales castillos. Algunos parecían verdaderas ciudades amuralladas. En el interior del recinto había pequeñas casas para albergar a la gente, meter el ganado y los alimentos, e incluso una capilla para el culto. En el centro se elevaba, majestuosa, la residencia del señor feudal, que era una torre.

La principal dependencia de la torre feudal era el *hall* o vestíbulo, especie de sala de estar y comedor combinados. Las comidas eran servidas en mesas consistentes en largos y fuertes tableros sostenidos por unas patas. Esas mesas se quitaban de en medio en cuanto la comida era terminada. No había ni platos, ni tenedores, ni cuchillos; cada cual cogía la comida con los dedos, y se limpiaba en donde primero encontraba. Más bien que un comedor de personas, parecía aquello un establo o una cuadra. Los huesos y desperdicios se arrojaban al suelo o a los perros, que andaban entre los comensales. Al terminar, se traía una gran vasija con agua caliente y un paño, donde se lavaban las manos los que quisieran.

Las veladas eran entretenidas, durante las largas sobremesas de invierno, con canciones y cuentos, a cargo de hombres que tenían ese oficio y que se llamaban trova-

dores. En pago de la diversión que proporcionaban a la concurrencia, recibían el hospedaje.

Cerradas las entradas del castillo, parecía imposible que nadie pudiera penetrar, y el señor y sus gentes podían estar tranquilos. En primer lugar, el enemigo hubiera tenido que cruzar el foso, lleno de agua, que rodeaba la fortaleza. Sobre este foso estaba el puente levadizo, en la puerta de entrada del castillo. La puerta de entrada solía ser de hierro, y además de la puerta corriente, que se abre como las nuestras, era frecuente ver otra que se cerraba de arriba abajo. En tiempo de guerra, el puente estaba levantado; pero si el enemigo se presentaba tan rápidamente que no hubiera tiempo de hacer esta operación, caía la puerta. No había entonces otro procedimiento que cruzar el foso con agua, y claro que mientras hacían la operación de cruzarlo serían matados sólo con arrojarles piedras. En los muros del castillo, en lugar de ventanas, había largas y estrechas aberturas, por donde los que estaban dentro podían disparar sus flechas. En cambio, a los que atacaban desde lejos, les era muy difícil meter una flecha por aquella raja.

Y sin embargo se atacaban unos castillos a otros. Unas veces el enemigo construía una torre de madera sobre ruedas, con una plataforma en lo alto; la acercaban cuanto podían al castillo, y desde ella disparaban sus flechas al interior de éste. Otras construían túneles por bajo de los fosos y murallas, y hasta por bajo del castillo mismo.

Naturalmente, no había todavía cañones ni ninguna

arma de fuego; pero a veces el enemigo construía enormes artefactos de hierro, con los que golpeaban los muros o trataban de perforarlos.

El señor y su familia eran las únicas personas distinguidas; todos los demás eran poco menos que esclavos. En tiempo de paz, la mayor parte de esas gentes vivían en casuchas fuera del castillo, en la tierra del señor, llamada *señorío*. El señor daba a sus vasallos lo menos que podía, y les exigía y les tomaba lo más. Los alimentaba y se cuidaba de ellos para que pudieran luchar por él y servirle; lo mismo que se hace con los caballos que montamos o con los animales que nos proporcionan alimento.

La vida que llevaban esas pobres gentes, llamadas siervos, no podía ser más penosa. Trabajaban enormemente, y casi todo el fruto de su trabajo era para el señor. Habitaban en chozas miserables; dormían todos en una sola habitación, sobre un camastro de pajas y sobre las mismas ropas que llevaban durante el día.

Con frecuencia, los siervos no podían resistir esa vida y se aventuraban a escapar. Y decimos que se aventuraban porque la suerte que les aguardaba, si el señor volvía a cogerlos, era temible. Si el siervo que huía lograba que no lo cogieran en el plazo de un año y un día, quedaba como hombre libre; pero si caía en manos del señor dentro de ese plazo, su amo podía azotarlo, marcarlo con hierros candentes y hasta cortarle las manos. Es decir, un señor podía hacer con sus siervos casi todo lo que quisiera, excepto matarlos o venderlos.

¿Qué os parece? ¿Qué pensáis del feudalismo? ¿Os gustaría haber vivido en aquella época?

Señoras y caballeros

Esta época de la Historia a que se refiere el capítulo anterior se conoce con el nombre de *caballería*, que quiere decir la época de los caballeros y de las damas. El señor y su familia eran los caballeros y las damas, y todas las demás personas eran rufianes y gente vulgar.

Para estas gentes no había escuelas ni maestros. Ellas no tenían que aprender más que a trabajar. Los hijos del señor feudal, en cambio, eran cuidadosamente instruídos, aunque sólo en dos cosas: cómo ser caballeros y cómo luchar; esto es, en el arte de ser persona distinguida y en el de la guerra. La lectura y escritura tenían poca importancia, y hasta se consideraba una pérdida de tiempo dedicarse a esos estudios.

El niño del señor permanecía con su madre hasta que tenía siete años. Al llegar a esa edad, y hasta otros siete años, o sea hasta los catorce, era paje, cuya misión era estar al servicio de las señoras que vivían o entraban al castillo, llevar sus colas, recibir y transmitir sus recados, servir las en la mesa, etc. También aprendía a montar y a ser valiente y cortés.

Al llegar a los catorce años pasaba a ser escudero, en cuya ocupación pasaba otros siete años, o sea hasta los veintiuno. Durante el oficio de escudero, el muchacho estaba al servicio de caballeros, como antes lo estaba al de las señoras. Iba de auxiliar a la guerra, tenía los caballos y conducía un escudo de reserva para su amo.

Al cumplir los veintiún años, si el escudero había prestado buenos servicios y había aprovechado bien las lecciones de guerra que se le habían dado, llegaba a caballero. La consagración de caballero era una ceremonia importante, como hoy la reválida de estudios, ya que ello significaba el tomar los asuntos y quehaceres de un hombre.

Para la ceremonia de armarse caballero habían de seguirse algunos preparativos que hoy nos parecen ridículos. En primer lugar, era preciso tomar un baño. Téngase presente que entonces la gente no se bañaba, o lo hacía tan de tarde en tarde, que el bañarse constituía un suceso digno de mención. Después se le vestía con ropas nuevas, y pasaba durante toda una noche a orar en la capilla. Por último, el nuevo caballero tenía que presentarse ante el pueblo, y ante él prometer varias cosas, a saber:

Ser bueno y valiente.

Luchar en defensa de la religión cristiana.

Proteger a los débiles.

Honrar a las mujeres.

Estos eran los votos. En seguida se le ponían unos blancos correaes y unas doradas espuelas. Entonces, el nuevo caballero se arrodillaba ante su señor y éste le golpeaba suavemente con la parte plana de su espada en los hombros, mientras le decía unas palabras de consagración.

Los caballeros entraban en batalla cubiertos con una armadura de hierro y escudos de forma parecida a la de grandes fuentes para la comida, cubriendo su cabeza con un yelmo o caperuza de metal. Estas corazas los defendían contra las flechas y lanzadas de sus enemigos. Tan cubiertos quedaban con esas armaduras, que, cuando la lucha tenía lugar cuerpo a cuerpo, no podían distinguir quiénes eran los amigos y los enemigos. Para conocerse, los caballeros llevaban en la parte externa de sus armaduras distintivos, tales como un dibujo de animal, una planta, una flor, una cruz o cualquier otro ornamento, que sirvió luego para distinguir una casa señorial de otra.

Observad las casas y muebles de algunas familias en la actualidad, y todavía notaréis algunos escudos de ese género, que se han ido transmitiendo por herencia. Algunos todavía timbran el papel de sus cartas con esos distintivos.

Como antes hemos dicho, las primeras enseñanzas que se daban a los señores eran el trato correcto, especialmente con las señoras; la distinción en los modales, etc. De aquí viene el que nosotros hayamos conservado el nombre de *caballero* para los hombres de gran educación y finura.

Cuando un caballero se encontraba en presencia de una dama, se quitaba su yelmo, en señal de amistad y reverencia, puesto que nada tenía entonces que temer.



Señora y caballero con halcón

Quitarse el casco equivalía a decir: "Puesto que usted es mi amiga, no tengo por qué estar defendido." Esta costumbre se conserva hoy, aunque adaptada a los tiempos, cuando los caballeros se quitan el sombrero ante las señoras.

Pero lo más importante que el caballero tenía que aprender fué el arte de la guerra. Aun los juegos eran juegos guerreros.

Cada país y cada época ha tenido sus juegos característicos, en que encontraban un especial placer. Los griegos tuvieron juegos olímpicos; los roma-

balleros tenían un juego de lucha que se llamaba el torneo.

Los torneos tenían lugar en un campo adecuado. El público se amontonaba en las vallas que limitaban el campo en plan de diversión, como hoy se hace para presenciar un partido de futbol o una corrida de toros. Los caballeros, sobre sus caballos, entraban, ocupando los lugares opuestos del campo, provistos de lanzas con las puntas cubiertas para que no pudieran herirse. A una señal convenida, galopaban los dos bandos hacia el centro del campo, procurando cada uno derribar de sus caballos al enemigo.

Los caballeros vencedores en los torneos recibían una cinta o distintivo que les colocaban las damas, y con esos trofeos de victoria volvían ufanos, como hoy los ganadores de copas en los tennis, carreras de caballos, tiro de pichón, etc.

Los caballeros eran muy aficionados a cazar con perros y con unos pájaros amaestrados en la caza llamados halcones. Las señoras gustaban también mucho de este sport y acompañaban a los caballeros. Los halcones eran amaestrados, como los perros, para arrojar sobre otros más pequeños animales, patos, palomas.

El halcón salía al campo con una cadenita amarrado a la muñeca del señor o la señora y con una caperuza sobre su cabeza. Mientras el animal se sentía en aquella situación, no se movía, e iba sobre el hombro o las rodillas de su amo. Pero en cuanto éste veía un ave que quería cazar, quitaba al halcón la caperuza y lo soltaba. El halcón

salía volando y se precipitaba sobre su presa, que traía al cazador. Este volvía a colocar la caperuza al halcón hasta que se presentaba nueva presa.



Lucha entre moros y cristianos

Bueno será que dediquemos un capítulo especial a los sucesos que tenían lugar en España en los siglos a que venimos refiriéndonos, esto es, durante la Edad Media.

Sabemos que los musulmanes habían penetrado en España y conquistado casi la totalidad de su territorio en el siglo VIII. Pero hubo un grupo de españoles que no se resignaron a ser vasallos de los árabes y se refugiaron en las montañas de Asturias para hacerse fuertes, nombrando su rey, Pelayo, y fundando un pequeño reino.

La batalla que allí perdieron los musulmanes, la de Covadonga, dió grandes alientos a los españoles para *reconquistar* sus dominios, y por esto la gran lucha que entonces se entabla, y que dura nada menos que ocho siglos, se llama de la *Reconquista*.

No hay que decir que durante ese gran período de lucha menudeaban los encuentros de *moros y cristianos*, unas veces favorables y otras adversos para los nuestros, pero en resumen favorables a los cristianos, puesto que poco a poco éstos se fueron adueñando de la Península.

Con las tierras que se tomaban a los árabes se fueron formando pequeños reinos independientes, como fueron los de Asturias, León, Castilla, Portugal, Navarra, Ara-

gón y Cataluña. Si estos reinos hubiesen estado siempre unidos contra los mahometanos y no hubiesen consumido gran parte de sus fuerzas en luchar entre sí por rivalidades y herencias, la reconquista se hubiera terminado, sin duda, mucho antes; pero desgraciadamente lucharon muchas veces los unos contra los otros.

A pesar de que todos los reinos españoles del Norte se habían formado con tierras y ciudades tomadas a los árabes, es lo cierto que durante más de dos siglos el reino musulmán gobernado por el Califa de Córdoba era más poderoso que los reinos cristianos. La reconquista no avanzó hasta que se produjo lo contrario de lo que hasta entonces había sucedido y ya hemos indicado: que comenzaron los mahometanos a luchar entre sí, a dividirse y, por tanto, a debilitarse, mientras los cristianos se unían. De manera que mientras los árabes descompusieron su gran reino dividiéndolo en menudos estados llamados *tai-fas*, los cristianos fundieron algunos de los suyos en otros mucho mayores, como los de Castilla y Aragón.

De poco les valió a los musulmanes llamar en su ayuda a otros pueblos también mahometanos, como los almoravides o los almohades, que llegaron a España, pues los reyes cristianos, ya poderosos y asociándose para rechazar al enemigo de todos, lo consiguieron.

Hechos notabilísimos de esta historia de la Reconquista fueron la conquista de Toledo por Alfonso VI de Castilla, teniendo en cuenta que Toledo había sido la capital de los visigodos y que en aquella época era una de las ciudades más ricas e importantes de España. La derrota de los

almohades en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, en la que tomaron parte casi todos los reyes españoles dirigidos por Alfonso VIII. Las conquistas de Murcia, Córdoba, Jaén, Sevilla y la mayor parte de Andalucía, por Fernando III, llamado el Santo. Las famosas correrías del Cid Campeador, que tomó a Valencia, aunque luego cayera de nuevo en poder de los árabes, hasta que la conquistó definitivamente Jaime I.

Con todo esto, hacia el siglo XIII los mahometanos no conservaban de nuestro suelo más que el reino de Granada, formado por esta provincia y las de Almería y Málaga, y aún todavía tenían que pagar algunos tributos a los reyes cristianos en señal de sumisión.

Pero ya sabemos que durante la Edad Media había unos señores dueños de las tierras que los reyes les daban en pago de la ayuda que les prestaban en la guerra, que construían sus castillos y que mandaban en las gentes que vivían en sus tierras. Estos señores a veces sentían tal orgullo que ni obedecían a los reyes, y éstos tenían que luchar con ellos para someterlos. En esto emplearon mucho tiempo y energías los reyes cristianos, y ello fué causa de que los moros permanecieran todavía en el Sur de España, en el reino de Granada, más de dos siglos y hasta de que llamaran a otros pueblos mahometanos del África para reanudar la lucha con los cristianos. Menos mal que algunos reyes, como los de Portugal y Aragón, unidos al de Castilla, Alfonso XI, les presentaron batalla y derrotaron a los venidos de África a orillas del río Salado, en la provincia de Cádiz.

Recordemos que los más importantes reinos cristianos se habían agrupado ya en dos: el de Castilla y el de Aragón. Pues bien, a finales del siglo XV tiene lugar un gran acontecimiento en la Historia de España: la unión de esos dos reinos por el casamiento del rey de Aragón, Fernando V, con la reina de Castilla, Isabel I, que se conocen con el nombre de los Reyes Católicos.

Entonces se estaba en condiciones magníficas para acabar de una vez con la reconquista, echando a los moros del único reino que les quedaba, el de Granada. En efecto, emprendieron la tarea, que no fué nada de fácil, porque los moros habían de presentar una resistencia feroz a perder sus últimos dominios, con todo el cariño que tenían a las tierras granadinas y a su palacio de la Alhambra. Tanto trabajo costó empujarlos hacia Africa, que la guerra en el reino de Granada duró diez años, teniendo que conquistar pueblo por pueblo, hasta que los reyes católicos, llegando a la vega granadina, cercaron la capital, que tuvo que rendirse después de muchas escaramuzas, saliendo el rey Boabdil seguido de su séquito camino de Africa. Cerca de Granada hay un sitio que se llama el Suspiro del Moro, y un pueblo que se llama Illora, porque según algunos cronistas el rey moro suspiró y lloró al llegar al punto en que se pierde de vista la ciudad. Esto ocurría el 2 de enero de 1492, fecha que merece ser recordada en detalle, ya que en ella España queda libre de quienes nos la habían arrebatado.

Una gran aventura

Durante la Edad Media había la preocupación de "ir a Jerusalén". Quiere esto decir que los cristianos de Europa sentían la necesidad de apoderarse de aquellos lugares en que ocurrió la vida de Cristo. Querían ver los sitios en que tuvo lugar la crucifixión, orar en el sepulcro y traerse algún recuerdo para estar hablando de este viaje quizá todo el resto de su vida.

Pero en aquellos tiempos, sin trenes ni vehículos, no era empresa fácil trasladarse desde Francia, Inglaterra, Alemania o España a Jerusalén. Sobre todo, la gente pobre tenía que hacer el recorrido a pie durante meses e incluso años. Era cosa de preparar y proyectar bien el viaje, y lo más frecuente era que no lo emprendieran personas aisladas, sino en caravanas. A estos viajes a los Santos Lugares se les llamaba peregrinaciones, y a quienes los realizaban peregrinos.

Jerusalén pertenecía en aquellos tiempos a los turcos, que eran mahometanos. A los turcos les fastidiaban las peregrinaciones de cristianos que deseaban visitar el sepulcro de Cristo, y no los recibían nada bien. Los peregrinos contaban de regreso situaciones terroríficas en que

se habían visto a causa de los malos tratos de que eran objeto por parte de los turcos.

Hacia el año 1100 hubo un gran Papa en Roma, llamado Urbano, que era la cabeza de toda la cristiandad. Este Papa se impresionó grandemente con las narraciones que volvían haciendo los peregrinos, y además no podía soportar que la Ciudad Santa y la Tierra Santa, como se llamaba a Jerusalén y al campo en que estaba enclavada, estuviera en poder y gobernada por mahometanos, en lugar de estarlo por los cristianos.

El Papa Urbano concibió entonces la idea de hacer un llamamiento a todos los cristianos del Mundo, para que se unieran y haciendo una gran peregrinación se aprestaran a combatir a los turcos hasta arrebatarles aquellos lugares.

En la misma época, existía un famoso monje a quien el pueblo llamaba Pedro el Ermitaño. Un ermitaño es un hombre que se aparta voluntariamente de las ciudades y se retira a vivir solo en el campo, generalmente en una cueva, donde nadie lo puede visitar ni quizá averiguar dónde está, dedicándose todo el día a la oración. Los ermitaños creen que esa vida es buena para el espíritu, y que el hambre, el frío y las incomodidades hacen que el hombre sea mejor.

Pues bien, Pedro el Ermitaño se dedicó también a predicar sobre la necesidad de ir a Jerusalén. Hablaba en las iglesias, en las plazas y en todas partes, y como era un gran orador y contaba de modo muy impresionante lo

que a él le había ocurrido y lo que había visto en sus peregrinaciones, lograba que le siguiera mucha gente.

En poco tiempo miles y miles de personas, viejos y jóvenes, mujeres y niños, se unieron para marchar sobre Jerusalén y arrebatar, si era posible, a los mahometanos la Tierra y Ciudad Santas.

Recordando que Cristo había muerto en la Cruz, estos miles de peregrinos soldados recortaron pequeños trozos de paño rojo en forma de cruz y se los cosieron a la parte anterior de sus ropas. Por esta razón, a los peregrinos que marcharon con la intención de rescatar los Santos Lugares se les llama *cruzados*, que en latín quiere decir portadores de la cruz, y a las expediciones organizadas con ese objeto se les llama Cruzadas.

El viaje y el objeto del mismo era tan peligroso, que los cruzados se hicieron a la idea de que quizá no volverían, hasta el punto de que vendieron todos sus enseres y dejaron sus casas. Este extraño ejército, formado de pobres, de señores, de nobles y aun de príncipes, formaba grandes caravanas; los unos a pie y los otros en caballerías diversas.

El plan fué salir en el verano de 1096; pero hubo un grupo tan ansioso de emprender la marcha que, llevando al frente a Pedro el Ermitaño, partió mucho antes de estar todas las cosas dispuestas. No tenían idea de la enorme distancia a que se encontraba Jerusalén. No sabían nada de Geografía, ni habían visto nunca un mapa; no habían previsto la cantidad de alimentos que tendrían necesidad de consumir; no sabían dónde podrían dormir, ni los

caminos que era preciso tomar. Confiaban en las palabras de Pedro el Ermitaño y en la ayuda del Señor, que les resolvería todas las dificultades y proveería a las necesidades.

Aquellos miles de personas indefensas tomaron la dirección del Oriente y caminaron sin cesar. Tras largas jornadas, que si ahora fueran vistas en un mapa no representarían apenas avance, comenzaron a extenuarse, a enfermar o por fin a morir a cientos, de cansancio y de hambre.

Cada vez que encontraban una ciudad, preguntaban ansiosos si era Jerusalén, y siempre la respuesta era la de que la ciudad buscada quedaba a una inmensa distancia. Al fin, después de varios años de peregrinación y diezmados, llegaron a las proximidades de la Ciudad a tiempo que ya se habían enterado los mahometanos, quienes se anticiparon a cortarles el paso.

Entre que los pobres peregrinos iban cansados y hambrientos y los mahometanos salían de sus casas, fuertes y en mayor número, apenas si de las gentes que salieron con Pedro quedó una viva. En cambio, las otras gentes que habían salido después, con el viaje mejor planeado y la mayor parte de ellas a caballo, llegaron a las murallas de Jerusalén en buenas condiciones de luchar. La presencia de la ciudad los excitó; se arrodillaron, oraron, cantaron himnos y dieron gracias a Dios por haberles conducido a la ciudad con que soñaban.

En seguida atacaron furiosamente, enardecidos por la pasión religiosa; vencieron a los mahometanos que ha-

bían salido de la ciudad para atajarlos, y penetrando por las puertas de las murallas, hicieron tal carnicería, que se dice que la sangre corría por las calles.

Esto, como comprenderéis, es una conducta muy poco digna de cristianos y nada de acuerdo con la doctrina que ellos profesaban, porque no sólo se funda aquélla en el amor al prójimo, sino que condena la guerra cuando dice que "quien a hierro mata a hierro muere".

Los cruzados nombraron a uno de sus directores, llamado Godofredo, gobernador de la ciudad. La mayor parte de los otros cruzados, una vez satisfecho su deseo, regresaron lentamente a sus hogares. Este es el desarrollo y el resultado de lo que en la historia se llama la Primera Cruzada.

Tres reyes en hilera

He aquí tres reyes:

Ricardo, de Inglaterra.

Felipe, de Francia.

Federico, de Alemania.

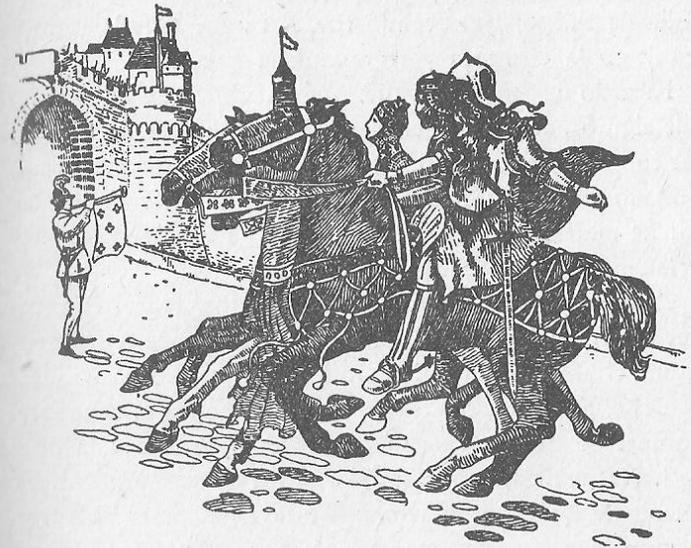
Jerusalén había sido tomada a los mahometanos, pero en esa situación estuvo poco tiempo. Los mahometanos organizaron un contraataque, y la ciudad volvió a caer en su poder.

Los cristianos organizaron una segunda Cruzada, y otra y otra. En el período de doscientos años, a partir de la primera, hubo ocho o nueve Cruzadas. Algunas no llegaban siquiera a Jerusalén; otras llegaban y se apoderaban de la ciudad, pero sólo por algún tiempo.

La tercera de estas Cruzadas tuvo gran importancia. Se realizó cien años después de la primera; esto es, próximamente hacia el año 1200 después de Cristo, y en ella tomaron parte nada menos que tres reyes, los que acabamos de citar, de cada uno de los cuales diremos unas palabras.

Federico de Alemania se conocía con el sobrenombre

de Barbarroja porque llevaba una roja barba. En aquel tiempo era corriente distinguir a los reyes con un sobrenombre derivado de su rostro, de su valentía, de su poder. Federico Barbarroja tenía como capital la misma que



Ricardo de Inglaterra, Felipe de Francia y Federico de Alemania

tuvo Carlomagno; pero aunque él procuró hacerse de un vasto imperio como lo había logrado Carlos, no lo consiguió. No era tan gran hombre como éste, y tuvo que resignarse a reinar sólo en Alemania.

Federico era ya muy viejo cuando tomó parte en la Tercera Cruzada, marchando junto con los otros dos re-

yes. No llegó a ver Jerusalén, pues cuando cruzaron un río, cayó y se ahogó.

El segundo de los reyes, Filipo de Francia, sentía gran envidia y celos de Ricardo de Inglaterra porque éste era tan popular entre los cruzados. A tal punto llegó la envidia de Filipo, que regañó con Ricardo, renunciando a seguir en la Cruzada y regresando a Francia.

Ricardo de Inglaterra fué, pues, el único de estos reyes que siguió adelante, y en verdad que hubiera hecho mejor con desistir también. Pero el rey era enormemente aficionado a estas aventuras y gozaba en acometerlas, en lugar de estar en su reino ocupándose en los negocios desagradables de la gobernación.

Aunque este rey tenía graves defectos, era el hombre que suscitaba la admiración de todos y que de todos conseguía el afecto. Era tan amable y cariñoso como valiente y fuerte. Por estas cualidades reunidas, consiguió el sobrenombre de Corazón de León. Duro y piadoso a la hora de hacer justicia, conquistó el respeto de sus súbditos. Su pueblo le quería y le temía. Todavía, a pesar del gran tiempo transcurrido, cuando las madres inglesas quieren atemorizar a sus hijos malos, les dicen que vendrá por ellos el rey Ricardo.

Aun sus enemigos admiraron a Ricardo Corazón de León. El rey mahometano que gobernaba Jerusalén en la época en que tuvo lugar esta Tercera Cruzada era llamado Saladín, que llegó a hacerse buen amigo de su conquistador, hasta el extremo de que en lugar de luchar con él, convino un arreglo amistoso sobre la forma en que de-

berían ser Tratados la Tierra y el Sepulcro Santos e incluso los peregrinos que los visitaran. En vista de ello, Ricardo confió a Saladín el cumplimiento del convenio y regresó a su país.

Pero de regreso sufrió Ricardo un grave percance. Unos enemigos lo capturaron y lo redujeron a prisión, sin que pudiera volver a su tierra ni sus amigos pudieran conocer su paradero. Entonces ocurrió un suceso muy interesante y pintoresco. Un ministro favorito de Ricardo había compuesto unas canciones en honor del rey, que gustaban a éste extraordinariamente y que había repetido muchas veces, y a este ministro se le ocurrió la idea de recorrer las tierras por donde tenía que haber pasado Ricardo cantando aquellas canciones, para que cuando éste las oyera pudiera de algún modo revelar su paradero.

Un día el trovador cantó al pie de una gran torre, y observó que le contestaban con el estribillo de las canciones. Esta era señal segura de que el rey estaba allí. Vinieron muchos de sus amigos, pagaron el rescate y Ricardo recobró su libertad.

Tan amante era Ricardo de las aventuras, que cuando emprendió el regreso a Inglaterra después de su prisión por los mahometanos, se enteró de que durante su ausencia había aparecido en sus dominios un famoso bandido que robaba a los transeúntes. Para conocerlo y detenerlo, Ricardo ideó el plan de dejarse robar y detener. Al efecto se vistió de monje y consiguió su propósito; pero en lugar de perseguir al bandido se hizo su amigo, porque lo

encontró muy inteligente y agradable, llevándole a la ciudad y haciendo de él un personaje estimable.

El escudo de armas de Ricardo era un grupo de tres leones; uno sobre los otros dos. Este escudo sigue siendo el distintivo de los mariscales ingleses.

Después de la Cruzada de los tres reyes hubo otra interesantísima en el año 1212 (fecha muy fácil de recordar porque es el 12 repetido, o el uno, dos, uno, dos), porque fué realizada por niños. Se llama a ésta la Cruzada infantil y fué dirigida por un muchacho francés llamado Esteban, de unos doce años, que luego fué elevado a la categoría de mártir por los cristianos.

Parece extraño que los padres de estos muchachos les consintieran que dejaran sus casas y emprendieran solos tan arriesgado y enorme viaje. Pero así fué, y se dirigieron hacia el mar Mediterráneo. Estos muchachos, impresionados por lo que sabían del paso de los israelitas por el mar Rojo cuando huían de Egipto, esperaban de su fe que al rogar junto a las orillas del Mediterráneo, Dios les haría el milagro de que se separaran las aguas para poder pasar en seco al otro lado, abreviando enormemente su viaje; pero no sucedió así.

Cansados de esperar el milagro, se desesperaron, y algunos marineros les ofrecieron pasarlos al otro lado con sus barcas, sin cobrarles nada y sólo por amor de Dios. Pero lo que los muchachos no podían sospechar es que aquellos marineros eran piratas, y que en cuanto embarcaran y salieran a la mar los llevarían al África, como lo hicieron, vendiéndolos como esclavos a los mismos ma-

hometanos a quienes aquéllos iban a conocer. Esto se parece a un cuento de las *Mil y Una Noches* o de Grimm; pero desgraciadamente no podemos acabarlo felizmente para los niños, porque la cosa sucedió como la hemos relatado.

La última de las Cruzadas, la octava, fué dirigida por un rey de Francia, llamado Luis, tan devoto y amante de su religión, que se le conoce en la Historia con el nombre de San Luis, rey de Francia. Esta Cruzada fué muy desastrosa; los cristianos no consiguieron nada, y desde entonces Jerusalén ha estado en poder de los mahometanos, hasta que en nuestros días, en 1918, ha pasado a poder de los ingleses. A esta fecha se le podría llamar la última Cruzada.

No todos los cruzados fueron buenos cristianos. Tal como sucede hoy, muchos lo eran de nombre. Aunque parezca extraño, muchos se apuntaban en aquellas aventuras sólo para cometer actos de pillaje, robar y sacar del viaje el mayor provecho posible. Era la excusa para sus correrías.

Sin embargo, y aunque las Cruzadas no consiguieran su objeto, que era apoderarse de Jerusalén, mucho bueno llevaron consigo. En un principio, los peregrinos no eran más civilizados que los mahometanos; pero luego llevaron a aquellas tierras muchas de las cosas, costumbres e ideas de la civilización, a la vez que ellos aprendían mucho durante los viajes, que servían para mejorar la vida de los países a que regresaban. Aprendieron Geografía, idiomas, Historia, Arte, etc.

Entonces no había escuelas públicas. Sólo un reducido número de personas tenía una escasa educación. De forma que las Cruzadas hicieron una obra de propagación de la cultura muy estimable.



Biblias de piedra y cristal

Hoy la gente no acostumbra a ir a la iglesia más de una vez por semana, el domingo; pero en la Edad Media el pueblo acudía a las iglesias todos los días y a veces más de una vez cada día. No iban sólo cuando había un acto del culto, sino siempre que sentían deseo de orar, de rezar, de confesar o de pedir algo al cielo, de ofrecer una vela a la Virgen María o... tal vez encontrarse y hablar con sus amigos.

Durante las Cruzadas, y a partir de entonces, la principal preocupación de las gentes eran las cuestiones religiosas y de iglesia.

No había como ahora protestantes, ni anglicanos, ni bautistas, sino todos cristianos. En cada barrio o parroquia había una iglesia y a ella iban los fieles que vivían en él.

Como la iglesia era el lugar preferido de todos y se consideraba como la casa del pueblo y de Dios, cada cual daba en dinero, en tiempo y en trabajo cuanto podía para que su iglesia fuese lo más hermosa posible.

He aquí por qué en la Edad Media se construyen en

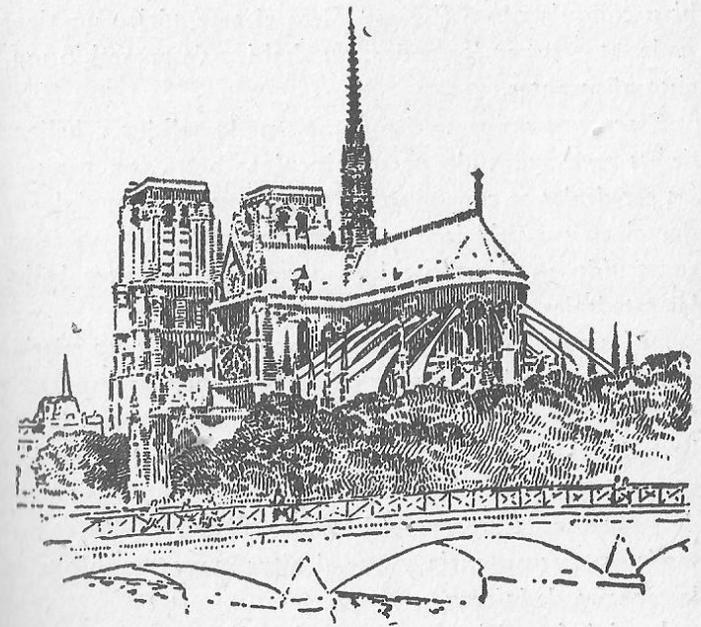
toda Europa las iglesias más grandiosas que se conocen. Tan bellas son estas iglesias, tan dignas de admiración sus arquitecturas y tan asombroso el esfuerzo humano para construirlas, que todavía hoy constituyen monumentos famosos que visitan las personas desde lugares muy apartados.

¿Sabéis por qué algunas de estas magníficas iglesias se llaman catedrales? Una catedral todos sabéis que es una iglesia más grande que de ordinario, a la que vive unido un obispo. Pues bien, en el coro de estas iglesias hay un púlpito especial para el obispo, púlpito del obispo que en latín se llama *cathedra*, de donde viene el nombre de catedral a las iglesias que tienen obispo.

Estas catedrales no se parecen en nada a los viejos templos griegos ni romanos, ni a ninguno de los que se habían construido anteriormente. Si vosotros habéis hecho alguna vez construcciones con tacos de madera o ladrillos, seguramente habréis puesto unos verticales sobre los cuales colocáis otros horizontales hasta cubrir el espacio. Este fué también el sistema que usaron los griegos y romanos.

Pero los cristianos transformaron por completo su sistema de edificación, sobre todo para los templos. Es posible que vosotros, inspirados en lo que después habéis observado, hayáis intentado al construir casas de juguete cerrar el techo con tacos apoyados por parejas en forma de ángulo agudo, como los lados de la letra A. Pero sin duda sabéis por experiencia lo fácil que es que esas piezas pierdan el equilibrio y que todo se venga abajo. Pues bien,

los arquitectos ponían esas piezas de piedra arqueadas, formando bóvedas sobre columnas, y para darles seguridad les ponían unos brazos o puntales por la parte exterior del edificio, también de piedra, que se llaman *contrafuertes volantes*.



Contrafuertes del ábside de Nuestra Señora. París

El pueblo no creyente se reía de esa forma de edificar los cristianos, viendo que eran precisos los puntales exte-

riores para que el edificio se mantuviera en pie. No se veían seguros en el interior y les daba la impresión de que aquello se vendría a tierra como un juego de naipes.

Por aquella época se acostumbraba a llamar *gótico* a todo lo ideado y hecho por gentes ignorantes, salvajes, en recuerdo al modo de ser de los godos bárbaros que habían conquistado a Europa. Pero el arte gótico no tiene nada que ver con los godos, que habían desaparecido muchos años antes.

Claro que no es preciso demostrar la solidez y belleza de ese arte que pudo parecer inculto; basta con ver que las catedrales se conservan en pie a través de los siglos y que si en un principio se creyó que nada que no fuese construído en el estilo griego o romano podía ser bello, las catedrales góticas lo desmienten.

Mas aún hay otras cosas en que las catedrales cristianas difieren de los templos paganos. Antes de empezar a edificarlas se dibuja en el suelo una gran cruz con la cabeza dirigida hacia el Oriente, porque ésta es la dirección en que se encuentra Jerusalén. Sobre este dibujo y siguiendo su forma, se construyè el templo. Fijaos en ello, y notaréis esa circunstancia y que el altar mayor se coloca en la cabecera de la cruz.

Las iglesias góticas presentan elevadísimas arcadas y torres puntiagudas que se elevan al espacio como si quisieran tocar al cielo. Las puertas y ventanas, y todos los huecos, no son tampoco cuadradas ni redondas, sino puntiagudas, como los arcos; tienen la forma de unas manos

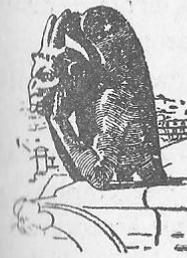
unidas por las puntas de los dedos en la postura de hacer oración.

Los costados de estas iglesias son casi enteramente de cristal; pero en lugar de estar cerradas por cristales blancos corrientes como los de las casas, éstos presentan preciosos dibujos coloreados, constituídos por trozos menudos de vidrio unidos los unos a los otros por soldadoras metálicas. Imitan pinturas o escenas bíblicas. La belleza de los ventanales góticos se aumenta con los efectos que produce la luz al atravesarlos. El azul semeja el color del cielo, el amarillo el de la luz del sol, y los demás dan a la ventana el efecto de estar formada por una colección de joyas.

Como decimos, estas vidrieras representan pasajes de la Biblia, y los fieles, que entonces no sabían leer, aprendían la historia del pueblo de Dios contemplando y describiendo aquellas bellas ilustraciones.

Los santos, los ángeles y los personajes bíblicos se tallaban en los muros de piedra o en estatuas, que decoran las portadas y altares. Por esto puede decirse que las catedrales góticas son una Biblia abreviada, hecha en piedra y cristal.

En los puntos elevados del tejado, en los ángulos últimos del edificio, llevan las catedrales unas figuras extrañas y grotescas, construídas también en piedra, y que hacen el oficio de canales para el agua. Representan criaturas o animales inexistentes, monstruos, que se llaman *quimeras*. Parece ser que



Gárgola

el objeto de estas figuras fué ahuyentar a los malos espíritus, los demonios, para que no se acercaran a estos lugares sagrados.

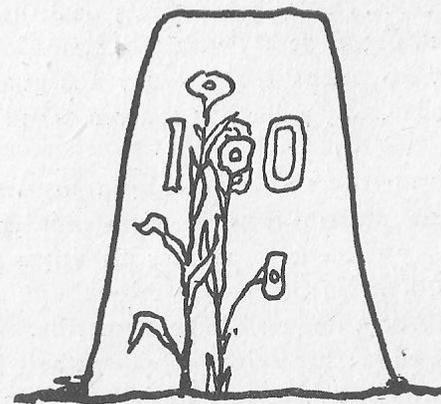
Nadie sabe hoy quiénes fueran los arquitectos y escultores de estas catedrales ni la mayor parte de los artistas que intervinieran en ellas. Puede decirse que todo el que sabía hacer algo aprovechable intervino en la construcción de su iglesia. En lugar de dar dinero, daban, los que podían, trabajo. Quien era artista en la piedra, en la madera, en el vidrio, en el hierro, hacía esto. Quien no tenía ningún arte, trabajaba como un simple peón.

Algunas de estas catedrales tardaron siglos en ser construídas, de modo que quienes las comenzaban no las veían terminar. Famosas catedrales góticas son las de Canterbury, en Inglaterra; la de Nuestra Señora, en París; la de Colonia, en Alemania, y las de Toledo, Burgos, León y otras, en España. La que más tiempo consumió en su construcción fué la de Colonia, que a los setecientos años de ser comenzada aún no se había terminado. La también famosa de Reims, en Francia, fué casi totalmente destruída por los alemanes en la reciente guerra europea.

Hoy se construyen muchas iglesias imitando el estilo gótico en su disposición, hechura, ornamentación; pero carecen de la grandiosidad de aquéllas y de los contrafuertes y ventanales. En muchos casos no se emplea la piedra para los techos ni para los nervios que arrancan de las columnas, sino la madera u otros materiales más baratos. Aquella arquitectura era carísima, y hoy la gente

no tiene ni el dinero, ni el tiempo, ni el entusiasmo bastante para dedicarse a estas obras.

Quedamos, pues, en que los godos no tuvieron nada que ver con las catedrales góticas.



Un gran contador de historias

Alejémonos un enorme trecho hacia el sitio por donde vemos salir el sol. Más allá de Italia, y de Jerusalén, y del Eúfrates y el Tigris, de la Persia y de todos los países de que hasta ahora hemos hablado, hay una gran comarca, que se llamaba Catay y que hoy conocemos con el nombre de China.

Si el globo terrestre fuese de vidrio transparente y mirásemos hacia nuestros pies, se vería próximamente al otro lado del globo esta tierra. Las primitivas gentes que habitaron allí pertenecieron a la misma raza a que pertenecen las de hoy, esto es, a la raza amarilla.

Claro que en la China vive gente desde hace innumerables años, pero bien poco se ha sabido de ella, ni de su país, hasta los siglos XII a XIII; es decir, hasta hace setecientos u ochocientos años. Entonces, una de estas tribus amarillas, llamada mongola o tártara, surgió de aquellas tierras, en tal número y con tal acometividad, que al emprender su marcha por otros países parecían una nube tormentosa que todo lo había de destruir. Las ciudades y naciones que hasta ahora llevamos conocidas estuvieron amenazadas de un grave peligro.

El director o jefe de esas tribus amarillas era un formi-

dable batallador, llamado Gengis Kan. La caballería que acompañaba a ese general ha sido la más temible que conoce la historia. Gengis y su ejército de a caballo tienen semejanza con Atila, y algunos historiadores creen que Atila y los hunos fueron también tártaros.

Gengis y los suyos no se preocupaban gran cosa de buscar pretexto para atacar a los pueblos. Se lanzaban a la lucha y a la matanza como si fueran fieras hambrientas. En ese plan se lanzaron a conquistar Europa. Quemaron y destruyeron cientos y cientos de ciudades y todo cuanto se oponía a su paso. Mataban hombres, mujeres y niños por millones. Nada era capaz de detenerlos. Parecía como si fuera a desaparecer la raza blanca y toda su obra de la faz de la Tierra.

Gengis Kan llegó a conquistar todo el territorio comprendido desde el Océano Pacífico hasta el Este de Europa; pero al fin se detuvo. Parecía que con este reino quedaba satisfecho, y bien podía estarlo, porque esas tierras eran superiores a los imperios que habían conquistado los romanos, y aun Alejandro Magno.

Cuando Gengis murió, las cosas no mejoraron para los europeos, pues el hijo de aquél salió con las mismas aficiones y el mismo ímpetu, continuando las conquistas. La tromba se detuvo con el nieto de Gengis, llamado Kublai Kan, que siguió una conducta menos cruel que sus antepasados y se asentó en una ciudad fundada por él en China y conocida todavía con el nombre de Pekín, desde donde gobernó el inmenso imperio heredado de su abuelo y de su padre.

El principal interés de Kublai fué construir magníficos edificios y palacios rodeados de jardines, llegando a conseguir una ciudad tan bella y sorprendente, que el mismo Salomón, con todo su esplendor, se hubiese anonadado.

Y ahora contaremos una curiosa historia, relacionada con Kublai Kan. Lejos, enormemente lejos de Pekín, en el Norte de Italia, había una ciudad, y existe hoy, construída sobre el agua. Por sus calles corría el agua, y en lugar de carruajes se utilizaban botes para trasladarse de una parte a otra. Esta ciudad fué llamada Venecia. Pues bien: hacia el año 1300 vivieron en Venecia dos hombres llamados Polo. Los Polos tuvieron la idea de recorrer el mundo en plan de turismo y de aventura, y decidieron caminar hacia el extremo Oriente, acompañados del hijo de uno de ellos, llamado Marco Polo. Hicieron como esos hombres que hoy se lanzan a dar la vuelta al mundo.

Al cabo de varios años de viaje, siempre hacia el Este, toparon con los jardines de la ciudad de Kublai Kan y con el palacio del emperador amarillo. Cuando éste tuvo noticia de que unos extraños hombres de la raza blanca, procedentes de países ignorados por la distancia, se encontraban a las puertas de su palacio, sintió gran curiosidad por conocerlos e hizo que los llevaran a su presencia.

Los Polos contaron con tal género de detalles y de forma tan interesante y amena las particularidades de su tierra; es decir, eran tan buenos contadores de cuentos, que Kublai quedó intrigadísimo por todo aquello, hasta el extremo de que invitó a los viajeros a que permanecie-

ran en su palacio contándole cosas de aquellas, sobre todo de religión, y les hizo valiosos regalos.

Los Polos se dieron tal maña para agradar a Kublai, que éste los hizo sus consejeros y auxiliares en la gobernación del reino. Poco a poco los italianos fueron adueñándose de la voluntad del emperador; permanecieron allí muchos años, aprendieron la lengua de los naturales del país y se convirtieron en unos personajes del imperio amarillo.

Al cabo de veinte años, los Polos decidieron volver a su tierra, y pidieron que se les diera libertad para ello; pero el emperador los necesitaba tanto y se habían hecho tan imprescindibles, que les negó permiso para regresar a su patria. La insistencia de ellos llegó a cansar al emperador, que al fin les dejó en libertad.

Cuando los viajeros llegaron a Venecia, nadie los conocía; tenían largas barbas y extraños trajes; apenas si podían hablar su propio lenguaje, y su acento extranjero no podía ser disimulado. Nadie podía creer que aquellos tipos desharrapados y mugrientos fuesen las elegantes figuras de los caballeros venecianos que habían partido hacía veinte años.

Los Polos contaron sus aventuras, su vida, el modo de ser de las gentes del Oriente, sus costumbres, sus casas, etcétera, y los venecianos recibían los relatos con la misma sorpresa e incredulidad con que antes los recibieran la corte del imperio de Catay. Los venecianos tomaron a sus compatriotas como aventureros dedicados a contar historias fantásticas.

Fué preciso que los Polos abrieran sus equipajes y comenzaran a sacar joyas valiosísimas, diamantes, zafiros, rubíes, perlas, en cantidad tal como para comprar un reino, para que los ciudadanos de Venecia los mirasen espantados y comenzaran a creer en sus narraciones.

Un historiador de aquella época escribió todas las descripciones que había oído de los viajeros, reuniéndolas en un libro llamado "Los viajes de Marco Polo", libro que puede leerse hoy traducido a casi todos los idiomas, aunque no todo lo que allí se consigna haya de creerse, ya que ha sido escrito para sorprender y divertir al lector. Por ejemplo, cuando se describe el palacio de Kublai Kan, Marco Polo dice que en sus comedores pueden sentarse miles de comensales a la vez. Dice que existen allí unos pájaros tan inmensos, que podrían volar llevándose a un elefante. Que el Arca de Noé se encuentra todavía encallada en el Monte Ararat, pero que éste es tan elevado y tan inaccesible, a causa de las nieves y los hielos, que nadie puede intentar subir a ver el Arca.



La aguja mágica o un mágico poder

Hacia el tiempo en que Marco Polo volvió de su gran viaje, la gente en Europa comenzó a oír y a hablar de una agujita mágica, dotada de un extraño poder, que según algunos había traído aquel viajero de la China; pero esto no es verdad.

La aguja mágica tenía la propiedad de apuntar siempre hacia el Norte cuando era suspendida en el espacio o apoyada por su centro en una punta delgada que ofreciera el menor rozamiento posible. Esa aguja, encerrada en una caja con indicación de los puntos cardinales, es lo que hoy llamamos la brújula.

La existencia de esta pequeña cosa parece a primera vista insignificante. En nuestros días, sin embargo, sabemos lo mucho que la ciencia, y sobre todo la Geografía, debe a la brújula. A esa menudencia se debe, por lo pronto, la posibilidad del descubrimiento de un nuevo mundo.

Quizás todos hayáis jugado a ese juego que consiste en vendar los ojos a alguien, hacerle girar varias veces en el centro de la habitación y decirle luego que vaya hacia la ventana o hacia la puerta. Seguramente el individuo se equivoca totalmente y cree que va en una dirección cuando realmente va en la contraria.

Pues bien, el marinero en alta mar estaba, próximamente como el individuo que tiene los ojos vendados. Si el tiempo estaba bueno, pudiera haberse guiado en su viaje por el sol o las estrellas, por el punto de salida o de puesta de los astros. Pero si el espacio estaba encapotado por las nubes, cosa tan frecuente en el mar, no había manera de saber hacia dónde caía el Este o el Oeste, ni, por tanto, el Norte o el Sur. Podía muy bien caminar en un sentido cuando el objetivo del viaje fuese enteramente el contrario.

Esta era la causa de por qué los marinos, antes de conocerse la brújula, apenas si se separaban de las costas o sólo iban a sitios próximos que presentaban señales bien conocidas. Sentían miedo de no saber volver al puerto de que salían.

A partir de la brújula, los marineros no tenían por qué preocuparse del tiempo. A través de las nubes y de las tormentas más oscuras sabían hacia dónde iban caminando: en la misma dirección que marcaba la aguja, en la opuesta, hacia la derecha o hacia la izquierda. Ya podía pasar lo que pasara en la atmósfera, que la aguja, impasible, apuntaría siempre hacia el Norte. Todo lo que había que hacer era desviar la marcha de la embarcación hacia la dirección en que estaba la tierra que buscaban.

Claro que los marineros tardaron bastante tiempo en utilizar la brújula. Atribuían su funcionamiento a un poder misterioso y temible, y nadie fué capaz, en bastante tiempo, de llevar sobre su barco aquel aparato y apro-

vechase de él para su conveniencia. Los marineros son de las personas más supersticiosas, y temían que su atrevimiento les costase caro.

Otro descubrimiento o cosa mágica fué la pólvora.

Antes de 1300, en Europa ni en ninguna parte se conocían los fusiles, las pistolas ni los cañones. Todas las guerras y luchas se habían hecho con las flechas, los arcos, las lanzas, los sables o instrumentos parecidos. El sable sólo podía utilizarse contra un hombre, a poca distancia de él; con la flecha se podía disparar a alguna más distancia, pero sólo contra personas o animales. Pero pensad que con un cañón, por ejemplo, se puede matar a muchas personas a la vez, situadas a mayor distancia, y derribar murallas y edificios.

Es decir, el descubrimiento de la pólvora y los armamentos que luego han ido inventándose para utilizarla han variado por completo el procedimiento de guerrear y han traído por consecuencia uno de los mayores peligros que puede correr la Humanidad.

También se atribuye a Marco Polo el haber divulgado en Europa el conocimiento y uso de la pólvora, conforme había visto en Oriente. Pero esta creencia carece de fundamento. Lo más seguro es que, tanto la brújula como la pólvora, fueran descubiertas por un monje inglés llamado Bacón. Por cierto que las gentes veían en aquel hombre unas habilidades y conocimientos tan extraños, que le creyeron en comunicación con el diablo; por lo que al fin fué reducido a prisión.

Bacón era el hombre más sabio de su tiempo, hasta

el extremo de que su desgracia fué precisamente el saber tanto. Hoy, a un hombre de aquellos méritos se le hubiera honrado; pero entonces era peligroso el anticiparse a la marcha de la civilización. Las gentes creían que Bacón, como otros sabios, trataba de descubrir los secretos de Dios, y que Este habría de sentir contrariedad de que se los descubriesen.

Otros atribuyen el descubrimiento de la pólvora al químico alemán Schwarz, y dicen que un día este químico estaba en su laboratorio haciendo mezclas, como hoy hacen los boticarios, cuando de pronto las substancias que mezcló explotaron, estando a punto de producir la muerte al experimentador. Este gran susto sirvió para que el químico concibiera la idea de aprovechar aquella explosión. Se propuso mezclar las substancias de manera que cuando explotaran hicieran reventar la vasija que las contenía, lanzando a gran distancia los cascós.

Muchos podrán pensar que hubiese sido preferible que la explosión del mortero que empleaba Schwarz hubiese matado al autor, llevándose el secreto del invento. De esa manera se habrían evitado las sangrientas guerras que después ha sostenido la Humanidad, y la cantidad de miles de vidas que la guerra ha costado. Pero la Historia no la puede modificar nadie, ni es posible pensar en lo que hubiera sido la vida de desarrollarse de otra manera.

La guerra más larga que ha habido

Era el año 1338. Gobernaba en Inglaterra el rey Eduardo III, cuando murió el rey de los franceses sin dejar heredero. Eduardo pensó que nadie tenía más derecho que él a ser el rey de Francia; pero este país no lo quiso. Entonces el rey inglés decidió imponerse por la fuerza, declarando la guerra a Francia, guerra que duró más de un siglo y que se conoce en la Historia con el nombre de la

¡Guerra de los cien años!

El ejército inglés navegó hacia Francia, donde desembarcó. Estaba formado por lo que hoy se llama infantería de marina, y lo componían gentes del pueblo, a pie. En cambio, el ejército francés era gente de a caballo y de buena sociedad. Por esto los franceses miraban con desprecio a sus enemigos y los consideraban unos desgraciados; como el que va montado en una motocicleta y se encuentra a un pobre peatón por la carretera.

Los soldados ingleses, sin embargo, llevaban un arma temible, la catapulta, que lanzaba con enorme fuerza flechas y otros objetos mortíferos, que ponía a raya a los caballeros franceses, a pesar de su nobleza, de sus caballos, de su educación para la guerra y de sus corazas.

En esta guerra fueron usados por primera vez los cañones; pero eran tan primitivos y de tan poco alcance, que producían menos daño que las flechas. Arrojan piedras redondas, y parecía como si los soldados estuviesen jugando a la pelota o al fútbol. No obstante, esta nueva forma de guerrear fué el comienzo del fin de los caballeros con armadura que caracterizaba las luchas en la época del feudalismo.

La primera batalla se dió en el pueblecito de Crecy, ganada por los ingleses; pero a poco se presentó en Europa una horrible epidemia, una enfermedad contagiosa. Algo parecido a lo que ocurrió en Atenas en la época de Pericles, solo que, en vez de reducida a una ciudad, esta otra plaga se extendió con tal rapidez y tal intensidad, que era inútil intentar huir para librarse de la enfermedad. Cayeron víctimas de ella muchos más seres humanos que haya podido producir ninguna guerra.

Se llamó esta epidemia la peste negra, porque el cuerpo del atacado se llenaba de unos puntos negros, que se extendían en uno o dos días, y a veces en horas, hasta producir la muerte. No había esperanza de salvación. Tan segura era la muerte, que muchos atacados, en cuanto se daban cuenta, se suicidaban o se morían de miedo. Las medicinas no surtían ningún efecto.

Duró la epidemia dos años, y durante ellos, la mitad de la población de Europa sucumbió. Algunas ciudades quedaron deshabitadas, y no quedó gente ni para enterrar los cadáveres, que yacían en la calle, en las camas, por todas partes. Las cosechas de los campos se perdieron

por falta de brazos que las cuidaran. Los rebaños, los caballos, las vacas, vagaban por los campos, sin dueño. La plaga atacó incluso a los marineros en el mar, hasta el punto de que muchas embarcaciones flotaban sin gobierno ni dirección, porque no había quedado nadie a bordo que pudiera dirigir las.

¿Cuál hubiera sido la suerte del mundo, qué hubiera sido de la historia de la Humanidad si la epidemia acaba con hombres, mujeres y niños?

Y por si ello fuera poco, calmada la epidemia, continuó la guerra. Los soldados que habían luchado en Crecy no existían ya. Habían desaparecido sus hijos. Siguió la lucha sus nietos, sus biznietos; pasaban generaciones y generaciones, y los ejércitos ingleses continuaban peleando en Francia y alcanzando victorias. Hubo un momento en que casi toda la nación estaba en poder de Inglaterra. El príncipe francés era un joven y débil muchacho, y Francia estaba sumida en la desesperación, agotada en sus fuerzas y falta de un fuerte gobernante que pudiera infundir alientos.

En estas circunstancias sitiaban los ingleses la ciudad de Orleáns, cuando una pobre muchacha aldeana, habitante en un pueblecillo francés, consiguió presentarse al príncipe y decirle que Dios la había designado para salvar a su país. Esta pastora, llamada Juana de Arco, tenía extraordinarias visiones mientras guardaba su rebaño. Se sentía inspirada por Dios, oía voces que la llamaban a dirigir el ejército. Lo dijo a los nobles y a todo el mundo, pero nadie sentía fe en aquello. Juzgaban una locura

confiar a aquella muchacha una empresa de tal importancia, y la tomaban por visionaria.

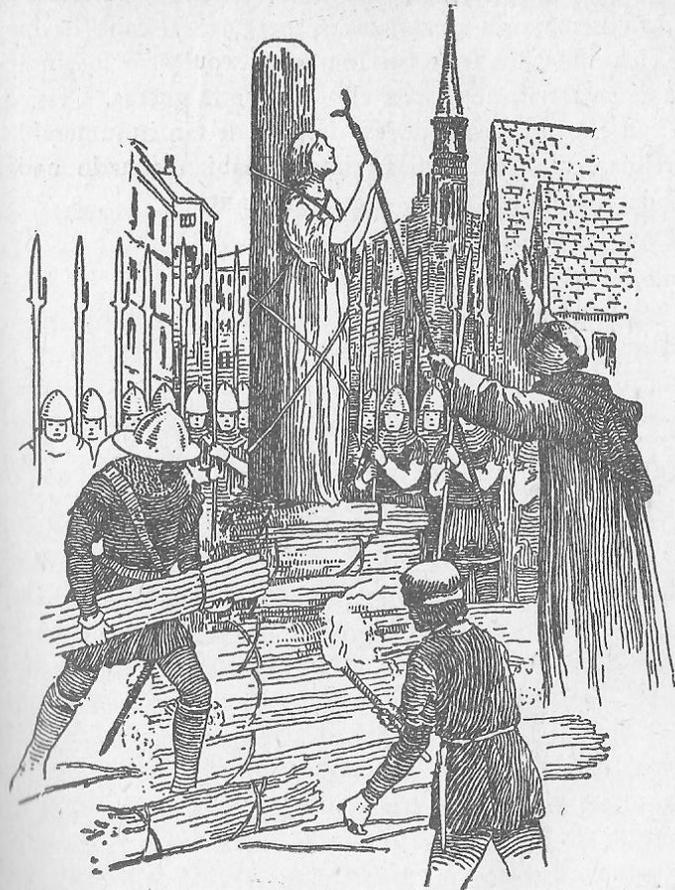
No obstante, decidieron probarla. Al efecto, vistieron con las ropas y ornamentos reales a un joven y lo colocaron en el trono, mientras el verdadero rey se colocó entre los nobles. En estas condiciones, dejaron pasar al salón a la joven Juana. Esta miró todas las caras, y, sin dudarle un momento, volvió la espalda a la persona que ocupaba el trono y se arrodilló ante el rey, diciéndole: "Soy llamada por Dios para conducir vuestros ejércitos a la victoria."

Los presentes quedaron maravillados, e inmediatamente el rey ofreció a Juana de Arco una espada y una armadura. La joven, presa de gran exaltación, corrió a ponerse a la cabeza del ejército, que ante este hecho sintió gran fe y energía. Creían que Dios enviaba un ángel para conducirlos, y lucharon con tal bravura, que la suerte de las armas cambió entonces a favor de los franceses.

Pero lo triste fué que el rey de Francia, que había sido salvado por Juana no se ocupó de ella más, consiguiendo los ingleses hacerla prisionera. Estos creyeron que, en lugar de un ángel, Juana era una enviada del demonio, una hechicera temible, de la que había que desprenderse, y la condenaron a muerte. El rey de Francia nada hizo por salvarla, y el ejército, avergonzado de que fuera una mujer quien lo dirigiera y ordenara, casi se alegró de que desapareciera.

Los ingleses trataron a la pobre Juana como una bruja, y la condenaron, por hereje, a ser quemada viva en

una hoguera. La Iglesia católica la ha considerado luego como una santa.



Juana de Arco en la hoguera

Pero el sacrificio de esta heroína fué infructuoso. A partir de entonces cambió el rumbo de la guerra, y los franceses tuvieron gran fortuna, alcanzaron victorias y cada vez mayores esperanzas y energías. Al cabo de más de cien años, los franceses lograron expulsar a los ingleses de su territorio y, con ello, acabar la guerra. Después de tan enormes penalidades, después de tan innumerables víctimas, ni Francia ni Inglaterra habían ganado nada. Toda aquella espantosa guerra fué inútil.

Libros y cañones

Hasta los tiempos a que hacen referencia los acontecimientos que llevamos descritos no había en todo el mundo un solo libro impreso, ni un periódico, ni un anuncio. Todas las cosas tenían que ser escritas a mano.

Esto, claro está, era extraordinariamente lento y caro, lo que traía por consecuencia el que los libros fuesen poquísimos. Sólo los reyes o algunas personas ricas o principales se daban el lujo de tener algún manuscrito. Un libro, como la *Biblia*, por ejemplo, costaba casi tanto como una casa. El pueblo no pudo leer ninguna obra.

De aquí resultaba que cuando en algún sitio público había un libro para uso de todos, no quiere decir que estuviese en manos de cualquiera, sino que era leído a los concurrentes y luego se guardaba bajo llaves y cadenas, para evitar que fuese robado. Esto ocurría con los ejemplares de la *Biblia* que había en las iglesias más importantes, que no tampoco en todas.

Hacia el año 1440, un hombre concibió la idea de producir libros por otro procedimiento. Primero se le ocurrió poner una serie de letras en relieve en un taco de madera. Las untaba con una tinta, y las oprimía contra una hoja de papel. De esta forma podía obtener todos los

ejemplares que quisiera de aquella palabra o frase. Claro que por extenso que fuera el escrito que se grabara sobre la madera, no podía contener más que algunas ideas, y además aquellas letras no servían ya para decir otras cosas. De todas maneras, la forma de conseguir ejemplares innumerables de un escrito resulta, después de hecho



Gutenberg en su imprenta comparando un manuscrito con un impreso

e el descubrimiento, tan simple, que parece mentira que no se les hubiese ocurrido a los hombres mucho tiempo antes.

Es creencia general que el hombre que tuvo esa primera idea de imprimir fué un alemán llamado Guttenberg, y que éste obtuvo los primeros libros impresos en el año 1440. Por esto se atribuye a Guttenberg la invención de la imprenta.

¿Y qué libro pensáis que fuera el primero que se imprimió? Pues el libro que el pueblo consideraba entonces el más importante en la vida: la *Biblia*. Este primer libro no fué impreso ni en español, ni en francés, ni en alemán, sino en latín. Luego, cada país imprimió el libro que en su historia era más importante o el que era considerado como tal por el impresor.

Por otra parte, en estos tiempos eran poquísimas las personas que sabían leer; ni todos los reyes ni príncipes sabían. Lo cual es natural, teniendo en cuenta que, no habiendo existido libros, ni podían haber aprendido fácilmente a leer, ni, si lo habían conseguido, tenían escritos en que poder ejercitarse.

Cualquiera se da cuenta de la insuperable dificultad, en aquella época sin libros y sin periódicos, de enterarse de lo que pasaba en el mundo ni de aprender nada de lo que pudiera interesar a las gentes. La Edad Media se diferencia en esto bien poco de las edades anteriores. Cada país estaba ignorante de lo que pasaba en el resto del mundo, y hasta de lo que pensaban sus propios compatriotas.

En cambio hoy, observemos la enorme facilidad que hay para enterarse de cuanto pasa. Los libros de Historia, los de Geografía, los de cualquier rama del saber humano, aparecen sin cesar, a precios tan reducidos, que casi todo el mundo puede adquirirlos; y el que no puede comprar libros los tiene gratuitamente en las bibliotecas o compra periódicos. Fijaos en los libros escolares, en los cuales, con un costo insignificante, se os habla de todo lo que puede interesar a la vida. De manera que la imprenta ha cambiado rápidamente el curso de la historia y de la civilización, dándoles un impulso enorme.

Después de la invención de la imprenta ocurren en el mundo acontecimientos importantísimos. Por una parte, termina, ¡al fin!, la guerra de los cien años, y terminan otras cosas mucho más viejas. Por ejemplo, recordaremos

que, desde largo tiempo atrás, los mahometanos venían buscando la ocasión de apoderarse de Constantinopla, lo que no habían conseguido porque los cristianos los contenían. Pero en 1450 atacan otra vez con unos elementos de combate que la ciudad no pudo resistir. Los mahometanos eran ahora los turcos, que cercaron Constantinopla dispuestos a derribar sus murallas, no con piedras ni golpes, sino con cañones y armas de fuego, muy perfeccionados ya.

La primera vez que se usaron los cañones fué en la batalla de Crecy, en la guerra de los cien años; pero recordad que dijimos que las balas que disparaban eran casi inofensivas. Parecía que jugaban con pelotas o balones. Pero desde entonces, la pólvora y la disposición del cañón y de sus proyectiles ganaron tal poder, que ya no podían resistirlos las murallas, que caían derribadas.

Constantinopla cayó en poder de los turcos, y la magnífica iglesia de Santa Sofía, que Justiniano había mandado construir mil años antes, se convirtió en una mezquita mahometana. Con este suceso se derrumba el viejo y poderosísimo imperio romano.

Desde la caída de Constantinopla, la guerra se hace siempre ya con armas de fuego, cada vez más potentes. Los castillos dejaron de servir para el objeto que se habían construído. Los caballeros no pueden confiar en sus armaduras. Los arcos y las flechas se quedan anticuados. Un nuevo sonido retumba desde entonces en los campos de batalla, el ¡boom, boom! de los cañonazos.

La invención de la imprenta, el descubrimiento de la

brújula y de la pólvora, abren nuevos caminos y hacen variar los procedimientos de lucha y comunicación. El sonido de los cañones disipa el silencio de la Edad Media, y todo ello hace entrar en una nueva vida. Por eso a partir de los descubrimientos y de la caída de Constantinopla cesa la Edad Media y comienza la Edad Moderna.

Reyes Católicos

Recordaréis que los dos grandes reinos a que quedaron reducidos la mayor parte de los que formaron los cristianos durante la Reconquista, esto es, los de Aragón y Castilla, se unieron, a su vez, por el casamiento de los reyes Fernando e Isabel.

Pues bien, estos reyes formaron una Monarquía poderosa, y se propusieron sobre todo tres cosas: reducir a la obediencia a los señores, hacerse dueños de toda España y extender sus dominios fuera de ella, y obligar a todos los españoles a profesar la religión católica. De esto último les viene a estos reyes el sobrenombre de Católicos.

Durante la Edad Media, ya hemos dicho que los señores se hacían fuertes en sus castillos y muchas veces no obedecían ni al rey. Fernando e Isabel empezaron por considerar malhechores a todo el que no obedecía las leyes, lo mismo fuera gente noble que se rebelaba contra ellos que ladrones o asesinos. Para perseguir a unos y otros creó un cuerpo parecido a la Guardia civil, que se llamó la Santa Hermandad. Hicieron una ordenación de leyes que obligaban lo mismo a los nobles que a los plebeyos. Separaron a los señores de muchos cargos que desempeñaban, y los despojaron de las tierras y poblacio-

nes que poseían, imponiendo duros castigos a quienes se sublevaban. De esta manera, la nobleza se sometía a los reyes y abandonaban sus fortalezas, a la vez que la Monarquía se iba haciendo absoluta, esto es, no había más voluntad ni más autoridad que la de los reyes.

En España había en esta época tres clases de gentes, según sus creencias: los cristianos, dominadores; los judíos, que desde hacía largo tiempo vivían en nuestro país, y los mudéjares, que eran mahometanos sometidos a los cristianos. Los Reyes Católicos quisieron acabar con unos y otros, expulsando a los judíos y a los moriscos que no quisieran hacerse cristianos, profesando la fe católica.

Esto fué un error y un atropello, porque los judíos, que abundaban mucho, eran gentes pacíficas y laboriosas, y las más cultas quizás. Se dedicaban al comercio, a la medicina, a la ciencia, a la literatura, y tenían grandes riquezas, con todo lo cual contribuyeron poderosamente a la cultura de España. No obstante, el pueblo los odiaba, considerándolos estúpidamente responsables de la muerte de Cristo, y no les consentía vivir más que en barrios apartados, llamados *juderías*. Algunas veces llegaban a asaltarles sus casas y a matarlos. Cuando los Reyes Católicos decretaron su expulsión, tuvieron que refugiarse en otros lugares de Europa, sobre todo en los países balcánicos, donde todavía se encuentran, hablando en castellano y pensando en España. Hoy, a los judíos que viven en estas condiciones se les llama sefarditas.

Muchos judíos y musulmanes simulaban convertirse, por temor a ser arrojados de España, pero en su interior

conservaban sus creencias. Los Reyes Católicos llevaron su persecución al extremo de crear un Tribunal, llamado de la *Inquisición*, encargado de descubrir quiénes eran los verdaderos católicos y de castigar cruelmente a los que no lo fueran, desde la multa y el destierro hasta la muerte en la hoguera.

Cuando la Inquisición descubría a un hereje, se le imponía el castigo a la vista del público, constituyendo ese acto un espectáculo al que asistían los cristianos, las autoridades y hasta los reyes. A estos espectáculos vergonzosos se les llamaba autos de fe. El gran inquisidor fué el fraile Torquemada, que mandó quemar vivas a miles de personas.

Con la expulsión de los judíos y de los moriscos y el funcionamiento de la Inquisición durante más de tres siglos se consiguió que en España no hubiese más que una religión y que la Iglesia católica tuviera un enorme poderío.

Los Reyes Católicos se dedicaron, una vez conquistado el reino de Granada, a extender su dominio por otras tierras. A ellos se debe la conquista de las Canarias y la plaza de Melilla. Pero no se conformaron con esto, sino que, aprovechándose de que Italia estaba dividida en pequeños Estados débiles, se pusieron de acuerdo con el rey de Francia, que también apetecía tierras en Italia, para repartirse Nápoles. Así se hizo; pero al surgir luego discordias por cuestión de límites, los Reyes Católicos mandaron a Italia un grueso ejército, al mando del Gran Ca-

pitán, Gonzalo de Córdoba, que derrotó a los franceses y se apoderó de todo el reino.

Luego veremos que en tiempo de los Reyes Católicos se descubre el Nuevo Mundo, que también queda bajo su dominio.

Un reino en que no se pone el sol

El hijo de ese gran rey español, Carlos, que dirigía las guerras religiosas se llamó Felipe II de España, que las continuó.

Los turcos, bajo el gobierno del poderoso sultán Selím, eran una amenaza para los cristianos del Mediterráneo, y el rey Felipe, con el Papa y con los venecianos, formaron una Liga para batir a los turcos, enviando contra ellos una escuadra, que mandaba el hermano del rey, llamado D. Juan de Austria. Los turcos sufrieron una tremenda derrota naval en Lepanto, donde, por cierto, perdió un brazo el autor del famoso libro "El Quijote", Miguel de Cervantes.

Felipe, como su padre, pasó la vida luchando contra los franceses. Obtuvo contra ellos una gran victoria en la batalla de San Quintín. Para conmemorarla, mandó construir el Monasterio de El Escorial, cerca de Madrid, en las estribaciones de la sierra de Guadarrama. Allí se ha establecido el panteón de los reyes de España, y allí están desde Carlos V hasta Alfonso XII. En El Escorial se pasaba Felipe la mayor parte del tiempo, viviendo muy modestamente, y desde allí dirigía y gobernaba casi todo el mundo, como veremos ahora.

El Monasterio de El Escorial es un edificio tan grandioso, que está incluido entre las maravillas del mundo, de las cuales ya hemos citado otras en el curso de esta Historia; ¿recordáis cuáles?

Por otra parte, el rey de Portugal, sobrino de Felipe, hombre aventurero, quiso conquistar el Africa, muriendo a poco de encontrarse en aquellas tierras. Felipe se creyó con derecho a ocupar el trono de Portugal, pero los portugueses, que querían bien poco a los castellanos, se negaron a reconocerle rey. Felipe decidió entonces apoderarse de Portugal por fuerza, y al efecto envió un ejército, al mando del Duque de Alba, y una escuadra, mandada por el Marqués de Santacruz. Cercado aquel territorio por mar y por tierra, se tuvo que rendir, con lo cual ya quedaba toda la Península formando un solo reino.

Con estas conquistas pasan a poder del rey Felipe todas las colonias portuguesas, el Sur de Africa, el Brasil, los archipiélagos de Oceanía. Y como, por otra parte, Felipe había heredado de su padre toda la América descubierta, resultó dueño del imperio más grande que se ha conocido en la Historia. En todos los ámbitos del planeta había tierras pertenecientes a España, y con razón el rey, para expresar la extensión de sus dominios, solía decir que poseía

Un reino donde no se ponía el sol.

Felipe II de España era un católico exaltado e intransigente, capaz de perder sus Estados antes que gobernar sobre herejes. Mantenía la idea de destruir el protestan-

tismo en toda Europa, obligando a todos los pueblos a someterse a la Iglesia. Todos los católicos de Europa lo reconocían jefe.

En cambio, los protestantes tenían por directora a la reina Isabel de Inglaterra. Como consecuencia, ambos soberanos se odiaban, y no perdían ocasión para declararse la guerra, cada uno con el propósito de destruir al otro. Así, mientras a la reina inglesa se le ocurre mandar piratas para que saqueen los puertos y colonias españoles, al rey español se le ocurre organizar una escuadra para someter el reino inglés, que, por lo numerosa y terrible, se llamó la Armada Invencible. Pero los barcos españoles fueron destruídos por una tempestad. Otros autores dicen que la escuadra española entró en combate con la inglesa, pero que nuestros barcos, aunque numerosísimos, eran pequeños y de madera; que los marinos ingleses sabían pelear mucho mejor que los nuestros en el mar, y que, en consecuencia, la armada española sufrió una derrota, teniendo que retroceder averiada y siendo en el regreso acabada de destruir por la tempestad.

El furor católico de Felipe hizo que en su tiempo funcionara con todo rigor la Inquisición y que se hicieran innumerables autos de fe, algunos llenos de crueldad.

Tampoco quiso consentir que vivieran tranquilos los muchos protestantes que habitaban los Países Bajos (Bélgica y Holanda), y mandó de gobernador al Duque de Alba, que, según parece, castigó a los holandeses con excesiva dureza, dando lugar a que se sublevaran y a que

Felipe enviara tropas, que obtuvieron grandes victorias. Pero al fin los Países Bajos lograron declararse en República protestante.

Un marino que descubre un Nuevo Mundo

¿Qué libro os gusta más?

¿"Los Viajes de Gulliver"?

Uno de los libros que primero se imprimieron y que, sin duda, gustarían más a los niños de aquella época era

"Los Viajes de Marco Polo".

Pues bien, un muchacho aficionado a esas lecturas y obsesionado con la visión de tierras lejanas y con las riquezas y joyas de que se había traído muestra, era un italiano llamada Cristóbal Colón. Había nacido en la ciudad de Génova, que está en la parte alta de la "bota".

Como la mayor parte de los chicos nacidos en puertos de mar, había oído a sus padres marineros las aventuras que realizaron en sus travesías y las cosas extraordinarias que habían visto. Por ello la mayor ilusión de su vida era ir a aquellos lugares y visitar los maravillosos países de que tenía noticia.

Al fin, tuvo ocasión de hacer su primer viaje, a los catorce años, y tras él otros muchos, sin conseguir ver las tierras en que soñaba después de la lectura de los "Viajes de Marco Polo".

Muchos capitanes de navío estaban en aquel tiempo preocupados con la idea de buscar un camino más corto para llegar a la India que el largo y penoso que había seguido Marco Polo. Suponían que viajando por mar, con ayuda ahora de la aguja maravillosa descubierta, habían de topar con aquellas tierras.

Ya había muchos libros publicados. Algunos sobre viajes escritos por los griegos y los romanos, pero no conocidos hasta la aplicación de la imprenta, contenían una vaga sospecha de que la Tierra fuera redonda, en lugar de plana. Colón no dejó de leer ninguno de estos libros, y llegó al convencimiento de que si, en efecto, la Tierra era redonda, forzosamente habría de llegarse a la India navegando hacia el Oeste, tardando mucho menos que si se toma un bote hasta el extremo del mar Mediterráneo y luego se caminan miles de kilómetros por tierra hasta llegar a la India, como hizo Polo.

Desde entonces Colón no hacía otra cosa que planear su viaje y buscar los medios; pero todo el mundo lo creía un loco y una locura su idea. Naturalmente, nadie quiso prestarle ayuda, y siendo él un pobre marino, ni tenía barco ni dinero. Si no encontraba alguien que lo comprendiese y se prestara a facilitarle los medios, el plan de Colón tendría que quedar en conversación.

Colón decidió ofrecer su proyecto a los reyes. Primero se dirigió a Portugal, pequeña nación que, como veréis en el mapa, se encuentra frente al gran Océano que había de atravesar. Colón se dirigió a Portugal muy esperanzado. Era aquel un pueblo famoso por sus navegantes, que

había dedicado a la navegación la mayor parte de sus empresas, como antes hicieran los fenicios. Además, el rey de Portugal estaba extremadamente interesado en el descubrimiento de nuevas tierras.

Pero el rey de Portugal pensó, como tantos otros, que Colón era un loco, y les respondió que nada podía hacer en favor del plan. Sin embargo, cuando hubo despedido a Colón, quiso el rey convencerse de que nada había de posible en la idea de aquel marino, o que si lo había fueran los portugueses quienes hicieran el descubrimiento. Al efecto, ordenó el rey a sus mejores marinos que salieran a explorar. Así lo hicieron éstos, pero al cabo de algún tiempo volvieron, diciendo que por mucho que se habían alejado las embarcaciones, sólo agua y agua había en el horizonte.

Colón, entristecido, se encaminó a España, regida entonces por los Reyes Católicos; pero éstos se encontraban en aquellos momentos tan ocupados con otros asuntos de su reino, que no prestaron oídos a aquel marino desconocido. Luchaban con los árabes en los días más decisivos para la Reconquista, la toma de Granada; pero conseguida la victoria, la reina Isabel quiso oír a Colón; lo mandó llamar, y a la vista de los planes expuestos, cada vez con más precisión y visos de posibilidad, la reina acabó por patrocinar la empresa. De tal modo Isabel se contagió del entusiasmo de Colón, que llegó a ofrecer la venta de sus joyas si fuera preciso para entregar al marino el dinero necesario.

Con la ayuda de la reina, Colón compró tres pequeños

barcos, que bautizó con los nombres de la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*. En estos barcos se sentiría hoy miedo de viajar aun en travesías mucho más breves.

Cuando todo estuvo dispuesto, Colón se lanzó a la mar, acompañado no más que de un ciento de hombres, saliendo del puerto español de Palos. Los marineros que le acompañaban no sólo eran pocos, sino malas personas. La mayoría eran criminales, a quienes se les había dado a elegir entre la prisión y los peligros del viaje. Colón mandó poner velas hacia el sitio por donde se pone el sol, en medio del inmenso Océano. Pasó las islas Canarias y navegó día y noche, uno y otro día, en la misma dirección.

Conviene que os imaginéis la grandeza de esta aventura. Pensad en aquellos barquitos a merced de las tempestades, navegando sin cesar en un inmenso Océano que nadie había conocido, alejándose a enormes distancias de la costa y sin saber a dónde iban ni si podrían volver; expuestos a los mayores peligros, esperando que cualquier día necesitaran socorro, y con la seguridad de que nadie podría prestárselo. En este plan iban en busca de la China o de la India.

Ya llevaban un mes de navegación cuando los marineros empezaron a impacientarse. Les parecía imposible dominar aquel mar inmenso que en tan largo tiempo no daba señales de acabar. Absolutamente nada más que agua enfrente, a la derecha, a la izquierda, atrás. Algunos propusieron retroceder; comenzaban a sentir gran temor. Decían a Colón que había cometido con ellos un engaño,



Colón discutiendo con su tripulación

porque nada de lo que éste aseguraba presentaba visos de verdad.

Colón les explicaba y alentaba, hasta que finalmente les ofreció volver si en un plazo corto no divisaban ninguna tierra. Pasaron los días, y como nada se presentara ante la vista, los marineros empezaron a conspirar contra Colón, proponiéndose arrojarlo al mar para verse libres de él. Al volver a España dirían a sus compatriotas que Colón se había caído al agua y que al verse sin director habían decidido regresar.

Todos habían perdido la esperanza, menos Colón, cuando un marinero observó que flotaba sobre las aguas una rama con frutos. ¿De dónde podía haber venido aquella rama? Más tarde vieron volar pájaros de los que no se apartan mucho de la costa. Por último, una noche, al cabo de más de dos meses de la salida, vieron a lo lejos una lucecita temblorosa. Seguramente ninguna luz produjo a los marineros tanta alegría como aquella que ahora se ofrecía a su mirada, porque aquella luz no podía ser otra cosa que... ¡seres humanos y tierra! ¡tierra!

Era la mañana del 12 de octubre de 1492 cuando los barcos de Colón se acercaron a aquella costa. Colón y sus marineros saltaron a tierra e inmediatamente cayeron arrodillados para ofrecer a Dios una oración de gracias. Colón desplegó la bandera española y tomó posesión de aquella tierra para los reyes españoles, bautizando al país en que desembarcaron con el nombre de San Salvador.

Ahora bien, lo que Colón no podía sospechar es que aquellas tierras no eran la India que él buscaba. Nosotros

podemos, ya que conocemos el mapa de la Tierra, comprender que, en efecto, aquello no podía ser la India. Sabemos que entre la dirección que había llevado Colón y la India se interpone nada menos que todo el Continente americano; toda la América del Norte y del Sur. Aquello era una pequeña isla próxima a la costa americana.

La sorpresa que los marinos españoles tuvieron cuando se les acercaron los primeros habitantes del país tampoco fué pequeña. Eran gentes desnudas, con sus cuerpos y sus caras pintados y adornados con plumas. Como Colón creyó que había llegado a la India, llamó indios a aquellas personas, y desde entonces se conocen con tal nombre.

Colón recorrió las islas próximas, pero en ninguna halló el oro ni las piedras preciosas que había conseguido Marco Polo. Entonces, seguro de que sabría volver de nuevo allí, emprendió el regreso a España, llevándose algunos indios, en demostración de que había llegado a tierras desconocidas, algún tabaco que vió fumar a los indios y del que entonces en Europa no se tenía noticia.

Cuando Colón llegó a España todo el mundo estaba ansioso de conocer su viaje y sus aventuras; pero a poco las gentes empezaron a quitar mérito a su hazaña, como pasa siempre con los envidiosos, y a decir que la cosa no tenía nada de extraordinaria y que cualquiera hubiera sido capaz de hacerla.

Un día estaba Colón comiendo con los personajes reales que querían conocer el relato del viaje. Cuando éste hubo terminado, los oyentes empezaron a quitarle importancia y a considerarse cada uno de ellos capaz de ha-

ber hecho otro tanto. Entonces Colón invitó a los reunidos a que pusieran de pie un huevo sin que rodara. Cada uno de los presentes hizo con el huevo la mar de equilibrios, pero naturalmente ninguno pudo. Cuando el huevo hubo dado la vuelta entre todos los comensales y llegó a manos de Colón, éste, dando a la cáscara del vértice un golpecito hasta hundirla suavemente, logró que el huevo se mantuviera de pie. "Pues lo mismo ha sido mi viaje—dijo Colón—: todo el mundo es capaz de hacerlo ya que ha visto cómo se hace, pero no antes." Cuando una cosa parece imposible y luego se descubre una manera de resolverla muy fácil, la gente dice que es "el huevo de Colón".

Colón hizo luego hasta cuatro viajes más; pero nunca supo que los hacía a la actual América, ni menos que había descubierto un Nuevo Mundo. Y como en ninguno de esos viajes encontró los tesoros que la gente esperaba, se comenzó a conspirar contra él, buscando como pretexto a la envidia por el éxito de su viaje el que había mentido para hacerse célebre. Esta campaña llegó a convencer al rey católico, que destituyó a Colón, poniendo al frente de los viajes a otro marino y acabando por mandar prender a Colón y colocarle cadenas, como acusado de negociante y embustero.

Aunque Colón fué puesto pronto en libertad, conservó las cadenas con que había sido amarrado, en prueba de la ingratitud, y quiso que le enterraran con ellas. Aún emprendió el marino famoso un último viaje, pero ya sin la confianza ni el afecto de nadie, a poco del cual murió en la mayor soledad. Nadie se impresionó por la muerte

de un hombre que había dado a la humanidad un nuevo continente y que con ello había hecho cambiar el rumbo de la Historia. Después ha sido glorificado por España y América.

Cazadores afortunados

El Nuevo Mundo no tenía nombre. Era llamado simplemente así, "Nuevo Mundo", como se pudiera decir el "nuevo bebé".

Debería darse un nombre a aquellas tierras, ¿pero cuál? Claro que si nosotros hubiéramos tenido que decidirlo habríamos escogido el de "Columbia", de Colón. Pero se eligió otro que explicaremos.

Un italiano llamado Américo hizo un viaje al Suroeste del Nuevo Mundo y escribió un libro sobre él. El público leyó mucho aquel libro y empezó a hablar de las tierras de Américo, y de aquí América. ¿Os parece esto justo? Muchos niños tienen nombres que cuando mayores quisieran cambiar, pero ya es tarde. Sin embargo, muchas comarcas, ciudades, calles y plazas se llaman Columbia o de Colón.

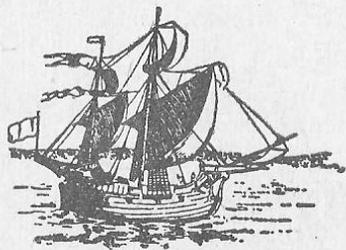
Una vez que Colón demostró que no había ningún seguro peligro en atravesar el océano y que se podía llegar a la India por aquella ruta, los exploradores que se dedicaban a cazar en la India seguían aquel camino. En cuanto a alguien se le ocurre algo, miles de imitadores le siguen.

Los navegantes emprendían esos viajes, y naturalmente, cada uno descubría algo. Por eso esta época se llama

Inglaterra también contribuyó a los descubrimientos. Un marino inglés llamado Cabot descubre el Canadá y recorriendo las costas conoce todo lo que se llama los Estados Unidos, que quedaron incorporados, aunque mucho después, a Inglaterra.

Otro español, llamado Balboa, exploró el centro de América y recorrió la pequeña faja de tierra que separa la América del Norte de la del Sur, que hoy llamamos el Istmo de Panamá, siendo el primero que se da cuenta de que al otro lado del Istmo había un océano, que él llamó el Mar del Sur.

Después tiene lugar la más grande de todas las travesías y exploraciones. Un portugués llamado Magallanes quiso hallar un camino para la India atravesando el Nuevo Mundo, pues él creyó que este continente presentaría en algún sitio una abertura por donde penetrar al otro océano. Presentó el



Victoria de Magallanes

proyecto a su país; pero Portugal lo desoyó, como hizo con Colón. Magallanes fué en cambio protegido y ayudado por España, que le proporcionó cinco barcos.

Con sus cinco naves llegó Magallanes a la América del Sur y comenzó a costear buscando el punto por donde poder atravesar el continente. Cada vez que llegaban a la desembocadura de un gran río, creían hacer encontrado el

paso. En esos tanteos una embarcación se fué a pique y otra se negó a seguir, retrocediendo a España.

Con las tres naves restantes llegaron casi al límite de la América del Sur en busca de entrada, y por tanto llegaron a un estrecho que desde entonces se llama de Magallanes. Lo cruzaron, y Magallanes desemboca en el océano que Balboa llamó Mar del Sur. Esto ocurría en unos días en que aquel océano estaba muy tranquilo y apacible, y como Magallanes había sufrido tanto en la travesía, al encontrar aquella calma, puso al océano el nombre de Pacífico.

Pero las provisiones y el agua se terminaron. La tripulación sufrió horriblemente el hambre y la sed, llegando a comerse las ratas que siempre hay en los barcos. Muchos enfermaron y murieron. Al fin encontraron las actuales Islas Filipinas, habitadas entonces por salvajes. En una lucha con ellos murió Magallanes. Como no quedaron bastantes hombres para los tres barcos, quemaron uno y siguieron los otros dos; de ellos, desapareció otro sin saber cómo, y sólo uno continuó, con el nombre de *Victoria*, dando la vuelta al Africa y por tanto al Mundo. Un barco pequeño, medio destrozado y tripulado solamente ya por diez y ocho, el *Victoria* fué el primero que dió la vuelta a la Tierra. Este viaje confirmó para siempre la sospecha de que la Tierra era redonda, ya que se volvía, sin retroceder, al punto de partida. Esto, sin embargo, continuó siendo negado y aun sigue siéndolo por algunos necios.

El país del oro y de los encantos

Acerca de las riquezas y maravillas que encerraba el Nuevo Mundo, se contaron las más sorprendentes narraciones.

Se decía que en un sitio se hallaba una *f fuente de juventud* en la que quien se bañara o bebiera se hacía de nuevo joven. Que en otro sitio había una ciudad toda ella construída con oro macizo, llamada El Dorado.

Todo el que reunía dinero bastante y tenía espíritu aventurero, se lanzaba a buscar aquellos lugares, donde podría hacerse famoso, rico, sabio o joven.

Uno de estos hombres fué Ponce de León. Este español salió en busca de la *f fuente de la juventud*, y mientras daba con este origen de vida y de salud, topó con la Florida, que no se conocía, y luchando con los indios halló lo contrario: la muerte.

Otro de estos aventureros fué Soto, que salió en busca de El Dorado. En su exploración halló el río más grande conocido, el Mississipi, y en lugar de la salud, halló en aquel valle unas fiebres que le acarrearón la muerte. Los españoles, para infundir miedo a los indios, dijeron que Soto era un dios y que no podía morir; que su despari-

ción obedecía a que había ido a darse un viaje por el cielo, y que pronto regresaría.

La parte central de América, México, estaba habitada por unas tribus indias llamadas Aztecas, gentes más civilizadas que los restantes indios. No vivían en chozas, sino en casas, y tenían bellos palacios y templos, caminos y acueductos parecidos a los romanos. No obstante, adoraban ídolos y sacrificaban seres humanos. Su rey era un famoso jefe llamado Moctezuma.

Un español llamado Hernán Cortés fué enviado a conquistar estos pueblos. Desembarcó en las costas de México y destruyó sus naves para que sus gentes no pudieran retroceder. Los indios creyeron que estos hombres blancos eran dioses bajados del cielo y que sus navíos eran pájaros divinos. Los caballos domesticados que desembarcaron los soldados de Cortés, maravillaron a los indios, y cuando los españoles encendieron sus cañones, se sintieron horrorizados de aquellos truenos y relámpagos que los desembarcados eran capaces de producir.

Cortés se dirigió a la capital de México, ciudad construída en medio de un lago. Los indios pelearon denodadamente durante todo el trayecto; pero las flechas primitivas que usaban resultaban inofensivas ante los disparos de cañón de los españoles.

Moctezuma decidió no luchar y hacerse amigo de aquellos hombres envidiables, y mandó a Cortés multitud de regalos valiosos, hospedándole luego en la ciudad como a un personaje, en lugar de recibirlo como a un enemigo. Cortés explicó a Moctezuma la religión cristiana y trató

de convertirlo; pero el jefe indio no se prestó a ello, por considerar sus dioses más verdaderos que el Dios cristiano. Entonces Cortés cometió la imprudencia de prender a Moctezuma, lo que originó una tremenda lucha, en la que los españoles corrieron enormes peligros, hasta que muerto Moctezuma los indios se sometieron y quedó conquistado México.

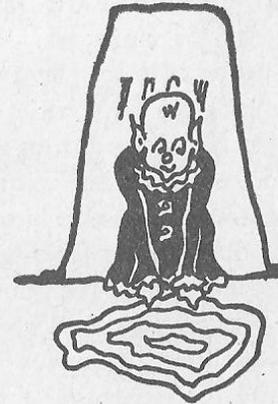
En el Perú, en el Sur de América, habitaba otra tribu de indios civilizados y aún más saludables que los aztecas. Se llamaban los Incas, y sobre lo extraordinario de sus riquezas se dice que sus ciudades estaban decoradas con oro.

Otro español, llamado Pizarro, fué enviado a conquistar el Perú. Pizarro dijo al jefe Inca que el Papa había dado el Perú a España. El indio oyó aquello como quien oye llover. No sabía quién fuera el Papa ni que tuviera él que ver con ese señor. Naturalmente, respondió que su país era suyo y que nadie podía disponer de él. Pizarro "quitó de en medio" al Inca, y aunque no acompañaban a nuestro capitán más que unos cientos de soldados, sus cañones fueron bastante para reducir a los innumerables indios.

Francia y otras naciones de Europa enviaron también exploradores para conquistar partes de América, y misioneros para enseñar a los indios la religión cristiana.

Ahora bien; muchos de los exploradores de América fueron realmente piratas peores que los bárbaros que conquistaron Europa, ya que martirizaban y despedazaban a los indígenas que se resistían. La razón que daban para

ello era la de convertirlos al cristianismo. ¡Bien poco podían confiar los naturales de América en las bondades de una religión que autorizaba el asesinato contra quien no se convirtiera a ella! Los mahometanos trataron de convertir con la espada; pero los cristianos quisieron hacerlo con los fusiles y cañones.



Nacer de nuevo

He aquí una extraña palabra: Renacimiento, que quiere decir volver a nacer.

Claro que nada puede nacer de nuevo; pero se llama así al hecho de que hayan vuelto el arte, las costumbres y la cultura antiguos a estar de moda.

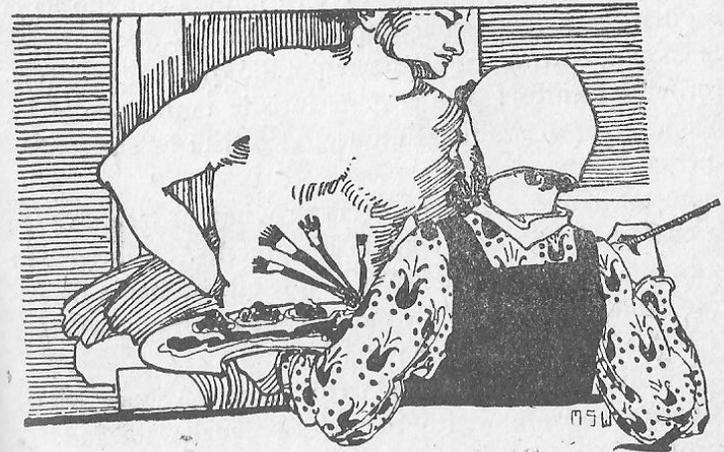
¿Recordáis los bellos edificios, las bellas esculturas y obras artísticas de la época de Pericles en Grecia? Pues bien; durante el siglo XV no todos los hombres de fuerte espíritu se hallaban corriendo las aventuras de conquistar tierras. Otros, entretanto, vivían y trabajaban en Italia, produciendo las obras de arte más famosas que se conocen. Fué también la época de los grandes artistas.

Los arquitectos construyeron bellos edificios, tan hermosos o más que los griegos y romanos. Las personas cultas tomaron afición a los escritos de los autores griegos, cuyos libros fueron ahora impresos y divulgados. Parecía como si se estuviese de nuevo en la Atenas de Pericles. He aquí por qué a esta época se le llama Renacimiento.

Uno de los más grandes artistas del Renacimiento fué Miguel Angel, que fué a la vez escultor, arquitecto y poeta. Los escultores de hoy primero modelan la estatua en barro o yeso, y luego la reproducen en piedra o la funden

en bronce; pero Miguel Angel no hacía eso, sino que producía la figura directamente en la piedra. Parecía como si viera la figura encerrada en el bloque y tratara luego de separar la envoltura que la ocultaba.

Para dar idea del espíritu creador de Miguel Angel, se cuenta que tomando un gran bloque de mármol que otro escultor abandonó por haberlo estropeado, sacó de él su



Miguel Angel en su trabajo

famoso *David*. El insigne artista veía en aquel pedazo de piedra la silueta de la figura de *David* y la descubrió separando la envoltura con sus cinceles.

Hizo también la célebre escultura de *Moisés* sentado, que está ahora en una iglesia de Roma. Tan admirable es esta estatua, por la vida que tiene la figura, que el visi-

tante siente la impresión de estar ante el propio Moisés. Los guías dicen que cuando Miguel Angel hubo terminado su obra sintió el estremecimiento de creer que la estatua podía adquirir vida y golpeó con su martillo la rodilla de la estatua, como si quisiera decirle: "Levántate." Esto dicen los cicerones mostrando al turista un golpe que presenta el mármol.

El Papa quiso que Miguel Angel pintara el techo de la capilla que él había construido en Roma, y que se llama la *Capilla Sixtina*. El artista respondió que él no era pintor, sino escultor; pero el Papa insistió tanto, que al fin Miguel Angel accedió. Entonces el artista se entregó en cuerpo y alma a su obra.

Se construyó una plataforma próxima al techo, desde la cual podía manejar tendido los pinceles. Se encerró en la capilla y puso la condición de que allí no había de entrar nadie. Estuvo durante cuatro años encerrado, leyendo la Biblia e inspirándose en ella.

Un día el Papa, intrigado con lo que Miguel Angel estuviera haciendo tanto tiempo en aquella soledad, se aprovechó de que la puerta se había quedado entreabierta y entró. Miguel hizo como que no lo había visto; pero dejó caer disimuladamente una de las herramientas de trabajo, que le dió en la cabeza. Al Papa no se le ocurrió volver a entrar más.

Los turistas de todo el mundo van ahora a admirar las pinturas de la Capilla Sixtina, que no pueden ser vistas cómodamente más que tendidos en el suelo o reflejadas en un espejo.

Miguel Angel vivió cerca de noventa años, pero casi siempre en la soledad. Le molestaba el pueblo y gozaba en el apartamiento, comunicándose con los dioses y los ángeles que pintaba.

Otro famoso artista italiano fué Rafael, contemporáneo de Miguel Angel, pero de cualidades y temperamento muy distintos. Rafael amaba la compañía, lo que hizo que el artista adquiriera gran popularidad y que le rodearan constantemente los amigos que lo admiraban y querían. Un tropel de imitadores le seguía y copiaba sus obras.

Rafael pintó numerosos cuadros bellísimos de la Virgen con el niño Jesús, que fueron llamados *Madonnas*. La Virgen era el tema casi constante de los cuadros de aquellos artistas. La más bella de las Vírgenes de Rafael con el niño Jesús se llama la *Madonna Sixtina*. Fué pintada para una pequeña iglesia; pero ahora se conserva en un Museo con un departamento especial para ella.

Rafael murió cuando todavía era joven; pero trabajó tan intensamente, que ha dejado una gran colección de obras. El pintaba sólo una parte de sus cuadros, posiblemente nada más que la cara, dejando a sus discípulos que pintaran el resto del cuerpo, las ropas, etc. Sus discípulos tenían a gran honor que el maestro les dejara pintar siquiera un dedo en las figuras de los cuadros del maestro.

Las pinturas de Miguel Angel son fuertes, de rasgos duros; las de Rafael son suaves, amables y graciosas, como si fueran de mujer.

Leonardo de Vinci fué otro artista italiano de aquella

época, cuya fama es mayor si se tiene en cuenta que fué capaz de producir toda clase de obras bellas y científicas. Era una enciclopedia de saber y de habilidad. Artista, ingeniero, poeta y científico.

Se dice que él dibujó el primer mapa de América. Aunque sus pinturas no son muy numerosas, porque hacía otras muchas cosas a la vez, fueron de gran belleza. Una de ellas es *La última cena*; es cuadro representativo de la última comida que hizo Cristo con sus apóstoles. Es considerada, como la Madonna Sixtina, una de las doce más bellas pinturas del Mundo. Por desgracia, esta obra fué pintada directamente sobre una pared que con el tiempo se ha desconchado, llevándose gran parte de la pintura.

Leonardo pintó generalmente sus mujeres sonriendo. Una de ellas, la más famosa, llamada Mona Lisa o *La Gioconda*, se sonríe de una manera enigmática. No sabría uno decir si al contemplar el cuadro aquella mujer se ríe con nosotros o de nosotros.

Guerras entre cristianos

En la época a que nos referimos no había más que una religión cristiana, la católica. No había por tanto ninguna de las actuales sectas protestantes.

Pero en el siglo XVI mucha gente empezó a pensar en hacer algunos cambios en la religión católica, mientras que otros consideraron tales intentos una herejía y se propusieron impedirlos. He aquí el origen de las luchas que se entablan entre los cristianos.

El Papa se encontraba a la sazón entregado a la tarea de construir una gran iglesia en Roma: San Pedro. Había de ocupar el lugar que tuvo la vieja iglesia que Constantino edificó en el sitio en que se suponía que San Pedro sufrió el martirio. El Papa se proponía que la iglesia construída por él fuese la más grande e importante del Mundo, pensando en que Cristo había dicho: "Tú eres Pedro y sobre ti edificaré mi iglesia." (Pedro en latín significa piedra.)

De modo que la iglesia de San Pedro en Roma iba a ser la cabeza de la cristiandad, Miguel Angel y Rafael habían trabajado en ese gran proyecto. Para conseguir mármoles y otros materiales preciosos, el Papa mandó hacer lo que ya habían hecho otros Papas, a saber: derribar otros edi-

ficios y aprovechar los materiales. Pero además hacía falta reunir una gran cantidad de dinero recolectándolo entre el pueblo, a cambio del cual se tenía algunos privilegios.

En estos días había en Alemania un monje, profesor de religión en un colegio, llamado Martín Lutero, que censuró duramente el proyecto del Papa, como otras cosas que había hecho la Iglesia. Lutero reunió en noventa y nueve conceptos las cosas equivocadas y censurables que habían hecho las autoridades de la Iglesia católica y predicó contra ellas. El Papa envió a Lutero una orden escrita; pero éste la cogió y la quemó públicamente.

Desde entonces muchas personas se ponen de parte de Lutero, y rápidamente cundió el separarse del catolicismo, dejando de prestar obediencia al Papa.

Este decidió emprender una persecución contra Lutero, y llamó en auxilio de la campaña, contra los que desde entonces se llamaron *protestantes*, al rey de España Carlos V. La razón de llamar a este rey fué su catolicismo y su poder. Carlos era nieto de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, y además dueño de América y emperador de Alemania. No había, pues, nadie más indicado para emprender aquella guerra que el más creyente y el más poderoso de los reyes, máxime cuando también dominaba en la patria de Lutero.

Carlos invitó a Lutero a venir a la ciudad de Worm para ver si lograban evitar la lucha, asegurándole que ningún peligro habría de correr con la asistencia a esa reunión. Cuando Lutero se enfrentó con Carlos, éste le invitó a que se arrepintiera de su conducta, a lo que Lutero

se negó. Algunos nobles aconsejaron al rey que quemara a Lutero; pero en vista de la promesa que el rey le había hecho de que no correría peligro, Carlos lo dejó marchar.

Los amigos de Lutero, no confiando, sin embargo, en que aquél saliera libre de las iras de los cristianos, lo recluyeron en un lugar en que pudiera ser defendido, manteniéndolo así durante más de un año. En este tiempo Lutero se dedicó a traducir la Biblia al alemán.

Como al propio tiempo que Lutero modifica la religión católica en Alemania otros lo hacen en sus países respectivos, a todo este período se le llama de la *Reforma*, aludiendo a la que sufría la religión.

Ahora, usted puede ser católico y su mejor amigo protestante, y sin embargo esa diferencia no influye nada en la amistad. Pero en aquel tiempo tener distinta religión equivalía a no poder ser amigos. Cada cual se creía estar en lo cierto, y así como ahora no nos interesa ni averiguamos las ideas de los demás, entonces se sentían obligados a descubrirlo y a perseguirlo, como si cada uno fuera responsable de las ideas de los otros. Luchaban encarnizadamente, como si librándose de quienes tenían otra religión se librarán del demonio. Se mataban aunque fueran amigos o parientes, no obstante ser todos cristianos.

Carlos se sentía hondamente contrariado con las guerras de religión y otras dificultades de su enorme Imperio, acabando por cansarse y sentirse enfermo. Para verse libre de tanta contrariedad, decidió lo que pocas veces han hecho los reyes: renunciar a su reino y a las riquezas, esto es, *abdicar*. Para que su libertad fuera absoluta, se retiró

hasta del trato de las gentes, yéndose a un monasterio, donde pasó el resto de su vida dedicado al trabajo ma-



Enrique VIII con su segunda esposa Ana Bolena

nual. Se dice que tenía gran afición a construir juguetes mecánicos.

En el tiempo en que Carlos V era rey de España, el de Inglaterra era Enrique VIII, Tudor de apellido. Este era en un comienzo otro ferviente católico, y el Papa le había llamado Defensor de la Fe; pero Enrique tenía una esposa de quien quería separarse porque no tenía hijos. Necesitaba para conseguirlo que le concedieran lo que nosotros llamamos un divorcio, y esto sólo podía concedérselo el Papa, que era el jefe de los cristianos de todo el Mundo. Mas el Papa se lo negó, porque lo impedía la religión.

Entonces Enrique pensó que no tenía por qué un rey estar sometido a la autoridad de otro país, sea cualquiera la clase de autoridad, aunque ésta fuera la del Papa. Este no tenía derecho a decidir lo que tuvieran que hacer los ingleses.

En consecuencia, acordó que el jefe de los cristianos en Inglaterra era él mismo, y él se consentía el divorcio lo quisiera o no el Papa. La decisión del rey fué comunicada a todas las iglesias de Inglaterra, que acataron la autoridad del rey, con lo cual sufrió un nuevo golpe la Iglesia católica.

Enrique VIII llegó a tener cinco esposas, una después de la otra, naturalmente, porque el cristianismo impide tener más de una esposa al mismo tiempo.

Un rey que perdió la cabeza

El rey Carlos I de Inglaterra creía que los reyes lo eran por derecho divino. De esta creencia le vino el pensar que nadie tenía derecho a decir ni a hacer más que lo que él dispusiera. Estos reyes en la Historia han entendido que el pueblo no ha tenido otra cosa que hacer que servir y obedecer al rey.

Pero los tiempos no estaban ya para dejarse dominar de esta manera, contribuyendo al disgusto la conducta del rey, a quien le molestaba tener que esperar las decisiones de los diputados, estando sin reunir a éstos durante muchos años.

Escocia y otros pueblos se sublevaron contra el rey, que preparó un ejército para imponer su voluntad. Este ejército estaba formado por nobles y cortesanos. Los dos bandos se distinguieron por su modo de vestir. Los que seguían al rey llevaban los cabellos largos y rizados y un sombrero de grandes alas con una gran pluma, un cuello de tela y puños.

Los partidarios del Parlamento, o sea de los verdaderos representantes del país, organizaron también un ejército dispuesto a no dejarse atropellar en sus derechos. Vestían

con cabellos cortos, llevaban sombrero con alta copa y modestas ropas.

Un caballero llamado Oliverio Cromwell, formó un re-



El rey Carlos y Oliverio Cromwell

gimiento de tan buenos luchadores, que se llamaron "brazos de hierro". En cambio, los del rey se preparaban para la lucha bebiendo y divirtiéndose. Los soldados del pueblo se entrenaban en el campo, y cantaban himnos que habían de enardecerlos mucho en el combate.

Después de numerosos encuentros, el ejército del rey fué totalmente vencido y el rey fué reducido a prisión. Una pequeña parte del Parlamento se reunió, y aunque no tenía atribuciones para ello sentenció al rey, condenándole a muerte por traidor, asesino y otros terribles calificativos. Frente a su mismo palacio en Londres, le fué cortada la cabeza en 1649. Parte del pueblo y del mismo Parlamento sintió que se habían excedido matando al rey y que aquello había sido un mal paso, bastando con que lo hubieran deportado o le hubieran hecho renunciar.

Oliverio, el jefe del ejército parlamentario, gobernó Inglaterra durante unos años. Este personaje era de aspecto tosco y de rudos modales, pero honrado y virtuoso, gobernando con la misma sencillez y celo que un padre gobierna a su familia.

Para dar idea de su modestia y naturalidad, se cuenta que una vez le pintaron su retrato (entonces no se conocía aún la fotografía). El artista, para congraciarse, dejó de pintar un defecto que tenía en la cara; pero Oliverio encolerizado le dijo: "Pínteme tal como soy, con verruga y todo."

Cromwell gobernó enteramente con las mismas facultades que un rey; pero él se llamaba un Protector del pueblo. Inglaterra le debe muchas buenas cosas.

Cuando Cromwell murió, se encargó de la gobernación su hijo: esto es, lo mismo que cuando muere un rey; pero el hijo de Oliverio no servía ni para descalzar a su padre, de modo que a los pocos meses tuvo que dejar el cargo.

El pueblo inglés se vió sin gobernantes y tuvo que acudir a ofrecer el trono al hijo de Carlos I, a quien habían decapitado, restaurándose de nuevo la monarquía.

Carlos II fué llamado el Rey Alegre. No pensaba más que en comer, en divertirse y en pasarlo bien. De todo se reía y todo lo tomaba a broma, menos el organizar la venganza por la muerte de su padre. Con este propósito cometió las mayores atrocidades: persiguió y mató a los que todavía existían de aquella época, y hasta a los que ya habían muerto, entre ellos Cromwell, se les condenó, sacándolos de sus sepulcros y cortándoles la cabeza o colgándolos.

Entonces se desencadena en Inglaterra una epidemia espantosa, que costó millares de vidas, y a la vez un fuego terrible que destruyó la mayor parte de las casas de Londres. El pueblo creyó que aquello fué un castigo de Dios, que de ese modo castigaba los pecados que se habían cometido. Pero el terrible fuego purificó las viviendas, desinfectó y acabó la epidemia. Hasta entonces las casas de Londres estaban hechas de madera. Después del Gran Fuego, como se conoce en la Historia, se construyeron los actuales edificios de ladrillo y piedra.

Pelucas y tacones

El último Luis de que hasta ahora hemos hablado fué el que llamamos San Luis, que organizó la última Cruzada.

Los dos Luises de que ahora vamos a hablar tuvieron, en cambio, bien poco de santos. Son Luis XIII y Luis XIV, que gobernaron en Francia en el siglo XVII.

Luis XIII fué rey sólo de nombre. No hacía más que lo que le decía otro hombre; y por cierto que este otro era una alta dignidad de la Iglesia, el cardenal Richelieu, con su capelo y su traje rojos.

No obstante sentirnos cansados ya de oír hablar de guerras, otra bien larga y penosa tuvo lugar en esta época; tan larga, que sólo puede compararse con la de los cien años, pues ésta duró treinta y se llama así: Guerra de los Treinta años. No fué una guerra entre países distintos, sino una guerra entre dos religiones; entre los católicos y los protestantes.

El cardenal Richelieu era naturalmente católico, y el país en que gobernaba también; sin embargo, luchó junto a los protestantes porque éstos lo hacían contra un país católico, Austria, a la que el cardenal deseaba someter.

La mayor parte de las naciones de Europa tomaron parte en esta guerra; pero el campo de batalla era Alemania, donde se reunieron los combatientes. Incluso Suecia, país del Norte, del que apenas si se tenían noticias, tomó parte por medio de su rey Gustavo Adolfo, llamado el Rey de la Nieve o el León del Norte por su bravura. Lo citamos porque de todos los reyes de Europa en aquella época fué el de más fino espíritu.

En efecto, todos los demás luchaban por alguna razón de egoísmo, pero Gustavo Adolfo lo hacía de un modo ideal, por lo que él consideraba el derecho. Luchó de parte de los protestantes, dirigiendo personalmente su bravo ejército como un gran general. Tuvo la desgracia de ser muerto en una batalla.

Consecuencia de esta guerra fué el tratado de Westfalia, por el que se reconocía a cada país el derecho a tener la religión que determinara el jefe del Estado. Un absurdo fué que hubiera de tener cada país la religión que le impusiera su gobernante, pero ya se iba ganando algo en esto de la libertad de conciencia, puesto que peor era que por fuerza se hubiera de ser católico.

Durante la guerra de los treinta años, una plaga como las que ya antes hemos descrito aparece ahora en Alemania. A una pequeña ciudad alemana se le ocurrió, pensando que aquellas plagas fueran un castigo de Dios, ofrecer que cada diez años harían una representación de la vida y pasión de Cristo, y como parece que la ciudad fué librada de la plaga, estas representaciones se hacen desde entonces en la ciudad de Oberammergau. Es un pueblecito

a que acuden miles de cristianos cuando esas representaciones tienen lugar. Se realizan durante los domingos de verano y duran todo el día. Toman parte en ellas más de setecientas personas, casi la mitad de los habitantes del pueblo. Es un gran honor ser designado para desempeñar



Luis XIV

algún papel, y desde luego el máximo honor es representar la figura de Cristo.

El rey que sucede a Luis XIII, Luis XIV, era un rey absoluto; no admitía más voluntad que la suya, a pesar de todo lo que por aquel entonces sucede en Inglaterra cuando los reyes gobiernan contra la voluntad del pueblo. Nos referimos a la decapitación de Carlos I.

Luis XIV llegó a decir que "el Estado soy yo" y que nadie tenía derecho a hacerle la más leve objeción. Era el mismo derecho divino de los reyes que los ingleses habían echado por la borda. Pero Luis XIV gobernó por espacio de setenta años, el mayor tiempo de reinado que conoce la Historia.

Este Luis se llamó el Gran Monarca, y él se tenía por el hombre más importante del Mundo, como el actor principal en una gran comedia. Su presunción era lo más ridícula que se puede nadie imaginar. Vestía con gran riqueza de adornos; llevaba corsé para presentar un talle esbelto, una enorme peluca empolvada y zapatos con alto tacón rojo, para parecer de mayor estatura, como hacen hoy las señoras. Llevaba en la mano un largo bastón con lazos y borlas, andaba de acá para allá con gran énfasis, se miraba al espejo con frecuencia y quería dar la impresión del más elegante, bello e importante ser humano.

Cualquiera que se entere de esto dirá que una persona de este tipo es un idiota, un cursi. Pero nada de eso; a pesar de unos gustos tan ridículos, Luis XIV hizo de Francia la nación más poderosa de Europa. Luchó con casi todos los países, anexionándose tierras, y aunque no vamos a describir nuevas guerras, baste decir que en tiempo de Luis XIV Francia era dueña del Mundo, como lo había sido España en tiempo de su rey semejante, Felipe II.

Luis construyó el magnífico palacio de Versalles, hecho con ricos mármoles, decorado con espléndidas pinturas y enormes espejos, donde el rey podía mirarse de arriba abajo cuando cruzaba aquellos salones.

Este palacio fué rodeado por unos jardines, adornados con estatuas y fuentes que tienen fama mundial. Se gastó en ello millones y millones. Sólo llevar el agua para las



Luis XIV desnudándose para acostarse

fuentes costó una fortuna. Los turistas acuden a Versalles para conocer estas maravillas.

Pero Luis XIV no se rodeó sólo de cosas bellas y de riquezas. Se rodeó también de los hombres y mujeres más interesantes de su tiempo. Todo el que sabía hacer algo notable, fué traído a vivir cerca del rey; todo el que tenía

alguna habilidad o distinción, venía a la corte de Luis XIV, formando una sociedad especial de cortesanos, a la que era un gran honor el pertenecer. Además de la corte tenía una gran cantidad de servidores íntimos que le hacían los menesteres más privados.

Y a todo esto el pobre pueblo francés costeando todos estos gastos y muriéndose de hambre. Del pueblo salían los palacios, las fiestas, las alhajas, los vicios de la corte y todos los regalos que el rey hacía a sus amigos. Pero ya veremos cómo acaba todo esto. El pueblo no lo resistirá con paciencia indefinidamente. Estallará la tempestad.



Unos locos cuerdos

En el Este de Europa hay una gran comarca de la que poco o nada se sabe antes del año 1700, debido a que si el territorio de tal país es por sí solo más extenso que todo el resto de Europa, el pueblo que lo habitaba apenas si tenía civilización. Este país es la enorme Rusia.

Los rusos son una rama de la gran familia Aria, llamada Eslava. Aunque de raza blanca, vivían tan estrechamente unidos a los amarillos de la China, que tenían más parecido con éstos que con los europeos en muchos aspectos. Por otra parte, el terrible Gengis Khan, con su ejército mongol, había conquistado Rusia en el siglo XIII y gobernaba en ella según sus usos.

Los hombres llevaban largas barbas y batas. Las mujeres usaban velos, como las turcas. Se contaba con bolitas atravesadas por un alambre, como hacen los chinos.

Poco antes de 1700 nació en Rusia un príncipe llamado Pedro. Se dice que cuando niño le tenía horror al agua; pero que considerando vergonzoso que un príncipe le temiera a algo, hizo por acostumbrarse a ella jugando en las fuentes y lagos, haciendo canalitos, botando barquitos de madera y corcho. Resultado de ello fué que su miedo se transformó en amor, y nada llegó a gustarle tanto como el mar y los barcos.

Cuando Pedro fué un hombre, sintió el noble y arraigado deseo de hacer de su país una importante nación. Rusia era extensa, pero no grande; ¿entendéis lo que esto quiere decir? Quería hacer de su pueblo unas gentes civilizadas y gozar de los adelantos de otros países. Pero antes de poder enseñar algo a sus súbditos tenía que empezar por aprenderlo él, y como nadie había en Rusia que pudiera enseñarle, decidió marchar a donde pudiera aprender, dirigiéndose al pequeño y adelantado país llamado Holanda.

Allí se colocó en una casa de navieros, donde trabajó durante algunos meses, aprendiendo a condimentarse sus propias comidas, a arreglarse sus ropas y calzados, algo de carpintería y herrería y otros muchos trabajos manuales. Después marchó a Inglaterra, donde aprendió otras cosas, regresando a su país con una extensa y sencilla cultura.

El primer deseo que sintió una vez en su país, recordando lo que tenían otros, fué el de dotar a Rusia de una flota. Mas para tener barcos era preciso tener mar y Rusia apenas si tenía costas, y las pocas que tenía estaban excesivamente lejos del centro del país. Para conseguir su empeño, planeó el apoderarse de alguno de los puertos de sus vecinos los suecos.

En este tiempo el rey de Suecia era Carlos XII, un muchacho, al que Pedro creyó que sería bien fácil vencer. Pero Carlos no era un joven vulgar; al contrario, era un muchacho extraordinario por su talento y su cultura. Conocía diferentes lenguas, sabía montar, cazar y dirigir la

guerra admirablemente. No sentía miedo por nada. Era tan decidido e impetuoso, que se le llamaba el Loco del Norte.

En un comienzo el ejército de Pedro fué tragado por el de Carlos, y tan afortunado estuvo Carlos en sus luchas, que las naciones de Europa comenzaron a preocuparse, viendo en las cualidades del joven rey sueco el nacimiento de un nuevo Alejandro el Grande. Por ello, ayudando todos a Pedro consiguieron que éste derrotara a Carlos, consiguiendo, como se proponía, una salida al mar. Entonces Pedro realizó su sueño de tantos años, construyendo su flota.

La capital de Rusia era Moscú, bella ciudad, pero en el centro de aquel inmenso territorio, y por tanto lejos del mar. Pedro no se arredró por ello. Quería que sus barcos tocaran a la capital de su reino, y como no podía trasladar el mar, decidió nada menos que trasladar la capital, construyendo otra ciudad. Para tan magno proyecto puso a trabajar a cerca de un millón de hombres, rellorando un terreno pantanoso y edificando sobre él la nueva capital de Rusia, que se llamó San Petersburgo, en honor del santo apóstol, en recuerdo del cual llevaba el rey el mismo nombre.

(Recordad que la capital de Rusia se ha llamado así hasta la guerra europea, en que se le cambia el nombre por el de Petrogrado, y luego, durante la revolución rusa se llamó Leningrado.)

Entonces Pedro se dedicó a civilizar a su pueblo. Dictó leyes modernas, abrió escuelas, factorías, establecimien-

tos benéficos e instituciones de todo tipo, como tenían las demás naciones. Cambió el traje de los habitantes, haciendo que vistieran como los europeos, que se cortaran el pelo, etc. Los rusos pusieron bastantes reparos a todas estas novedades, sobre todo por razones religiosas, pues temían que el día del juicio final, cuando hubieran de presentarse ante Dios, no pudieran hacerlo con su pelo. Por todo esto Pedro ha recibido en la historia de Rusia el sobrenombre de Grande, pues en justicia a él se debe el que Rusia haya entrado en la civilización europea.

Pedro se enamoró de una pobre muchacha aldeana, llamada Catalina, y se casó con ella. No tenía educación, pero era una muchacha tan buena, virtuosa e inteligente, que el matrimonio vivió feliz. Los rusos se resistieron a tener una reina que no hubiera sido princesa; mas Pedro la mandó coronar, y a la muerte de su marido gobernó el país con acierto.

Un príncipe que se escapa de casa

Colocad una *P* ante el nombre Rusia y tendremos el de otro notable país: Prusia. Está es una pequeña comarca de Europa que forma parte de Alemania. Todo lo que Rusia tenía de extensa, tenía Prusia de pequeña; pero otro príncipe hizo de esta pequeña nación un pueblo importantísimo. Este príncipe se llamó Federico y también mereció el nombre de Grande.

El padre de Federico, que fué el primer rey de Prusia, tuvo un capricho notable y fué coleccionar gigantes, como vosotros podéis coleccionar estampas. En cuanto se enteraba de que en algún sitio había un hombre de estatura extraordinaria, lo compraba o contrataba. De esta manera llegó a formar una rara compañía de soldados que era su orgullo.

Aquel rey tenía un carácter temible. Trataba a sus hijos con gran rigor y se reía de su hijo Federico porque tenía pelos rizados y melena, como los músicos o los poetas, diciéndole que era un niño afeminado. Le ocasionaba esto un gran disgusto, porque hubiera querido que su hijo saliera un fuerte y valiente soldado. Castigaba al niño duramente, lo encerraba, le daba a comer pan y agua, hasta que el muchacho, no pudiendo resistir más aquella

vida, se fugó de la casa y corrió lejos. El pobre Federico fué cazado y vuelto a casa. Su padre lo condenó a muerte, y ya estaba a punto de ser matado cuando convencieron al padre para que no lo hiciera.

Pero al llegar Federico a la mayor edad se produjo en él un fenómeno notable, y es que sacó grandes aficiones y dotes guerreras, como su padre había querido. No dejó de tener aficiones a la música y a la poesía, pero al propio tiempo quiso que su país adquiriera dominio y poder. Así, a la vez que componía poemas y tocaba la flauta, proyectaba conquistas y organizaba ejércitos.

Su país vecino era entonces Austria, que estaba gobernada por una mujer, María Teresa. El padre de Federico había prometido a esta reina dejarla tranquila, porque tenía a menos el luchar con una mujer; no le parecía valiente ni elegante. Pero Federico hijo no se anduvo con estos reparos, y queriendo añadir a su pequeño país algunas tierras de Austria, declaró la guerra a aquella reina.

Casi todas las naciones tenían algún asunto pendiente con Federico de Prusia y éste había luchado con la mayor parte de todas ellas. Ahora, en esta guerra con Austria unos estaban a su lado y otros en contra. Pero Federico supo vencer todos los obstáculos y salió adelante, apoderándose de parte de Austria.

María Teresa no se resignaba a ello, y silenciosa y secretamente preparaba el desquite, asociando a su lado a otros países. Cuando Federico se enteró de aquel complot, se anticipó y atacó a la reina, entablándose una lucha que duró siete años, al cabo de los cuales el rey de

Prusia consiguió más de lo que se había propuesto en un principio, puesto que todo Austria cayó en su poder, e hizo de su pueblo la nación más poderosa de Europa. Federico era demasiado buen general y gobernante para seguir pensando en derrotarle.

Pero lo más notable es que esta guerra de los siete años no tenía lugar sólo en Europa, sino en América, debido a las siguientes causas: Inglaterra se puso de parte de Federico de Prusia, y Francia de parte de la reina de Austria, y así como en Europa Federico luchaba con los austríacos, en América los ingleses luchaban contra los franceses. Esto tiene más importancia de lo que parece. Hoy sabéis que en América del Norte se habla inglés. Pues bien: esto sucede porque en la guerra de los siete años los ingleses vencieron allí a los franceses y los echaron. Si hubiese ocurrido lo contrario, lo que hoy se hablaría en América del Norte sería el francés.

A Federico le pasaba como a otros muchos reyes. No reparaba en que los medios fueran buenos o malos para apoderarse de lo que quería. No le importaba mentir o engañar si con ello conseguía sus propósitos. En cambio, a su pueblo lo trataba con cariño y cuidado, como un padre trata y se preocupa de la suerte de sus hijos, aunque para defenderlos tuviera que luchar con el Mundo entero.

Un ejemplo del cariño y respeto con que Federico trataba a sus súbditos es la siguiente anécdota: Había cerca del palacio de Federico un pequeño molino propiedad de un hombre modestísimo. El funcionamiento del molino molestaba grandemente a la familia real, y Federico pensó

en comprar el molino y derribarlo para verse libre de aquella molestia. El molinero se negó a venderlo, y el rey le ofreció entonces una gran suma, con la que nunca podría soñar el molinero. Este volvió a negarse terminantemente, porque no quería desprenderse de aquello que constituía su propiedad y su gusto. Quizá otro rey hubiera cogido al molinero y hasta lo hubiera condenado a muerte por su desobediencia; pero Federico comprendió que el hombre estaba en su derecho y que ni el rey podía atropellarlo. No volvió a molestarlo más. En señal del respeto con que Federico trató a su pueblo, se ha conservado y todavía existe hoy cerca del palacio real aquel pequeño y pobre molino.

Cosa extraña. Aunque Federico era alemán, odiaba la lengua alemana, diciendo que era una lengua de gente ineducada. El hablaba y escribía en francés y sólo empleaba el lenguaje del pueblo cuando tenía que hablar con gentes ignorantes.



América se libra de sus reyes

Cuando un torno o rueda da una vuelta alrededor de su eje, se dice que hace una *revolución*. Gran nombre para tan poca cosa. Pero cuando un pueblo da una vuelta y pone todas sus cosas del revés, hace también una revolución; pero entonces la cosa es mucho más grave que la palabra.

Norteamérica estaba ocupada solamente por unas pequeñas ciudades o colonias inglesas. Poco a poco estas ciudades se convirtieron en grandes centros de población que ocupaban toda la costa del Océano Atlántico. Como casi la totalidad de estos habitantes eran ingleses, era el rey de Inglaterra quien los gobernaba.

Las ciudades de América del Norte tenían que pagar al rey impuestos. Claro que esto no quiere decir que el rey se embolsara aquel dinero, sino que si se cobraba era para pagar los caminos, las escuelas, la policía y todos los servicios que necesita un pueblo civilizado. Pero el caso era que el dinero salía de aquellas ciudades y atravesaba el Océano camino de Inglaterra. Los americanos tenían derecho a emitir su voto sobre en qué debería gastarse su dinero, pero con el tiempo pensaron que mejor que votar sería evitar que saliera de allí el dinero y que ellos se lo administraran.

Uno de los hombres más influyentes entonces en América era Benjamín Franklin, hijo de un fabricante de velas, que después de haber recorrido muchas veces las calles de Filadelfia llevando bajo el brazo una hogaza de pan para su casa, llegó a ser uno de los hombres de más reputación en la comarca. Había aprendido el oficio de impresor, y llegó a sacar a la luz uno de los primeros y más prestigiosos periódicos de los Estados Unidos.

Franklin fué además un pensador y un descubridor que inventó diferentes cosas para aprovechar la electricidad. Fué sobre todo el inventor del pararrayos. En suma, era uno de los hombres más sabios de su época.

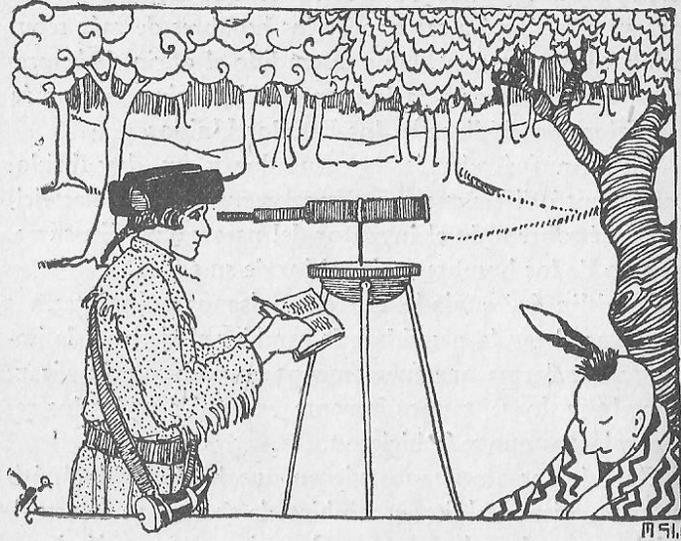
Franklin fué enviado por sus paisanos a Inglaterra a hacer ver al rey la necesidad de cambiar el sistema de impuestos de forma que fuera menos gravoso y más eficaz; pero el rey Jorge, testarudamente, se negó a todos los razonamientos que se le hicieron.

Cuando los americanos vieron que habían sido inútiles sus quejas, decidieron cambiar de actitud y en vez de palabras emplear las armas. Organizaron un ejército y buscaron un hombre que se pusiera al frente de él. Nadie con más condiciones de honradez, bravura y amor a su pueblo que el joven Jorge Wáshington.

Para comprender de qué temple de carácter era este joven, se cuenta que un día, para probar un hacha que le habían dado, cortó un cerezo, el árbol favorito de sus padres. En aquel tiempo cortar caprichosamente un árbol era un delito gravísimo, que se castigaba con la muerte. Cuando el muchacho fué preguntado por el autor del

atentado, respondió: "Yo no puedo mentir; he sido yo."

Por otra parte, habiendo aprendido los estudios de agrimensor, fué colocado a los diez y siete años en las más



Jorge Wáshington midiendo campos

grandes fincas de Norteamérica para su medición, lo que significaba la idea que se tenía de su talento y seriedad. Además había luchado con los indios bravamente, obteniendo grandes triunfos con su táctica militar.

Los americanos, en un principio, no pretendieron más que imponer su criterio en cuanto a los impuestos y tener en América los mismos derechos que los ingleses en In-

glaterra. Pero luego pensaron que el esfuerzo que iban a dar bien merecía un mayor fruto, y se les ocurrió declararse nación independiente. Cincuenta y seis hombres escogidos firmaron un documento con la declaración de independencia. Cada uno de ellos sabía que si la revolución no triunfaba serían condenados a muerte, como traidores a Inglaterra, y sin embargo firmaron.

Pero claro que no por esta amenaza iba Inglaterra a renunciar a sus colonias; muy al contrario, envió un grueso ejército contra ellas para someterlas. Wáshington disponía de un pequeño ejército y de poco dinero para pagar a sus soldados, dotarlos de armas, de ropas y de alimentos. Un invierno, a poco si perecen de hambre y de frío.

Ya parecía que habían perdido toda esperanza, cuando a Franklin se le ocurrió la idea de atravesar el Océano; pero no hacia Inglaterra, sino hacia Francia, con objeto de pedir ayuda a los franceses. Francia odiaba a Inglaterra porque ésta le había hecho perder una gran parte de América del Norte durante la guerra de los siete años, el Canadá. Francia no estaba bien dispuesta. Le parecía una mala empresa luchar junto al insignificante ejército americano, que había perdido casi todas las batallas anteriores.

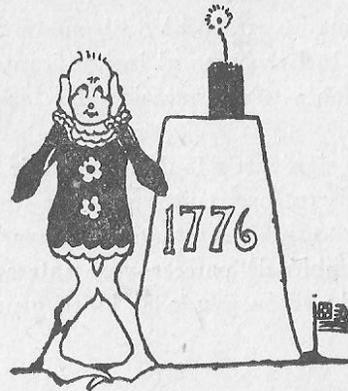
Pero al año siguiente a la declaración de independencia, Wáshington derrotó estrepitosamente a los ingleses en la batalla de Saratoga, en el estado de Nueva York, y el rey de Francia cambió de parecer y se interesó por aquella gente, enviando en su ayuda al joven general Lafayette,

que prestó a los americanos importantísimos servicios y adquirió gran nombre.

Viendo cómo iban las cosas, Inglaterra quiso hacer la paz reconociendo a los americanos los mismos derechos que a los ingleses; pero ya era tarde. Lo que en un principio les hubiera dejado muy satisfechos, ahora no era bastante. Nada menos que la independencia podían aceptar los americanos, e Inglaterra entonces siguió luchando.

Pero, después de numerosos contratiempos, el rey inglés acabó por decir: "Que nos dejen en paz"; y en 1783 se terminó la guerra, con la firma de un tratado que hacía independientes a aquellas colonias, que a su vez se unieron, formando los actuales Estados Unidos. Wáshington fué elegido el primer presidente de aquella República, y a él se ha dedicado la gran ciudad que lleva ese nombre.

También las colonias españolas de América del Sur hicieron sus revoluciones y se fueron, poco a poco, separando de los reyes de España y constituyendo otras tantas Repúblicas.



Lo de arriba abajo

Eso son las Revoluciones.

Poco después de la Revolución que tuvo lugar en los Estados de América, se desarrollaba una mucho mayor en Francia.

El pueblo francés estaba desesperado de su pobreza, mientras los reyes, los príncipes, los nobles y los cortesanos llevaban una vida fastuosa y gastaban en diversiones sumas enormes, que salían del bolsillo del pobre pueblo. Recordemos lo que se gastaba en aquella corte de Luis XIV con la construcción de palacios, con el lujo de trajes y de servidores, con los regalos, etc., mientras la gente que pagaba todo eso se moría de hambre.

El pueblo no estaba dispuesto a seguir soportando los crecidos tributos que se le imponían. En estos momentos, el rey de Francia era Luis XVI, casado con María Antoineta, y mientras en palacio se daban frecuentes y succulentos banquetes, el pueblo se veía obligado a comer un indigesto y maloliente pan, que le llamaban "pan negro".

A la vez, el pueblo tan mal alimentado tenía que prestar numerosos trabajos en beneficio de los nobles por ninguna o escasa remuneración. Si alguien se quejaba, era hecho preso y llevado a una enorme cárcel que había en

París, llamada la Bastilla, en donde no pocos morían abandonados.

Ni el rey ni la reina eran realmente malos. Lo que ocurría es que, en su juventud, no se ocupaban más que de divertirse y pasarlo bien, ignorantes de la suerte que estaba corriendo su pueblo, y que les ocultaban sus cortesanos para que siguiera la buena vida de todos los que estaban cerca de palacio. No comprendían que el pueblo fuese tan pobre teniendo ellos tanto. Prueba de esa ignorancia, rayana en la estupidez, es que en una ocasión en que a la reina le dijeron que sus súbditos no tenían pan contestó: "¿Y por qué no comen pasteles?"

En efecto, Luis XVI y su esposa eran reyes bondadosos y justos, que trataron de hacer justicia a su pueblo; pero ya era tarde, e iban a pagar los pecados de sus antecesores.

Los mejores hombres de Francia se congregaron por su cuenta para estudiar y proponer las reformas que eran justas y aliviar la situación del pueblo, haciendo que todos fuesen libres e iguales ante la ley, con derecho a intervenir en el gobierno de su país mediante el voto. A esta reunión llamaron los mismos autores la Asamblea Nacional.

Pero ya era tarde para resolver por la ley el ansia de justicia que el pueblo sentía y el odio que habían acumulado contra los ricos y los servidores de los reyes. Un día una muchedumbre enloquecida de coraje asaltó la vieja prisión donde estaban encerrados los presos, la Bastilla; derribó sus puertas, mató a los guardianes, por ser adic-

tos al rey, y puso en libertad a los encerrados. Las cabezas de los guardias fueron pinchadas en la punta de unos palos y paseadas por las calles de París.

Esto sucedía el 14 de julio de 1789, y a partir de entonces, la Revolución francesa toma proporciones horribles y no se sabe cómo va a acabar. El general Lafayette, que por entonces regresaba de haber ayudado a los americanos a declararse independientes de su rey, envió la llave de la Bastilla a Washington, como demostración de que su pueblo sabía también defenderse de sus reyes.

Los nobles de Francia se encontraban habitando en el palacio de Versalles cuando tuvieron noticia de lo que pasaba en París, y presas de temor abandonaron a sus reyes y le "dieron a los tacones", alejándose lo más posible de aquellos lugares. Habían estado junto a los reyes mientras la hora de la diversión; pero ante el miedo de lo que pudiera suceder, los dejaban solos.

Entre tanto, la Asamblea Nacional redactó lo que se ha llamado la Declaración de los Derechos del Hombre, que son una serie de principios en los cuales se afirma que todos los hombres nacen libres e iguales, que el pueblo tiene derecho a hacer sus leyes, y que estas leyes obligan y protegen a todos por igual.

Pero ya no bastaba esto al pueblo, que, cada vez más loco de rabia y al grito de ¡pan!, ¡pan!, armado con toda clase de instrumentos, decidió un día dirigirse en manifestación tumultuosa a Versalles, donde todavía estaban viviendo los reyes.

La muchedumbre recorrió sin descanso los diez kiló-

metros que hay de París a Versalles, y ante la verja de palacio rugió fieramente. La escasa guardia que había permanecido junto a los reyes fué incapaz de contener aquella avalancha, y los asaltantes subieron la escalera del magnífico palacio, prendiendo a los reyes y llevándolos prisioneros a París.

Los reyes estuvieron presos durante varios años. En una oportunidad, Luis XVI y María Antonieta trataron de huir; pero descubierto el plan y vueltos de nuevo a la prisión, se empeoró notablemente la actitud del pueblo para con ellos.

La Asamblea Nacional redactó una nueva Constitución, serie de reglas a que ha de someterse el Gobierno, y el rey tuvo que aceptarla y firmar; pero nada de esto dejaba ya satisfecho al pueblo, que necesitaba ver correr la sangre para calmar su ira. No se fió de que los reyes quedaran gobernando, y sometidos a proceso, fué condenado el rey a muerte en la guillotina. Este era un aparato inventado para cortar la cabeza con rapidez y seguridad: una gran cuchilla que caía sobre el cuello.

Ni aun con la desaparición del rey quedó tranquilo el pueblo. Temían que todos aquellos que habían sido partidarios de la monarquía pudieran algún día imponerse, y por eso comienza una serie de persecuciones, condenas y crímenes, que hacen correr la sangre a torrentes y que constituyen el Gobierno del Terror.

Los revolucionarios, al proclamar su República, adoptan los colores rojo, blanco y azul para su bandera, y la "Marsellesa", como himno nacional. Un hombre llamado

Robespierre y dos de sus amigos se erigieron en dictadores en este período del Terror. En cuanto se sospechaba



La Revolución francesa y la guillotina

que alguien era partidario de los reyes, era sentenciado y condenado a muerte. La reina María Antonieta fué una

de las primeras víctimas, y fué llevada a la guillotina. "Hombre, mujer o niño que se coja hablando bien de los reyes, aunque sea en voz baja, irá a la guillotina."

Nadie veía segura su vida, porque bastaba tener un enemigo que por venganza denunciara a uno de que conspiraba a favor de la monarquía para que mandaran a la guillotina al acusado. Cientos y miles de acusados fueron decapitados, hasta el extremo de que hubo que construir un sumidero especial para recoger la sangre. La guillotina no daba abasto a cortar cabezas, porque tenía que cortarlas una a una, y a veces se colocó a muchos condenados en fila y se les destrozaba con un cañonazo.

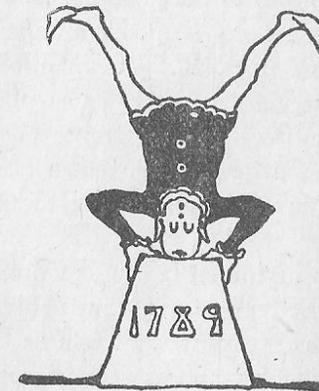
El pueblo parecía haber caído en una locura salvaje. Insultaba a Cristo y a la religión cristiana. En lugar de la imagen de Dios, colocaron en el altar principal de la catedral de Nuestra Señora una bella estatua de mujer, que era la diosa Razón. Echaron abajo estatuas y pinturas de Dios y de la Virgen, y en su lugar colocaron estatuas y pinturas de los que llamaban salvadores del pueblo. La guillotina fué colocada en el lugar de la Cruz.

Suprimieron los domingos, y formaron la semana de diez días, al cabo de los cuales hacían un día de fiesta. Como nada querían con Cristo, prescindieron de la fecha de su nacimiento para contar el tiempo y reformaron el calendario, empezando a contar como año 1 el de 1792, en que establecen la República.

Robespierre quiso ser solo en el mando, y conspiró contra sus dos amigos Dantón y Marat. A uno de ellos lo llevó también al patíbulo, y el otro fué asesinado por

una muchacha llamada Carlota Corday, que lo odiaba. Al quedarse solo Ropespierre, cometió tantos crímenes, que el mismo pueblo le tomó horror y se volvió contra él. Al observar eso, el tirano quiso suicidarse; pero no llegó a tiempo, y el pueblo lo llevó a la guillotina, sufriendo la misma suerte que los muchos infelices a quien había mandado ajusticiar.

Al desaparecer los tres tiranos acabó el Gobierno del Terror y se formó otro más suave y más humano. ¡Lástima que ya no hubiera remedio para los miles de inocentes que pagaron con su vida la locura de aquellos salvajes gobernantes!



Un pequeño gigante

Al fin, la Revolución francesa se detuvo. Fué detenida por un joven soldado de veinte años y de bastante escasa estatura.

Estaba el Gobierno francés celebrando consejo, cuando un loco populacho, en la calle, se disponía a asaltar el palacio del Gobierno. Un joven oficial del ejército, llamado Napoleón Bonaparte, se comprometió a despejar la situación con sólo unos pocos soldados. En efecto, colocando una serie de cañones que apuntaban a cada una de las bocacalles de la plaza, y ocupando él mismo el centro, nadie se atrevió a penetrar en la plaza.

El pueblo mismo se quedó bastante perplejo ante la osadía y tranquilidad de aquel joven, a quien nadie conocía, y su decisión fué el objeto de todos los comentarios.

Napoleón había nacido en la isla de Córcega, en el Mediterráneo, en tales circunstancias, que debido a una cuestión de pocas fechas era francés. La isla de Córcega había pertenecido a Italia hasta pocas semanas antes del nacimiento de Napoleón, en que había pasado a poder de Francia. De muy joven fué enviado a hacer los estudios en una escuela militar francesa. En la escuela era conside-

rado por sus compañeros más bien como extranjero, y mantenían con él poco trato.

La tenacidad de carácter y el amor propio de aquel joven eran asombrosos. Como ejemplo de lo que era capaz de insistir en un empeño, se dice que en su gran afición y capacidad para los cálculos matemáticos, estuvo tres días y tres noches consecutivos encerrado en su habitación, hasta conseguir dar con la solución de un difícil problema que ninguno de los compañeros podía resolver.

La sorpresa que Napoleón produjo deteniendo la Revolución en las calles de París y los actos que inmediatamente se fueron sucediendo, le hicieron alcanzar tanta fama, que a los veintiséis años lo hicieron general.

En aquel tiempo, todos los demás países de Europa tenían reyes, y todos miraban a Francia con temor de que la fiebre revolucionaria, que había condenado a muerte a los reyes franceses, se extendiera a los demás países del Continente. Por esto todas las naciones europeas se sentían enemigas de Francia y la observaban con gran recelo, hasta que por fin le declararon la guerra.

Para combatirlos, comenzó Napoleón por Italia. Tenía que cruzar los Alpes, como hizo Aníbal en las guerras púnicas hacía tantos años. Pero Aníbal no tenía que transportar grandes cañones y pesado material de guerra. Parecía imposible que el ejército de Napoleón pudiera cruzar aquellas quebradas montañas. Napoleón consultó con sus ingenieros, y éstos, después de meditar largamente, consideraron que la empresa era imposible.

“¿Imposible?”, replicó Napoleón, esa es una palabra

que no está en mi diccionario." En efecto, se puso al frente de su ejército y cayó sobre Italia como si no hubiera habido Alpes.

Después de las victorias que allí obtuvo, volvió a Francia, despertando entre sus compatriotas un gran entusiasmo y siendo tenido como un héroe conquistador. En cambio, los hombres que gobernaban su país sintieron miedo de Napoleón; temían que habiéndose hecho tan popular se erigiera en rey de los franceses.

Napoleón propuso al Gobierno que lo enviara a conquistar Egipto, donde él tenía el propósito de anular a los ingleses, dueños de aquellas tierras, y después echarlos de la India, país que los ingleses tanto interés tenían en conservar una vez que habían perdido América.

El Gobierno francés vió en el proyecto de Napoleón un excelente medio de quitárselo de encima, pues ya decimos que el general empezaba a inspirar miedo a los gobernantes y éstos se verían libres de Napoleón durante mucho tiempo, y quién sabe si deseaban que fuese derrotado y anulado en aquella campaña. Pero Napoleón conquistó rápidamente Egipto, sin que hubiera ninguna Cleopatra que le trastornara sus planes.

Mientras los ejércitos invadían el Egipto, la flota francesa, que aguardaba a Napoleón en la desembocadura del Nilo, fué atacada y destruída por la escuadra inglesa, al mando del más grande quizás de los almirantes que han existido, por Nelson.

Napoleón no tenía entonces procedimiento de transportar, de regreso, a su ejército, teniendo que dejarlo en

Egipto, al mando de otro general. El mismo Napoleón tuvo que buscar y contratar un barco que lo llevara a casa.

Cuando desembarcó en Francia, se encontró con que los gobernantes se peleaban los unos con los otros, lo que tanto desagradó a Napoleón, que decidió nombrarse a sí mismo uno de los tres hombres que entonces compartían el gobierno de Francia. Se llamó primer cónsul, y los otros dos quedaron en realidad como auxiliares, casi reducidos a ser unos servidores de Napoleón. A poco después, Napoleón fué designado primer cónsul perpetuo, y, por último, emperador de Francia y rey de Italia.

Las naciones de Europa, cada vez más alarmadas y temerosas del poder de Napoleón, se sentían ya presas de la conquista del emperador e incorporadas a Francia, por lo que todas se aprestaron a formar una liga contra aquél.

Por cierto que el primer paso que dan contra Napoleón les sale bien porque, habiendo decidido éste comenzar por Inglaterra, enviando contra ella una escuadra, fué atacada y derrotada por la inglesa cerca del cabo de Trafalgar, en España, y por el mismo almirante Nelson. Antes de entrar en batalla, Nelson dijo a los marinos ingleses: "Inglaterra espera que cada uno de nosotros sabrá cumplir con su deber." La victoria costó la vida al propio Nelson, que murió en la batalla.

Ya era dueño Napoleón de Italia, de España, de Prusia y de Austria, o por lo menos había que hacer en estos países lo que él disponía, cuando acometió la aventura de marchar sobre Rusia. Tremendo error fué éste de llevar

la guerra a un país tan lejano, y nada menos que en pleno invierno, cuando un frío intensísimo y las nieves hacen en Rusia muy penosa la vida en el campo.

En efecto, habiendo decidido empezar su campaña apoderándose de Moscú, sitió la ciudad; pero los rusos, antes de entregarla, le prendieron fuego y destruyeron toda clase de alimentos, que imposibilitaban el sostenimiento de los ejércitos de Napoleón. A todo esto sobrevinieron unos fríos y nevadas extraordinarios, que obligaron al ejército a emprender la retirada. El emperador tomó más que de prisa el camino para París, dejando que sus soldados regresaran por el procedimiento que pudieran. En esta catastrófica retirada perecieron los hombres y los caballos por miles, muertos de hambre, de frío y de cansancio.

Napoleón consiguió entrar en París, pero su suerte había cambiado ya. Todas las naciones de Europa se habían puesto de acuerdo para combatir al emperador, y considerando éste que toda resistencia sería sacrificar inútilmente a sus soldados, se resignó a firmar un compromiso por el cual abandonaría incluso su residencia en Francia, yéndose a instalar en la isla de Elba, frente a las costas de Italia y cerca de la otra isla en que había nacido.

Pero Napoleón, desde su destierro, no hacía otra cosa que meditar nuevos planes para recuperar su poder. Su temperamento y su vocación y capacidad guerrera, así como sus sueños imperialistas, no se conformaban con aquella vida solitaria, y resueltamente decidió desembarcar en Francia, con enorme sorpresa del mundo entero.

Había sido proclamado rey de Francia Luis XVIII, hermano del decapitado Luis XVI. El Gobierno francés envió contra las escasas fuerzas que acompañaban a Napo-



Napoleón en Santa Elena

león lo mejor del ejército, con el encargo de que habían de llevar a París al exemperador encerrado en una jaula de hierro.

Cuando los viejos soldados que iban contra Napoleón vieron a su antiguo general, se pasaron a su lado en mayoría y emprendieron la marcha sobre París, destronaron a Luis XVIII y proclamaron de nuevo a Napoleón, que gobernó ahora sólo durante cien días, pues las naciones de Europa, especialmente Inglaterra y Alemania, reunidas en el Norte de Francia, le presentaron batalla. Napoleón salió con su ejército, encontrándose los combatientes en una pequeña ciudad llamada Waterlloo, donde, con la derrota de Napoleón, quedó definitivamente terminado el poder de este célebre general. Ocurrió esto en el año 1815.

Los ingleses tomaron prisionero a Napoleón y lo llevaron a una apartada isla del Océano, desde donde era casi imposible escapar, la isla de Santa Elena, nombre puesto a dicha isla en recuerdo a la madre del emperador Constantino.

Napoleón fué sin duda el más grande general que ha existido. lo cual no quiere decir que haya sido el más grande hombre. Sobre su conducta hay muchas opiniones, no dejando de haber quien opina que fué el peor de los hombres, ya que para elevarse él mismo a la categoría del más grande no reparó en matar a miles y miles de gentes ni en llevar por toda Europa la desolación y la miseria.

Hemos dicho de pasada que Napoleón se adueñó de España, como de casi toda Europa, y bueno será que extractemos la forma como cayó en sus manos nuestro país.

Por abdicación del rey Carlos IV, ocupó el trono de España su hijo Fernando VII, que, torpe y cobarde, se dejó engañar por Napoleón. Este le hizo ir a Bayona como un vasallo, y allí le obligó a renunciar la corona, que Napoleón entregó a su hermano José Bonaparte.

Cuando los madrileños se enteraron del engaño, se amotinaron contra los franceses, emprendiendo contra ellos una sangrienta lucha en las calles de Madrid el memorable día 2 de mayo de 1808, que ocasionó la muerte heroica de los artilleros Daoiz y Velarde y la de muchos paisanos, que fueron fusilados o ametrallados.

Ante estos sucesos, todas las provincias de España se levantaron en guerra por su independencia y negaron obediencia a José Bonaparte, nombrando para el gobierno una Junta suprema. Inglaterra, que odiaba a Napoleón, nos envió un ejército en auxilio, al mando del general Wellington.

Entonces comienza una lucha, que dura seis años, llamada guerra de la Independencia, durante la cual los españoles rivalizaron en valor y patriotismo. Muchos españoles formaban guerrillas para pelear contra los franceses, siendo famosas las que dirigía "El Empecinado". Las ciudades se resistían de manera asombrosa. Zaragoza y Gerona fueron ejemplo de heroísmo. En la primera de ellas luchó de modo sobresaliente una mujer, llamada Agustina de Aragón. Sólo cuando el hambre, la peste y el fuego los extenuó se rindieron.

En Bailén sufren los franceses la primera gran derrota y reciben un golpe que fué origen de su cambio de suerte.

En Arapiles reciben el segundo, y las tropas francesas se ven obligadas a abandonar España, saliendo también José Bonaparte.

Al ser vencido Napoleón, dejó en libertad a Fernando VII, y éste volvió a España y a ocupar su trono.

Desde el dios Pan y su flauta hasta el fonógrafo

El perro ladra.
El caballo relincha.
El cerdo gruñe.
La oveja bala.
El toro muge. Etcétera.

Todos los animales producen ruidos. Sólo los pájaros y las personas cantan. Pero las personas pueden hacer además otra cosa que no pueden hacer los animales: tocar instrumentos.

¿Habéis hecho música alguna vez imitando un violín, soplando un tubo de caña o pegando en los vasos?

En los viejos libros de historia se cuenta que Apolo tomó dos cuernos de vaca, y atando de uno a otro siete tiras de piel del mismo animal, construyó una lira. Estas tiras las punzaba con las puntas de los dedos o con una uña, y producía un tenue sonido que en verdad no tendría mucho de agradable. Sin embargo, se dice que Orfeo, hijo de Apolo, aprendió de su padre a tocar tan maravillosamente la lira, que los pájaros y las bestias salvajes, y aun los árboles y las rocas, se le acercaban para oírle.

Pan, el dios del bosque, que tenía cuernos, orejas y patas de cabra, juntó en un haz silbatos de diferente tamaño y sonido, y con ellos tocaba como hacen los niños con esos pequeños órganos que se soplan pegándolos a los labios, como hace el afinador.

La lira de Apolo y la flauta del dios Pan fueron los instrumentos más primitivos. El primero, un instrumento de percusión, y el segundo, de viento. Las cuerdas y los tubos largos producían los sonidos graves, y los cortos, los agudos.

De la lira de Apolo se deriva el piano. ¿Habéis visto alguna vez por dentro un piano? Es eso: una gran serie de cuerdas de diferente longitud, sobre las cuales golpean los macitos que se mueven con las teclas.

De la flauta de Pan se ha derivado el gran órgano de iglesia, formado de tubos gigantes, de longitud diferente, soplados por unos fuelles, porque no sería posible tener aire bastante para soplarlos con la boca, como hacemos con las llaves o cualquier otro tubito.

Nosotros sabemos cómo eran, aproximadamente, los instrumentos de música antiguos; pero no sabemos cómo era la música, porque no había discos de fonógrafo, que, hechos entonces, pudieran repetir ahora la música de aquellos tiempos. La música se la llevaba el viento y no había modo de conservarla.

Tampoco se escribió la música en papeles, como se hace hoy, hasta el año 1000 después de Cristo. Antes se tocaba *de oído*. Un monje benedictino llamado Gay, o un italiano llamado Guido, se inventaron la manera de

escribir los sonidos, denominándolos *do, re, mi, fa, sol, la, si*, que eran las primeras letras de las palabras de un himno a San Juan que el monje cantaba.

Otro italiano, que se suele llamar el padre de la música moderna, Palestrina, puso la música al servicio de los ritos de la iglesia, mandando el Papa a todas las iglesias que se utilizaran de aquellas composiciones; pero al público no le agradaban mucho por no ser populares.

No fué hasta el año 1700 cuando aparece el primer gran músico, que escribe cosas comprensibles por el pueblo, que las ama y repite, y que todavía gustamos nosotros de oír. Este fué el alemán Handel. Su padre era barbero y dentista, y quiso que su hijo saliera un notable abogado. Pero lo único que le gustaba al chico era la música.

En aquellos tiempos no había pianos. Había sólo unos pequeños instrumentos de cuerda que se tocaban como el piano, llamados clavicordios, que se sostenían en unas patas o se colocaban sobre una mesa.

Handel tenía sólo seis años cuando se procuró uno de estos instrumentos y se lo subió a la buhardilla para dedicarse a tocarlo sin que le molestara nadie. Cuando se acostaba toda su familia y calculaba que se habían dormido, se ponía a tocar suavemente casi toda la noche. Una de ellas oyeron sus padres el clavicordio, y, extrañados, cogieron una linterna, subieron a la buhardilla muy silenciosamente y sorprendieron al niño en ropa de dormir tocando el instrumento.

Convencidos los padres del pequeño Handel de que era

inútil hacerle variar de gustos y dedicarlo a la carrera de leyes, optaron por buscarle profesores de música, y no



Handel es sorprendido por sus padres

mucho después el muchacho asombraba al mundo con su modo de tocar.

Handel se fué a vivir a Inglaterra, donde permaneció todo el resto de su vida, llegando a adquirir allí tanta fama que cuando murió fué enterrado en la Abadía de

Westminster, que es una preciosa iglesia donde se entierra a los ingleses más insignes.

Handel puso música a la Biblia y compuso otras obras para iglesia que se cantaban a coro durante las Pascuas.

Contemporáneo de Handel, vivió otro músico notable alemán llamado Bach, que tocó el órgano tan maravillosamente como aquél el clavicordio, y compuso obras para ese instrumento como nadie ha vuelto a escribir después.

Casi todos los músicos famosos han llamado ya la atención desde que eran niños. Casi todos fueron grandes músicos antes de aprender a leer y a escribir.

Poco antes de morir Handel, nació otro genio de la música en Austria, Mozart, que a los cuatro años tocaba el piano de manera sorprendente. Después escribió preciosas composiciones.

El padre y la hermana de Mozart tocaban también muy notablemente, y los tres formaron una orquesta que recorría las ciudades. Debido al mérito de Mozart, las gentes aplaudían, hospedaban, regalaban y trataban a esta pequeña orquesta como a príncipes. Escribió óperas, sinfonías y toda clase de composiciones, pero su generosidad hizo que nunca reuniera dinero, hasta el punto de que cuando murió lo enterraron como a un pobre de solemnidad, no se sabe bien en dónde. Por eso, cuando se ha querido honrar su memoria con un mausoleo, no se ha sabido dónde construirlo.

Un alemán llamado Beethoven había leído la historia del famoso niño Mozart, y soñó con tener un hijo que se hiciera tan célebre. En efecto, al nacer su hijo Luis

pensó en dedicarlo a la música, con tan buena suerte que este Beethoven es el autor de las magníficas sinfonías; uno de los más grandes músicos que ha producido la Humanidad.

No hay que hablar de las bellísimas composiciones de Beethoven. Todos habrán oído alguna. Nunca estaba satisfecho de lo que escribía, y lo rompía y rehacía docenas de veces.

Pero Beethoven comenzó a sentirse sordo, desgraciadamente, y sentía horror de perder el oído totalmente. Mucha desgracia es esa para cualquiera, mas para una persona que tenía en la música su fortuna y su vocación, era lo peor de cuanto pudiera sucederle. Al fin, se quedó sordo del todo, y esto le produjo tal tristeza y mal humor que ya nada le alegraba en el mundo. Sin embargo, y esto es lo maravilloso, siguió componiendo magistralmente y escribió, ya sordo, cosas sorprendentes que él no llegó a oír.

Entre los grandes músicos del mundo hay que citar todavía al alemán Wagner, que vivió hasta 1883, que tiene de curioso el que, a pesar de lo mucho que lo intentó, no logró nunca tocar bien. No obstante, como compositor tiene fama universal. Sus óperas son inmortales. Tomaba para inspirar sus obras viejos mitos y raros cuentos.

En un principio el pueblo se reía de su música, porque le sonaba mal, debido a que no la comprendía; pero ahora el que la comprende la admira y compadece a quien no pueda darse ese placer.

Con esta reseña queda un poco completada la lista de

artistas, poetas, ingenieros y hombres de ciencia y de heroísmo que han existido en el mundo. En capítulos anteriores, y todavía después, hemos ido indicando y citaremos nombres y personas célebres. No todo en la Historia han sido crímenes y guerras.

Hoy podemos darnos el gusto, con el fonógrafo y las orquestas, de oír las composiciones maravillosas de esos músicos. Sabemos lo que escribieron Palestrina o Mozart, Beethoven o Wagner y docenas de otros músicos. Los oímos cuando queremos; tocan cuando nos place. Los más grandes compositores resultan ser nuestros esclavos. Ni el más poderoso califa tuvo poder para darse el gusto de oír cuando quisiera las "Noches de la Arabia".

Los periódicos desde el 1850

Si registrando las bohardillas o los baúles de nuestros abuelos encontráramos una colección de periódicos de los que leían en aquellos años, podríamos reconstituir la historia de los sucesos que tuvieron lugar entonces en todas partes. Todavía viven muchas personas de las que tomarían parte en tales acontecimientos o que los leían en los periódicos de la época.

Si buscamos en esos periódicos la sección correspondiente a "Noticias del Extranjero", podríamos encontrar, entre otras muchas, las que a continuación vamos a reseñar brevemente, aunque primero daremos algunos antecedentes que aclaren esas noticias.

Los pueblos se habían puesto en movimiento a favor de que los reyes dejaran de ser autoritarios y el pueblo tuviera posibilidad de participar en el Gobierno. Los reyes no debían mandar lo que les diera la gana, sino obedecer a una Constitución y a lo que decidieran los representantes del país. Los que así lo querían se llamaban liberales. Los liberales se sublevaron en todas partes contra el poder de los reyes, pero éstos se protegían mutuamente

formando una alianza. Los pueblos querían una Constitución y un Parlamento.

Ni aun los Revolución francesa había logrado suprimir los privilegios, pues para tener derecho a elegir diputado era preciso tener algunas rentas; esto es, se necesitaba no ser pobre.

Los absolutistas, que hasta entonces eran los más poderosos, comenzaron a perder terreno, porque los reyes no conservaron entre sí sus buenas relaciones y comenzaron a hacerse la guerra unos a otros.

Al fin, se establece el sufragio universal, esto es, el derecho de todos a tener voto desde una cierta edad, que varía de unos países a otros.

En Rusia los pobres campesinos no gozaban de la más leve libertad; vivían aún como esclavos, pertenecían a un amo. El zar Alejandro hizo libres a todos los campesinos rusos. En América se trataba a los negros como personas de clase tan inferior que se comerciaba con ellos. Se compraban en África y se llevaban a América a labrar las tierras y hacer las faenas de recolección. Poco a poco y tras no pocas luchas los países fueron concediendo la libertad a los esclavos, y hoy ya no los hay en ninguna parte, como no sea en algunos pueblos musulmanes. Los negros, los que continuaban negociando con los negros a escondidas, fueron perseguidos como piratas por los pueblos cultos.

Noticias de España.—Los liberales moderados abusan del poder cada vez más. Los demás partidos se reúnen y

hacen la Revolución de septiembre de 1863, dirigida por los generales Prim y Serrano, que vencen y destronan a la reina Isabel II.

Las Cortes ofrecen la corona al príncipe italiano Amadeo, que gobernó recta y liberalmente, pero que, cansado de luchas, renunció la corona, decidiendo entonces el Parlamento proclamar la República en el año 1873, que no duró ni un año, a causa de la guerra que se hacían unos partidos a otros. El general Pavía, con las tropas, disolvió el Parlamento, y el general Martínez Campos proclamó rey de España a Alfonso XII, hijo de Isabel.

Alfonso XII tuvo la fortuna de acabar con las guerras interiores de España, y siguió un largo período de paz. Le sucedió su hijo Alfonso XIII, en cuya época, y a causa de una guerra con los Estados Unidos, se pierden las pocas colonias que España conservaba. Dejaron de ser nuestras Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

En las elecciones de 1931 el pueblo vota concejales y diputados republicanos casi por unanimidad; en todas partes se proclama la República, y el rey Alfonso tiene que dejar precipitadamente el trono de España.

Noticias de Portugal.—En tiempo del rey Carlos I (1889) se extreman las medidas de rigor contra los liberales, y la Hacienda pública se arruina. Todo esto produjo muchos enemigos a la Monarquía, y el rey fué asesinado por un republicano. Su hijo Manuel II no quiso remediar aquellos males, dando lugar a que estallara una

revolución en Lisboa que arrojó del trono a toda la familia real y se proclamara la República.

Noticias de Inglaterra.—Este país estaba regido entonces por una reina llamada Victoria, a la que amaban grandemente los ingleses por su talento y la bondad de su corazón. Fué una madre más que reina. Gobernó más de medio siglo.

Los ingleses sostienen en este tiempo una guerra penosísima con Rusia. Tenían que enviar sus soldados embarcados a través de todo el mar Mediterráneo, cruzar el paso de Constantinopla, en el mar Negro, y allí, en una pequeña península rusa, tenían lugar casi todas las batallas. Innumerables soldados ingleses morían a consecuencia del viaje y del clima de Crimea.

Noticias del Japón.—El Japón es un grupo de islas cerca de China, y forma un imperio muy antiguo descubierta por los portugueses. Había estado mucho tiempo cerrado a la entrada de europeos. Los rusos consiguieron que los japoneses les dejasen entrar en la región de la Manchuria para construir un ferrocarril, con la promesa de que terminado éste se alejarían de aquellas tierras; pero luego no se dieron prisa a cumplir su promesa.

Los japoneses, escamados de la presencia de los rusos, les invitaron a que se retiraran; pero éstos tampoco lo hicieron, hasta que los japoneses se decidieron a atacar a la escuadra rusa situada a la entrada de la Manchuria, destruyéndola. Al cabo de ocho meses de sitio se apoderaron

de Port-Arthur y destruyeron una nueva escuadra rusa, teniendo los rusos que firmar la paz.

Noticias de los Estados Unidos.—El presidente de esta gran República era entonces Abraham Lincoln. Este fué



Lincoln visitando los campamentos y dando la mano a los soldados

un pobre muchacho que había nacido en una cabaña, donde por sí mismo aprendió a leer y a escribir durante la noche, a la luz de un candil, cuando terminaba sus rudas tareas del día.

Los pocos libros que tenía se los leyó una y otra vez. Cuando llegó a hombre se colocó de dependiente. Un día se apercibió de que había dado a una pobre mujer un pa-

quete de té más pequeño que el que ella había pagado, y cuando cerró la tienda anduvo varias millas hasta la casa de la campesina para cambiarle el paquete. Su honradez se extendió por toda la comarca. En efecto, Lincoln fué modelo de caballeridad y bondad.

Hizo la carrera de leyes con grandes apuros y demostró un talento tan extraordinario, que en unas elecciones fué elegido Presidente de la República. Un día, mientras presenciaba una función de teatro, fué muerto de un tiro por uno de los actores, que entendía que Lincoln había cometido un disparate concediendo la libertad a los esclavos.

La edad de los Milagros

Cualquiera diría que nos referimos a los tiempos en que Cristo anduvo sobre la tierra.

Pero un hombre de aquellos tiempos que de pronto se presentara ahora entre nosotros diría que la época de los milagros es ésta en que nosotros vivimos.

Si esa persona nos oyera hablar por un aparato que está a miles de leguas del sitio en que ella se encuentra, diría que éramos unos hechiceros.

Si le enseñáramos a la gente moviéndose y actuando en una pantalla, donde se reproduce todo lo que ocurre en los más apartados lugares de la Tierra, pensaría que éramos unos brujos.

Si oyera a los cantantes y a las orquestas tocando, por el hecho de que gire una placa de fonógrafo, diría que allí estaba el diablo.

Si viese volar a las personas por los aires montadas en aparatos, nos consideraría dioses.

Nos parecen hoy cosas naturales el teléfono, el telégrafo, el fonógrafo, los vapores, los trenes, los tranvías, la luz eléctrica, los automóviles, el cine, la radio, los aeroplanos. Parece imposible un mundo en que nada de esto

hubiese existido y, sin embargo, no más que antes de 1800 nada de esto se conocía.

Ni Wáshington ni Napoleón vieron una máquina de vapor, ni aun siquiera una bicicleta. Ninguno de los dos pudo utilizar el teléfono ni el telégrafo para dar una orden. Nuestros abuelos no llegaron a conocer los automóviles, ni los tranvías, ni la luz eléctrica. El cine, la radio, los aeroplanos, quizá no los hayan visto ni los padres de los hombres actuales.

En el último siglo se han hecho más cosas maravillosas que en todos los demás siglos juntos.

Un escocés llamado James Watt fué uno de estos hombres extraordinarios que llamamos inventores. Este hombre observador había notado que el vapor de una caldera movía la tapa, y de ahí que se le ocurriera que el vapor pudiera mover otras cosas. En efecto, se inventó una pequeña maquinita en que el vapor empujaba a una pieza llamada pistón, que a su vez, por estar unida a una rueda, movía a ésta. He aquí la primera máquina de vapor.

La máquina de Watt movía otras piezas, pero no se movía ella misma; esto es, no se trasladaba de un sitio a otro por la misma fuerza del vapor. Un inglés ideó que las ruedas que moviera el vapor fueron aquellas sobre que estaba instalada la máquina, de manera que al girar se trasladara todo el aparato. Esta máquina, inventada por Stephenson, fué la primera locomotora. No hay que decir que en seguida vinieron las modificaciones, que perfeccionaron las locomotoras y que a las primitivas máquinas, que recorrieron lentamente los pocos kilómetros que hay

entre Filadelfia y Baltimore, siguieron otras, hasta las actuales, que alcanzan distancias y velocidades enormes.

Entonces a un joven americano se le ocurrió que asociada la máquina de vapor a unas ruedas de paletas podrían mover sobre el agua un barco. Las gentes se rieron de la ocurrencia y llamaron al bote que construía aquel joven "la locura de Fulton". Pero el barquito anduvo, con el nombre del *Clermont*, y recorrió varias veces algunas distancias por el río.

Antes, para comunicarse una persona con otra, era preciso escribir una carta, que tardaba, según las distancias, hasta meses. Con el telégrafo se puede comunicar una noticia instantáneamente. ¿Habéis observado los ruiditos que hace un aparato telegráfico? Son debidos a los movimientos que la corriente eléctrica obliga a hacer a una varilla o punzón cuando pasa o deja de pasar la corriente. Si en el hilo larguísimo que pongamos de una ciudad a otra pasa una corriente eléctrica que atraiga a una piececita de hierro mientras dura la corriente, y la suelte cuando deje de pasar, podemos hacer que, apretando o soltando un botón, interrumpamos o dejemos pasar la corriente, y si eso lo hacemos un instante o un momento más largo, la punta de la piececita de hierro, si le ponemos tinta, marcará un punto o una rayita.

Luego no hará falta más que convenir en que una combinación de puntos y rayas equivale a las letras y, por tanto, con puntos y rayas podremos leer lo que quieren decirnos desde lugares apartadísimos. Por ejemplo, en este alfabeto

La A es igual a un punto y una raya: . —

La B es igual a una raya y tres puntos: — . . .

La E es igual a sólo un punto: .

La H es igual a cuatro puntos:

La T es igual a sólo una raya: —

Un pintor americano llamado Morse inventó este pequeño y maravilloso aparato e instaló el primer telégrafo entre Baltimore y Washington.

Un maestro de escuela llamado Bell andaba preocupado con un procedimiento de hacer oír a los niños sordos, y en sus intentos dió con el teléfono. Como este aparato transmite la palabra misma, no necesitó un alfabeto especial y fué, por tanto, un nuevo progreso.

Otros muchos inventos han sido hechos en nuestros tiempos por la colaboración de sabios diferentes, y no es posible decir a quién se les atribuyen. Así sucedió con las máquinas eléctricas y los motores, y con los de explosión de gas, que han dado lugar, entre otras aplicaciones, a los automóviles.

La luz eléctrica sí fué invención de una persona determinada, Edison, a quien se le podría llamar *brujo* o *hechicero*, como se llamaban en la Edad Media a quienes eran capaces de hacer toda suerte de cosas imposibles, como convertir el plomo en oro, hacer invisibles a las personas, etc. Pero las cosas que Edison ha hecho, con ser más verdaderas y sorprendentes, no son de aquellas que aparecen en los cuentos de hadas.

Edison fué un modesto muchacho que vendía periód-

dicos, con una enorme afición a hacer experimentos, que con el tiempo le valieron el descubrimiento de muchas cosas relacionadas con el fonógrafo y la electricidad. De manera que éste, como otros inventores, son personas mucho más grandes que los reyes, que sólo se ocupaban de luchar y de destruir. Sin algunos reyes la Humanidad lo hubiera pasado mucho mejor. Sin los inventores y descubridores, lo pasaríamos mucho peor.

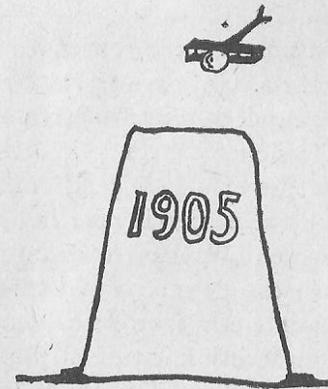
Muchas personas han pensado en volar, han inventado algo para ello, y la mayoría han perecido. La generalidad de las gentes creía que esos intentos eran una locura e incluso un agravio para Dios, que había dispuesto que quienes volaran fueran los pájaros. Al fin, tras múltiples pruebas y contratiempos, dos hermanos americanos llamados Wright, hicieron lo imposible e inventaron el aeroplano, y volaron.

Un italiano llamado Marconi inventó la radio, y otros hombres siguen en nuestros días ideando cosas fantásticas, sobre las cuales piensan hoy las gentes lo que los antepasados pensaron de las que ya están inventadas.

He aquí unos bonitos temas de meditación. ¿Somos más felices con estos inventos que la gente que no los conoció?

La vida se desarrolla hoy con mayores comodidades, pero con mucha mayor velocidad, más excitación y mayores peligros. En lugar de regocijarnos con la lectura de un libro en el ángulo de un sofá, junto a una chimenea donde arden los leños, tenemos calefacción central y no salimos de nuestra biblioteca. En lugar de cantar o tocar

el violín o el piano, ponemos un disco de gramófono, que es más cómodo, pero se pierde el placer de ser los ejecutores. En lugar de conducir un coche de caballos o montar sobre uno de ellos, la gente prefiere subir al automóvil o al aeroplano. Más emoción, más rapidez, más utilidad; pero más peligro y menos placer de ser los autores o conductores, los dueños de nuestras acciones.



Los alemanes intentan conquistar el mundo

El último capítulo fué uno de los pocos en que no hemos tenido que hablar de alguna lucha sostenida por los pueblos, mas para desquite tenemos que ocuparnos ahora de la guerra más extensa y cruel que ha habido entre los hombres.

Hay en Europa una pequeña comarca llamada Servia. Está vecina de Austria. Un joven servio mató a un príncipe austríaco. La noble y pequeña Servia dió a Austria toda clase de explicaciones y se conolió del acto cometido por uno de sus súbditos; pero la poderosa Austria no se conformó y marchó sobre Servia para castigarla.

Recuerdo el caso en que el perro de un pequeño niño mordió a un muchacho de mucha más edad y poder. El niño se disculpó ante el mayor, pero éste, valiéndose de su poder, quiso pegar injustamente al pequeño amo del perro. Muchos chicos se apercibieron de lo que sucedía, los unos azuzaban al mayor, los otros se dispusieron a defender al pequeño. El caso fué que entre todos promovieron una gran pelea.

Pues bien, esto fué lo que pasó con Austria y Servia. Uno de los amigos de Austria fué Alemania, que se puso contra Servia; no obstante ser Austria más que suficiente

para tragarse a Servia. Pero junto a Servia se colocó Rusia, y la cosa variaba. Alemania parecía alegrarse de esta complicación, porque desde la guerra con Francia venía haciendo enormes preparativos guerreros y ansiaba la ocasión de aplastar a Francia e imponer su poder a toda Europa.

Al ponerse Rusia frente a Austria, Alemania estaba segura de que Francia se pondría de parte de Servia, y quiso anticiparse cortando a Francia el camino y marchando sobre ella. Mas para penetrar en Francia era preciso atravesar una pequeña nación llamada Bélgica. Alemania tenía prometido a Bélgica que nunca atravesaría su territorio para acometer a Francia, pero en el deseo y la prisa de aplastar a su rival antes de que tuviera tiempo de organizarse para la lucha, no cumplió su compromiso con Bélgica, y al ofrecerle ésta resistencia no reparó en cometer el atropello de destruir y matar todo cuanto se opusiera a su marcha.

Destrozando el territorio, las ciudades y el ejército belga, llegó Alemania hasta un pequeño río llamado el Marne, tan cerca ya de París que éste corría grave riesgo. Pero allí se hizo tan fuerte el ejército francés, al mando del general Foch, que quedó detenido el avance alemán.

La batalla del Marne es probablemente la más famosa de todas las batallas que hemos reseñado en esta Historia, pues si bien la guerra duró todavía cuatro años después, si los alemanes consiguen atravesar este río y adueñarse de París, a estas horas seríamos todos los países de Europa casi súbditos de Alemania victoriosa.

En la guerra, aunque todo sea condenable, hay cosas permitidas para la defensa y el ataque; pero hay otras que de ninguna manera son tolerables, porque demuestran falta de nobleza y cobardía. Así, por ejemplo, el empleo de gases y sustancias que envenenen a los soldados enemigos, el hacer naufragar barcos de viajeros inocentes u hospitales flotantes mediante submarinos, que disparan a traición. Pues todo esto fué utilizado por los alemanes para destruir a sus enemigos y a las personas que sin luchar pertenecían a los países enemigos.

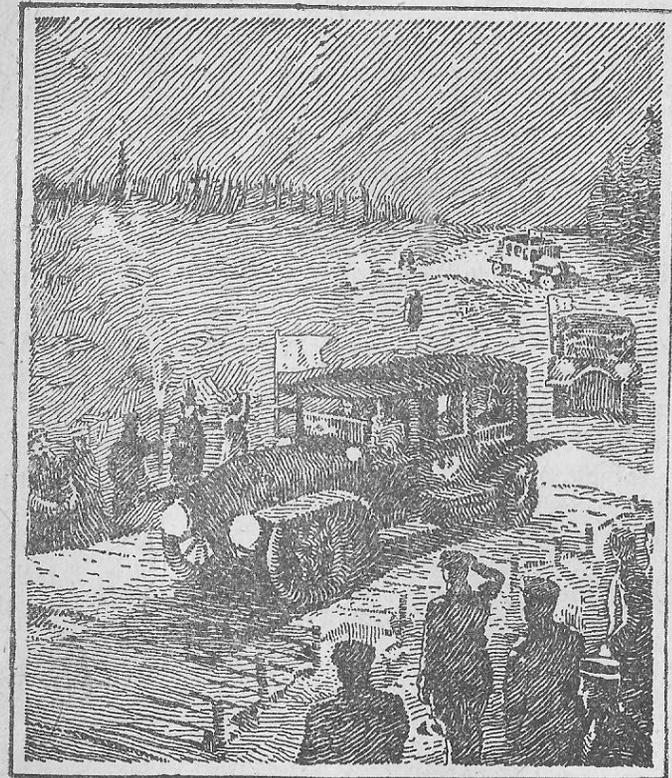
Y la guerra no se hacía sólo en la tierra, sino en el mar, con las escuadras y submarinos, y en el aire, con los aeroplanos. Por esto no hay en la Historia guerra en que se haya destruído más en menor tiempo. Las víctimas y destrozos causados por ella son algo que sobrepasa todos los cálculos imaginables.

Inglaterra se puso de parte de Francia y de Rusia, y los tres ejércitos se llamaron Aliados, contra Alemania y Austria, y en principio la guerra fué sólo entre estas naciones. Antes de que la guerra terminara habían tomado parte en ella casi todas las naciones de Europa, y por último, hasta los Estados Unidos. Todos estaban seguros de que si no combatían a Alemania y ésta vencía, más tarde o más temprano estarían bajo el poder de aquélla.

Entonces ocurrió un suceso inesperado que comprometió mucho la suerte de los aliados, y fué la repentina revolución rusa. El pueblo ruso, oprimido y desgraciado como ninguno por sus zares y su aristocracia, se aprovechó de la guerra para alzarse contra ellos. Mató al zar

y a su familia y se negó a seguir peleando. Esto era un grave percance para los aliados, que quedaron faltos del gran apoyo de Rusia.

Pero ocurrió entonces que los submarinos alemanes



Rendición de los alemanes

echaban a pique a todos los barcos que no les eran incondicionalmente adictos, pereciendo hombres inocentes, mujeres y niños. Así hicieron con algunos barcos norteamericanos, y los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania, enviando los ejércitos a Europa a luchar junto a los aliados. Parecía poco temible esta decisión de los Estados Unidos estando a tan enorme distancia y teniendo que transportar sus soldados a través del Océano, pero en breve plazo organizaron y enviaron a Europa nada menos que dos millones de soldados bajo el mando del general Persing.

Alemania se vió perdida y tuvo que rendirse, firmando el día 11 de noviembre de 1918 un armisticio con todas las condiciones que le impusieron los aliados.

Así termina la guerra llamada europea. El káiser tuvo que abandonar su país, yendo a establecerse en Holanda, y en Alemania se declaró la República. Hoy resulta ser el Presidente de esa República el famoso general Hindenburg, que dirigió las más difíciles operaciones de aquella guerra.



Ayer, hoy y mañana

La Historia se está haciendo todos los días. Se parece a esta confitería de al lado de mi casa, donde anuncian que "los dulces se hacen todos los días". Aun más, la Historia se está haciendo cada hora que pasa. Los vendedores de periódicos pregonan en las calles los sucesos diarios. ¿Un nuevo descubrimiento? ¿Una nueva guerra? Si leemos los grandes titulares de nuestros periódicos a partir de la guerra, veremos algunos de estos epígrafes:

SE FIRMA EN VERSALLES
UN TRATADO DE PAZ

Las naciones convienen en las
condiciones de la paz.

LOS MAHOMETANOS TUR-
COS DEL ORIENTE AMENA-
ZAN DE NUEVO A LOS
CRISTIANOS DEL OCCI-
DENTE

IRLANDA CONSIGUE SU IN-
DEPENDENCIA

Tras de siglos de lucha, Irlan-
da consigue, con el consentimiento
de Inglaterra, formar una nación
y un Gobierno propios.

COLONES DEL AIRE PASAN VOLANDO EL ATLANTICO

El americano Read cruza el Atlántico por primera vez en aeroplano. A él le siguen otros que hacen el vuelo a la inversa, desde Europa, como el español Franco con el *Plus Ultra*.

LAS MUJERES CONSIGUEN TENER VOTO

Hasta ahora las mujeres no habían participado en el gobierno del país. En lo sucesivo votarán en casi todos los países civilizados.

SE PROHIBEN LAS BEBIDAS ALCOHOLICAS

Esto es, que desde ahora podemos seguir conociendo y leyendo la Historia en los periódicos.

Hasta aquí, la Historia ha consistido principalmente en guerras, en luchas, ni más ni menos que hacen los niños por cada cosa que tienen que discutir. Esta peleas quizá demuestren que la Humanidad ha estado todavía en su niñez, que está en los comienzos de su existencia.

Admiramos como héroes a Horacio, Leónidas, Juana de Arco, el mariscal Foch y aquellos que han defendido sus países contra los ataques de los enemigos, como admiraríamos al que fuera capaz de matar al ladrón nocturno o asesino que trata de atacar a nuestra familia. Pero con-

denamos a aquellos otros reyes, generales o príncipes que tomaron las armas y mataron y destruyeron sin otra razón que el agregar a sus dominios o a su poder nuevas tierras o súbditos.

La guerra, además de matar y destruir, cuesta millones de pesetas, que podían ser empleados en hacernos más felices. A la guerra no se debe nunca, en resumidas cuentas, ningún beneficio, ni aun para quienes consiguen la victoria; en cambio, a la desolación que produce en las ciudades y en los campos, hay que agregar el sinnúmero de mutilados, de ciegos, de viudas y de huérfanos. La guerra es un juego infernal en el que pierde hasta el vencedor. Y sin embargo, si las guerras no terminan, ¿a dónde llegaremos en medios de destrucción?

Los hombres de ciencia pueden inventar algo mucho más mortífero que lo hasta hoy conocido; un medio de exterminio mucho más rápido y seguro que las más espantosas epidemias. Algo que se propague en forma tal que no escape nadie a su acción. Un veneno espantoso que se extienda por la atmósfera y que corra como el viento, puede producir la muerte en poco tiempo de hombres, niños, animales y toda clase de seres vivientes. O un explosivo enormemente más poderoso que todos los cañones y dinamitas, que destruya edificios, ciudades, regiones y hasta esta pequeña chispa escapada del Sol y que llamamos el planeta Tierra.

Tal vez hayais mirado a través de un microscopio y observado que los microbios parece que sostienen una batalla entre la vida y la muerte. Quizá ellos miran el gran

ojo del microscopio que los contempla como nosotros miramos el gran ojo azul del cielo que observa nuestras luchas. ¿Sería absurdo sospechar que del mismo modo que nosotros podemos contemplar cuanto ocurre en el mundo de los microbios hay un Todopoderoso, un Todosa-bio que observa cuanto ocurre aquí abajo?

Este mundo, que a nosotros nos parece tan inmenso, no es realmente más que una partícula insignificante, como esas que vemos flotar en el haz de luz que penetra en una habitación oscura. Nuestro mundo es un impalpable corpúsculo que flota en el espacio inmenso. ¿Qué ojo hay tan agudo que pueda tener presente a cada una de esas motitas que hay suspendidas en el aire? ¿Quién es capaz de darse cuenta de que hubiera desaparecido una de esas partículas? Del mismo modo nuestro mundo podría desaparecer del espacio infinito sin que fuera notada su ausencia en el mundo de los astros.

Nuestra Historia termina aquí; pero sólo por ahora, pues la Historia se hace en cada momento y no termina nunca. Para quien haga la Historia dentro de miles de años, nuestra vida actual aparecerá como una época lejanísima.

Para quien viva en el año 10000, como ocurrirá a otros niños, su Historia comenzará cuando nosotros, y muchos de quienes nos sigan han terminado la suya. Habrá gentes en el futuro para quienes la Guerra Europea, que nosotros hemos presenciado, resulte como las guerras del Peloponeso o las luchas entre los hombres de la Edad de Piedra. Nuestros descubrimientos e inventos tendrán

que resultar a las gentes de futuras generaciones, no obstante considerarlos nosotros como cosas maravillosas, algo así como el descubrimiento del cobre o del bronce.

¿La Historia que se escriba en el año 10000 tendrá que narrar otras guerras? Si hubiesen terminado las guerras sobre la Tierra, ¿habría otras entre diferentes planetas? Y si no hubiese más luchas, ¿qué cosas contarían las futuras historias? ¿Habrá nuevos descubrimientos? ¿Habrá nuevos inventos?

Ahora ya conocemos todos los rincones de nuestro planeta. ¿Será imposible que conozcan los hombres futuros lo que hay en el interior del nuestro, u otros nuevos mundos, o un mundo espiritual?

Tal vez llegue un momento en que no se usen por anticuados y absurdos nuestros actuales trenes, ni automóviles, ni vapores, y la gente se traslade de un lugar a otro como sobre una mágica alfombra y sólo con el deseo. Quizá no sean necesarios las letras, ni los teléfonos, ni telégrafos, ni radios, y baste para conocer los pensamientos de otros el deseo de descubrirlos o de exteriorizarlos a cualquier distancia.

Y así sucesivamente—el mundo sin fin—ASI SEA.



INDICE

	<i>Págs.</i>
Prefacio.....	7
Introducción.....	9
Escala del tiempo.....	16 17
UNA HISTORIA DEL MUNDO PARA LOS NIÑOS	
Comienza aquí.....	19
Cómo comenzaron las cosas.....	21
Incomodidades y peligros.....	29
¡Fuego! ¡Fuego!.....	37
Desde un aeroplano.....	43
Comienza la verdadera Historia.....	49
Los escritores de enigmas.....	55
Los constructores de tumbas.....	61
Un rico país donde no había dinero.....	67
Los judíos errantes.....	75
El bello cuento de los dioses.....	83
Un bello cuento guerrero.....	93
El Rey de los judíos.....	99
El pueblo que hizo nuestro A B C.....	103
Duro como pezuñas.....	109
Coronas de laurel.....	113
Un mal comienzo.....	119
Reyes con tirabuzones.....	125
La ciudad de las maravillas.....	131
Una gran sorpresa.....	135
Al otro lado del Mundo.....	141
Ricos y pobres.....	147
Roma se libra de sus reyes.....	153
Grecia contra Persia.....	157
Las carreras de Maratón.....	163
Uno contra mil.....	167
La edad de oro.....	173
Griegos contra griegos.....	181
Hombres sabios y extraordinarios.....	187
Un muchacho rey.....	193
Buscando pelea.....	199
La "bota" pega y pateo.....	205
El nuevo campeón del Mundo.....	209
El más noble de todos los romanos.....	217
Un emperador convertido en Dios.....	223

	<i>Págs.</i>
"Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria".....	229
Sangre y truenos.....	235
Un buen emperador y un mal hijo.....	241
I — H — S — V.....	247
Malos enemigos.....	251
Los campeones del Mundo chocan con bárbaros blancos y bárbaros amarillos.....	257
Anochecer.....	263
"Ser bueno".....	269
El camillero.....	275
Cosas de los árabes.....	283
Una luz en las tinieblas.....	291
El fin del Mundo.....	297
Castillos verdaderos.....	300
Señoras y caballeros.....	305
Lucha entre moros y cristianos.....	311
Una gran aventura.....	315
Tres reyes en hilera.....	320
Biblias de piedra y cristal.....	327
Un gran contador de historias.....	334
La aguja mágica o un mágico poder.....	339
La guerra más larga que ha habido.....	343
Libros y cañones.....	349
Reyes Católicos.....	354
Un reino en que no se pone el sol.....	358
Un marino que descubre un Nuevo Mundo.....	362
Cazadores afortunados.....	371
El país del oro y de los encantos.....	376
Nacer de nuevo.....	380
Guerras entre cristianos.....	385
Un rey que perdió la cabeza.....	390
Pelucas y tacones.....	394
Unos locos cuerdos.....	400
Un príncipe que se escapa de casa.....	404
América se libra de sus reyes.....	408
Un pequeño gigante.....	413
Desde el dios Pan y su flauta hasta el fonógrafo.....	420
Los periódicos desde el 1850.....	429
La edad de los Milagros.....	436
Los alemanes intentan conquistar el Mundo.....	442
Ayer, hoy y mañana.....	448
	453

Los mejores libros escolares

	<i>Ptas.</i>
Trazos. Método para aprender a leer, escribir y dibujar en menos de un mes, por J. Demuro. Cartilla 1. ^a , 0,10; Cartilla 2. ^a , 0,15; Cartilla 3. ^a	0,15
El Abecé , por J. Plaza.....	0,15
Catón "Rasgos". Método para aprender a leer por medio de la escritura y el dibujo, por J. Demuro.....	0,90
¿Quieres que te cuente un cuento...? Primer libro de lectura corriente, por J. Demuro.....	1
Biografías de niños célebres. Segundo libro de lectura, por J. Demuro.....	1
Enciclopedia infantil. Libro de lectura y de iniciación al programa escolar, por Herminia García, Directora del Grupo Escolar "Concepción Arenal", de Madrid.....	1,50
Manuscrito infantil , por María Luisa Ramos, Directora de los "Jardines de la Infancia" y de la "Escuela Maternal", de Madrid.....	1,25
Manuscrito moderno , por J. Demuro.....	1,50
Selección de Versos Españoles. Libro de lectura y de iniciación al conocimiento de la poesía castellana, por J. Demuro.....	1,75
Selección de Prosistas Castellanos. Libro de lectura y de iniciación al estudio del idioma, por J. Demuro.....	1,75
Una Historia del Mundo para los niños. Libro de lectura para enseñar amenamente la Historia, por V. M. Hillyer, traducción de Fernando Sáinz, Inspector general de Primera Enseñanza.	
Las Artes en la Escuela. Libro de lectura y de iniciación al estudio de las Artes útiles, de las Artes bellas y las Artes liberales, por Luis Huerta.....	2,25
Las Ciencias en la Escuela. Libro de lectura reflexiva y de enseñanza experimental, por A. R. Charentón.....	3,00
Correspondencia escolar. Libro de lectura y de iniciación a la redacción personal de cartas, por J. Demuro.....	3
Desarrollo del buen sentido. Libro de lectura y de indiscutible valor para cultivar la reflexión, la moral, el razonamiento y el buen sentido de las niñas y de los niños del último curso escolar, por P. De Vuyst, traducción de J. Demuro.....	2
El Arte en la Escuela (dibujos al clarión).....	2

	<u>Ptas.</u>
Método Pedagógico de Dibujo , dividido en seis grados, seis CARPETAS, con 30 láminas cada una, por Victor Masriera, cada CARPETA, 2.00 pesetas; las seis	12
Modelos de trabajo manual . Cuaderno núm. 1.....	2
El Tejido y sus aplicaciones . Cuaderno núm. 2 de trabajo manual.....	3
Tejido . Carpetas con seis planchas de papel charolado para hacer variados y atrayentes trabajos manuales. Cada sobre.....	0,40
Cajas de tiras de papel para el tejido y trenzado . Precio de la caja.....	1
El Modelado en la escuela primaria . La única obra española publicada sobre esta materia. Magníficos modelos en negro y color escrupulosamente metodizados. Reglas y orientaciones para hacer en la escuela casi sin gasto alguno los objetos más atrayentes y del mayor efecto.....	3
La Pintura por el recorte . El trabajo manual más atrayente, no cultivado hasta hoy en nuestras escuelas. Tres espléndidos Cuadernos con modelos a todo color para que las niñas y los niños pinten los objetos más fáciles, las escenas más graciosas y los paisajes de mayor efecto artístico, mediante el sencillo procedimiento del recorte y pegado de papeles de colores.	
Sobres para picado y bordado infantil . Tres sobres diferentes, con seis tarjetas cada uno. Cada sobre.....	0,30
Frisos para las Escuelas:	
N.º 1. En el campo.....	0,40
" 2. Escenas holandesas.....	0,40
" 3. En la playa.....	0,40
" 4. Estío.....	0,40
N.º 5. Juegos infantiles.....	0,40
" 6. Jugando a los indios.....	0,40
" 7. Recreos.....	0,40
" 8. Murga infantil.....	0,40
Aritmética y Geometría . Contiene todas las operaciones aritméticas y la Geometría completa, por J. Plaza...	0,30
Programa de Dibujo , dividido en seis grados, muy útil para oposiciones , por Esbry.....	1,25
Libro de visita de inspección . El más completo, el más práctico, el más elegante.....	2
Libro de asistencia escolar . Papel excelente, impresión inmejorable, sólida encuadernación. De 50 hojas, 3,00 pesetas; de 100 hojas.....	5